



Regento

*Una diablesa
enamorada*

LAURA A.
LÓPEZ

Contenido

[Contenido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

Una diablesa enamorada

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE: **2401116623486**

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Capítulo 1

Los pies de Eugenia colgaban de uno de los reposabrazos del sillón del gran salón de la casa del conde de Nottingham, a la vez que miraba el techo y se acariciaba el cabello moldeando sus bucles. También tenía al gato Clauss acostado sobre su estómago, aplastándola con su peso exagerado, aunque ella lo soportaba porque lo consideraba muy tierno.

Ella pensaba que su vida era bastante solitaria después de que su última hermana con quien más peleaba terminara casada y siendo duquesa. Su sobrino de nueve años ya contaba con un preceptor que lo educaba todo el tiempo, su hermano pasaba más tiempo en su despacho y en la cama que en cualquier otro lugar, su cuñada pasaba el tiempo en compañía de Emma, la marquesa de Asthon que era prima de Victoria. Cada vez que la veía, recordaba que ella se había casado con el hombre con el que Eugenia soñaba. William era el amor de su vida, pero ya llevaban casados ocho años y su esposa no enfermaba para que él enviudara. Todavía seguía pareciéndole muy atractivo, los años lo trataban cada vez mejor, solo que estaba muy lejos de su alcance, Spencer no le permitiría casarse con él ni si quedaba viudo por la gran diferencia de edad, aquel debía estar rondando los cuarenta y siete años.

—Baje sus piernas del reposabrazos, lady Eugenia, eso no es algo que yo le he enseñado. Mañana es su primer baile y no la veo preocupada —dijo la señorita Harting, institutriz de Eugenia.

—La vida no tiene sentido, señorita Harting. No tengo adversarios dignos para pelear. Con la partida de Rose me quedé sin ánimos.

—Pero si todos los días pelea con su hermano. En esta casa no existe un solo día de paz.

—Todos los días repite lo mismo: «Eugenia, debes casarte; Eugenia, debes comportarte; Eugenia, baja a ese gato; Eugenia, ¿a qué hora piensas dormir?; ya quiero que te cases, Eugenia», y otras cosas, por poco no me dice que deje de respirar. ¿Sabe algo, señorita Harting? Yo, Eugenia Clarisse Adeleine Fane Lyon, conseguiré un compromiso en un corto tiempo. Dejaré a Spencer con la mandíbula golpeando la cabeza de Satanás.

—Espero ver que cierre la boca de su hermano y que no sea bocazas.

—No soy una tonta. Kitty tuvo que irse al monte a conseguir un esposo; Meredith cayó sobre su esposo; Fanny consiguió un vampiro y Rose es... una afortunada que no ha hecho nada bueno para tener tanta suerte. Mi vida es un lamento en cierto aspecto. El marqués de Asthon lleva casado muchos años.

—¿Sigue con esas cosas de niña?

—Sí, siempre ha sido tan atento conmigo, adorable y preocupado.

—Está confundiendo amabilidad con enamoramiento. Su señoría siempre la ha visto como una hermana pequeña.

—Al menos me considera más su hermana que el mismo Spencer.

—Te oigo, Eugenia —farfulló lord Nottingham que caminaba desde el pasillo que llevaba a su despacho hasta el salón.

—No es un secreto, ni quiero ocultarlo —refunfuñó Eugenia que siguió acariciando su cabello.

—He sido paciente, adorable, empático, agradable e hipócrita para complacerte. ¿Qué más quieres? ¿Qué te bese los pies, pequeña desvergonzada?

—Te recuerdo que ya no soy una pequeña niña desvergonzada, ahora soy una joven desvergonzada. Espero no darte tantos dolores de cabeza.

Spencer cerró los ojos y suspiró buscando no exaltarse contra su hermana. Era una lucha diaria no caer en sus provocaciones.

—Señorita Harting, la espero en unos minutos en mi despacho. Hay algo que quiero conversar con usted —habló Spencer que siguió su camino.

—Sí, milord —acató la mujer.

—¿Qué tiene que hablar usted con mi hermano, señorita Harting?

—Lo sabré cuando converse con él. Ahora, baje sus pies y suelte al gato. No es manera de comportarse, milady.

—Pero si estoy en casa...

—Debería hacer algo útil como repasar sus anotaciones, pues presiento que ha olvidado muchas normas de comportamiento.

—¿Olvidar normas, señorita Harting? Primero aprendí a hacer reverencias antes que caminar. Con hermanas tan grandes era lo único que podía imitar.

—No importa, no puedo verla ociosa.

Eugenia enfurruñó su rostro y después quitó al gato Clauss de su estómago.

—Lo siento, Clauss, pero si yo no puedo ser feliz, tú tampoco lo serás —replicó antes de dejar al animal en el sillón y después ella fue hacia su habitación con los brazos cruzados por la molestia. La institutriz no podía verla feliz haciendo nada.

Al entrar en su habitación, encontró a Helen, la doncella, guardando un par de prendas en la habitación.

—¿De dónde han salido estas prendas? —indagó la joven.

—Se las envió su cuñado para que escogiera lo que más le gustara.

—¿Por qué no las había visto?

—Porque su hermano las escondió, porque le ha renovado el guardarropa días atrás con prendas muy exclusivas para que su debut fuera espectacular, siente celos de su cuñado, se lo puedo asegurar.

—Albert sí es el hermano que siempre quise. Él sí me aprecia y no como Spencer.

—Desconozco la razón por la cual siempre habla mal de su hermano. Él le da todo, al igual que sus cuñados. Todos la adoran y usted no lo ve.

—Spencer adora a Rose y a sus hijos. ¿Te has dado cuenta de cómo abraza a su hija? No se comporta de la misma manera con sus otras sobrinas.

—¿Y no le parece que es porque la niña es la más pequeña de la familia, al igual que su hermano? Son bebés, milady, no puede envidiarlos.

—Nadie me lo prohíbe. En fin, Spencer se arrepentirá de dejarme a un lado y su señoría por no esperarme para casarnos.

—Su señoría tiene la edad de su hermano, no puede mirarlo con otros ojos. Además, es un hombre casado.

—Mal casado. Emma ni es bella, ni inteligente como yo. Es solo una cotilla que ni siquiera tiene sangre noble.

—Qué no la escuche su cuñada. Su prima es una persona sagrada para ella.

—Hablando de escuchar, mi hermano le pidió a la señorita Harting que fuera a su despacho para conversar.

—¿Usted cree que la despedirá?

—¿Despedirla? ¿Por qué él despediría a la señorita Harting? —cuestionó Eugenia con inocencia.

—¿Ve a otra niña que necesite instrucción? Su sobrino tiene un preceptor...

En ese momento, Eugenia cayó en cuenta de lo que Helen quería decirle. Ya no había niñas en esa casa, por lo que la presencia de la señorita Harting no sería necesaria.

—Debo impedir que Spencer despida a la señorita Harting.

—¿Cómo hará eso? Es imposible, no hay argumentos suficientes.

—Debe existir algo que ayude para persuadir a Spencer. Debo ir a escuchar.

La joven salió de la habitación con rapidez y también fue tras ella Helen, ya que no podía quedarse con el chisme a medias.

—¡Eugenia! —exclamó Victoria que salía del salón del té en compañía de Emma, la marquesa de Asthon.

—Ahora no, Victoria, tengo cosas que hacer...

—¿Qué cosas tienes que hacer en el despacho de tu hermano? No seas impertinente. Déjalo descansar un poco de tu presencia.

—Tiene dos formas de descansar: una es muriendo y la otra esperando a que me case o me muera. En serio, Victoria, tengo cosas importantes que hacer.

—¿Como escuchar detrás de las puertas? —cuestionó Emma, burlona.

—Es exactamente lo que haré. —Eugenia continuó su camino con la doncella detrás.

—Ya no sé qué hacer con Eugenia —musitó Victoria acariciándose la frente.

—La pobre está muy desorientada. Es una niña rencorosa y dramática. Cada vez que estoy aquí me ignora, pero a William se le queda viendo y se le pega como barro a sus botas.

—No es un secreto para nadie que ellas adoran a William. Debes sentirte feliz por tener tantas cuñadas. Él es como el hermano de ellas.

—Me siento tan feliz como tú... —expresó con sarcasmo.

Una vez frente a la puerta, las dos pegaron sus oídos a la madera.

—Por favor, no llore, señorita Harting. —Spencer le ofreció un pañuelo como siempre lo hacía cada vez que la institutriz lloraba—. Tome esto como un descanso, usted y Calvin podrán tener tiempo suficiente para casarse.

—Lord Nottingham, es que la añoranza no me deja... —La señorita Harting no podía hablar de la emoción.

—¡Me niego a que despidas a la señorita Harting! —espetó Eugenia que abrió la puerta y entró a la estancia—. ¡Oh, señorita Harting, está llorando! Spencer, eres un ser repulsivo.

—¿De qué estás hablando, Eugenia? ¿Por qué interrumpes mi reunión con ella? —cuestionó Spencer, molesto.

—Señorita Harting, usted se quedará porque le pediré a mi hermano y a Victoria que tengan una hija y si ellos no la tienen, yo traeré a una niña para que permanezca en esta casa.

La institutriz no podía creer lo que oía.

—Pero, lady Eugenia...

—No hable, señorita Harting, yo la defenderé de este ser malvado y mezquino que se hace llamar mi hermano.

—¡Por favor! —farfulló Spencer sin entender lo que ocurría con su hermana—. No estoy echando a la señorita Harting, ella ha renunciado.

La joven miró a su institutriz, pero después fijó sus ojos en su hermano.

—Eso no es cierto. La señorita Harting nunca nos abandonaría.

—Milady, lo que dice lord Nottingham es cierto. —La mujer se secó las lágrimas antes de continuar—. Mi tiempo con la familia Fane ha terminado. Me iré después de que usted se comprometa. Por fin tendré mi ansiado retiro y un matrimonio con el ayuda de cámara de milord.

—¿Su ansiado retiro? Entonces, ¿nunca me ha querido, señorita Harting? ¿Solo he sido un terrible oficio para usted?

—Milady, han sido muchos años con ustedes. Los adoro, han sido mis niñas...

A Eugenia la traicionaron sus lágrimas, por eso prefirió retirarse del despacho y regresar a su habitación. Ella creyó que su institutriz estaba sufriendo; sin embargo, lloraba, pero de felicidad por dejar su trabajo en esa casa.

Ese pensamiento la hacía sentir muy mal, pues para ella, la señorita Harting era la única figura materna que tenía, puesto que ella nunca entendió que a la institutriz le pagaban para que las soportara. Ese día el asunto le había quedado muy claro a Eugenia.

—Lady Eugenia...

—No quiero escucharla, señorita Harting.

—¿En verdad no quiere hacerlo?

—No, no quiero que me mienta. Comprendí que solo había sido un trabajo más para usted. Yo... yo la consideraba una madre, la que nunca conocí, la que no tuve.

—Es cierto que es mi trabajo educarla, pero nunca ha sido parte de mi oficio acunarla para que descansara y dormir a su lado. Cuidarla en sus momentos de enfermedad, quererla sin condiciones. Es cierto que una vez renuncié, pero fue por impertinencia de un inmaduro lord Nottingham. Quiero que comprenda que he dedicado mi vida a usted y a sus hermanas. Dieciocho años... Mi retiro no será permanente y continuaré en la familia. Regresaré para educar a lady Augusta. Su hermano y el duque arreglaron esa situación, por lo que estaré un par de años más en la familia. Después de que usted se comprometa, Calvin y yo podremos formalizar nuestra relación con un matrimonio y estaremos lejos unas semanas para que ambos tengamos un descanso antes de regresar.

Ella se limpió las lágrimas y miró a la mujer. Hizo un mohín con la boca como si volviera a llorar.

—¿No he sido solo un trabajo? —preguntó.

—No. Si usted hubiera sido solo eso, yo estaría lejos de aquí, ocupándome de una niña cualquiera y no de cinco hermanas. Su padre y su hermano confiaron en mí y ahora lo hará su cuñado más querido.

—Me alegra que permanezca cerca. Ya sabe, cómo soy asidua a visitarlos. Siempre la veré.

—Si sigo con vida, puede que eduque también a sus hijas si las tiene, lady Eugenia. Mi cariño es genuino, su hermano me ha pagado tanto en estos años, que me alcanza para vivir muchos años holgadamente, pero yo quisiera seguir cerca de ustedes. Es el amor al oficio y a la familia.

—Por lo menos no tendrá otra Fane...

—Es Fane por más que lady Augusta sea hija del duque. Hay tanta sangre Fane en esa niña que tal vez rememore muchos momentos de esta casa. Ella es casi idéntica a usted.

Capítulo 2

Al final, la señorita Harting terminó convenciendo a Eugenia que ella no solo había sido parte de su oficio, sino también de su vida. Después de dejar aclarado aquel asunto, la institutriz la ayudó a escoger un par de prendas en compañía de Helen. Las tres intentaban que Eugenia usara lo más hermoso de su renovado guardarropa.

Todos los vestidos le producían mucha ilusión y a la vez un poco de nervios. Confiaba en que podría desenvolverse con confianza en los salones y que hallaría al caballero ideal. Ella creía que no encontraría el amor, pues a quien adoraba estaba casado y muy felizmente unido a su esposa. Solo buscaría a alguien que le resultara atractivo, fuera rico y con un título solvente. Ella estaba acostumbrada a una buena vida y la persona que se casara con ella debía poder darle lo mismo o más. Se conformaba solo con esas cosas que quizá la hicieran sentir mejor al considerar que enamorarse sería algo que no ocurriría.

Como última hermana Fane que debutaba, le entregaron las joyas que habían usado sus hermanas para hacerlo. Había mucha expectativa alrededor de ella y Eugenia estaba dispuesta a romper los estereotipos de sus hermanas. La creían una niña caprichosa que las haría pasar vergüenza, pero no se encontraban enteradas de sus planes. Ella era más fría y más calculadora que las demás, sabía qué buscar y podía jurar que escogería a su esposo con un dedo. Ni siquiera contemplaba que alguien se negara. Sería tan encantadora con todos los caballeros dispuestos a un matrimonio, sin dudas estarían felices de que una joven de su cuna y sus parientes los escogieran.

—Te queda muy hermoso, Eugenia. Esas joyas son de la suerte, aunque para ti se necesita un milagro —habló Rose que le hacía compañía al gato Clauss en la cama. Partirían todos juntos en caravana hacia el primer baile de la última dama de la familia.

—¿No crees en los milagros? Yo creo mucho en ellos, sin eso no te hubieras casado —replicó Eugenia, cizañera.

—¿Qué pasará con tu gato cuando encuentres a un pobre caballero que te soporte?

—Irá conmigo para vivir con el pobre caballero que nos soporte. Al menos no será un incauto como tu esposo, Rose. Él debió casarse mejor. Es atractivo y un hombre importante, pero decidió perder su tiempo contigo.

—¿Y querías que lo perdiera contigo? Hizo lo más conveniente...

—No están discutiendo, ¿verdad? —cuestionó Kitty que se presentó en la habitación de Eugenia para saber la razón por la que tardaba demasiado—. Ya estamos listos para salir y solo nos falta la persona más importante: Eugenia.

—Estoy lista. Es tiempo que esperen por mí. Iré a buscar mi destino.

—Tú lo buscas y él huirá de ti, Eugenia. Cuando crees que tienes todo pensado, el destino te demostrará que no sabes nada sobre él —alegó la mayor de las hermanas.

—No hay nada más cierto que eso —auguró Rose.

Eugenia sonrió y se dio un último vistazo en el espejo antes de salir de la habitación.

—Mis hermanas morirán por su poca fe. Me reiré de ustedes cuando se den cuenta de que tengo razón —aseguró Eugenia que pasó junto a Kitty para salir de la habitación.

—Tú misma buscas que te ofendan, Rose. Ella no cambiará. Sabe que está equivocada, pero es necia y joven. Cuando llegue a mi edad, verá las cosas de otra manera.

—Ella no me ofende, ya no. Comprendo que es una niña y lo seguirá siendo por mucho tiempo. Hemos cumplido con bromear con ella sobre cuestiones reales. Dependerá de su persona hacer las cosas como se debe.

—Eso lo dudo. Bien, veamos cómo le va con su plan de dejarnos boquiabiertos.

La joven protagonista de la noche descendió por las escaleras con elegancia y observó como todos la miraban, era el centro de atención.

—Preciosa elección de vestido, Eugenia —la felicitó Albert, el duque de Salisbury y esposo de su hermana Kitty.

—Es uno de los que me has enviado. Qué buen gusto, estimado Albert —pronunció como agradecimiento.

—En verdad te ves muy hermosa, nadie pensaría que eres una alimaña —siguió su cuñado Foster, conde de Earl y esposo de Meredith.

—Debuta la menor y quizá la más mimada de la familia. Enhorabuena, querida Eugenia —dijo Clifford, conde de Montgomery y otro de sus cuñados.

—Muchas gracias a mis queridos familiares políticos. Y tú, Harper, ¿no piensas decirme nada?

—Claro que sí, te ves encantadora. Soy el recién llegado a la familia, pero escuché que este evento es algo esperado por todos los aquí presentes. Un evento canónico —comentó el duque.

Los otros caballeros que formaban parte de la familia desviaron su mirada de Harper, pues él casi había desvelado que ellos estaban ansiosos por casar a la culebra de la familia. El mismo Harper deseaba deshacerse de ella por los problemas que acarreaba para su esposa.

—No te has puesto nada de lo que te he comprado, Eugenia —reprochó Spencer al ver que su hermana solo lucía las joyas que estaban destinadas a sus hermanas.

—No seas envidioso. No soy tu favorita, así que no esperes ser el mío.

—Spencer... —murmuró su esposa al verlo a punto de estallar como un volcán por lo que le había dicho Eugenia. Ella siempre sabía ser punzante—. Vives esto cada día de tu vida, ten calma y paciencia.

—Ya quiero que otro viva esto, pero ya —masculló—. Al carruaje, y vas conmigo, Eugenia. Y tú, Albert, deja de consentirla, es un monstruo.

—Es su monstruo, Spencer. Cualquier cosa se la puedes dejar a él —bromeó Foster.

—Esa no sería mala idea, siempre y cuando no esté con nosotros —apoyó Meredith.

—Envidian mi buena fortuna con un cuñado que es un mejor hermano que sangre de mi sangre.

—¡Te oigo, pequeña desvergonzada! —replicó su hermano.

—Lo digo en voz alta para que lo oigas y te avergüences de tu comportamiento.

La familia extendida salió de la residencia de lord Nottingham y subieron cada uno a su carruaje. Ellos deseaban ver a Eugenia desempeñarse en un salón de baile.

Eugenia se sentó en el coche frente a su hermano y su cuñada, los dos la miraban como si desearan deshacerse de ella.

—Espero que tal como hablas te muevas, Eugenia. Es evidente que tienes muchas ganas de dejar la residencia. Esfuérzate para que puedas irte muy pronto, no falles porque puedes permanecer en mi casa por más tiempo —habló Spencer que todavía se sentía insultado por la actitud de su hermana, aunque era en parte su culpa por ser permisivo con ella y dejar que su cuñado la consintiera al punto de ser una joven insoportable e indomable. Además, él no tenía mucho ánimo de domar a nadie. A esas alturas de su vida lo que necesitaba era que ella se

casara, también poder enseñarle a su hijo sus responsabilidades con el título e intentar tener una vida de casado con Victoria.

—Soy amada, odiada y envidiada, pero no ignorada, Spencer. Conseguiré a un gran candidato, un pez gordo, tanto que haré que te atragantes con él —replicó Eugenia, sonriente.

—Es lo que más espero, quiero que cierres la boca de todos los que desconfían de ti, no solo a mí, ¿o crees que eres lo mejor que les ha pasado a todos?

—Sé que tal vez a algunos les robe la paz, pero no a todos. Fanny sobreprotege a Clifford como si él no pudiera defenderse.

—No. Clifford es demasiado bueno para esta familia, el único amable y equilibrado que parece tener una conexión especial entre su lengua y su mente. Nunca lo verás meter el pie en el fango, mientras los otros se hunden al decirte tus verdades. Albert es el más perjudicado porque cree que ha hecho lo correcto contigo, pero lo único que ha conseguido es una mala influencia para Augusta —prosiguió Spencer.

—¿Mala influencia? Mala influencia eres tú dándole consejos al marqués de Asthon para que críe a sus hijas. Imagino que le dices: «Oye, William, esa se parece a Eugenia, échala a los lobos».

—Nadie te ignora, Eugenia, y tú misma lo has dicho —intervino Victoria para defender a su esposo antes de que Spencer perdiera la cabeza y ahorcara a su hermana menor.

—Al menos es un gusto saber que piensan en cómo ignorarme. No debe ser muy difícil —farfulló cruzando las manos bajo el pecho.

—Si bajas del carruaje con esa cara no pescarás más que un resfriado. Sonríe para que al menos digan que la hermana de lord Nottingham no solo es bella, sino también encantadora. Tu verdadera personalidad la puedes reservar para el matrimonio, en el momento en que la decisión de nuestro prójimo sea irreversible.

—Hablas de otros caballeros como si fueran víctimas, querido hermano.

—¿Y qué se supone que son? Al casarse como una Fane son víctimas de la mala fortuna.

—¿Y la mujer que se casa con un Fane de la misma manera es víctima de la mala suerte? —cuestionó lady Nottingham.

—No creo que sea de esa manera, Victoria. Tú te alimentas con nosotros dos, ya eres de la misma calaña —replicó Eugenia.

Los tres siguieron conversando hasta llegar al lugar en el cual se llevaría a cabo el primer baile de la joven.

Ellos bajaron del carruaje y esperaron a que el resto se acercara para que pudieran ser anunciados todos juntos. Acostumbraban a ir a los eventos todos juntos.

—Por primera vez veré cómo el vampiro que tengo de cuñado se desempeña en un salón de baile —comentó al colocarse junto a Clifford.

—Este nido de pájaros sirve para algo, Eugenia. Mi cabello encrespado me ayuda a que no se note demasiado. Te sorprenderá saber que muchas damas me han confundido con algún codiciado soltero —musitó Clifford.

—¿Y cómo son los celos de Fanny?

—Ella no dice nada, soy incapaz de echar un vistazo en donde no corresponde.

—Estoy segura de que a mí me gustarán todos los caballeros. No tengo razones para no decir que debo conocer mis gustos. Ustedes son lo único masculino que conozco, sin recordar al fallido marqués de Asthon; no se lo digas a Spencer, es muy celoso de la información que comparto para no decir que se molestará demasiado. También aprendí a través de ustedes que me

tiene que importar el dinero.

—Por mí no sabrá nada.

—Por eso me agradas, eres una tumba. Lo único que Fanny hizo bien en esta vida es casarse contigo.

—¿Con qué estás escandalizando a Clifford? —cuestionó Fanny que cogió a su esposo del brazo.

—Lo estoy elogiando. Le dije que él era lo único bueno que tú tenías.

—Él es lo único bueno de esta familia. Dudo que tu esposo sea tan bueno como el mío —musitó Fanny, burlona.

—No me importa que sea mejor, sino que sea mío y que me dé todo lo que quiero.

—Eugenia, ven a mi lado, deben verte conmigo, aunque no nos guste estar juntos —habló lord Nottingham que cogió del brazo a su hermana para que pudieran entrar al salón.

Eugenia sonrió y miró el salón como si nunca hubiera visto algo tan maravilloso; sin embargo, pensaba en que se había preparado toda la vida; al igual que sus hermanas, para ese día. Las expectativas eran muy altas. Dentro de todas sus maldades, ella anhelaba una noche maravillosa, y una soñada. Desde pequeña, esperaba bailar con el amigo de su hermano. El marqués de Asthon era el hombre inalcanzable al que ella veía llegar cada día en su casa. Él le besaba la mano, la trataba como una dama, le llevaba hermosos obsequios y más. En resumidas cuentas, era un caballero de verdad. Era consciente de que siempre había sido inalcanzable, pero eso no significaba que no pudiera soñar. En su mente, Eugenia vivía la fantasía de un cortejo con William, era su mundo y nadie le impedía ser feliz ahí. La realidad ya era lo suficientemente poco alentadora para que se limitara en su propia cabeza. Las posibilidades de la imaginación eran infinitas en comparación con la triste conciencia de la rutina diaria, por eso consideraba que quizá toda su vida la pasaría en un lugar paralelo a lo real. No sabía si encontraría al hombre ideal, solo sabía que debía ser importante y encajar con la familia para callar bocas y siempre ser de alto perfil.

Capítulo 3

A medida que se adentraban en el salón, más impresionada se sentía, aunque su rostro dijera lo contrario. No quería que sus hermanas la miraran como si fuera una inadaptada social que nunca había salido de su casa para ir a un baile... ¡Por más que sí fuera cierto que nunca había salido! Mostrarse débil y a merced de la burla no era algo que le agradara. Prefería ser punzante, la persona que atacaba y no la que recibía el ataque.

—Sin duda alguna, es la más encantadora de todas las damas de este lugar —pronunció el marqués de Asthon en compañía de su esposa, mientras se acercaban a Spencer y su familia.

—No hagas que el ego de Eugenia se dispare al cielo —pidió Spencer a su amigo. Sabía que a ella le encantaba la presencia de William y cuando estaba cerca de él por lo general no se medía.

Cuando Eugenia vio al marqués, extendió la mano para que aquel la besara.

—Es un placer saludarlo en esta noche, señoría. No creí que pudiera verlo en esta ocasión —comentó ella.

—Jamás me perdería el primer baile de las preciadas hermanas de mi amigo. Ustedes son como mi propia familia. Desde hace muchos años tengo varias hermanas, sobrinos y nuevos amigos. —William besó la mano de Eugenia y después le sonrió.

Pese a que Eugenia no lo consideraba un hermano, estaba complacida al verlo. Tal vez fuera por la costumbre de saber que jamás tendría oportunidad ni por más que enviudara. Él había sido muy claro: era como una hermana.

El marqués comenzó a saludar al resto de los parientes de Spencer y después los caballeros empezaron a organizarse para llenar el carnet de Eugenia, aunque no había hecho mucha falta, pues, para sorpresa de muchas personas, la belleza de Eugenia tenía a un par de caballeros haciendo fila para bailar con ella.

—Sería importante saber quién de nosotros bailará primero con Eugenia... —pronunció Spencer que estaba reunido con sus cuñados, William, y también se había unido a ellos, lord Sharp.

—Me parece que sería justo que Spencer sea el primero, es el hermano mayor —opinó lord Sharp.

—Ella tiene una mala relación con Spencer, considero que yo podría llevarla a bailar —dijo Albert.

—Yo soy como su hermano, me corresponde bailar con ella —aseguró William.

—Si seguimos esa línea, soy el tío abuelo político de las niñas. Bailaré con ella —alegó lord Sharp.

—Disculpen que los estuviera escuchando —interrumpió Eugenia—. Bailaré con todos, pero Spencer es mi hermano. Por primera vez tendremos nuestro momento especial en donde seré única y tendré toda su atención para que no termine pisándolo.

Spencer la miró con desaprobación por su comentario. Ella insistía en demonizarlo como hermano, como si nunca antes se hubiera volteado a mirarla o que se encontrara en un estado de abandono permanente.

—Seré el primero y el resto puede anotarse en el orden en que le alcance en el carnet —decidió Spencer.

La joven le entregó una risa burlona a Spencer y levantó una ceja en señal de suficiencia.

Al llegar el momento de comenzar a bailar con su hermano, Eugenia tenía muchas expectativas. Siempre había anhelado la atención completa, que se preocuparan por ella. No era fácil sobresalir entre sus hermanas, ya que todas tenían necesidades distintas. En ocasiones, se identificaba con su hermana Kitty, que había despreciado por mucho tiempo a Spencer por dejarla a un lado a medida que nacían las demás. Para él y su padre la situación no había sido fácil. Además, a eso debían sumar el conflicto entre padre e hijo. El enfado del mayor, a causa de los constantes nacimientos y matrimonios los había separado hasta la muerte.

Ella miró hacia los ojos azules de su hermano buscando comprenderlo. Antes de eso, notó las patas de gallo al costado de los ojos de él y también las canas que se mezclaban entre sus cabellos rubios.

—Estás envejeciendo, Spencer —musitó Eugenia sin querer.

—Cualquiera envejece al tener a sus hermanas por tantos años, contigo trece con exactitud —correspondió el conde.

—¿Sabes lo largo que ha sido este camino? Por fin puedo tener un rato contigo sin que nadie nos interrumpa. Estos son los minutos más esperados por mí, para lo que la señorita Harting no ha dejado de molestar un solo día. Tal vez no sea especial para ti, pero no me importa.

—¿No te das cuenta de que arruinas algo hermoso como una confesión tuya? Todo iba bien hasta que dijiste que no te importa.

—Lo cambiaré por la frase: me importará lo mismo que a ti.

—A mí me importa mucho, demasiado y no solo por mi paz, sino por ti. No he estado en los zapatos de ninguna de mis hermanas, pero tampoco ustedes han estado en los míos para comprender lo que es esta responsabilidad de cinco hermanas. Cada mes rezo para que Victoria no esté embarazada de ninguna niña. Siempre debía ocuparme de las responsabilidades del pantalón ligero de nuestro padre.

—Al menos no se casó por quinta vez. La dama que iba junto a él no alcanzó a darnos una hermana más... o al menos eso pienso...

—¿De quién estás hablando?

—No lo sé. Tal vez Kitty lo recuerde o Meredith. Yo solo lo veía por la ventana cuando la mujer pasaba por la casa.

—¿Después de trece años me dices algo así?

—Juro que eso estaba sellado en mi memoria. No le des importancia. Ninguna hermana más aparecerá para golpear tu puerta y decirte que la termines de criar. Deja de lado ese miedo. Soy la última, la menor.

—Espero que así sea.

Los hermanos disfrutaban del baile. Spencer se daba cuenta de que su hermana era diestra para bailar y llamaba la atención con su elegancia y belleza. Quizá Eugenia diera la sorpresa que él necesitaba para poder comenzar su vida.

Una vez que acabó la primera pieza, Eugenia se sintió conforme con su acercamiento con Spencer. Después, miró los nombres en su carnet y vio el nombre de William. Cumpliría su sueño de bailar con él. Cuando cerrara esa etapa, podría empezar a fijarse en el resto de los caballeros.

La noche recién empezaba para Eugenia y ella rezaba para que sus pies soportaran su ímpetu por bailar. Bailó con sus cuñados, lord Sharp y, como broche de oro, el marqués de Asthon.

Ese era su momento de ensueño. No era la misma expectativa con otros bailes. Cada uno

tenía un interés distinto. Con su hermano, lo que deseaba era la atención, pero como a William lo había visto durante años como su amor secreto, lo que quería era bailar con él por el simple placer de hacerlo. No había ninguna intención aparte.

—Por fin dejarás de escuchar a la señorita Harting cacarear en tu oído —musitó el marqués.

—La extrañaré —replicó al tiempo que esperaban ellos dos el turno para bailar.

—Imagino eso, puesto que la señorita Harting quizá fungiera de partera en tu nacimiento. Te recuerdo tan pequeña... con cinco años. Una noche, Spencer y yo llegamos de un baile y las encontramos despiertas en el salón, contando historias de miedo, mientras estaban bajo una casa de sábanas. —Él rio al recordar eso con cariño.

Se fijó con atención en las facciones de William y se dio cuenta de que estaba envejeciendo al igual que Spencer. La vida cambiaba a su alrededor. Ya nada era igual, era una normalidad diferente. Llevaba trece años viviendo con su hermano y su cuñada, integrando a más personas en la familia a medida que pasaba el tiempo. Ella también cambió como los demás, por más que no quisiera admitirlo.

—Lo recuerdo vagamente —dijo ella conmovida por el cariño que demostraba con esa mención.

—Spencer las asustó y todas salieron huyendo como si se tratara de un nido de ratas. Corrían de un lado al otro, y tú parecías un pequeño fantasma con aquella sábana blanca cubriéndote sin que pudieras quitarte eso de encima. Qué buenos tiempos y momentos. Creo que gracias a ti tengo varias hijas. Es distinto a tener un heredero. Tal vez esté equivocado, pero las niñas son encantadoras, tú eres encantadora.

Mientras conversaban, los demás danzantes comenzaban a colocarse en los espacios vacíos para el próximo baile. Ellos no eran la excepción. Se colocaron frente a frente e hicieron sus correspondientes reverencias.

—Debo confesar una cosa, señoría. Usted me conoce bien y sabe que no soy tan reservada cuando quiero decir algo, pero he callado un asunto durante un largo tiempo y quiero decírselo sin que se ofenda por ello —habló Eugenia que dejaría atrás ese pasado para iniciar su búsqueda real de un esposo conveniente.

—Si me vas a decir que no me aprecias, es mejor que lo calles. Me quedaré con los recuerdos de tu rostro al recibir un presente. Soy un caballero sensible —bromeó William, sonriendo.

—Que le diga eso está muy lejos de ocurrir... —Ella tomó valor para empezar—. Desde hace mucho tiempo he deseado decirle que siempre estuve enamorada de usted. Me entristecí cuando contrajo matrimonio, pues yo había esperado algo distinto.

William miró a Eugenia como si estuviera confundido por lo que le decía. Ella era una niña y él siempre fue un adulto demasiado grande para alguien de su edad. Para el marqués, Eugenia era su inspiración para tener niñas, siempre deseó hermanas y después hijas. Esa confesión era algo insospechada.

—Estoy atónito, Eugenia. Siempre te he visto como una hermana, casi una hija.

—Yo quería decírselo. No es para que se sienta mal y me haga sentir peor. Soy consciente de que jamás podría casarme con usted ni si enviudara. Mi camino es encontrar a un caballero conveniente y que me agrade. Sé que no será fácil, pero con mente fría sé que puedo hacerlo.

—Me tranquiliza que tengas una idea madura de la vida, pero no te dejes llevar solo por lo conveniente o los sentimientos pueden pasar de largo sin que los veas.

—Me conformaré con alguien que me adule y me consienta. No soy tan exigente. ¿Qué más necesito para vivir? Dinero y atención los tengo y seré feliz.

—En eso estás equivocada. Casi dejé ir a Emma por pensar así, pero al saberla casi perdida tragué mi orgullo y mi tontería para ser feliz de verdad. Esa frase hasta que la muerte nos separe indica lo largo que será el camino. ¿No es mejor ir bien acompañado hasta el fin?

—No intente convencerme. Quizá las joyas duren más que el cariño de un caballero. No encontraré a nadie a quien pueda querer como a usted, pero sí a alguien tan conveniente como su persona. No tengo ningún problema para iniciar mi vida. Ya estuve enamorada y estoy segura de que no me volveré a sentir así.

—Dice no tener inconveniente, pero está sesgada por el capricho de creer que no soy reemplazable, por supuesto que lo soy, como todos. Mañana puedes conocer a alguien que abra tu corazón de manera correcta. Tú solo confundes cariño, amistad y atención, con amor. Eugenia, eso es muy distinto.

—¿No se sintió mal el día que le dije que si usted no se casaba conmigo me casaría con lord Felton?

—No, pero me preocupé por ti. Cambiabas de pretendiente como si fuéramos un panecillo de sabores distintos. Se lo dije a tu hermano en esa oportunidad. Eres terrible, Eugenia. Ahora piensas de una manera, y más adelante cambiarás eso.

—Aunque no creo que ocurra, le daré el beneficio de la duda. No me niego a conocer a alguien que me conquiste, pero dudo que exista ese alguien que me deslumbre con su ingenio. No busco a alguien que se postre ante mí, yo quiero a un adversario, un confidente, un consejero, un caballero que sea capaz de arrancarme sonrisas y de hacerme sentir furiosa. Quiero vivir. Fanny no vive. Ella solo es adorable y su esposo también... Es horrible, destilan una miel pastosa y vomitiva, no quiero eso para mi vida. No quiero verme así...

—Ellos están felices. Eso es lo que importa. Además, tú no eres así. Entiendo que necesites pelear con alguien y sé que tú conseguirás poner al más caballeroso de los hombres de rodillas pidiendo que lo deje tranquilo. El que no se doblegue será tu esposo.

—¿Dónde estará el caballero más perfecto para mí?

Capítulo 4

Su primera noche como debutante había sido la mejor de su vida. Nunca había conocido a tanta gente agradable como despreciable. Tenía a los caballeros a sus pies. Era más famosa que los escándalos de dos de sus hermanas, por lo que concluía que eso no le afectaría para casarse. Los hombres con título desfilaban frente a ella para que escogiera a uno, pero le resultaba difícil decidirse por uno. A quiénes miraba con cierto recelo era a los condes, porque abundaban, aunque algunos eran atractivos.

Los duques eran tan viejos que prefería mirar más abajo de la pirámide. Si alguna vez pensó que todos los duques eran bellos como sus cuñados, cada noche se daba cuenta de que vivía en una fantasía. Lo de sus hermanas era simplemente bendición.

Los barones, baronet y sir, también la perseguían, pero ella huía más rápido. Encontrar esposo se estaba convirtiendo en una odisea.

Esa noche acudiría a un baile y esperaba conocer a más personas. Desde su primera fiesta habían pasado otras cinco y esta sería la sexta. A veces sentía que su guardarropa no soportaría la presión de la cantidad de bailes a los que asistía con tal de lograr su objetivo de conseguir al mejor esposo, aunque eso también debía ir a consideración de lo que ella llamaba: el consejo de familia.

Aquel grupo estaba compuesto únicamente por los caballeros y su función era decidir por la dama de turno. Lord Earl, esposo de Meredith era el encargado de la parte económica. El duque de Salisbury observaba las relaciones y el nivel de relevancia del candidato y lord Nottingham tenía la función de proveer los nombres a ser sometidos a escrutinio. Vivir en esa familia era un poco complicado.

Con todos los puntos sobre la mesa comenzaba la deliberación, por lo que ella estaba decidida a darle pelea y trabajo dándoles más nombres de candidatos para que se divirtieran. Era la última de la casa, ¿cuándo volverían a casar a alguien? Debía darles algo inolvidable.

—¿Cómo me veo, Clauss? —preguntó Eugenia a su gato, pero aquel la ignoró y siguió acicalándose—. Oye, yo te hice quién eres, gato malvado. Gracias a mí eres... gordo y rico.

El animal la miró con antipatía y después la ignoró. Por lo que ella lo cogió en brazos para besarlo hasta cansarse.

—¡Se llenará de pelos! —exclamó la señorita Harting que fue a buscar a Eugenia para que pudieran partir al baile de esa noche.

—Nadie lo notará, señorita Harting. Clauss es tan hermoso que es imposible no besarlo.

—Lo que me sorprende es que no tenga una figura masculina por cargar tanto a ese gato gordo, ocioso y antipático.

—No estamos para ofender a nadie. Ya voy junto a Spencer.

—Primero la sacudiré.

Después de las exageradas atenciones de la señorita Harting, ella pudo ir a la planta baja a encontrarse con Spencer y partir rumbo a su compromiso.

Ya en el lugar, Eugenia vio los mismos rostros de siempre y no le quedó más que sonreír, mientras ellos llenaban su carnet para el baile.

—Mira, querido, es una joven muy hermosa —insinuó una dama elegante a un caballero que estaba junto a ella.

El hombre miró hacia donde la mujer le indicaba y asintió.

—Es muy hermosa, tía. ¿Cree que sería buena idea invitarla a bailar?

—¿Buena idea? Es una grandiosa idea, Henry. Ya deberías casarte, es el momento de darle continuidad al título.

—Es cierto, tía. En estos años no ha salido una mujer tan bella como la última de hace dos años.

—La jovencita escandalosa, de la familia Fane. Menos mal que te persuadí sobre lo inconveniente que podría ser.

—La invité al baile con esa intención, pero terminó mejor de lo usted creyó.

—¿Pues cómo habría de terminar? Lady Kirby sabía las cosas de antemano. Por supuesto que ese hombre se la había llevado. Tenía una mala reputación, ¿qué más se puede esperar de alguien así? Anda, Henry. —Su tía comenzó a arreglarlo para que se presentara ante ella antes de que se quedará sin lugar en el carnet—. Es tu oportunidad de tener una bella esposa. Eres un marqués, el marqués de Lorne.

—Sí, tía —acató el marqués.

Él caminó con seguridad hacia ella y después miró a las personas que la rodeaban. La bella joven que conoció dos años atrás estaba cerca, de hecho, tenían parecido, por lo que, de nuevo, cayó en el encanto del escándalo: la familia Fane. Era tarde para dar un paso al costado, y entonces continuó.

Eugenia observó al elegante caballero que se colocó frente a ella y agachó su figura para completar su nombre.

—Buenas noches, milady —saludó Henry—, me presentaré. Soy Henry Beaumont, marqués de Lorne.

Lo primero que a Eugenia se le pasó por la mente era que se trataba de un marqués y eso era muy bueno. Acto seguido, lo contempló con sutileza, aprobando su cabello rubio y encrespado, sus ojos verdes y su nariz alargada y puntiaguda. Era más atractivo que el marqués de Asthon, por lo que él comenzaba a agradarle por esas simples razones.

—Buenas noches, su señoría. Soy lady Eugenia Fane, es un placer conocerlo.

—El placer es enteramente mío. Espero que todavía le queden fuerzas cuando llegue mi turno.

—Nuestro baile será el más esperado, no se preocupe.

Henry hizo una inclinación de cabeza antes de retirarse y Eugenia correspondió a la despedida con una venia.

Una vez que se fue, vio a su hermano muy enfadado.

—El baile más esperado, ¿eh? No estás desesperada, Eugenia —farfulló Spencer.

—Es solo un baile. Quería ser amable...

—Él ya es un viejo conocido de la familia, ha bailado con Rose.

—De lo que se ha salvado por no ser el escogido. Tal esta vez sea la Fane correcta.

—Es probable, pero eso lo sabremos después de que lo analicemos con minuciosidad. Rose no aprovechó la oportunidad porque estaba llorando por los pasillos por un duque, nada más y nada menos —se burló Spencer.

—Puede ser que este hombre esté en mi lista de caballeros favoritos, Spencer...

—¿Cómo es eso de una lista, Eugenia? No me avergüences creyendo que tu nombre no quedará impune.

—Espera y verás, querido hermano. Ten fe en mis elecciones.

Bajo el ojo vigilante de la familia y las tibias e insinuantes conversaciones entre los desconfiados, Eugenia esperaba que llegara su turno para conocer mejor al marqués de Lorne. Hasta el momento era lo mejor que había visto en cuanto a título y apariencia, además, daba vestigios de ser alguien divertido. Ese atrevimiento de decir que esperaba tener lugar, la hacía pensar que no todo sería malo. Ella soñaba con ser marquesa de otro, pero al final ser marquesa era lo que importaba. Seguir empecinada no la llevaba a nada más que a seguir soltera.

Al llegar su pieza con el marqués, él se presentó a buscarla con una gran sonrisa. Tal vez algo fluía bien entre ellos y eso resultaba ser determinante cuando llegara el tiempo de escoger.

Con la picardía que caracterizaba a Eugenia antes de hacer alguna diablura casera, hizo su saludo antes de comenzar a bailar.

—¿Dónde estaba que no lo había visto en estos días? —indagó la joven.

—Estuve en un corto viaje en compañía de mi tía. Lo que yo me preguntaría en este momento es, ¿en dónde se encontraba usted en todo este tiempo que llevo asistiendo a eventos sociales? —Henry deseaba halagar a Eugenia con ese cumplido.

—Me dedicaba a jugar con el gato. Acabo de cumplir dieciocho años. Usted es notablemente mayor que yo.

—Lamento admitir que casi le doblo la edad.

—Es extraño que alguien como usted no contrajera matrimonio un poco antes.

—No había conocido a la mujer ideal para casarme.

—Me alegra saber que no ha dicho que no la ha conocido. Resulta esperanzador para las damas.

—Hace tiempo tuve el placer de bailar con su hermana.

—No quisiera hablar mal de una de mis hermanas, pero no me resisto a la tentación. No haberla cortejado es lo mejor que pudo ocurrirle, pues tiene posibilidades de encontrar un gran tesoro.

—Usted sabe consolar a las personas con lo que dice. Nunca me había puesto a pensar que era mejor perder ciertas cosas pequeñas para ganar otras mejores.

—Considero que es la ley de las oportunidades, y yo soy oportunista. Cuando veo algo que deseo, lo tengo. ¿Y usted cómo es?

—Ambicioso como usted...

—Qué grata sorpresa. ¿Qué pensaría de alguien que lo escoge como futuro esposo? Sé que las damas no estamos en posición de escoger, pero considere la situación de ser escogido y no de escoger.

—Nunca había considerado algo semejante, pero todo dependerá de quién sea esa persona que me ha escogido. Debe cumplir con ciertos requerimientos.

—Requerimientos... qué palabra tan fascinante. ¿Cuáles serían sus requerimientos?

—No es muy difícil de adivinar. Tampoco soy alguien misterioso o pretencioso en ese aspecto. Una joven de buen ver y una gran situación económica, una que sume a mi fortuna y no que la reste. ¿Qué otra cosa puedo pedir?

—¿Usted se hace llamar ambicioso? Mmm... le falta más para serlo —musitó Eugenia, burlona.

—¿Me insinúa que soy conformista? —preguntó juguetón.

—No, usted mismo lo insinúa...

Los dos sonrieron y callaron por unos minutos mientras bailaban.

A la par que movía sus pies y la miraba, Henry pensaba que esa joven lo arrastraría por las

calles de Londres si le llegara a interesar. Su personalidad era avasalladora, inquisidora, aduladora e interesada. Tal vez fuera demasiado para alguien que era pacífico como él, aunque ella era deslumbrante con esa forma de ser.

Para Eugenia era divertido jugar con alguien distinto a sus familiares. Ellos ya sabían sus trucos y por eso no eran fáciles de sorprender, pero al marqués se le notaba la inseguridad en los ojos. Ella no perdería la oportunidad de hacer que ese caballero mostrara de qué estaba hecho. Si se integraría a la familia Fane, él no podía ser la oveja negra e inadaptada, quería que se llevara bien con los demás. Eran felices con las personalidades distintas que lo componían, pero no esperaba que alguien con amargura fuera a crear tumulto por más que se tratara de su esposo, ya que jamás usaría el término «amado esposo», porque no se casaría enamorada. La cursilería familiar quedaría muy alejada de ella.

—¿Le gustan las jornadas de cacería, señoría? —indagó la joven para continuar con su pesquisa.

—Es lo más divertido de ser un varón, milady —contestó Henry con sinceridad.

—A mis cuñados también. Tengo buena puntería para cazar.

—¿Una mujer de cacería? Eso no es algo natural.

—Pues mi familia ha considerado pertinente que aprendiera ciertas artes masculinas por mi bien, mi seguridad e independencia. Ser una dama en apuros no es una opción para mis parientes.

—¿Debido a lo que ocurrió con su hermana?

—Ese asunto es mejor no mencionarlo. La memoria a veces suele funcionar para las cosas convenientes para la maldad. Muchas matronas quizá me asocien con mi hermana, pero no tengo tanta suerte para que me rapte un duque joven. ¿Qué más podría pedir una dama soñadora? Aunque no estaría mal ser secuestrada por un marqués, ¿o usted qué opina?

—Opino que ninguna dama debería ser secuestrada, merecen respeto.

—Es un pensamiento un poco aburrido. ¿Y si una dama lo secuestrara?

—Dudaría de la cordura de la joven. Hace unas preguntas un tanto raras, milady.

—Son solo por curiosidad, no significa que alguien lo haría o desearía ser víctima.

—Lo supuse desde un principio. Considero que toma la situación familiar con humor. Eso es digno de admirar, quizá otra se echaría a llorar.

—No recuerdo si tengo lágrimas de tristeza, pero sí lágrimas de alegría. No hay situación que me haga llorar.

—Las damas también deben ser vulnerables para que un caballero las cuide.

—Considero que podríamos fingir un poco para que los hombres tengan algo que hacer, al menos en mi caso, de lo único que no puedo prescindir en esta vida es de una doncella. Su falta podría hacer que me sienta muy vulnerable al no poder arreglarme adecuadamente —dijo Eugenia en un tono burlesco. Suponía que el marqués era un ser convencional, para nada alguien excepcional. Sus pensamientos eran tan clásicos como los de Harper, aunque él ya estaba acostumbrado a la familia y dejaba que las cosas fluyeran, por lo que no debía perder la esperanza con ese caballero. Tal vez le diera una sorpresa.

Capítulo 5

Gloucestershire...

Dos hombres descansaban a cara descubierta a la vera del camino esperando que algún carruaje pasara por el sitio.

—¿Crees que alguien pasará por aquí en algún momento? —preguntó uno de ellos al otro.

El joven de ojos verdes inexpresivos, cabello oscuro y piel curtida por el sol observó a los lejos y negó con la cabeza.

—Es temporada social. No habrá nadie por aquí, salvo un par de excepciones —respondió y se recostó en la hierba para mirar hacia las hojas del árbol bajo el que estaban.

—Será difícil juntar más dinero para ir a Londres, Randalf.

—Tom, si las cosas se complican por falta de dinero, ve y averigua lo que necesitamos en Londres. Quiero saber dónde está mi madre.

—Pero si tú eres quien necesita ir, yo solo estoy aquí por lo que me prometiste en Australia.

—Sé lo que te prometí y lo tendrás, solo que todavía no quiero que mi familia sepa que hui del hoyo en el que me dejaron y no estoy de buen humor. Después de la muerte de mi padre, mi prioridad es encontrar a mi madre y con su apoyo, recuperar lo que me pertenece. No quiero que al verme tan vulnerable vuelvan a aprovecharse para esta vez desapareceré definitivamente.

—Vaya familia que tienes. Tomaré la próxima diligencia en el pueblo. Con lo que tenemos alcanza para quedarme unos días y averiguar cómo va el asunto de tu madre. Espero que no la echaran a su suerte en tu ausencia.

Tom hizo lo mismo que su amigo y los dos miraban como el viento movía con suavidad las hojas de ese árbol.

Después de unos minutos, Randalf se había quedado dormido, retornando de esa manera a su turbulento y triste pasado. Cuando era un adolescente, enfermó de gravedad. Su madre y su padre estaban desesperados al ver que su único hijo estaba a punto de morir a causa de la fiebre alta, las erupciones cutáneas y la garganta inflamada. Le dijeron que tenía escarlatina.

Cuando su salud siguió decayendo, lo llevaron a una propiedad rural, aislándolo en aquel lugar para evitar el contagio. Recordaba que había sido doloroso despedirse de su madre y también de su padre. Los ojos de ellos lloraban con gran desolación, sabían que no lo volverían a ver.

En esa finca, su salud comenzó a recuperarse con los días y él creía que regresaría a los brazos de sus amados progenitores; sin embargo, en lugar de verlos a ellos, encontró a sus tíos, creyó que todo estaría bien, mas la realidad era otra.

Lo subieron a un carruaje apartado del de ellos en el que también iba el hijo de ambos. En aquel entonces creyó que lo llevarían junto a sus padres de nuevo en Londres, pero su sorpresa fue tan grande al encontrarse en un puerto a punto de subir a un barco en el que iban otros hombres con grilletes siendo maltratados para que subieran.

—Él también irá. Lo más probable es que muera en el camino. Su cuerpo pueden arrojarlo por la borda —había dicho su tío con total frialdad. El propio hermano de su padre lo enviaba a solo Dios sabía dónde.

Su tío estaba seguro de que moriría y eso era lo que deseaba. Con tan corta edad había aprendido a leer la codicia en los ojos ajenos, y aquel envidiaba el título de su hermano mayor. Sabía que él sucedería a su padre luego que este falleciera, dejando sin esperanzas a su tío y también al hijo de este.

Con las pocas fuerzas que tenía en aquel momento se sujetó al carruaje para que no lo bajaran. Sus padres ignoraban lo que ellos le habían hecho.

—Por un demonio, Randalf, no vivirás mucho. Deja que los lacayos te saquen.

—¡Mis padres, quiero a mis padres!

—Será mejor decirles que estás muerto, porque eso ocurrirá.

Pese a todos sus esfuerzos, los sirvientes pudieron con él, lo sacaron del carruaje y lo subieron al barco. Ese día, sintió que su corazón se rompió para siempre y que el odio se apoderaba de su pecho.

No murió durante el trayecto a Australia y tampoco en aquel lugar. Fue tratado como un esclavo más, anhelando escapar de aquel sitio. Durante quince años estuvo esperando la oportunidad de hacerlo hasta que lo logró.

Thomas era otro de los prisioneros que lo vio subir al barco y pronto se hicieron amigos, convenciéndolo de que algún día lo convertiría en un gran señor. No se atrevió a ofrecerle un puesto de sirviente a su amigo, por lo que prometió entregarle una fuerte cantidad de dinero para que este pudiera asociarse con él en el negocio de las minas, ya que conocían cómo se hacían las cosas por los años que estuvieron ahí.

Escapar no había sido fácil para los dos. Saber la rutina fue suficiente para que pudieran idear un plan y obtener la ansiada libertad. Robaron un par de piedras preciosas para regresar a Inglaterra; no obstante, no era suficiente para el tiempo que podría demorar el asunto de recuperar su título y encontrar a su madre. La muerte de su padre fue el detonante para no rendirse ante las adversidades. Su sufrimiento debía terminar.

Sobrevivir se convertía en la nueva faceta de su vida. Ser un pequeño delincuente le aseguraba comida y un techo. No podía creer que de ser noble pasó a ser un vil ladrón. Eso ya no le importaba, solo le interesaba recuperar lo suyo para después volver a instruirse e intentar retomar el tiempo perdido. Sabía que no sería fácil, pero tenía una buena base y siguió leyendo muchos libros que consiguió en Australia, con eso también instruyó un poco a Thomas, que no sabía leer ni escribir.

Cuando despertó lo hizo entristecido por sus recuerdos. Sentía que su vida no avanzaba hacia ningún lugar. No quería continuar desperdiciando un día más de existencia, solo quería encontrar la paz de una buena vez y librarse de ese veneno que representaba la venganza. Hasta que no encontrara al lado malvado de su familia, seguiría con ese odio que lo consumía. Quizá una bala fuera la única forma de hallar la tranquilidad.

—Ya despertaste —dijo Tom que había llevado los caballos cerca de donde ellos se encontraban descansando.

—¿No dormiste un poco?

—No, ¿cómo dormiría si gritas en tus pesadillas? Tengo muchos años sin descansar cerca de ti.

—No exageres, no es cierto.

—Por supuesto que lo es, que tú no lo admitas es otra cosa. Regresemos a la posada, las cosas aquí no resultan. Podríamos probar otro camino mañana.

—Tal vez. No podemos darnos el lujo de hospedarnos más tiempo los dos. Es mejor que

hagas lo que acordamos, Tom. Quiero acabar de una vez con esto.

—Está bien. Mañana partiré a Londres, así solo tú permanecerás aquí. Espero regresar pronto y con buenas noticias para ti.

Los dos hombres subieron a sus caballos y partieron con tranquilidad hacia la posada que los albergaba en su travesía. Dejaron a sus animales en la caballeriza y fueron hacia el comedor de la posada para comer y beber un poco. Intentaban no gastar demasiado dinero, aunque debían invertir en comida y la renta de los caballos. Ellos no tenían nada que les perteneciera, salvo prendas que habían robado en sus primeras horas en Inglaterra.

—¿No quieres ir esta noche a una taberna? Mucha gente dice que hay bellas mujeres para pasar el rato por pocas monedas —comentó Tom, mientras sorbía su sopa de manera ruidosa.

—No gastaré dinero por una mujer, no estamos en condiciones de darnos esos gustos. Si consigues a alguien para acostarte sin que te cobre un solo chelín, adelante, pero no gastaremos —replicó Randalf que siempre era educado en sus modales—. Los codos, Tom, tus codos —masculló dándole un golpe a su amigo en el brazo—. ¿Quieres ser un caballero? Actúa como uno. No hagas que todos se enteren que eres una bestia con cuchara. No hagas ruidos mientras comes y tampoco coloques tus codos sobre la mesa. Así nadie te abrirá las puertas cuando llegue tu momento de ser un hombre de negocios muy rico.

Thomas chirrió los dientes e hizo lo que Randalf le ordenaba.

—Está bien, está bien.

—Ya te lo dije. No puedes pretender ser un gran señor de un día para el otro. Constancia, Tom, perseverancia. Estamos tan cerca de lograr lo que deseamos, que puedo sentir la victoria en mis manos. Estar en nuestra tierra es algo importante. Un letrado solucionará el problema, solo hay que llegar hasta mi madre.

—Confío en que todo saldrá bien y seremos socios por siempre, Randalf. Confío en ti, de hecho, no conozco a nadie más en quien confiar. Han sido muchos años juntos...

Randalf cogió su vaso con una bebida que para nada era de buen sabor y la alzó en señal de brindis.

—Brindemos por los buenos tiempos que vendrán y que los malos se irán. Tendremos lo que merecemos y nadie lo impedirá. No nos permitiremos fallar. Salud por nosotros.

—¡Salud!

Los dos chocaron sus vasos y bebieron aquel líquido con presteza. Ambos vivían para animarse mutuamente, pues nada había sido fácil para los dos, aunque quizá la vida de Randalf fuera mucho mejor que la de su amigo, que durante muchos años vivió en compañía de sus hermanos en las calles, algún día él también esperaba encontrarlos para que sus vidas cambiaran si seguían con vida.

Continuaron con su almuerzo y después fueron a la habitación que compartían para ahorrar dinero. Tom se arrojó a la cama y durmió sin mayor problema. En cambio, Randalf tomó un libro que había conseguido de alguien que lo olvidó en uno de los cuartos de la posada. Leer significaba cultivar su mente y mantener sus expectativas de volver a ser un caballero. Sabía que habían pasado demasiados años, pero él no se resignaba a ser lo que no debía. Su cuna era de oro y la recuperaría por más que eso pudiera costarle la vida.

Por su padre ya no podía hacer nada, pero según la última información en Australia que constaba de unos tres años atrás, su madre seguía con vida, aunque no había podido averiguar más sobre ella. Anhelaba verla y darle un abrazo. Sus ojos en aquella despedida pensando en que moriría lo mantenían destrozado. Su progenitora debía saber que estaba con vida.

Cuando soñaba despierto, imaginaba que regresaba a su casa y tenía a todos sus sirvientes a su disposición y a su madre siempre cariñosa para agasajarlo, además de tener a una bella esposa cuyos cabellos eran tan rubios con los rayos del sol y sus ojos tan azules como el cielo. Tenía hijos muy hermosos y saludables que lo buscaban para jugar, tal como había hecho él cuando era un niño. Esos sueños de felicidad estaban cerca de convertirse en una realidad si lograba sacar al usurpador de su lugar. Ese momento era tan deseado que era su segundo sueño más recurrente. Quería ver a la familia de su tío hundida en la miseria como lo habían dejado a él. Ojo por ojo y diente por diente.

Después de perderse en sus sueños por un rato, regresó a la realidad para poder leer su libro, mientras podía considerarse un protector del sueño de Tom. En el tiempo en que estaba en auge la idea de escapar, se turnaban para descansar, cada uno recopilaba información en diferentes momentos. Ese trabajo en equipo fue lo que los llevó a ser libres para lograr sus anhelos.

Sin darse cuenta, Randalf volvió a quedarse dormido en el sillón con el libro sobre el estómago. Dormía con mucha frecuencia, pues sus pesadillas solían cortar su descanso, entonces él lo compensaba con varias siestas a lo largo del día y eso a la vez le servía para recuperar un poco del descanso que le habían robado los años de trabajos forzados en una mina, en donde su único refugio y sonrisas era la amistad de Thomas. Si por algún motivo Randalf hubiera salido solo de Australia, se juraba regresar y buscar a su amigo para liberarlo. Los dos se habían sostenido en ese tiempo en base a esperanzas que uno alimentaba en el otro de forma recíproca.

Capítulo 6

Después de conocer al marqués y de encontrarse en varias veladas, Eugenia concluyó que era un hombre común, sin mucho que aportar a su vida, pero que quizá con paciencia lograra conseguir más de ella.

La verdad era que sus expectativas con respecto al matrimonio se desvanecían a medida que pasaban las noches. ¿Dónde habían quedado sus sueños de ser besada, pelear o estar en desacuerdo? Nada de eso pasaba y no solo se refería al marqués, sino también al resto de caballeros que pululaban a su alrededor como moscas junto al festín. Su cuñado, Foster, actuaba como un gran depredador de insectos con su eficaz método de descarte: una lista.

No solo había malos candidatos, de la misma forma, los buenos la rondaban y entre ellos el más resaltante era el marqués que cumplía con casi todos sus requerimientos. Los duques no le habían sido indiferentes, pero si quería ser madrastra de alguien de su misma edad se arrojaría a los brazos de algunos, pero como ella no estaba desesperada por casarse, descartó a los viudos con grandes títulos.

Todos sus análisis daban como ganador al marqués de Lorne: atractivo, con vestigios de inteligencia, adinerado y bien posicionado en la sociedad.

—¿Qué anota en esa libreta, milady? —preguntó Helen con curiosidad.

—Títulos de caballeros con los que he bailado.

—Ya veo que se parece a la libreta de su cuñado. Tiene un montón de nombres tachados.

La joven cerró la libreta y arrugó el ceño.

—Dios no bendice a las metiches, Helen...

—Eso significa que tampoco la bendicirá a usted. Le recuerdo...

—Silencio. Los patos no les disparan a las escopetas. ¿Qué hace mi hermano?

—Está reunido con el duque de Salisbury. Creo que él se retirará a su casa del campo.

—¿Estuviste oyendo?

—Estuvimos. La señorita Harting no es corta ni perezosa, ya sabe que ella se casa mañana y se irá un par de días, pero debe retornar para cuando usted se comprometa.

—¿Entonces tengo que entender que ella me abandonará ahora?

—Los ha invitado a su boda. No solo usted perderá a su institutriz, lord Nottingham perderá a su ayuda de cámara. Será un matrimonio difícil, ya que siempre estarán separados por el trabajo.

—Eso no es cierto. Sabemos que solo estarán separados cuando mi cuñado vaya a su propiedad rural, pero casi siempre estarán en Londres. Además, Spencer ha sido generoso para agrandar un poco la casa y darles una habitación más grande a ellos.

—No sé cuánto tiempo durará eso, pero cuando ella decida tener un bebé...

—Ni digas esa palabra en esta casa, Spencer puede tener un soponcio. Bien, iré a saludarlos un rato. —Eugenia cogió su libreta y fue hacia el pasillo.

—Será usted quien le dará el soponcio a su hermano —dijo la doncella que la seguía por los escondrijos de la casa.

Ella caminaba a paso seguro, ya no había más que deliberar, su decisión estaba tomada. Dejaría ir a la señorita Harting con tranquilidad para que fuera feliz esos pocos días que tendría libre después de muchos años.

Cuando Eugenia se colocó frente a la puerta del despacho, alzó el mentón con seguridad. Lo

que diría debía ser de gran satisfacción para la familia. Al momento de golpear la puerta, escuchó que las risas de los dos se desvanecían con lentitud.

—Adelante... —expresó la voz de su hermano.

Eso fue suficiente para que ella abriera la puerta y se adentrara en la estancia.

Albert la miró y le sonrió. Él tenía una copa de brandi en la mano, al igual que Spencer, los dos se estaban divirtiendo mucho.

—Aquí está la joya de la familia Fane... —saludó su cuñado que se levantó del cómodo sillón que ocupaba para ir y dejarle un beso en la frente.

—Hueles a brandi —reprochó la joven.

—¿Y a qué quieres que huela si bebo brandi? ¿La pequeña arpía está malhumorada?

—No, pero es muy temprano para beber.

—¿Solo has venido a cuestionar a dos adultos con familias bien constituidas? Me parece insolente de tu parte que nos critiques —alegó Spencer, que dejó a un lado su cigarro.

—No le diré a nadie que estaban fumando, pero tu médico estaría muy decepcionado que un caballero de tu edad sostuviera tal vicio con tus antecedentes familiares.

—¿Mis antecedentes familiares? Esos se llaman: Kitty, Meredith, Fanny, Rose y tú, por supuesto, Eugenia. Esos son mis antecedentes, las precursoras de mi mala salud.

—¿Qué traes en esa libreta? ¿Se la quitaste a Foster? —se burló Albert al ver que ella estrujaba aquello contra su pecho.

—Les diré que aquí están los candidatos a esposo, pero me he decidido por uno...

—No puedes decidirte por uno. Ese hombre debe pedir tu mano —aclaró Spencer.

—Eso no se ajusta a lo que deseo. Quiero a un caballero en particular para mi esposo y ustedes lo van a conseguir para mí.

Spencer y Albert se miraron antes de estallar en risas burlescas sobre las intenciones de Eugenia.

—Creo que la señorita Harting no te enseñó cómo es el mercado matrimonial, Eugenia —reprochó su hermano.

—Sé perfectamente cómo funciona, pero yo soy distinta a todo el mercado matrimonial. Si no es ese hombre, no me casaré. Tiene buena posición, es atractivo y considero que se adaptará a la familia. Si ustedes no hacen lo que pido, los avergonzaré con mi soltería y echaré a perder el matrimonio de todas mis sobrinas, empezando por Augusta.

El duque se cubrió los ojos con los dedos. Cuando Eugenia entraba en necesidad no había forma de sacarla de eso con facilidad, al menos que cumplieran con sus pedidos.

—¿Qué crees? ¿Que somos tus rehenes? —increpó Spencer que comenzaba a enfadarse.

—No, pero me gusta hablar con la verdad. Dejaré sentada mi posición. Les estoy dando la solución para que dejen de agonizar en el fango. Escogí a alguien que no se negará si ustedes conversan con él.

—No puedes andar por la vida señalando todo lo deseas. Por gusto quiero escuchar de quién se trata. ¿Quién es el desafortunado?

—El marqués de Lorne. Como les dije, si ustedes conversan con él, tendremos un compromiso pronto. Él estará de acuerdo.

—Deja que intente entenderte, Eugenia. ¿Quieres que lo obliguemos a aceptarte? —cuestionó su cuñado.

—Si para ustedes obligar es sinónimo de conversar, no tengo inconveniente. Considero que solo debería tratarse como un asunto de convencimiento sobre que yo soy su mejor opción entre

todas.

—Estás lejos de ser en realidad una excelente opción —refirió su hermano.

—Quiero ser marquesa, ¿es difícil de entender? Ustedes pueden negociar lo que sea. Pongan todo a su disposición para conseguirlo, es todo lo que tengo que decirles. Después sabré si consideran adecuado tenerme aquí soltera por siempre. —Eugenia dejó su libreta y después salió del despacho dejando a su espalda el aroma de su perfume.

Spencer y Albert volvieron a observarse confundidos.

—No obligaremos a nadie, ¿cierto? —inquirió lord Nottingham.

—Este asunto puede perjudicar a Augusta. Sabes que, además, Eugenia tiene gran influencia sobre ella, tanta que quizá pudiera envenenarla contra el matrimonio.

—Misericordia... —pronunció Spencer.

—No perdemos nada con intentarlo, salvo nuestra decencia.

—No me extraña. Las mujeres de esta familia usan la decencia y el buen nombre para limpiar los oídos. Mi padre es el culpable de esto, es el único... No, no es cierto... ¡Tú también eres culpable! —Lo señaló Spencer.

—¿Culpable? ¿De qué!

—¿De qué? Todavía lo preguntas como si fueras un incordio. Es evidente que Eugenia ha adquirido malas mañas porque tú la consientes. Las has convertido en un verdadero monstruo.

—Tú no haces caso a tus hermanas. Si hubieras hecho un buen trabajo, ella te respetaría, pero preferiste darle toda tu atención a Rose.

—No es del todo cierto, siempre me he preocupado por Eugenia... No imagino mi vida sin ella. ¿Quién más es capaz de poner a miembros de una familia en contra de otros? Es la única divertida de esta casa. Debemos evitar pelear entre nosotros por su causa. Sabe a la perfección que, si divide, vencerá.

—De todas maneras, hay que hacer lo que pide. Tu bien y el mío dependen de una niña caprichosa y celosa. Nada bueno puede salir de eso.

—Entonces no queda más que tocar a la puerta de alguien y pedirle de corazón que se la lleve, que sea el valiente caballero.

—Todo un mártir...

—No hagas que sienta lástima por él. Nosotros somos más importantes. —Spencer levantó su copa para brindar con Albert a lo lejos.

El duque correspondió al gesto de su cuñado. Después de una corta ronda de acusaciones habían logrado llegar a un acuerdo conveniente. No había nada que perder y tal vez existía algo que ganar.

Eugenia se había quedado a escuchar en el pasillo. Tenía la oreja pegada a la puerta.

—¿Cómo se atrevió a hacer algo semejante, lady Eugenia? —cuestionó la señorita Harting que estaba pegada en el sitio al igual que la doncella.

—¡Qué susto me ha pegado, señorita Harting! —exclamó al percatarse de su presencia—. No debería estar escuchando...

—Usted tampoco. No se cansa de avergonzar a su familia. No le importa lo que digan los demás.

—No. Me importa con quién me casaré. Quiero a ese marqués y lo tendré.

—¿Por qué lo quiere tanto? —interrogó la institutriz.

—Porque es un marqués y yo quiero ser marquesa. ¿Qué más puedo decir? Hablo con la verdad. Puedo ser maleducada, virulenta, víbora, arpía despiadada, tramposa, arrogante,

caprichosa, pero mentirosa no.

—No estoy en contra de que quiera estatus, milady.

—Puede cuestionar mis métodos, señorita Harting, pero no los resultados. Admítalo, soy mejor que sus dos pupilas favoritas.

—No tengo pupilas favoritas, milady.

—¿No? Las dos duquesas son su orgullo. Usted sale a la calle y todos quieren tener a la exitosa institutriz de la familia Fane. Entre mis defectos no encontrará que soy tonta.

—Lo que dice es una tontería.

—¿Acaso no le dijo a Spencer sobre la cantidad de ofertas de trabajo que ha recibido al salir a la calle? Debería hacerlo para cobrarle más por educar a su familia. Pronto presumirá a una marquesa y espero que lo haga por todo lo alto como el resto de mis hermanas. No es envidia, señorita Harting, es igualdad para sus pupilas... Haga el favor de presumir también a las condesas que ha logrado formar.

La joven se retiró hacia su habitación y Helen, la doncella, iba tras ella con una risita burlona.

—No pensé que le hablaría de esa manera a la señorita Harting. Lo ha hecho muy bien, pero no le ha dicho que quiera ser marquesa porque está obsesionada con el marqués de Asthon.

—He superado esa etapa de mi vida con gran éxito. Se lo he confesado a su señoría y lo ha tomado muy bien, aunque yo no tanto. Él solo me ha visto como la hermana que no tuvo... —
contó con cierta tristeza.

—No sé qué esperaba, la conoció con cinco años y él ya era un hombre muy maduro.

—Lo sé. Para mí era el ideal de caballero. Quería alguien como él: ingenioso, atractivo, inteligente, amable y sentimental. Sin embargo, sé que eso ya no lo conseguiré. Entonces, a veces hay que conformarse con lo mejor de lo peor.

—No si usted quiere a ese marqués de Lorne o lo odia.

—Por supuesto que no lo odio, solo que es como cualquier persona. No me emociona. Siento más emoción cuando veo a mi gato, pero no creo que nada que una buena cantidad de joyas y vestidos no puedan solucionar.

—Tendrá una vida muy vacía, milady. Es mejor que se case con alguien que le agrade por más que sea un conde. Será más feliz.

—La felicidad la determina cada uno. Puedo ser feliz con un rico o con un pobre de acuerdo a mis intereses, aunque prefiero no conocer a alguien de pocos recursos, tengo miedo de enamorarme. Las mujeres tendemos a lo inconveniente y yo prefiero evitar esos conflictos absurdos. La vida ya tiene sus complicaciones para tomar otras más.

—Su hermano estaría orgulloso si la oyera hablar así y no como le habla.

—Él podría ser un hermano cariñoso, pero solo prefiere ser un guardián del supuesto tesoro...
¡Bah! Ni viene al caso recordar eso.

Capítulo 7

Eugenia había conseguido su objetivo de que Spencer y Albert conversaran con el marqués. El paso estaba dado hacia la consecución del objetivo. Si ellos eran inteligentes, pronto tendría un compromiso arreglado.

Lord Nottingham y el duque de Salisbury se dirigían a la residencia del marqués de Lorne. Los dos trataban de ponerse de acuerdo sobre cómo iban a encarar la situación para no dejar en mala posición a Eugenia, pues Spencer consideraba que el hombre en cuestión diría que su hermana era una demente desquiciada. Tampoco le sorprendería que lo dijera, ya que él pensaba eso de Eugenia.

—No debí recoger ese gato de la calle —pronunció Spencer al llegar frente a la casa del marqués.

—¿Te refieres al gato Clauss? ¿Qué relación tiene con esto que haremos? —cuestionó su cuñado.

—Pienso que debí regalarle un pájaro. Tal vez ese animal tan engreído afectara a Eugenia.

—Créeme que el gato no tiene nada que ver. Es una suerte que no consiguieras una de esas aves que repiten cosas. Sería como tener un arma en la casa.

—Debí deshacerme de Eugenia, buscar una tía que quisiera tenerla.

—Lord Sharp se ofreció a criarla y despreciaste tan generosa oferta. No es momento de arrepentirse.

—Ella hubiera matado a lord Sharp. Es un anciano religioso que no se anima a pedirle matrimonio a tu madre.

—Han estado muchos años en esa condición y espero que así sigan, siendo buenos amigos.

—Ellos no son amigos y tú lo sabes.

—Es indecente pensar algo malo de una mujer como mi madre, que es casi una santa.

—No me opondré a que veas solo lo que quieres ver.

El conde golpeó la puerta y esperó unos minutos a que alguien abriera la puerta.

Un criado entreabrió la abertura de la entrada y encontró a dos hombres muy elegantes.

—¿En qué puedo servirles, caballeros? —indagó el sirviente.

—¿Se encuentra el marqués de Lorne? —preguntó lord Nottingham.

—¿A quiénes anunciaré?

Spencer entregó dos tarjetas: la suya y la de Albert.

—Pasen a la recepción —dijo el sirviente que fue caminando hacia el recibidor e indicó unos asientos—. Siéntense, por favor. Regreso en un momento...

El mayordomo fue hacia el salón de la enorme residencia del marqués y buscó a su patrón. Este descendía de las escaleras a la vez que se arreglaba las prendas.

—Buenas tardes, su señoría. Han venido dos caballeros a verlo —comunicó.

—¿Y quiénes son? —indagó Henry.

—Son el duque de Salisbury y el conde Nottingham. —El criado entregó las tarjetas al dueño de casa.

—¿Y mi tía?

—Ha ido a una tarde de té en casa de una amiga, al menos es lo que ha dicho.

—Que pasen al salón, si ella no está, no hará falta tanta privacidad.

—Sí, señorita.

El hombre del servicio regresó junto a los visitantes e indicó que ambos pasaran al salón.

—Es un placer saludarlos, aunque admito que es algo que me tiene muy sorprendido —habló Henry con sinceridad—. Jacob, sirve algo de beber a los caballeros...

—Sí, señorita.

—También es un placer para nosotros que nos reciba de buen grado —replicó Spencer.

—Tomen asiento. Estoy a vuestra disposición.

—Nos alegra saber que está predispuesto —musitó Albert, burlón—. Le cedo la palabra a mi cuñado.

Henry tenía un gran signo de interrogación en la cabeza, deseaba saber qué llevaba a esos hombres a visitarlo de manera inesperada.

—Lo que nos trae aquí, su señorita, es conversar con usted sobre Eugenia.

El marqués se sonrojó al instante al escuchar el nombre de ella. Esa mujer sabía cómo hacer para que todos los colores subieran a su rostro, desde el rojo escándalo hasta la palidez de la sorpresa. Ella era un pequeño artefacto de maldad.

—¿Sobre milady...? Hmm...

—Sí, sobre ella y un supuesto interés suyo en mi hermana.

A Henry se le nublaba la vista. Eugenia era de temer. Podría ser devorado de un bocado por ella y estaba sintiendo eso en aquel momento.

—Su hermana es una dama hermosa, inteligente y ejemplar... —Se había quedado sin palabras para describirla. No podía decirle que era una bella sinvergüenza y acaparadora.

—Qué bueno es escuchar que se refiera a ella de esa manera. Es muy educado. Quisiera comentarle lo que incluye la dote por si se encuentra dentro de su interés. Le confieso que, para mi sorpresa, la de mi cuñado y ahora que será la suya, Eugenia ha dicho que desea casarse con usted. Mi intención no es obligarlo y mucho menos presionarlo a algo que quizá no desee.

El panorama para Henry se tornaba cada vez más sombrío. Ni siquiera tenía a su tía para darle apoyo. Estaba solo frente a dos hombres importantes a los cuales decirles que no, podría ser un pecado que le costaría caro, aunque si su tía estaba ahí, tal vez ya hubiera aceptado esa propuesta con tal de verlo casado.

—Su hermana es muy agradable, milord, pero ¿está seguro de lo que está diciendo? Le pregunto para que no queden dudas de que es su voluntad.

—Absolutamente, es voluntad de mi hermana. Mi objetivo en la vida es casarlas a todas con quién deberían. Sé que es poco convencional esto que hacemos. Al igual que a Albert, esa idea de que ella escogiera era algo descabellado hasta que dijo que usted no se negaría, por lo que presumo que es un asunto conversado.

Por dentro estaba muerto. Se sentía abochornado por lo que ocurría. Nunca pensó que alguien se obsesionaría con él. Desde que conversaron la primera vez, él creyó que ella no lo escogería, puesto que no coincidían en una sola idea. Para Eugenia, todo lo que él pensaba era simple e inútil. Era bella, divertida, ingeniosa, pero le asustaba porque no estaba acostumbrado a que se lo llevaran por delante.

—Sí, milady y yo hemos conversado mucho en estas noches en las que coincidimos en los bailes...

Albert frunció el ceño. Percibía que el marqués dudaba de lo que deseaba en realidad. Sus gestos, el color de su rostro y sus ojos casi desorbitados, no hablaban de algo conversado. ¿Qué deseaba Eugenia en realidad?

—Entonces le interesa lo que le citaré a continuación...

El conde de Nottingham contó la cantidad de dinero, propiedades, joyas y otras valiosas adquisiciones que estarían en su bolsillo si él accedía a lo que Eugenia quería. A Henry le dejaba anonadado la cantidad de cosas con las que lord Nottingham intentaba comprarlo. Su patrimonio crecería mucho con tan jugoso ofrecimiento. Eso lo hacía vacilar sobre ser usado como escoba o tener más dinero gracias a quien lo usaría para barrer el piso. No sabía si podría doblegar el espíritu de Eugenia alguna vez, ella parecía inflexible.

Tanto Spencer como Albert esperaban escuchar alguna cosa de la boca del marqués. Aquel permanecía pensativo.

—No sé si hace falta que mencione que somos una familia influyente y que podríamos hacer negocios juntos... —siguió Spencer para convencer al vacilante caballero para que aceptara de una vez.

—Estoy encantado con la idea de casarme con su hermana —respondió, dejando de lado sus cavilaciones para escuchar lo que realmente importaba: el dinero, la influencia y un heredero para el título. Él estaba siendo bendecido en ese momento.

El duque de Salisbury miró a Spencer y este asintió.

—Entonces podemos decir que le otorgo la mano de mi hermana. Hay que hacer un anuncio oficial en una cena.

—Podríamos hacerla aquí...

—Preferiría que fuera en mi casa, tengo una mesa familiar extensa con un lugar preparado para mi próximo cuñado.

—Mi tía estará tan feliz y complacida cuando se lo cuente. No podrá creerlo... Ella deseaba emparentar con ustedes hace un par de temporadas con su otra hermana, con Rose.

—Gracias a Dios, mis hermanas gozan de gracia y belleza. Usted se llevará a la última. Es afortunado.

—Las oportunidades como estás son imposibles de rechazar.

—Sea bienvenido a la familia. —Spencer estrechó la mano con la de Henry y Albert realizó esa misma acción.

Los tres caballeros conversaron sobre lo que sería la cena de compromiso entre su hermana y el marqués, al igual que acordaron un buen anillo para Eugenia, ya que tenía gustos muy extravagantes.

Una vez que sus visitas se fueron, Henry pudo pensar con claridad. ¿Qué había hecho? Estaba entusiasmado por algo que no era con exactitud ser el títere de una jovencita caprichosa. Lo que le entusiasmaba era lo que venía detrás.

—He vuelto, Henry, ¿quiénes estaban saliendo de aquí? —indagó la tía del marqués.

—Tía Elizabeth, acaban de irse lord Nottingham y el duque de Salisbury.

—Oh, ¿no estarás jugando con el corazón débil de tu querida tía?

—No, por supuesto que no. Ha ocurrido algo insólito. La suerte ha tocado la puerta de esta casa.

—Sigues ilusionándome y no dices lo importante...

—Estoy comprometido con lady Eugenia Fane, tía. He conseguido lo que esperaba. La otra era casi idéntica a milady.

—Oh, ¡qué afortunado eres, Henry! Tendrás hermosos hijos y una mayor fortuna. Todos sabemos que casarse con una de ellas es un tesoro.

—Usted no alcanza a imaginar qué tesoro. Ahora necesito comprar un anillo extravagante

para ella. Me han dicho que es algo excéntrica con las joyas.

—No es para menos. Es la malcriada, la última... Quizá sea un problema, pero sé que tú sabrás manejarlo. Puedes escoger cualquiera de mis anillos, alguno puede ser de lo que buscas, ahí hay cierta extravagancia.

—Pero son tuyas, tía...

—Querido, estás equivocado. Puedes disponer de todo lo que gustes. No uso muchas joyas a mi edad. Además, pocas sortijas son las que todavía entran en mis dedos por tantos años y las enfermedades. Si quieres te ayudo a escoger qué darle.

—Agradecería mucho esa ayuda.

—Me seguirás contando más sobre cómo ocurrieron las cosas. Deseo saberlo y pronto presumir de eso ante mis amistades.

—No puedo dejar de contárselo. Sabía que este compromiso la complacería mucho. Mañana cenaremos en casa de lord Nottingham para que esto sea algo oficial.

—¿Por qué no hacemos la cena aquí?

—Lord Nottingham ha sugerido que su comedor es más amplio que el mío. Ellos son una multitud de gente. Será difícil adaptarnos con rapidez, pero lo conseguiremos.

—No hay que temer. Es solo una familia numerosa y unida. Ven, te enseñaré las joyas...

Eugenia practicaba una pieza en el pianoforte. No tenía a nadie que la escuchara, la señorita Harting estaba siendo asediada por Victoria y la doncella. Faltaba poco para su matrimonio y ella todavía no sabía si le daría una sorpresa. De un momento a otro se le ocurrió tomar la iniciativa e ir a la casa del marqués a proponerle matrimonio, pero eso sería humillante para su posición. Ya había dado el paso, dependía de su hermano y de su cuñado lograr que ese hombre la aceptara sin mayor inconveniente.

—Tocas muy bien hasta con el mentón —musitó Kitty, su hermana.

—No te oí llegar —comentó Eugenia prestándole atención a Kitty—. Si vienes a buscar a Albert, él salió con Spencer para hacer una diligencia importante.

—¿Una diligencia?

—Sí, han ido a convencer al marqués de Lorne para que se case conmigo. Me aburrí en esta temporada y él es lo mejor que encontré.

—La temporada apenas inicia, Eugenia. Me parece que esto es muy precipitado.

—Escucha, Kitty. El amor no me llegará en una persecución a caballo, ni será mi cojín para caer, tampoco estará escondido en un castillo lúgubre y mucho menos me secuestrará. Estoy cansada de este trajinar. Durante toda mi corta vida he oído la palabra matrimonio más veces de las que he dicho «padre». Solo quiero deshacerme de esta obligación y ver qué viene después.

—Te estás apresurado, aunque un marqués no es una mala opción, es muy buena. Pensé que...

—¿Todas nos casaríamos por amor? Hay excepciones a la regla. Antes de casarme quiero ir a Gloucestershire, estar en la cabaña, cazar animales, nadar. Después ya no seré la niña a la que le dieron mucha libertad. Seré una mujer casada y tal vez deba prescindir de muchas cosas. Su señoría es un poco obtuso en cuanto a las habilidades de una dama para las actividades masculinas.

—¿Y después de saber que puede cortarte las alas, aún sigues queriendo casarte con él?

—Yo le cortaré las alas primero, pero cuando quiera paz, tendré que ceder en algo. Es el poder de negociar.

Capítulo 8

Mientras ella conversaba con su hermana, Spencer y Albert habían regresado a la residencia. Cuando Eugenia los vio llegar, dejó de lado el pianoforte para prestarles atención a ellos.

—Al menos deberías enviar una carta a tu casa, Albert. Tu madre y yo estábamos preocupadas por ti. Sales en la mañana y no regresas... —reprochó Kitty.

—No me ha dado tiempo. Imagino que Eugenia te ha dicho de qué va el asunto. Tuve que acompañar a Spencer, pues la insensatez hizo que ella amenazara el futuro de Augusta.

Los ojos furiosos de Kitty se fijaron en Eugenia, y esta retrocedió unos pasos.

—Tal vez Albert esté exagerando un poco, Kitty —musitó Eugenia nerviosa.

—Te haré la vida imposible si llegas a mencionar de nuevo a Augusta. Te lavaré la boca, pero con fuego.

—Kitty, no exageres —pidió su esposo.

—¿Pretendes que no le diga nada a esta malcriada? Deja de defenderla, es un monstruo.

—Sabemos que ella es un monstruo, Kitty, pero no lograremos nada repartiendo acusaciones —alegó su hermano.

—Gracias por defenderme, Spencer —farfulló Eugenia con sarcasmo—. ¿Y cómo les ha ido? Quiero saber si mi motivación para que ustedes hicieran algo ha resultado.

—Ha resultado, el marqués de Lorne está encantado con la idea de contraer matrimonio contigo. Avisaremos a toda la familia que mañana por la noche se hará oficial el compromiso.

Eugenia había quedado paralizada, aunque sonriente. Por un lado, le sorprendía que lograra su cometido y por otro, estaba incrédula con lo que había ocurrido. Sabía que ella era conveniente y también que su hermano movería lo que fuera por no tenerla más tiempo en casa.

—¿Lo ves, Kitty? Soy la única que no le ha dado problemas a Spencer, solo soluciones. ¿No van a felicitarme? Espero que estés muy arrepentido de haberme tenido en mal concepto por tantos años, querido hermano. El único que ha confiado en mí es Albert. Si me disculpan, iré a darle la buena nueva a la señorita Harting, quiero que vaya a descansar muy feliz con este regalo.

La joven dejó al resto de su familia en el salón y ella se retiró hacia los aposentos de la institutriz. Abrió la puerta y encontró a Victoria hurgando en el armario de la señorita Harting.

—Señorita Harting... —habló Eugenia.

—¿Qué ocurre, milady? Ha dejado el pianoforte de manera intempestiva. La estaba escuchando desde aquí.

—Este es perfecto para mañana, señorita Harting. La boda es el día más importante de una mujer —musitó Victoria que extendió un vestido que estaba casi escondido. Helen, la doncella, asentía dándole el visto bueno para que se pusiera aquel que sugería la dueña de la casa.

—Estoy de acuerdo, milady. Debo alistarlo un poco.

—No se preocupe por eso, señorita Harting, yo lo haré y prepararé sus baúles para que pueda estar tranquila —se ofreció Helen.

—Y yo, señorita Harting, vengo a darle su regalo, lo que sería la mermelada sobre la mantequilla en el scon. —Eugenia dio unos pasos más para adentrarse en la habitación—. Mi querida institutriz, estoy comprometida con el marqués de Lorne. Puede usted irse en paz, puesto que ha cumplido con su cometido en esta casa, y su última pupila será marquesa. Debería sentirse orgullosa de sus logros.

—Por nada del mundo pensé que resultaría su táctica. Debo admitir que siempre ha tenido más vivacidad que el resto de sus hermanas. Era más floja, pero siempre encontraba la manera rápida para librarse de sus lecciones. Nunca le hizo falta ser demasiado inteligente, nació hábil —la felicitó la señorita Harting.

—Enhorabuena, Eugenia. Un matrimonio es lo mejor que le puede ocurrir a una dama. — Victoria se acercó a Eugenia y la abrazó.

—Un matrimonio con alguien que no se parece en nada a mi hermano sí puede ser algo bueno, Victoria. Debiste ser duquesa.

—Nunca hubiera sido tan feliz como lo soy.

—Con el drama que Spencer tiene en todo el cuerpo, ¿crees que eres feliz? Eres una mártir, junto a la señorita Harting.

—Dices tonterías. Me alegro mucho por ti, Eugenia, aunque...

—Aunque nada, Victoria. Sé lo que me dirás sobre el sentimiento, el amor y... bla, bla, bla. Te aseguro que terminaré adorando a este marqués, por más que me parezca poco dado a las emociones de la vida y la libertad práctica de las mujeres. Él cree que lo necesitaré para todo. Lo único que necesito para vivir tranquila es dinero y no un hombre.

—Necesita a su gato, milady —opinó Helen.

—Por supuesto. Él es el único caballero que me comprende. Iré a contarle la buena nueva.

Ella sonrió a las mujeres que le acompañaban antes de salir de la habitación, pero tan pronto como salió, su sonrisa se desvaneció. Estaba feliz, mas se sentía vacía por dentro, como si algo le faltará, algo que nunca tuvo.

Sin el mismo ánimo que antes, entró a su aposento y encontró a su gato plácidamente dormido.

—Debí ser un gato en la otra vida.

Se acercó a él y le acarició el ancho estómago y después comenzó a perderse en sus cavilaciones. Debía pensar en que su vida cambiaría desde ese día. Sería la envidia de las demás debutantes, con quien aún no lograba entablar buenas relaciones por cuestiones de competitividad. El mercado matrimonial y la presión no las dejaba ser amigas unas con otras y más cuando una era muy hermosa. Eugenia estaba consciente de su belleza y de la preferencia de los caballeros hacia su jovialidad y atractivo.

Todo lo que ocurría era bueno, pero Eugenia seguía creyendo que algo andaba mal con ella y con nadie más. Era una persona optimista que creía que su decisión era correcta y que sería feliz en un futuro cercano. Pronto acordarían una fecha de matrimonio y no le quedaba más que aceptar todo y ser la misma Eugenia de siempre, salvo que con un título que le decía al resto que era casada, rica e importante. Era lo que se esperaba para una dama de su clase y de su linaje.

Al día siguiente por la mañana, toda la familia asistió al matrimonio de la señorita Harting con Calvin, el ayuda de cámara de Spencer.

La familia les había dado muchos obsequios para que tuvieran un par de días de tranquilidad. De hecho, los dos podrían gozar de un buen retiro, pero amaban trabajar con la familia. Estaban acostumbrados al ritmo que imponían las constantes movidas y cambios. Para ellos no sería un problema que no vivirían en la misma casa.

Mientras Eugenia veía que la señorita aceptaba a Calvin con ilusión en su mirada, ella se

sentía ajena a eso. ¿Sería posible que alguna vez sus ojos miraran al marqués con admiración o afecto? En ocasiones, temía por no ser feliz, pero sería peor ser soltera. A medida que daba vuelta su cabeza hacia su derecha o su izquierda, encontraba a una feliz pareja recordando su pasada. Ella había asistido a todos los matrimonios y distinguió en cada uno de ellos un destello en la mirada de los recién casados. Eran felices hasta ese día y Eugenia sentía cierta carga mental al considerar que quizá ella no fuera tan afortunada.

Despidieron a los recién casados en el atrio, y al ver que la señorita Harting se iba despidiendo de todos, a Eugenia le picaban los ojos, quería llorar porque parte de su infancia se desvanecía frente a ella. Los cambios eran difíciles de afrontar para Eugenia. Sus hermanas quizá tuvieron más problemas en el pasado cuando perdieron a su padre; sin embargo, a ella le estaba costando más el presente.

—Si te hace bien llorar, deberías hacerlo —aconsejó Albert que se colocó detrás de Eugenia.

—¿Llorar por la ingrata señorita Harting? No lo creo.

—Se te ven los ojos llorosos.

—Solo es un poco de polvo que se ha levantado, nada de tristeza.

—¿Cómo afrontarás esta noche sin el apoyo de la señorita Harting?

—¿Sin ella? Esa institutriz ha dejado su mala semilla en todas sus pupilas. Sus extensas regalias y los ojos acusadores de todos no me dejarán comportarme mal.

—Menos mal que lo entiendes. Lo mejor es que le muestres a tu prometido lo que realmente eres una vez que se casen, de esa manera no puede devolverte. Se quedará anclado a ti sin remedio, sin salida, sin escapatoria.

—Siento que escucho a Spencer. No deberías sentarte a su lado tanto tiempo, perderás tu encanto y te convertirás en un ogro con palpitaciones nerviosas frecuentes.

—Lo lamento, a veces me influye mucho. No he tenido tiempo de preguntarte si estás segura de que quieres casarte con él. No te noto entusiasmado y el marqués es un tanto...

—¿Común?

—Mmm... Muy ordinario. Te confesaré que te imaginaba con alguien más vivaz, algo así como un delincuente, contrabandista de bebidas, dueño de una taberna, prestamista, prófugo...

—¿Tan malo es mi futuro en tu mente?

—No me refiero a eso, es algo distinto, es la personalidad... Lo confieso, el marqués me parece tan insípido como la buena reputación de Foster.

—En su caso, la buena reputación es inexistente. Considero que su señoría tiene potencial para ser alguien divertido, al menos cuando supere sus bochornos.

—A tu lado sabrá lo que es un verdadero bochorno.

Eugenia le dedicó una mirada divertida a su cuñado y fue caminando a su lado para retirarse en compañía de los demás. Debían ir a prepararse para lo que sería el gran acontecimiento de la noche.

Por primera vez tenía toda la atención familiar. Sus hermanas daban sus sugerencias de todas las maneras que conocían y también querían escogerle la prenda que ella usaría al igual que las joyas, puesto que Eugenia tenía demasiadas joyas para ser una debutante, cualquiera juraría que poseía más brillantes que una condesa.

—Este collar de diamantes es muy sutil —comentó Meredith que hurgaba en el alhajero de Eugenia.

—¿Y qué se pondrá el gato? Supongo que lo presentarás. El gato Clauss debe irse contigo —le recordó Rose.

—Lo sé. Le pondré un bello diamante a lord Clauss, ya que será parte de la familia del marqués, él será un lord.

—Estoy indecisa entre todo lo que tienes aquí. Hay demasiados vestidos para debutantes. Tú no tenías tantos, Kitty —alegó Fanny.

—No, no tenía porque conmigo Spencer era muy tacaño y nunca me he quejado —replicó Kitty.

—Eugenia tiene una cantidad grosera de lujo. Era evidente que solo a partir de un marqués podrían soportar su nivel de vida —habló Rose que se sentó en la cama para probarle al gato uno de sus collares de diamantes.

—Les recuerdo que este monstruo no se hizo solo, todas ustedes han contribuido a lo que soy y ni hablemos de vuestros esposos.

—Los compraste haciéndote pasar por una niña buena y vivaz, pero terminaste siendo una arpía, una culebra ponzoña —acusó Fanny.

—No es cierto. Tal vez no he sido tan buena en los últimos años, pero también se debe a que he crecido y tengo criterio propio, amplio y distinto al de ustedes. Pueden notar que he conseguido un esposo más rápido que todas.

—No, querida. Meredith consiguió el esposo más rápido —corrigió Kitty.

—Pero yo no he avergonzado a la familia. Ustedes no tienen autoridad moral para juzgarme.

—Me encantaría ser solo Rose Fane para golpearle, Eugenia, pero soy una duquesa y no puedo rebajarme tanto.

—Las tengo sorprendidas. Envidian mi éxito porque yo he decidido quién se casará conmigo.

—¿Cuál éxito? Según tengo entendido, Spencer y Albert lo convencieron con un montón de dinero, que te recuerdo es parte de todas nuestras dotes —agregó Meredith.

—No es mi culpa que todos solo quisieran a tan dulces jovencitas, pero los tontuelos no se dieron cuenta de que les dieron gato por liebre. Con el marqués no será la excepción, en ningún momento lo engañé fingiendo ser alguien que no seré jamás. Lo tengo tan escandalizado, que solo le queda adorarme.

—A veces me asustas, Eugenia, pero tienes razón en muchas cosas. Te criaron diferente y de manera solitaria. Mientras debías jugar en el jardín persiguiendo mariposas, te encerraron con nosotras en una biblioteca y te obligaron a seguir un ritmo que no era tuyo. No podemos cuestionarte nada, cuando las tres hemos sido cómplices del intento de libertad durante la infancia, las rebeliones y la rebeldía. Siempre fuimos criadas para casarnos —razonó Kitty que buscaba explicaciones para el comportamiento de la menor. Los celos, la posesividad, el intento inhumano de ser competitiva no eran normales, Eugenia se hizo grande cuando todavía debía ser una niña.

Capítulo 9

Sus hermanas le escogieron lo que llevaría puesto, y Eugenia debía admitir que ellas tenían buen gusto para vestirse. Las joyas tanto para ella como la de su gato, también aquellas las habían seleccionado.

La imagen que el espejo le devolvía era óptima para causar una buena impresión, aunque consideraba que no era necesario para ella que el marqués se impresionara más con su belleza, pues difícilmente sería más bella de lo que ya era.

Una vez lista, luciendo sus mejores galas, bajó al salón escoltada por sus hermanas para que diera inicio al primer relacionamiento formal entre el marqués y la familia Fane.

—El desafortunado, digo, el afortunado caballero aún no ha llegado —comunicó Foster con un toque de picardía a sus palabras.

—Estoy segura de que a Foster le hubiera gustado ser escogido y no que le cayeran en la cabeza, aunque al final es lo mismo. El marqués no se casará obligado, sino que lo hará motivado por mi belleza y una gran fortuna a mi espalda —musitó Eugenia como réplica a lo que había dicho su cuñado.

A su alrededor no se hicieron esperar las risitas que quisieron ocultar los demás y que eran evidentes.

—Te lo has buscado, Foster. Sabes que Eugenia no se quedará callada. Siempre tiene una réplica, aunque a veces carezca de razón —habló Clifford que era el único en esa casa que intentaba comportarse como alguien serio.

—¿Que no tengo razón? Todavía no hay nadie que pueda ganarme porque siempre tengo razón. Son ustedes los que carecen de sustento, y si en el contado caso de que no la tuviera, de igual manera carecerían de ella por no saber defender sus propios intereses.

—Todos sabemos que Eugenia tiene la razón por más que no la tenga. Salud por eso —dijo el duque de Salisbury que levantó su copa para brindar con el resto. Él comprendía cómo funcionaba la mente de Eugenia y sabía que no había forma de convencerla de nada, era obtusa y querer que pensara diferente, no funcionaba.

Los caballeros levantaron sus copas y bebieron el contenido, mientras que Helen se acercaba a la puerta para abrir, los invitados habían llegado.

Eugenia miró a los demás y todos habían cambiado su semblante, como si quisieran parecer algo diferente a lo que eran en realidad.

Frente a la puerta, Henry esperaba en compañía de su tía. Ambos destilaban elegancia por todos sus poros. Por más que ya estuviera conversado el compromiso, había una imagen que mantener, ya que, si el conde de Nottingham se echaba para atrás en el asunto del matrimonio, él perdería una gran oportunidad de agrandar su riqueza.

—Buenas noches, pasen, por favor —habló Helen que le sonrió al marqués. Ella estaba más entusiasmada que cualquier otra persona en esa casa. Él era un hombre atractivo que no tenía desperdicio.

—Gracias... —correspondió Henry.

—Tienen una casa muy hermosa, ¿no te parece, Henry? —preguntó su tía.

—No me sorprende, tía. Son personas de buen vivir.

—Todavía no puedo dejar de alegrarme por tu buena fortuna, querido.

—Y yo aún no sé si alegrarme o tomar precauciones. Lady Eugenia Fane es una tromba de energía pura.

—Sean bienvenidos —declaró Spencer—. Para nosotros es un gran placer tenerlos entre nosotros.

—Gracias por la invitación, milord...

El marqués comenzó a saludar a la gran multitud de gente en esa casa. Ellos eran una familia numerosa y la casa estaba notablemente preparada para muchas personas. El salón en el que se encontraban era enorme y tenía una gran cantidad de sillones.

Cuando llegó su turno de saludar a Eugenia, cogió su mano y la besó.

—Es un gusto verla, milady.

—El gusto es mío por volver a saludarlo y más aún en esta circunstancia tan ventajosa para todos nosotros —respondió Eugenia ante el saludo del marqués.

—Henry ha traído algo para usted, milady —pronunció la amable tía del caballero.

Él comenzó a hurgar en el bolsillo de su levita hasta que sacó el anillo para enseñarlo.

No solo Eugenia tenía los ojos en esa joya, también sus hermanas y el resto de la familia. Un enorme topacio en el medio, rodeado por pequeños diamantes incrustados. Era un anillo muy ostentoso.

Aquella sortija hizo que Eugenia colocara una sonrisa de satisfacción en el rostro. El marqués estaba a la altura de lo que esperaba para sorprender a su familia. Por fin podía decir que había conseguido lo que deseaba: impresionarlos y dejarlos con el mentón dislocado. Se darían cuenta de que durante años la torturaron con la idea de que no lograría ir bien casada o casarse, pero les demostraba que ella era capaz de forjarse su propio futuro. Tenía la astucia y perseverancia suficientes para hacer frente a cualquiera que intentara desafiar su intelecto.

—Es hermoso... —Pudo articular la joven, que extendió su mano para que él le colocara el anillo.

El caballero entendió a la perfección lo que debía hacer. Con ese anillo que le recomendó su tía Elizabeth, ganaría el favor no solo de la joven, sino de la familia.

—Es lo que usted merece, milady.

Todos alrededor estaban complacidos con lo que veían. Por más que los Fane no estaban tan convencidos de cómo Eugenia había conseguido un prometido. Sabían que entre esa pareja el amor sería algo muy difícil de encontrar. Era evidente que ese sería un simple matrimonio de conveniencia. Esperaban que en algún momento el amor floreciera entre ellos.

—Si me disculpa, señoría, presumiré mi anillo ante mis hermanas... —Ella se alejó de él mordiéndose el labio inferior.

Mientras ellas rodeaban a Eugenia para observar el anillo, Henry y su tía se quedaron junto a lord Nottingham y la esposa de este.

—Olvidaron presentarlo con él —aludió Spencer que señaló el piano. Sobre él reposaba el cuerpo del gato—. Él es Clauss, el gato de Eugenia.

—Ese gato es un poco...

—Gordo. —Terminó de decir la tía de Henry.

—Está repleto de belleza —manifestó Albert, pues eso siempre decía Eugenia cada vez que alguien cuestionaba la silueta de su mascota. Ella lo defendía con garras y dientes.

Después de reprochar a su familia y presumir el bello presente de compromiso, pasaron al comedor en donde se sirvió la cena.

Los caballeros conversaban entre ellos y la tía del marqués hablaba con lord Sharp y la

duquesa viuda de Salisbury.

Eugenia cruzaba palabras con sus hermanas de manera excepcional y también interrumpía algunas conversaciones en las que no estaba de acuerdo, pero la mayor parte del tiempo miraba el anillo y se sumergía en sus cavilaciones.

Al acabar la cena, al fin le habían dejado un poco de tiempo para que ella y su prometido pudieran dar unas vueltas por el salón ante los ojos de los demás.

—Me ha sorprendido su interés, milady —confesó Henry.

—Y a mí me sorprende que le sorprenda. Consideré que nos entendíamos muy bien para llevar a cabo un matrimonio. Usted y yo somos una gran pareja con mucho dinero. Se hablará mucho de nosotros cuando este compromiso se haga público.

—Comprendo a la perfección lo que dice y lo comparto. No podría haber encontrado mejor dama que usted.

—Lo sabía. Tomé la iniciativa, porque a algunos caballeros les gusta dilatar y dejar a las jóvenes ilusionadas, mientras ellos pescan en otros estanques. Entiendo que pudo existir atrevimiento, pero yo estaba decidida a perseguir mis objetivos.

—Piensa en lo conveniente y eso es muy digno de resaltar. Su hermano y su cuñado se han encargado de hacerme llegar sus justificaciones. Le agradezco por arrebatarme la opción de escoger, ese trabajo me estaba costando mucho.

—¿Lo ve? Lo he ayudado a decidirse a tiempo. Su tía comentó que lleva mucho tiempo diciéndole que se casara.

—Unos tres años en realidad. Mi tía es una mujer muy sincera.

—Lo creo. Sé que cuando alguien repite muchas veces la palabra matrimonio, es porque desea lo mejor para esa persona y también para deshacerse de uno.

—Es probable que sea como usted dice. —Rio Henry. Esa joven no tenía ningún reparo en ser más sincera que su propia tía. Tendría a dos personas diciéndole todo el tiempo lo que debía hacer. Estaba acostumbrado a eso.

—Cuando regrese mi institutriz de su reciente retiro para disfrutar de las mieles del matrimonio, iré a Gloucestershire para pasar unos días ahí y luego regresaré. Es un lugar que me gusta mucho visitar.

—Me parece justo. Mientras usted va a ese lugar, yo estaré arreglando los asuntos que competen al matrimonio. ¿Cuándo le gustaría casarse?

—Al final de la primavera sería lo ideal para mí, todavía la gente se quedaría en Londres. Luego, podríamos retirarnos usted y yo a algunas de sus propiedades para el verano. ¿Tiene alguna con alguna laguna o arroyo? Me encantan las corrientes de agua.

—Tengo un par que quizá le gustarán. Antes de nuestro matrimonio podría invitarlos a visitar cada una de mis propiedades y usted escogerá cuál será nuestra residencia solariega.

—Me parece excelente y muy caballeroso de su parte.

—Si yo escojo el lugar, corro el riesgo de que usted me perfore el hígado con su mirada.

—Me juzga a la ligera, su señoría. No soy tan temible como le pueden hacer creer mis familiares. Mi sencillez es como la de cualquier otra dama de una buena posición. No tengo muchos secretos para ser feliz, ¿y usted tiene secretos?

—No, no los tengo. Vivo en la tranquilidad y comodidad de mi vida.

—Entonces somos dos seres muy sencillos. Nos irá bien juntos, señoría, por fin he encontrado cosas en común entre nosotros.

Días después...

La señorita Harting había regresado, pero solo para emprender el viaje a la residencia del duque de Salisbury en Gloucestershire en donde comenzaría la educación de lady Augusta.

Eugenia había decidido acompañar a la señorita Harting, pues ella ya había planeado eso con antelación. Tanto sus baúles como los de la institutriz estaban listos para partir.

—Debió irse con su cuñado y su hermana, milady —dijo la señorita Harting.

—No me haga pensar que no desea que esté aquí, a su lado, con muchas ganas de saber lo que ha estado haciendo semanas atrás.

—No me refiero a eso. Pudo haber viajado más cómoda. Este carruaje es el más antiguo de lord Nottingham.

—Eso no me importa. He realizado muchos viajes muy hermosos en este coche. Para mí es un gusto subir y recordar viejos tiempos.

La señorita Harting vio que la joven miraba por la ventana con cierta tristeza y añoranza. A ella le resultaba extraño verla de esa manera.

—Le contaré lo mío después de que usted me cuente lo suyo. Ese anillo que lleva en el dedo es muy hermoso, digno de una marquesa —comentó la mujer para que Eugenia no se sintiera perdida. Al terminar de decir eso, notó que ella le sonrió y miró el anillo.

—Es precioso, es lo mínimo que merezco por haberla soportado tantos años, señorita Harting.

—Si se tratara de méritos, yo debería tener una enorme mina de diamantes por tener que estar con ustedes por tantos años. No han sido ángeles como creen.

—Lo sé. Usted es una mártir. En más de dos ocasiones estuvo al borde de la muerte por las tonterías de sus pupilas, pero ¿no cree que soy la excepción a toda regla? No le he dado un solo dolor de cabeza, señorita Harting, merezco algún reconocimiento de su parte. Admítalo, soy la mejor de sus pupilas.

—Puede que consiga más rápido lo que se proponga, pero eso no quita las preocupaciones que me ha dado. Siempre me ha tocado salvarla de caer en las garras de las malas influencias.

—¿La mala influencia de Kitty o de Helen?

—Había demasiadas personas en su casa que podrían ser una mala influencia y el primero de ellos es lord Nottingham, tan impaciente y poco inteligente en los momentos de mayor necesidad y de sus hermanas mejor no hablar, son provocadoras profesionales, usted no podría ser la excepción, vivía entre un montón de malos ejemplos.

—El mal ejemplo estaba en la sangre, y no en otro sitio. Contra eso nadie puede luchar.

—No le quito la razón.

—Mire mi anillo, señorita Harting, es tiempo de que lo aprecie.

—Lo que creo es que debería guardar su anillo. Iremos por un camino que podría ser peligroso.

—Nunca nos ha pasado nada, señorita Harting. Además, tengo mi arma aquí, usted estará a salvo.

Capítulo 10

Randalf se encontraba escondido en el camino de entrada a Gloucestershire. Tuvo que devolver el caballo por falta de dinero. Tom había llevado casi todo lo que tenían en disponibilidad. Él tenía la importante misión de encontrar a su madre para que él pudiera presentarse frente a ella en el futuro.

Se sentía aburrido sin mucho que hacer. Solo estaba ahí bajo el sol, tirado entre la hierba, soñando con una vida que no tenía por culpa de otros.

La noche no era una opción para asaltar a los carruajes, ya que evitaban esa ruta cuando la oscuridad los agarraba. Por eso él también había decidido cambiar su horario para obtener un poco de dinero y joyas, algo que le permitiera tener con qué sostenerse hasta el regreso de Tom.

Desde donde se encontraba, podía distinguir a un carruaje que se acercaba hacia el lugar. No veía que fueran muy protegidos. Solo estaba el cochero y quizá adentro iba una familia.

Se apresuró para colocarse el pañuelo en el rostro y cubrirlo para que nadie lo descubriera.

Sacó su arma y se colocó junto al camino. Disparó un tiro e hizo que los caballos de tiro enloquecieran.

—¡Oh! ¡Qué es ese estruendo! —exclamó la señorita Harting, asustada.

Eugenia tenía el corazón en la garganta. El carruaje se movía de un lado al otro y ella no conseguía pensar con claridad. Su instinto le decía que guardara su anillo, no quería perderlo y tampoco deseaba admitir que la señorita Harting había tenido razón. Con premura, quitó la joya de su dedo y la escondió en su escote.

—Usted es ave de mal agüero, señorita Harting. Tenía razón, debí venir con mi cuñado.

—¡No es momento de pensar en eso! Pueden hacernos daño, milady.

—Eso no pasará, tengo un arma aquí.

—Tengo miedo de que se dispare en el pie.

—Qué falta de fe. En este momento es donde más deberíamos creer. Me avergüenza que no me educara siendo creyente de los milagros.

El carruaje se detuvo y las dos mujeres que estaban dentro se abrazaron deseando pegar un grito agudo. Era cuestión de tiempo para que el bandido abriera la portezuela y cogiera lo valioso que tenían.

Cuando ocurrió lo que ellas pensaban, Eugenia apuntó hacia la humanidad de quien las asaltaría.

Randalf pensó que no tendría resistencia de nadie, pero lo primero que vio al abrir la portezuela era una dama bien arreglada apuntándole a la cabeza.

—Estoy segura de que pensará dos veces antes de exigir que entreguemos algo —dijo Eugenia con suficiencia.

—Suelte el arma antes de dispararse. Las mujeres no están capacitadas para usar una —replicó Randalf burlón.

—No querrá ponerme a prueba. Por su bien y por el nuestro, le sugiero una digna retirada, caballero.

La joven fijó los ojos en la penetrante mirada del asaltante. No podía ver más que eso, aunque su imaginación volaba dándole al hombre un rostro completo. Ella lo imaginaba atractivo y pícaro.

—Si no quiere que mate a su cochero, hará lo que le pido. —Él apuntó al cochero de la familia Fane y después abrió los ojos con intensidad para que ella comprendiera que debería dejar de jugar con armas peligrosas.

—Yo...

El grito más agudo que pudo dar la señorita Harting salió de su boca, interrumpiendo a Eugenia con un susto, lo que hizo que se le escapara un balazo que fue a parar en el cuerpo de Randalf.

Cuando él se dio cuenta de que tenía una herida, soltó el arma y cayó al suelo con los ojos cerrados.

Eugenia se tapó la boca y sollozó. Había matado a alguien.

—¡Señorita Harting, señorita Harting! ¿Ha visto lo que hice? ¡Maté a un hombre, ahora ya no podré dormir en paz y arderé en el infierno por siempre! Pensé que ardería por ser mala hermana, pero lo haré porque soy una sucia asesina. —Eugenia descendió del carruaje y caminó hacia lo que ella creía que era el cadáver. Comenzó a darle un par de puntapiés con la esperanza de que reaccionara—. Despierte, sinvergüenza. No iré al infierno por esto. El diablo querrá cobrarme muchas cosas. Muévase.

Parecía que hacía aquello con crueldad, mas lo que deseaba era tener una luz de esperanza. Quería que ese delincuente sobreviviera.

—¡Auch! —exclamó Randalf desde el suelo. Se tocó la cintura y no sentía que existiera un orificio, probablemente la bala le dio de refilón—. Le dije que las mujeres no juegan con armas.

Ella agachó su figura para mirarlo.

—Nada hubiera ocurrido si su inteligencia no la tuviera como adorno. Le advertí lo que podría ocurrir.

El hombre no dejaba de mirar a la joven de buen escote y gran belleza. Era igual que un ángel, pero uno bastante peligroso.

—Déjelo ahí, milady. Si no sobrevive, se lo comerán los buitres. Usted ha cumplido con saber si estaba bien. Ahora no se irá al infierno —alegó la señorita Harting que todavía seguía muy asustada.

—Caballero, ¿por qué quería robarnos? —cuestionó Eugenia. La pregunta parecía tonta, aunque para ella no lo era.

—Por deporte... No sea hueca, por necesidad. Necesito dinero. Quiero ir a Londres y no tengo a nadie —contó mientras intentaba levantarse—. He regresado de Australia hace un par de días...

—Entonces no es un delincuente.

—¡Milady, por supuesto que lo es si trae un arma! —espetó la institutriz.

—Mmm... Le daré dinero por haberlo herido. Tal vez con eso gane el cielo. ¿No cree, señorita Harting?

—¡Usted decía que no daba problemas, pero ahora mismo está por matarme!

—Señorita Harting, él es un pobre inmigrante que no encontró una manera humilde de ganarse la vida y por eso recurrió a las bajezas del robo. Debió ser tentador desear cosas y conseguirlas de manera fácil...

—Dice tonterías a mansalva, mujer. No he robado por vicios o lujo, yo tengo un fin y lo lograré.

—¿Y cuál es ese fin si se puede saber?

—Recuperar lo que me han robado. Tengo una historia muy convincente que si me da el

dinero que me dice se la contaré...

—Milady, este rufián solo quiere embaucarla —musitó la señorita Harting.

La mente de Eugenia sí consideraba el hecho de que él pudiera engañarla, mas ella esperaba tomar los recaudos necesarios para que eso no ocurriera.

—Hay una forma de solucionar este asunto... Piers, ¿podrías maniatar al caballero? —preguntó ella a su cochero.

El criado miró a la institutriz para que esta refutara la orden de Eugenia; sin embargo, eso no ocurrió.

—Lo haré yo si no lo haces, Piers. Si queremos escuchar al hombre debemos dar un paseo con él.

—¡Un paseo! Esto es escandaloso, lady Eugenia. Usted es una dama y él un...

—Soy un caballero. Nací en cuna de oro —interrumpió Randalf.

—¿Cuna de oro? ¡Ja! No todo lo que se pinta en dorado es de oro, señor —alegó la institutriz —. Milady, no puede subir a este peligroso desconocido a nuestro carruaje. Su hermano morirá y su cuñado no me confiará la seguridad de lady Augusta. ¡Por qué soy tan infortunada!

—Qué mujer más dramática —se quejó Randalf.

—Coincidimos en algo, caballero. Mi antigua institutriz es dramática. Se le han pegado las mañas familiares. Entonces, Piers... —La joven insistió con la mirada para que aquel hiciera lo que ella había ordenado.

El sirviente tuvo que acatar la orden de ella. Buscó una cuerda para maniatar al malhechor y lo peor de todo sería que lo subirían al carruaje.

Una risa sardónica escapó de Randalf y luego suspiró.

—Esto es humillante —se quejó.

—No es por nada, caballero, pero tomaremos nuestros recaudos para estar a salvo. Usted quiso asaltarnos. Yo le he disparado y lo único que espero es que no se muera. No estoy interesada en cargar con un muerto en mi conciencia. Piers, quítale ese pañuelo de la cara, tal vez no respire bien.

Cuando el criado hizo lo que le pidió, ella notó que el asaltante tenía bellas facciones, aunque parecía muy enfadado. Su ceño fruncido no indicaba felicidad y mucho menos conformidad.

—Suba, señorita Harting, él nos entretendrá en el camino con una historia ficticia. Tengo una hermana que se dedica a escribir novelas, tal vez pueda escribir la suya. Le cuento que nos encanta la ficción.

—No es una mentira y se lo demostraré algún día... —Randalf cerró los ojos por la incomodidad en el lugar donde rozó la bala. El sirviente de la exquisita mujer lo subió en el carruaje.

—Milady, él ensuciará el tapizado. Lord Nottingham enloquecerá si lo sabe —advirtió su compañera de viaje.

—Tome esta manta. Lo siento, está maniatado. Se la colocaré yo...

Eugenia acercó su figura a la de Randalf y él tuvo tiempo de apreciarla mejor. No solo era hermosa y un tanto temeraria, sino también tenía un delicioso aroma. Esa mujer tenía clase. Era algo como lo que hubiera escogido si estuviera dentro de sus posibilidades, aunque no faltaba mucho para eso. ¿Sería posible que fuera soltera?

—¿Es usted soltera? —indagó Randalf, pese a su dolor.

—Soltera, pero no para usted —espetó la institutriz.

—Soy soltera aún... —contó Eugenia que se sonrojó al cruzar su mirada con el joven e

incauto asaltante.

—Qué afortunada... —comentó.

—¿Afortunada al ser soltera? Si piensa de esa manera lo mejor es bajarlo del carruaje.

—Por favor, señorita Harting, ¿no le divierte el humor del caballero? A mí me resulta muy refrescante, siga... ¿Por qué soy afortunada?

—Porque todavía hay tiempo para que me acepte a su lado.

—¡Qué insolencia! —La institutriz abrió su abanico y comenzó a soplarle el rostro—. ¿Ha oído la tontería que ha dicho, milady? Qué cómico.

La mujer miró a Eugenia y la notó sonriente, con una expresión pícara como las que tenía cuando estaba dispuesta a poner su casa de cabeza.

—Exagera, señorita Harting. Yo creo que el caballero es adorable, un incansable soñador. Usted tiene muchas ideas, señor...

—Randalf, Randalf Amery.

—Hasta se ha colocado un apellido de la aristocracia. Esto es el colmo. Es un embaucador... —siguió la institutriz.

—Es una alharaca. Cierre la boca. Ella es la que manda y usted quien obedece. Milady, con todo respeto, esta señora; porque de señorita no puede tener más que la primera letra, no respeta su lugar.

La señorita Harting sentía que desfallecía con cada palabra que salía de ese hombre. La impertinencia era un rasgo sobresaliente en él.

—¿Y quién lo dice? ¿Un gran señor delincuente? No me haga reír.

A Eugenia se le escapó una carcajada. Nunca había visto tan enfadada a su institutriz. Era evidente que ella estaba a punto de estallar a causa de las provocaciones de un joven bravucón.

—Esta vez le diré que mi institutriz tiene la razón. Al menos debería tener un poco de vergüenza para hablar de la vergüenza de otros. La señala sin miramientos, pero usted no ve en dónde está parado.

—No me interesa. Sé lo que soy y no lo discutiré, al menos no con alguien que sea inferior a mi rango.

—Entonces, caballero, haga el favor de cerrarnos la boca con su relato. Lo llevaremos a un lugar para curarlo —dijo Eugenia que volvió a sentarse en su lugar.

—Qué pérdida de tiempo. De esto se enterará lord Nottingham, milady. Se lo diré por una carta y la acusaré de colocarse en un peligro innecesario —farfulló la señorita Harting.

—No le haga caso, señor Amery. Cuéntenos. —Ella ignoró lo que le había dicho la mujer y continuó encaprichada con el hombre que las acompañaba. Para ella, Randalf tenía algo que Eugenia no podía describir, pero eso que percibía no era capaz de comprenderlo, solo le agradaba, era tan repulsivo como ella en algunas ocasiones, entre ellos había una unión inexplicable.

—Si la señora me permite, comenzaré a decirle lo que pueda, ya que el dolor, gracias a su poca destreza, no me dejará hacerlo por mucho tiempo. Hace quince años me enviaron a Australia pensando en que moriría por la escarlatina. Mis parientes querían quedarse con mi título y mi dinero, o al menos con mi herencia. Mi padre todavía era portador del título hasta hace unos años en que me enteré de que falleció. Estuve esclavizado durante demasiado tiempo y sin posibilidades de escapar para recuperar mi posición y a mi madre...

Capítulo 11

—Es una historia increíble, señor Amery —alegó Eugenia con sinceridad—. ¿Qué manera tiene de probar quién es usted?

—Apelo a la memoria de mi madre, mis criados y algo que tengo que perteneció a mi padre. Tenía trece años cuando me fui, no he cambiado demasiado, salvo que desconozco lo que me corresponde por haber sido alejado de mi casa. No he tenido la oportunidad de terminar la formación ni de ir a Eton. Es tarde para eso, pero jamás me resignaré a esta vida que no merezco.

—Si quiere que le ayude puede decirme quién está usurpando su título.

—¿No me diga que cree en las mentiras de este charlatán? —cuestionó la señorita Harting.

—No puedo decirlo porque echará a perder la sorpresa que tengo para esas personas, milady. Solo quiero que me ayude a llegar a Londres... —Randalf parecía cansado y se apretaba la herida que le había hecho Eugenia.

—Entonces no quiere ser ayudado porque todo es mentira —razonó la institutriz.

—Yo lo comprendo, señorita Harting. Él necesita demostrar que puede hacerlo. Entonces yo lo apoyaré, señor Amery. Supongo que después aparecerá para agradecer mi ayuda.

—Si me la presta... —Él cerró los ojos antes de quedarse dormido.

Eugenia apreciaba al caballero que luchaba por permanecer despierto. Su historia era poco creíble, pero a la vez algo le decía que le creyera. Además, en algo se parecía a ella, los dos buscaban abrirse camino solos y buscar la aceptación.

—Milady, es momento de dejarlo tirado por ahí. Es un delincuente, probablemente esté ebrio y ahogado en opio. No puede confiar en alguien así —insistió la señorita Harting al ver dormir al hombre.

—Creo que enloquecí, señorita Harting, pero le creo. Le curaré y le daré el dinero que necesita.

—Lo hace porque le encanta llevarle la contraria a todo el mundo. Entienda, milady, esto es peligroso.

—El hombre no es peligroso, es alguien que está un poco equivocado en algunas cosas, mas no veo peligro en él.

—Es alguien sin juicio que anda con un arma asaltando gente y contando historias sacadas de un libro de persecuciones absurdas.

—¿Es capaz de no creer en su historia, señorita Harting?

—Es que a este hombre no puedo creerle nada, le creo más a mis rodillas que a un sinvergüenza. Usted es inteligente, milady, no puede creer semejante invento. Lo mejor que podemos hacer es arrojarlo aquí. Esta clase de alimaña no muere con una herida tan simple, sobrevivirá.

—Me sorprende oírla. Durante años me ha enseñado tantas cosas, pero hoy me doy cuenta de que todo eso era para que yo fuera buena, amable, educada y compasiva solo con los de mi clase. Sus valores están motivados por el clasismo, señorita Harting.

—No es cierto, solo que usted no está siendo razonable.

—No, usted no lo es. Lo herí y me siento culpable por su destino. Puedo ser casquivana, cruel, manipuladora y caprichosa, pero no soy alguien que dejaría tirado a su suerte a alguien con necesidades. Lo llevaremos a mi cabaña, lo cuidaré, le daré el dinero y después se irá. Es todo lo

que puedo hacer por él.

—A su cuñado no le gustará eso. Pegará el grito en el cielo si se entera de que ha metido a un delincuente en su propiedad.

—Se enterará solo si nosotros abrimos la boca. Será algo rápido, ¿cuánto tiempo cree que requiera que él esté bien?

—Nunca estará bien, es un demente.

Pese a las negativas de la institutriz, Eugenia llevó a cabo sus planes. No pensaba dejar a Randalf abandonado y a su suerte. Le pidió al cochero que los llevara a la cabaña para ayudar al hombre. La señorita Harting no dejaba de quejarse por lo que estaban haciendo, pero ella la ignoraba con éxito.

Randalf abrió los ojos y se encontró con un techo desconocido y el aroma dulce de un perfume. Después miró a un costado y encontró a la dama que le había disparado y que lo llevó a su carruaje. Ella entraba por la puerta con unas flores dentro de un florero.

—Señor Amery, ¿cómo se siente? —preguntó acercándose a él.

—Atado —respondió intentando mover sus manos.

—Lo lamento, la señorita Harting tiene sus condiciones para curar a las personas. No se preocupe, sobrevivirá. Le traje unas flores para que le alegren el día. Le dejaré agua y unas bayas para que soporte hasta que regrese mañana.

—¿No me entregará el dinero?

—Todavía no. Primero quiero asegurarme de que estará bien.

—Estaré mejor con dinero en el bolsillo pagando mi hospedaje en el pueblo.

—Estará mejor cuando tome un baño, caballero. Hay un arroyo cerca por si le apetece sacarse la densa capa de mugre del cuerpo. No salga mucho de la cabaña, puede verlo el capataz de mi cuñado y eso sí podría ser peligroso para su humanidad.

—Quiero irme.

—Debe quedarse. Disfrutará de este lugar, se lo aseguro.

—Desátame. ¿No estará pensando en dejarme así, milady?

La joven dejó el florero sobre la mesa y después fue hacia Randalf. A Eugenia le agradaba acercarse a él, pues aquel no disimulaba lo que sentía con respecto a ella. La observaba siempre con el ceño fruncido, de hecho, quizá ni siquiera tuviera otra expresión.

—Prometa que tendrá un buen comportamiento —pidió Eugenia.

—No le prometeré semejante tontería. Si no me encuentra mañana, sabrá que me fui. Usted me aleja de Londres. —Por más que él estuviera molesto, no dejaba de mirar a Eugenia, que tenía la cara de un ángel, pero el alma de un demonio. Era bella y determinada en lo que quería. Ni siquiera sus groserías la habían alejado ni le impidieron hacer lo correcto.

—Señor Amery... le seguiré llamando así hasta que me cuente todo con mayor detalle. Mi institutriz es un poco molesta. Llevo toda mi vida con ella, pero es buena persona.

—No me importa lo que sean ustedes —replicó con brusquedad.

—Conmigo no funcionan las groserías. Si quiere ofenderme tendrá que hacer muchas cosas más, con eso simplemente me quitará una sonrisa y una carcajada por su tontería. Soy inmune a los malos tratos.

—Vaya sorpresa que sigue sin importarme —espetó después de acariciar sus muñecas al ser liberado por ella.

—Descanse. Me llevaré su arma, puede ser peligroso para usted.

—Usted es más peligrosa que mi arma. Váyase.

El día que no tuviera tanta paciencia terminaría golpeando a ese hombre.

—Lo veré mañana, señor Amery. No olvide amanecer de mejor humor. Le traeré algo de comer. —La joven salió de la cabaña y cerró la puerta.

En ese momento, Randalf suspiró y se volvió a recostar en una pequeña cama que tal vez fuera para una persona diminuta, aunque era más cómoda que el lecho de la posada en la que se quedaba. Después echó un vistazo a su alrededor y vio una mesa con dos sillas, un pequeño fogón y muchos utensilios de una cocina cualquiera, además, un juego de té. ¿Quién tenía una cabaña en esas condiciones? El lugar estaba limpio y era notable que todo estaba como nuevo. ¿Por qué la joven lo había llevado ahí?

Pese a la molestia de su herida, él no dejaba de pensar en la persona que se lo había hecho. Lady Eugenia era un pequeño demonio caprichoso, pero con un encanto sin igual. Cómo le resultaba fascinante una dama de un estatus superior al que él tuvo que acostumbrarse si deseaba tener compañía femenina. Ella era distinta a cualquiera y la diferencia nos solo radicaba en la calidad de su perfume, también en su forma de hablar y expresarse. Una mujer tan hermosa e inteligente, ¿sería capaz de creer en su historia y quizá esperarlo unos meses hasta que pudiera establecerse? Sonaba loco y apresurado; sin embargo, Eugenia era fascinante a su manera y no se dejaba apabullar por su malhumor. La dama no tenía culpa de sus desgracias ni amargura, aunque estaba cerca para que él se desquitara y sacara toda esa rabia de su alma. Ese sentimiento de odio que durante años lo había estado envenenando, en ese momento se veía disminuido por su atención hacia una recién aparecida, no tenía sentido.

A Randalf no le quedaba mucho que hacer más que esperar a que Eugenia regresara al día siguiente.

Eugenia, la institutriz y el cochero, continuaban su camino hacia la residencia del duque de Salisbury. Ella sentía que había hecho lo correcto por más que las frases diabólicas de la señorita Harting le decían que mejor lo hubiera abandonado a su suerte. Jamás lo abandonaría por más que su historia no fuera cierta o tal vez poco creíble. Randalf Amery representaba el enigma más atractivo que conocía. Él era la persona que le podría hacer dudar sobre las decisiones más convenientes que había tomado para resguardarse. A eso le llamaba tener miedo a los sentimientos. Uno no podía elegir de quién enamorarse, eso ocurría sin pensarlo, sin desearlo y sin quererlo. Cuando vio el rostro completo de ese hombre sintió una atracción inmediata. Durante los bailes disfrutaba de ver caballeros atractivos, mas con Randalf era más que eso. Era lo que estaba mal en el mundo para todos, aunque para Eugenia cumplía con sus expectativas de un hombre que podría seducirla hasta llevarla a la locura y después que ella se quedara en lo mismo.

—Hemos llegado, milady —avisó el cochero, ya que Eugenia no se había percatado de eso.

—Gracias. Señorita Harting, no quiero que nadie sepa sobre Randalf Amery.

—No puede ocultarle a su cuñado que tiene a un ladrón escondido en la cabaña que él construyó para usted y lady Augusta. Se enfadará cuando lo sepa, y usted ya sabe lo que pasa cuando su excelencia se enfada...

—Lo sé. No dudará en dejarme en la puerta de Spencer y me hablará después de unos tres meses.

—En esta ocasión ameritan al menos seis meses.

—No nos cuesta hacer como que nada ha pasado. Por favor, si me quiere guardará silencio, señorita Harting.

—Es de la peor calaña, milady. Chantajear de esta manera no es correcto, pero con usted no queda otra opción.

Las mujeres bajaron del carruaje. Albert, Kitty y Augusta les esperaban en la entrada.

—Falta alguien que me debería recibir. ¿Dónde está el futuro duque? —preguntó Eugenia refiriéndose al escurridizo Charles.

—Ya lo sabes, ama los caballos —respondió Kitty.

—¡Tía Eugenia! —exclamó Augusta que fue corriendo hacia Eugenia para darle un abrazo.

—¡Augusta! ¿Cuántas diabluras has hecho hoy, querida? —replicó Eugenia correspondiendo al abrazo de su sobrina.

La niña contó con los dedos sin mostrarle un número exacto.

—He perdido la cuenta.

Albert vio a su cuñada y a su hija abrazadas. Ambas se parecían demasiado. Juraba que poca sangre suya corría por las venas de la niña, puesto que sus rasgos eran completamente Fane, como pasaba con casi todas las niñas de la familia.

—Sea bienvenida, señora Smith o señorita Harting, ¿cómo prefiere que la llamemos aquí? —preguntó Kitty a la institutriz.

—Ella es la señorita Harting —espetó Augusta que se alejó de su tía Eugenia.

—Pero ella ya se ha casado, Augusta —dijo Albert para que su hija comprendiera la razón del cambio de nombre.

—Ella es la señorita Harting desde que la conozco y así se quedará. Ya he pensado por dónde empezaremos a estudiar...

—Augusta, la institutriz es quien te dirá lo que estudiarás —farfulló su padre.

La niña cruzó los brazos en señal de enfado. Estaba enfurruñada.

—Eres idéntica a tu madre cuando pones esa cara, Augusta —se burló Eugenia. Kitty estaba pagando su rebeldía con la niña que le había tocado.

—Milady, empezaremos por sus modales que ameritan una corrección de manera urgente —alegó la institutriz.

—No quiero. Vamos a jugar, tía Eugenia —pidió la niña.

—Ella está cansada, Augusta. Eugenia y los demás deben descansar del largo trayecto —aseguró su padre.

Augusta comenzó a zapatear y golpear su falda.

—Déjame descansar una hora y luego podremos hacer algo, Augusta.

—Estaré esperándote, tía Eugenia. Podríamos ir a la cabaña...

—¿A la cabaña? —Eugenia rio nerviosa—. ¿No prefieres otra cosa?

—No.

Debía pensar rápido, pues tenía a Randalf en la cabaña.

—Tengo algo mejor. He traído un par de cosas en mi baúl que podríamos usar para jugar. Podríamos ser grandes damas. ¿Sabes que seré una marquesa?

—¡Yo seré duquesa! —expresó la niña animada. Ese juego le comenzaba a gustar.

Con eso, Eugenia se aseguraba que por un tiempo Augusta no insistiría para ir a la cabaña.

Capítulo 12

Después de acomodarse en la habitación que siempre le daban en la casa, ella se recostó en la cama y se perdió en sus pensamientos, luego recordó que tenía su anillo de compromiso guardado debajo de uno de sus senos. Cuando lo quitó, se puso a apreciarlo, aunque al cabo de unos segundos apartó los ojos de él, ya que recordaba lo que significaba. Al regresar a Londres empezaría los preparativos para su boda y, pese a que siempre creyó que eso le daría felicidad, la verdad era que le daba igual. El asunto era tener un esposo y con eso adquirir un estatus. Podría alcanzar un cierto grado de felicidad con eso. Organizaría tardes de té, bailes, cenas, veladas musicales... Sería una mujer importante en la sociedad, ¿qué más podría desear?

Cuando siguió buscando en su cabeza, apareció el extraño al que le había disparado: Randalf Amery. Ese hombre tenía algo que a Eugenia le llamaba la atención y eso tal vez la asustara, ya que se interesaba por lo que aquel tuviera que decir. Su forma de ser agravante sin importar su condición, la mantenía interesada. La insensatez de su relato la había cautivado e incluso le creía, pues consideraba que muchos nobles no lo eran tanto en los aspectos morales, por dinero eran capaces de todo. Si bien, Randalf la quiso asaltar, era evidente que no era un profesional, tampoco su apellido ayudaba a decir que era un simple salteador de caminos, pero ella no podía creer del todo en su relato, ¿con qué intenciones le creería? Estaba comprometida con la persona correcta, con la que le daría más beneficios a su vida. ¿Qué podría darle Randalf a cualquier mujer? Nada más que dolores de cabeza y dinero mal habido. No debía prestarle atención, solo brindarle la ayuda necesaria para que él siguiera su camino, ya en el futuro sabría si era cierto que fuera un hombre al que le robaron su título.

Al tiempo de seguir pensando, ella se quedó dormida, pero despertó sintiendo que algo saltaba en su cama. Era Augusta.

—Tía Eugenia, se ha saltado el almuerzo. ¿No va a beber el té conmigo? —preguntó la niña. Eugenia bostezó y miró a su alrededor, luego volvió a cerrar sus ojos.

—No quiero hacer nada, Augusta, estoy cansada.

—¿Puedo jugar con estas dos pistolas que hay aquí? Supongo que una es para mí y otra para usted. Considero que esto es mejor que usar ramas de árboles para fingir que cazamos patos.

Ante ese dicho por la niña, ella se levantó de la cama como si tuviera un resorte y buscó las armas, solo que las mismas deberían estar en el baúl. Cuando fue a buscarlas ahí estaban.

—¿Estuviste mirando en mis baúles, Augusta?

—Sí, pensé que me había traído algo. A veces me cuesta no ser curiosa. Lo intento, pero la verdad es que me gana la curiosidad. Es la peor enemiga de una niña de mi edad con un hermano menor que no sirve para mucho, solo para decir que es el heredero.

—Los hermanos son un dolor de cabeza constante, es comprensible que por eso el cotilleo y la curiosidad sean nuestras únicas aliadas.

—Entonces, ¿me ha traído algo o no?

—¿Qué puede necesitar la hija de un duque? No tienes carencias.

—Usted tampoco las tenía y siempre pedía cosas, ¿por qué no puedo hacerlo yo también?

—Qué monstruo ha criado mi cuñado, y Kitty que se las da de corregir a la gente. Tonterías... —bufó.

Augusta le sonrió y siguió saltando en la cama.

—¿Tomará el té conmigo o no?
—¿Por qué mejor no lo haces con la señorita Harting?
—Mi madre dice que es mejor que la llame señora Smith.
—Fue, es y será por siempre la señorita Harting.
—¿Por qué mi madre es la duquesa de Salisbury y no lady Kitty Fane? También está casada.
—Haces muchas preguntas. Qué molesta eres —espetó Eugenia—. Mejor pregúntale eso a tus padres y no me agobies, Augusta. También deja de saltar en la cama.
Ella cogió a su sobrina en sus brazos y la dejó en el piso.

—¿Me acompaña o no?
—Eres persistente. Está bien, iré contigo.
Augusta había logrado sacar a su tía de la habitación. Ese era el principio de una tarde muy larga en la casa.

Al terminar de hacer todo lo que Augusta quería, Eugenia se preparó para la cena y se dio cuenta de lo intensa que era su sobrina, o tal vez, ella ya no estaba tan feliz con la posición de niña, pues ya estaba comprometida y pronto sería la mujer de alguien. Jugar con su sobrina ya no sería una prioridad porque se dedicaría a tener sus propios hijos.

Una vez que fue al comedor y se encontró con la familia, se sentó en su lugar, junto a Augusta, en el lado izquierdo del duque.

—¿Cómo estuvo el viaje, Eugenia? Han tardado un poco —dijo su cuñado.
—Es que quise estirar las piernas muchas veces... —respondió Eugenia.
—La señorita Harting, digo, la señora Smith dijo lo mismo. Comienzo a dudar de quién quería estirar las piernas —alegó Kitty.

—Es normal que las dos estemos incómodas. Ambas lo necesitábamos.
—¿Y qué harás mañana? Augusta irá conmigo al pueblo para comprar alguna baratija para conformarla —musitó Albert.

—Daré un paseo a caballo por los lugares que no suelo ir en la propiedad. Todavía tengo sitios sin explorar.

—Quiero ir, tía.
—Tú irás con tu padre. Además, te aburrirás conmigo, no pienso ir a la cabaña.
—¿Por qué no juegan juntas en la cabaña? —indagó Kitty.
—Considero que ya no soy una niña, sino que ahora soy una mujer comprometida y la cabaña es algo para crías malcriadas.

—Esa cabaña la hice para ti, Eugenia —farfulló su cuñado, ofendido.
—Sí, lo sé. Se lo heredaré a Augusta y a mis otras sobrinas —aseguró Eugenia como una disculpa. Por ningún motivo quería que ellos pisaran la cabaña y encontraran a Randalf ahí.

—No entiendo por qué no quiere ir a la cabaña... —lamentó Augusta.
—Podríamos ir la próxima semana. Me quedará mucho tiempo, no te preocupes. Tú, querida Augusta, me ayudarás a planear mi boda.

Albert y Kitty se miraron como si desconfiaran de Eugenia, puesto que ese no era un comportamiento habitual en ella.

Acabada la cena, Eugenia alegó mucho cansancio por el viaje. Sus familiares la sometieron a lo que podría llamarse una inquisición. Eran terribles exigiendo explicaciones que ella no estaba interesada en dar. Lo único que debía hacer era mantener a su familia alejada de la orilla del arroyo para que no notaran que tenía a alguien ahí quién sabía por cuánto tiempo.

Una vez que se acostó en la cama no hubo forma de que despertara hasta el día siguiente. Al

hacerlo, recordó que Randalf no viviría solo de bayas silvestres. Se apresuró para prepararse, fue a la cocina de la residencia de su cuñado y pidió todo lo que estuviera disponible. Quería que lo colocaran en un canasto para que pudiera llevarlo una vez que Albert y Augusta partieran.

—¿Cuánto tiempo podrá mantener su mentira a flote, lady Eugenia? Su hermana comienza a sospechar, sabe que algo no es normal —dijo la señorita Harting después de darse cuenta del comportamiento poco usual de la joven en la cocina y, además, ella conocía su pecado.

—Lo peor de todo, señorita Harting, es que sé que no soy normal. En lugar de criticarme, debería apoyarme.

—¿Apoyarla? Lo que quiero es salvarla de la tontería que está cometiendo.

—Estoy ayudando a alguien...

—A un delincuente. No me pondría de esta manera si él fuera un buen hombre, pero no es más que un vil ladrón y para colmo, mentiroso.

—Es evidente que no puede ni siquiera robarle el sueño a alguien, ¿no se da cuenta? Entre él y yo, usted sabe quién es más peligroso.

—Usted...

—Por supuesto. Le he disparado por su causa, señorita Harting. La única culpable es usted y su grito espectral. Debería controlar sus impulsos.

—Estaba asustada. ¿Qué quería que hiciera?

—Mantener la calma y no asustarme. Nos puso en peligro.

—En fin, debió deshacerse de ese hombre arrojándolo del carruaje.

—No son los valores con los que he crecido, y que, por cierto, usted me enseñó. Comienzo a pensar que todo lo que he aprendido es de boca para fuera, irreal y poco práctico, si la institutriz me dice que abandone a un herido.

—Pero es cuando se trata de gente buena, honesta y de su clase. Usted no tiene razones para pensar que un delincuente es una persona de su mismo estatus.

—Tal vez lo seamos. Se arrepentirá si llegamos a serlo y él recuerde sus crudas palabras.

—Una diligencia pasará sobre mí antes de dar un paso atrás con ese ladrón.

Eugenia regresó hacia el comedor para desayunar con sus parientes. Ella trató de parecer lo más normal posible, pero su familia la conocía bien, por lo que debía inventar algo.

—¿Un canasto con comida para una guarnición de soldados? —curioseó su hermana burlona.

—Es que pasaré el día recorriendo. Es probable que no llegue a comer.

—Una botella de vino, eso no es algo convencional para ti —alegó Albert.

—Estoy comprometida, con los nervios de punta. El vino es como un refugio —respondió ante el hostigamiento.

—Ten cuidado con eso. La bebida es mala consejera —advirtió Kitty.

—Sí, sí, lo sé, pero yo no me perderé como Meredith en esos placeres. En fin, desayunaré para empezar mi día...

En la cabaña de Eugenia, Randalf despertó con una parte de su cuerpo un poco húmeda. Su herida había estado perdiendo un poco de líquido.

De un momento a otro se preguntaba cómo había terminado así, con una herida de bala absurda, hecha por una niñata malcriada. Todo carecía de sentido si se ponía a buscar explicaciones, aunque eso le ocurría por hacer las cosas como no se debían, pero no tenía muchas

opciones para tener algo en su bolsillo. Lamentaba ser un ladrón para llegar a su objetivo, no era para lo que estaba destinado. Solo quería recuperar su vida y lo que en verdad le correspondía, no estaba pidiendo algo que no fuera suyo.

Estar en Inglaterra ya era una gran ventaja. Le llevó años ese viaje, pero lo consiguió. La otra parte difícil la debía superar después, cuando encontrara al letrado de su padre y a su madre. Arrasaría con todas las personas malintencionadas que lo arrojaron al abismo del olvido y la miseria.

Con un poco de dolor se levantó de la cama y se dirigió a la puerta para salir de la cabaña. El día estaba hermoso y un tanto caluroso. Ese lugar era pacífico y hasta un poco nostálgico para él, ya que le recordaba su niñez en una de las propiedades de su padre. Amaba oír la naturaleza, el sonido del agua cayendo entre las rocas, nadar por largas horas hasta arrugarse como una pasa.

Sin pensarlo mucho se quitó la camisa y se acercó a la orilla para lavar la parte ensangrentada, después lo extendió sobre una piedra. Acto seguido, se quitó las prendas interiores y se arrojó al agua como Dios lo envió al mundo. Todos sus atributos estaban a la vista.

Pese al ardor cuando el agua tocaba su herida, Randalf se daba un buen baño. Llevaba mucho tiempo sin darse uno de verdad.

Llegando a la cabaña se encontraba Eugenia, que dejó su caballo atado a un árbol para ir hacia el sitio para dejar las provisiones que llevaba para alimentarlo. Su sorpresa fue enorme al darse cuenta de que él había salido o tal vez hubiera escapado.

Decidida a encontrarlo, se dirigió hacia el arroyo, en donde encontró su camisa con rastros de haber sido enjuagada. Entonces, ella miró hacia el agua y no lo notó en un primer momento, aunque después emergió y Eugenia notó que él tenía el pecho descubierto. Se escondió con rapidez para que Randalf no se diera cuenta de que lo estaba espiando.

Escondida entre las hojas, y sin mucho pudor, recorrió el torso velludo de Randalf con sus ojos azules y después pudo observar otras cosas más que no debió ver. Estaba anonadada con la invasión de sensaciones que tenía al ver a un caballero desvestido o al menos solo vestido con su piel.

Capítulo 13

Pocas cosas impresionaban a Eugenia y ver a un varón desnudo era algo que creyó que vería una vez que estuviera casada. No era una tonta como lo habían sido la mayoría de sus hermanas. Ella sabía de dónde venían los hijos. Ellas mismas le habían avisado para que no fuera al «matadero» sin tener noción alguna. Si bien, recibió una instrucción para ese caso, ninguna le dijo cómo en realidad se veía el cuerpo de un hombre.

Sus ojos no podían despegarse de él, puesto que la incitaba a seguir perdida en cada detalle del hombre.

Randalf disfrutaba de una merecida limpieza, aquel mimo que él se daba, lo acogía para sentirse mejor y más tranquilo. El agua se encontraba en la temperatura perfecta y lo disfrutaba. De repente, se dio cuenta de que no estaba solo. Trataba de mirar varias veces, aunque de manera sutil para no alertar a quien estuviera ahí. Un rato después pudo distinguir que era una dama: lady Eugenia. Ella lo miraba sin vergüenza alguna. Si tuviera un poco de recato, lo sabría después de abandonar el agua.

Él decidió acercarse a la orilla, y a medida que lo hacía, sentía la tentación de que ella tuviera un ataque de vergüenza.

—¿Le gusta lo que ve, milady? —cuestionó Randalf que miró hacia donde ella se encontraba.

Al escuchar que había sido descubierta, Eugenia se puso colorada. Tenía dos opciones en ese instante: correr como alma que llevaba el diablo en la dirección contraria en la que él se encontraba o enfrentar el asunto como mejor podía, como siempre hacía con cualquier cosa: aludir suficiencia.

Salió de entre los matorrales y no lo hizo con el rostro avergonzado, sino con el mentón arriba, haciéndole saber a Randalf que ella era superior.

—La verdad que podría ser mejor, señor Amery —respondió con picardía, sin dejar de mirar al caballero.

—¿Tantos cuerpos ha visto que por eso supone que podría existir alguien mejor?

—Porque la vida es así, siempre hay alguien mejor o peor. ¿No ve el asunto desde esa perspectiva?

—No. No me gusta mirar los atributos de otros hombres cuando sé que estoy bien, muy bien. Le ofrecería que me probara, pero es una mujer de la nobleza. Esto podría escandalizarla. —Randalf cogió su pantalón y se lo colocó. Uno de ellos debía tener un poco de pudor, y al final el pudoroso resultó ser él.

—Pocas cosas pueden escandalizarme. Tengo algunas preguntas sobre su figura, señor Amery...

—Haga las que guste —replicó acercándose a ella.

Ella tenía una estúpida sonrisa en la cara al verlo tan cerca. Él era tan atrevido como la misma Eugenia. Randalf parecía un digno exponente para pelear.

—¿Por qué tiene tantas cicatrices extrañas?

—Muchas de ellas son por la escarlatina. Todavía tengo problemas de salud en ocasiones gracias a eso y el resto se debe a que me trataron como esclavo por mucho tiempo. ¿Cree que le mentí cuando le dije que vine desde Australia? No, milady, mi amigo, Thomas, fue a Londres a recabar información sobre el paradero de mi madre.

—Sus cicatrices le sientan bien a su cuerpo.

—A mí no me gustan. No es lo que merezco.

Él se alejó de ella para ir hacia la cabaña y Eugenia lo siguió sin dejar de apreciar su figura.

—Señor Amery...

—¿Ha venido a darme el dinero?

—No, pero sí a traerle comida.

—¿Y el dinero? Milady, estoy perdiendo el tiempo aquí.

—Ha perdido quince años, ¿le molestaría complacerme con su presencia unos días? Considero que mi institutriz no tiene razón al decir que usted es un simple delincuente...

—Ahora también soy un exhibicionista. Su institutriz estaría muerta a estas alturas.

—No crea eso. Quizá ella se hubiera quedado a mirar como yo. ¿No le ofende que lo estuviera viendo? Admito mi fechoría, pues fui pescada en flagrancia.

—No, pero debería darle vergüenza esconderse para eso.

—La idea era ocultar la vergüenza, señor Amery. Soy una dama, no podía llegar y decir: «Muéstreme su cuerpo». Eso es indecente.

—Por supuesto. Es más decente mirar desde los matorrales. Estoy convencido de que usted tiene poco de dama.

—Soy la hermana de lord Nottingham, alguien con muchos recursos. Tengo una dote envidiable.

—No hable de dinero, porque mis colmillos crecen, milady.

—Usted no esconde sus intenciones, señor Amery.

—Y usted tampoco...

Para Eugenia ese comenzaba a ser el paraíso. Un hombre atractivo que no quería hacerle concesiones, alguien que la enfrentaba, incluso estando en desventaja. Por fin alguien distinto a ella, que no buscaba complacerla. Además, era muy difícil, ya nada la complacía. En cambio, la aparición de Randalf comenzaba a ser como un torbellino de oportunidades. Tal vez fuera una locura, pero estaba entusiasmada con eso.

—Puede servirse cuanto guste, pero espero que al menos le dure un día completo —habló Eugenia una vez que entraron a la cabaña.

—He vivido con menos de esto por semanas.

—Ahora entiendo la razón por la que es un poco delgado.

Randalf aspiró el aire con fuerza y después lo exhaló como si estuviera cansado y molesto. Se sentó en la mesa con violencia y comenzó su día con el vino. No usó la copa que estaba destinada para el fin de servirse un par de tragos.

Para acompañarlo, Eugenia se sentó a su lado.

—No hace falta que se quede. Si no trae el dinero mañana, me iré —masculló.

—¿Por qué es tan grosero?

—¿No se da cuenta de que es desesperante? Una persona que no se calla. No necesito que me recuerde la miseria en la que vivo.

—Es comprensible. Nuestros caminos no debieron cruzarse.

—Al menos no de esta manera. Tal vez su presencia no me molestaría tanto si tuviera las posibilidades de jugar a su altura. Una mujer joven, bella, impertinente e inteligente, no es algo fácil de conseguir. Si estuviera en mi verdadera posición, la tendría.

—Según tengo entendido, la escarlatina ha dejado secuelas en usted. ¿No ha pensado que ser alguien con título nobiliario es producto de alguna fiebre muy alta o quizá un golpe en su

cabeza?

—Viví trece años con una gran vida. ¿Cree que lo soñaría? Fueron años hermosos hasta que caí en esta pesadilla. ¿Qué puede saber una niña mimada de su casa sobre la mala vida o las carencias?

—Siempre carecí de una madre, mi padre murió cuando tenía cinco años y en los últimos años me he criado con un hermano tiránico que tiene una hermana favorita que no soy yo.

—¿La ha privado de algo?

—No. Tengo todo lo que una joven de mi edad puede desear, salvo el amor, pero ¿qué sabe un ladrón sobre el amor?

—No sé nada, pero puedo imaginar cómo sería y a quién escogería una vez que tuviera tiempo para eso. Ahora tengo mis objetivos en un lugar, no puedo distraerme con mujeres.

—¿No le parece un poco absurdo? Las mujeres y los hombres se complementan.

—Dígame, lady Eugenia, ¿se casaría conmigo, hoy, ahora mismo, en las condiciones en las que estoy?

—Si yo fuera una mujer miserable lo haría, pero mis expectativas de vida son muy altas. Desde pequeña he deseado casarme con un caballero en particular: el marqués de Asthon, pero él ya está casado, por lo que he tenido que resignarme a lo que la vida puede ofrecerme dentro de la sociedad. Hay un par de peces de importancia.

—¿Alguna vez le han dicho que le interesa más el dinero que una persona?

—No, porque siempre me enseñaron que debo casarme con alguien que pueda darme una buena vida. Mi familia me demostró que también puedo encontrar el amor entre otros miembros de la aristocracia. Si usted no consigue su objetivo de recuperar lo que dice que le pertenece, ¿qué hará?

—Me arrojaré de un precipicio antes que aceptar dejarle algo a esos desgraciados. Mi vida carecerá de sentido si no puedo hacer justicia.

—¿Alguien le ha dicho que es rencoroso?

—No hace falta que nadie me lo diga, lo sé perfectamente, y no lo veo como un defecto.

A Eugenia le sorprendía cada vez más la manera en la que eran tan parecidos, tanto, que a su familia le daría miedo tener a alguien como ella, pero en masculino. Sin saber la razón, ella consideraba que encajaba a la perfección con Randalf. Eso quizá tuviera más explicaciones y una de ellas era que tal vez en el fondo fuera como un delincuente, porque no dudaba que fuera rencorosa, esa era una gran verdad.

—Usted me asusta y me fascina a la vez... —confesó Eugenia que lo miraba con cierta sorpresa y admiración.

Randalf rio ante lo que le dijo Eugenia y siguió hurgando en el canasto para comer lo que ella había llevado. La joven lo molestaba; sin embargo, también le agradaba. Sentía ganas de cerrarle la puerta en la cara y quedarse solo, mas tenía algo que la hacía irresistible para él.

Mientras comía, la observaba con detenimiento. Ella no decía nada, solo lo miraba como si lo analizara de pies a cabeza. ¿Podría decir que existía una atracción entre ellos? Sería absurdo pensar en que Eugenia pudiera desearlo, pero por algo estaba ahí. Si no le gustaba estaría lejos, temiendo por su vida, ya que él la había asaltado.

—¿Por qué me mira? —cuestionó Randalf.

—Nunca he visto a nadie comer con tan poca educación. Eso llama mi atención. Debería hacerlo con etiqueta si es parte de la nobleza.

—Eso lo haría en una cena de gala y no ahora que me muero de hambre. Me ha dejado bayas

para comer, no soy un pájaro o una liebre, es más, usted misma ha dicho que me veo delgado. Si me devolviera el arma podría cazar algo y cocinarlo.

—No puedo dársela por varios motivos. Puede atacarme o delatarse frente a mi cuñado, y esto último no será agradable para usted y tampoco para mí.

—¿Cuánto tiempo piensa tenerme aquí?

—Tal vez una semana, hasta que me asegure que está bien y no se morirá.

—No me moriré. Este lugar es hermoso, pero no puedo quedarme. Si Tom regresa y no me encuentra la culparé y la perseguiré por siempre.

—Entonces le daré el dinero mañana, con la condición de que se quede dos días más.

—¿Para qué quiere que me quede?

—No lo sé, me agrada. Tenemos muchas cosas en común...

—Lo que creo es que usted es una mujer caprichosa. Esto es como el juego del gato y el ratón.

—Es evidente que soy el gato y después de jugar con el ratón, me lo comeré.

Él se carcajeó y Eugenia le siguió la corriente, mientras se miraban sin perderse de vista.

—No me haga pensar mal de usted. No parece ser una debutante —confesó el joven.

—Tengo cuatro hermanas casadas, me han contado demasiadas cosas para darme un poco de experiencia en la vida y no solo expectativas. Las damas no siempre somos afortunadas. Crecemos con el fin de cumplir más con los ideales masculinos que con los femeninos, y cuando una mujer se revela, es la oveja negra. Siempre quise casarme, pero mis expectativas propias son muy altas, yo también importo, por eso mi futuro esposo debe ser rico e importante, porque de esa manera también lo seré. Como dama no me ven, pero como esposa sí.

—Tiene razón en algunas cuestiones. No puedo decir lo contrario. No llegué a saber cómo funciona la sociedad. Cuando esté en la cima, la recordaré, aunque tal vez buscaría a una mujer que deseara menos poder que el que usted desea.

—Mujeres conformistas existen para hombres conformistas, no es un pecado. No obstante, usted se divertirá mucho más con alguien como yo que lo comprendo. Otras jóvenes no lo entenderán y si les cuenta su pasado, no será bien valorado. La sociedad es sucia y para estar en ella hay que estar dispuesto a ensuciarse.

—También lo sé. Algunos parientes son capaces de matar a otros para obtener reconocimiento. Estar en la sociedad significa ser sucio y yo lo seré, los enterraré en el lodo de la humillación y la vergüenza, en verdad lo gozaré. Conseguiré ser feliz de una vez.

Capítulo 14

Los dos siguieron mirándose y conversando de vez en cuando hasta que Randalf devoró parte de la comida que Eugenia le había llevado.

—¿Me preguntaba si no me acompañará a recorrer la propiedad? —indagó la joven.

—No soy su mascota, lady Eugenia. Es mejor que me quede aquí y que usted cumpla con traer el dinero.

—¿Lo puedo llamar interesado? Solo le importa el dinero que le prometí como disculpa.

—Sí, puede hacerlo. Somos dos personas sensatas y sin ánimos de engañarse, ¿no es así?

—Estoy de acuerdo, pero ¿se sigue negando a caminar conmigo?

—Tal vez mañana cambie de opinión. Creo que hoy hemos tenido demasiada intimidad, y me temo que usted pueda ser insaciable.

—Nadie me había descrito tan bien en años. Señor Amery, tiene mis respetos por ser ingenioso.

Eugenia le entregó una sonrisa cargada de picardía y coquetería. Se sentía muy cómoda con Randalf, tanto que no se daba cuenta del terreno al que entraba. Él era una persona dura y resentida con la vida, nada bueno podía salir de una relación entre ellos, pero ella era incapaz de invalidar lo que estaba pasando. Por primera vez, se sentía viva y con expectativas de diversión. Randalf era lo que ella quería en ese momento, era perfecto; sin embargo, el problema que aquel tenía era un abismo que los separaba: no sabía si lo que él decía era la verdad o solo hablaba por fantasioso. ¿Qué le hacía dudar de la versión del hombre? La respuesta era sencilla: no le decía el título ni nada. El apellido tampoco le decía mucho, ya que cualquiera podría decir que es hasta descendiente de un noble con saber un poco del nombre. Incluso, el día de mañana podría aparecer una hermana Fane o un hermano que dijera que lord Nottingham había tenido los pantalones ligeros, eso no le sorprendería a nadie, pues todos sabían que al padre de ellos le gustaba vivir la vida en la cama de varias féminas.

Eugenia tuvo que rendirse con respecto a Randalf, al menos por ese día. No obstante, eso no le impedía pensar en él de todas las maneras posibles, y un par de ellos eran pensamientos peligrosos. Recordaba que lo había visto desnudo y que aquel no había tenido un poco de vergüenza para cubrirse. Con todo lo que tenía en mente no sabía a quién contarle o compartir esa experiencia. El gato Clauss se quedó en Londres y ella no tenía consigo a su máximo confidente. La señorita Harting la mataría si llegaba a insinuar que había visto el sector prohibido de un hombre y a Kitty no le podía decir porque era la dueña de la propiedad en la que escondía a alguien. Solo Dios sabía cómo sacarla del embrollo.

Randalf vio a la joven perderse en la pradera. Después colocó las manos en la cintura y comenzó a caminar en círculos, buscando una explicación a lo que había pasado con Eugenia.

Era tan terriblemente sinvergüenza que no se había sonrojado al confesarle de manera osada que ella lo estaba observando. ¿Dónde habían quedado las bases del recato de las que le habló su antiguo preceptor? Al parecer, quince años de diferencia hicieron lo suyo en las nuevas generaciones que estaban más enérgicas en el plano sexual.

Si bien, podría asustarle un poco el comportamiento de Eugenia, eso le hacía desvariar con la idea de tenerla. A él le encantaba tener intimidad con mujeres, no sentía vergüenza de admitirlo, solo que ninguna de las señoritas con las que estuvo eran comparables a Eugenia, ya que ella

tenía clase y sus alegorías no eran escandalosas, sino sutiles. Las damas de la noche no eran tan reservadas y la sutileza no era la mejor virtud que podía hallarse en ellas. En el fondo, Randalf sabía que no debía hacer ninguna proposición indecente a la joven por más que le atrajera. Suponía que todo lo que ocurría entre ellos era precipitado y temporal, aunque eso no le quitaba pensar en la pasión que podía desatarse en él si llegaba a rozar los labios de Eugenia. Lo mejor era resistir a la tentación por unos días más, después, una vez que estuviera en donde le correspondía, se encargaría de saber qué había ocurrido con ella y esperaba que siempre estuviera soltera. Por un delirante instante sintió la necesidad de que Eugenia fuese la mujer ideal para divertirlo, quizá no fuera una digna sucesora de su madre, pero sí era digna de sus atenciones. En sus fantasías ella estaba más que dispuesta a estar a su lado, por más que esa no fuera la realidad. La mujer se encontraba convencida de lo que era mejor para su vida, era probable que no volteara a verlo.

Él no podía definirse como un soñador enamorado por un hecho aislado como era conocer a Eugenia, aunque sí era fantasioso. Si existía en sus posibilidades tener a la joven, haría el esfuerzo y ahí le mostraría todo lo que ella deseaba, y, además, le dejaría tocar las partes de su cuerpo que estuvo mirando con interés.

Pese a rechazar la oferta de pasear con ella, Randalf caminó por los alrededores con la intención de conseguir elementos de caza. Una estaca estaría bien para él, podría adentrarse en el monte o en una zona más abierta del arroyo para encontrar algún pez en la parte profunda, y después cocinarlo sin que nadie se diera cuenta. La comida tan deliciosa que la joven le había traído no era capaz de abastecer al hambre voraz de un hombre de su tamaño y necesidades de fuerza. Era cierto que estaba delgado, pero tal vez era por el gasto de energía en caminatas largas desde la posada hasta el lugar en el que debía asaltar a las personas. Ya no podía darse el gusto de tener un caballo, mas podía conseguir uno: se lo robaría a Eugenia si no le daba lo prometido, después se lo devolvería, era lo único que podía hacer para conseguir su objetivo. Por ningún motivo quería que Thomas regresara y no lo encontrara en la posada.

Para Eugenia, el regreso a la casa de su cuñado era sinónimo de cierta felicidad, porque podría seguir pensando en Randalf desde la comodidad de su habitación; sin embargo, Augusta, la cría más insoportable de Inglaterra estaría metida en sus aposentos, intentando jugar con ella. Cuando los años pasaban, consideraba que su sobrina era más insoportable que la misma Eugenia.

Cuando llegó a las caballerizas, entregó al caballo y el canasto vacío para que lo entregaran en la cocina. Al entrar a la casa, Augusta la estaba esperando para mostrarle lo que había comprado de las tiendas del pueblo.

Eugenia se sintió atraída por los listones que la niña tenía.

—Supongo que, como eres mi sobrina favorita, has comprado un listón para mí... —dijo Eugenia acariciando las telas.

Augusta sonrió e hizo un gesto pícaro con el rostro antes de arrebatarse los listones a su tía.

—Usted no me ha traído nada, por eso quise presumir mis presentes.

—Qué malvada y tacaña eres. Soy tu tía favorita.

—No lo es tanto. Mi tía Rose me da buenos regalos junto a mi tío Harper.

—El marqués de Lorne y yo te daremos lo mejor de lo mejor, Augusta. Te aprovechas de mi debilidad porque soy soltera.

—Entonces esperaré a que se case para que me demuestre que soy su sobrina favorita. Las pruebas hablan más que mil palabras, tía Eugenia. La quiero mucho, pero los obsequios son

obsequios.

—Albert está criando un monstruo. Me quedaré con él.

—Hágalo y vaya preparada para defenderse porque he contado algunas cosas sobre usted a mi padre.

—¡Pequeña des...! —Respiró para no decirle algo malo a Augusta—. Eres una adorable criatura.

—Gracias, tía. Mi padre está en su despacho, y está muy preocupado por usted...

La joven achicó los ojos, mientras miraba con desconfianza a la pequeña crápula de su sobrina. Aquella era capaz de cosas muy malas si no conseguía lo que deseaba. Tal vez inventó algo para dejarla mal con Albert, pero nada nuevo podrían atribuirle. Todas sus maldades eran de público conocimiento.

La dejó en el salón y se dirigió a donde Augusta le había dicho. Golpeó la puerta con educación y al escuchar las palabras que la aprobaban, entró en el sitio.

—Te estaba esperando, Eugenia. Augusta me ha dicho algo que me dejó preocupado —habló Albert al verla entrar.

—¿Y qué pudo haber dicho la culebrilla? Supongo que exageró algún percance. Yo no he tocado el broche de diamantes que es de ella.

—¿Qué pasó con el broche?

—Tal vez me despisté y lo coloqué en mi joyero. —Rio nerviosa. Quizá fuera eso lo que quería decirle.

—Si hay algo en tu habitación que no sea tuyo, devuélvelo o te devuelvo con Spencer.

—Revisaré por si acaso, pero sé que no hay nada, no deberías ser tan terrible con tus amenazas.

—No es de eso que quería hablarte, sino de las armas que tienes en tu habitación. Una es tuya, que yo te he obsequiado...

—Un hermoso obsequio, por cierto... —Las risas nerviosas querían traicionar a Eugenia.

—¿De dónde has sacado la otra? ¿Y para qué la quieres?

—Pues... —Su mente estaba trabajando a toda capacidad para inventar algo creíble, o sería devuelta a Londres, y no tenía muchas ganas de eso—. Lo encontré en una de mis caminatas para estirar las piernas.

—Se lo preguntaré a la señora Smith...

—Puedes preguntarle a la señorita Harting sin problema alguno... ¿No es mejor decirle señorita Harting? Podría sentirse avejentada.

—Ya no es una señorita, se acaba de casar, y como todos quieren ser tratados con respeto, yo le diré señora Smith.

—La seguiré llamando como siempre. ¿Puedo irme?

—Pórtate bien, Eugenia. Huelo que tramas algo.

—Lo que estoy tramando ahora es comerme un par de scones con crema y mermelada, acompañado de un buen té sin azúcar.

—Una aberración...

—Te veré en el té...

Ella se apresuró a abandonar el despacho y corrió por los pasillos para buscar a la institutriz. Al entrar en la habitación, la encontró leyendo un libro.

—¡Señorita Harting, señorita Harting! —exclamó Eugenia al verla.

—¿Qué ha hecho? ¿En qué lío se ha metido?

—Señorita Harting, no necesito que me acuse otra vez, con mi propia acusación es suficiente. Tengo muchos pecados, más de lo que está permitido para una joven de mi edad.

—¿Lady Augusta la pilló tomando prestado su broche de diamantes?

—¿Cómo sabe eso?

—Ya lo devolví. ¿Olvida que la ayudé con sus joyas ayer?

—Ay, es un ángel, señorita Harting. Al menos ella no se enteró; sin embargo, eso no es lo que quería decirle.

—Ya sé, la descubrieron en flagrancia con el ladrón. El duque me despedirá.

—No, no me han descubierto. Lo que quiero es que mienta sobre el arma y diga que la encontré cuando caminábamos al estirar las piernas.

—Lo que faltaba, primero quería que le guardara el secreto, y ahora que mienta. Milady, ¿ese hombre ya ha dejado la cabaña?

—Señorita Harting, le pedí que se quedara más tiempo. Me agrada...

—¡Condenación! —Al terminar de decir eso, la institutriz tapó su boca con una mano a causa de lo que había dicho—. ¿Ya ve lo que provoca? Sabía que solo podía gustarle el mal. Lo vi en sus ojos. Pobre ladrón, ahora tendrá que soportarla, comienzo a compadecerme de él. ¿Olvida que está comprometida? Al parecer sí, ya que ha dejado abandonado su anillo en un rincón.

—Mi compromiso no corre peligro. Es solo que el señor Amery tiene algo en común conmigo, y no es exactamente el hecho de robar, sino más bien, es como yo, está un poco resentido con la vida.

—¿Y qué espera al retenerlo aquí? Él es un vividor, y quizá hasta un seductor de esos a los que cualquier dama de bien le tiene miedo.

—¿Un seductor sin dinero?

—Por supuesto. ¿A qué más podría tenerle miedo una dama? Solo a la pobreza del bolsillo y no a la pobreza moral, ya que muchos nobles no son intachables. Espero que no esté creyendo en el cuento de ese ladronzuelo. Es evidente que quiere impresionarla, la ve como una tonta niña rica a la que puede quitarle dinero y nada más.

Capítulo 15

Eugenia podía ofenderse por lo que decía la institutriz al decir que Randalf la veía de esa forma, pero ella no era tonta, aunque sí una niña rica que podía hacer lo que quería con el dinero y si ella deseaba podía darle lo que quisiera.

—Él puede verme como desee, señorita Harting, también puedo ser como una pesadilla ambulante como me llaman mis allegados, pero sí soy rica y con ese dinero puedo darme algunos gustos.

—¿Mantener a un ladrón es uno de sus gustos exóticos, milady? —se burló la institutriz.

—Un gusto culposo, tal vez. ¿Nunca ha tenido uno de esos gustos? No me mienta, señorita Harting, la he visto coquetear con algún que otro cochero y también con el preceptor de Philip. Tengo ojos en donde no debería.

—Qué insolencia. Jamás he mostrado interés por ninguno de ellos.

—Pero estoy segura de que casi se arrepintió de su matrimonio con Calvin porque el preceptor es más atractivo y gana más dinero que el ayuda de cámara del conde.

—Qué cosas tan osadas se atreve a decir. Calvin y yo llevamos muchos años de entendimiento mutuo, conociéndonos.

—Si usted me dice que lo quiere, le creo, pero sé que se sintió tentada por otros caballeros por cualquier motivo, no solo puede referirse a algo físico, sino también a algo intelectual. Sabemos que, si bien, Calvin es inteligente, cuidadoso y amable, el preceptor es con quien mejores debates intelectuales es capaz de tener. Lo común entre dos personas es algo que me resulta tan perturbador y a la vez divertido. No tengo muchas cosas en común con el marqués de Lorne aparte de respirar; no obstante, con el señor Amery existe algo más, es otro nivel de entendimiento de la conducta, la soledad, la venganza y en parte malos sentimientos que no cualquier persona alberga y cuenta con tanta pasión.

—Dios la ha juntado con un demente peor que usted. Ese hombre no es de fiar. Hay algo en él que no es bueno, en su mirada se nota que no tiene corazón.

—Yo tampoco tendría corazón si me arrebatan todo lo que tengo y a quienes amo. Tengo ciertas dudas de su historia, pero la mayor parte de mí, le cree.

—Tenga dudas, milady. Esas son las que la salvarán de cometer cualquier tontería. Confíe en su mente si le dice que desconfíe de él y que siga lo que es seguro, nunca se arrepentirá. La tentación es grande, pero la seguridad del futuro es lo que al final debe primar para evitar la desgracia.

—Qué fatalista, señorita Harting, únicamente le he pedido una pequeña mentira y terminamos hablando de la inmortalidad de un sapo. Recuerde lo que debe decirle a Albert.

—Todo es fácil para usted, siendo que soy yo quien arriesga la cabeza.

—Lo hace porque me quiere y yo a usted.

—Si hay consecuencias de esto, la dejaré de querer. No lo olvide.

—No sea miedosa, no pasará nada. Solo tiene que decir lo que le dije y todo quedará solucionado.

La institutriz tuvo que aceptar salvar a Eugenia para que ella continuara haciendo su voluntad.

Una vez conseguido su objetivo, Eugenia fue a su habitación y la cerró con llave, ya que no

quería la intromisión de la pequeña criatura infernal que era Augusta.

En su habitación se sentó junto a la ventana a observar el horizonte, o mejor dicho, a pensar en dónde se encontraba la cabaña. Quedarse quieta no era lo suyo, por lo que después buscó en el armario su cuaderno de dibujo. Clifford le había ayudado a perfeccionar su técnica y también la pintura, ya que él era muy talentoso. Había pintado a la familia casi completa.

Ese era el momento de poner en práctica sus habilidades en el dibujo. En su cabeza permanecía fresca la imagen de Randalf sin ropa. Se sonrojaba al pensar que le gustó lo que vio. Era una pequeña pervertida al haber espiado a un caballero, sabía que era incorrecto, pero ella era la reina de lo incorrecto.

En una hoja comenzó a tallar con el grafito las escasas curvas de Randalf, su torso más bien era recto con un poco de vello en el pecho. No debía dibujarlo por debajo del ombligo, ya que cualquiera podría ver sus dibujos y eso terminaría en un escándalo que arrasaría con ella y eso sí que no podría explicarlo.

Pasó mucho tiempo encerrada, dibujando hasta que alguien golpeó la puerta de la habitación.

—En mi casa son las mismas reglas que en la de tu hermano —espetó la voz de su cuñado con dureza.

Eugenia palideció y corrió para esconder su dibujo antes de destrabar la puerta.

—Perdón, lo había olvidado... —dijo Eugenia buscando el perdón de Albert.

—Aquí nadie se encierra, salvo que sea una situación de vida o muerte, ¿entendido?

—Lo sé, es que quería paz y tranquilidad, es todo.

—El té está listo. Dijiste que me esperarías ahí.

—¡Lo olvidé por completo!

—Kitty ya está ahí, ven...

—Ahora mismo iré...

Albert se retiró después de avisarle sobre el té y fue hacia el salón en donde su esposa estaba sirviendo la infusión.

—Eugenia esconde algo, Kitty —habló Albert que se sentó junto a ella.

—También lo presiento, se comporta muy extraño. Además, se comió la comida para un batallón. Trajo el canasto vacío.

—¿Qué estará haciendo?

—No tengo la menor idea, pero considero que la señorita Harting, digo, la señora Smith... Al demonio, la llamaré señorita Harting, sabe más de lo que dice. Quién sabe con qué artimañas pudo haberla convencido para que no hablara con nosotros.

—No concibo algún tipo de maldad por su parte, no hay nadie a quien pueda hacerle daño aquí.

—No, nadie está cerca. Deberíamos pedirle a alguien que la siga o al menos que le preste atención a los detalles de Eugenia.

—Todo es muy sospechoso. Aparte de eso, rechaza a Augusta.

—Eso se debe a su edad. Yo también odiaba a mis hermanas más pequeñas cuando llegué a su edad, lo considero normal. Lo que pasa es que tú no te acostumbras porque la ves como una hija y no como una hermana.

—Es insoportable, pero ha sabido ganarse mi cariño en estos años.

—Creo que has comprado su cariño con todos los regalos que le has dado.

—Hace tiempo que no le doy algo relevante.

—No sé qué más podrías darle con todo lo que le has proporcionado. Spencer tiene razón,

ahora Eugenia es un monstruo interesado e insaciable, por algo escogió a este marqués como esposo, pese a que no lo quiere.

—Considero que el marqués encajará en la familia. Tiene una excelente fortuna y no ha sido una mala elección para Eugenia. El amor llegará con el tiempo, ese hombre sabrá cómo hacer para ganar el amor de su esposa.

—Me temo que no le llegará el amor, porque no se casará por eso, sino por un futuro prometedor y por querer competir con sus hermanas.

—Ella es competitiva, nunca ha querido estar por debajo de ustedes, es comprensible. Spencer ha sobreprotegido a algunas de sus hermanas y a otras las ha dejado a su suerte.

—No es obligación de Spencer darnos amor de padre, él es nuestro hermano mayor. Su deber es que nos casemos y ha cumplido con eso a cabalidad, no hay nada que reprochar. Me arrepiento de haber promovido la locura entre mis hermanas, envenenándolas contra él por mis celos hacia las demás. Él nos quiere a todas y nos ha demostrado que está dispuesto a todo por nuestra felicidad.

—Lamento haberlos hecho esperar. Me distraje en la habitación con un dibujo —se disculpó Eugenia que se apresuró a tomar asiento.

—¿Y qué has dibujado? —preguntó su hermana.

—Un poco del paisaje que recuerdo.

—Llevas años visitando esta propiedad y no se te ha ocurrido dibujar una sola flor —cuestionó Albert, incrédulo.

—Pues hoy vi algo encantador en el camino y no pude quedar indiferente. Estas cosas nacen en el momento.

—¿Y qué es eso tan inspirador que viste? —indagó Kitty.

La joven no podía contar que había visto a un hombre desnudo.

—A una criatura de Dios... —Sonrió con picardía. Sorbió su té, mientras miraba a sus familiares con los rostros confundidos. A ella no le interesaba dar mayores detalles sobre su nuevo amigo.

Ella siguió su tarde de té en compañía de Albert y Kitty, Augusta había preferido estar con su hermano pequeño, pues al parecer se había dado cuenta de que Eugenia la evitaba.

Después de sentirse satisfecha, de todas maneras, cogió un par de scones y se los llevó a su habitación.

—¿Me ha guardado scones, tía Eugenia? —inquirió Augusta que se encontró con ella en el pasillo.

—Claro que no, son para mí, no comparto lo que me gusta.

—¿Al menos me da uno?

—Puedes pedirselo a la cocinera, no se negará a consentirte, Augusta.

La niña la miró con reproche y siguió su camino. A Eugenia no le agradó esa mirada que le había dedicado, ya que consideraba a su sobrina un ser peligroso para su privacidad. Tal vez fuera probable que no compartir sus scones sea un error que la llevará a una catástrofe. Augusta era una excelente aprendiz de las maldades.

Al regresar a su habitación, dejó a un lado los dulces hasta poder hacer un espacio en su estómago antes de la cena. Su vida en esos días consistía en pensar y pensar. Nunca lo había hecho por tanto tiempo.

Le llamaba la atención que, en menos de dos días, sus pensamientos estuvieran enfocados en algo que nunca creyó que estarían. Siempre consideró que su vida sería común y que no estaría

envuelta en ningún tipo de situación extraña como sus hermanas; no obstante, era la que peor suerte estaba teniendo. Le disparó a alguien por accidente. Eso era algo terrible, no importaba que la víctima fuera un ángel o un demonio, de ninguna manera era correcto. Randalf Amery pasaba demasiado tiempo en su cabeza y eso no era bueno para sus planes futuros. No podía tener a un hombre diferente al esposo que ella había escogido, pero ¿cómo hacía para no considerar a Randalf como alguien beneficioso si sentía empatía por él?

Randalf pasó un par de horas intentando cazar un pez y había conseguido la modesta cantidad de dos peces pequeños. Antes de oscurecer se puso a girar una madera sobre otra con un poco de hierba seca para encender el fuego para cocinarlos. Lo que le había llevado Eugenia era bien intencionado, pero moriría de hambre. De buenas intenciones no se alimentaría.

Mientras observaba el fuego que había conseguido para cocinar sus peces, suspiraba por el cansancio. Ni siquiera recordaba que una bala le había herido un día antes. Eugenia era muy amable al brindarle un lugar y comida, pero todo era impulsado por la culpa. Ella no era ninguna asesina, en sus bellos ojos azules pudo notar el susto que tuvo cuando se le escapó un tiro. Rio al recordarla, aunque se maldijo al considerar que la joven lo estaba distrayendo de lo que era importante. Durante años mantuvo su mente dirigida hacia conseguir sus objetivos, las mujeres eran un simple escape de una noche, solo que lo que él tenía con Eugenia era algo distinto. No era la más recatada de las damas, pero tampoco era vulgar, le resultaba atractiva su forma de ser distendida y algo autoritaria, pero no le gustaba que quisiera darle órdenes a él porque no confiaba en su historia. Eso le hacía sentir un poco decepcionado, ya que tenía ilusiones con una dama como ella, o, mejor dicho, con ella.

Sabía que era inalcanzable por el momento. Su palabra no valía un chelín y él debía entender eso. Querer convencer a una mujer de que era rico sin aún serlo, solo servía para que la desconfianza fuera mayor. Estaba cerca de lograr recuperar su dinero y dejar de ser un pobre salvaje desterrado. Le urgía tener su venganza y dar vuelta la hoja de vida y empezar de nuevo, todavía era joven para recuperar un poco del tiempo perdido, mas nadie le devolvería a su padre y eso era lo que le dolía en el fondo de su corazón, su consuelo era saber que su madre todavía no había muerto.

Capítulo 16

Después de saciar su estómago con lo que había conseguido, regresó a la casa con un poco de leña encendida para la lámpara que tenía ahí. Él no había tenido tiempo de explorar la cabaña, al menos no había hurgado en nada. Podría hacerlo durante el día, pero no sentía sueño y estaba aburrido.

Encendió la lámpara y comenzó a buscar algo que hacer, a lo mejor encontraba un tesoro, algo así como un libro.

No había mucho que buscar, lo poco que encontró eran muñecas de paja bien hechas y algunas anotaciones. Hojas sueltas que alguien había dejado ahí con algunos dibujos que comenzaban a ser bonitos. También se dio cuenta de que los papeles tenían fechas de un par de años atrás y abajo la firma de Eugenia.

«Lo que más deseo es que mi familia sea feliz. Amo a mis hermanas y a mi hermano, pese a que él no me quiere tanto, me grita y me dice que soy problemática. A veces lloro por la noche, pero no se lo cuento a nadie, porque soy fuerte y nada puede hacerme daño. Si me rindo perderé y si soporto ganaré un buen futuro...»

Él leyó lo que estaba escrito en una de las hojas y se entristeció al leer esas palabras, tal vez ella tuviera trece años al escribirlas, pero reflejaban su felicidad, su malestar y la tristeza. Ella veía como tumultuosa la relación con su hermano. Podía entender hasta cierto punto sus conflictos por más que Randalf no tuviera hermanos. Le hubiera gustado tenerlos. Imaginaba que Eugenia no había sido la niña mejor portada del mundo y por eso su hermano se comportaba de manera exigente, para educarla y no para ser malvado por diversión.

Al seguir con su curiosidad, encontró un libro bajo la cama, dentro de una caja con una colección de plumas y semillas. Tal vez a Eugenia le encantaba coleccionar esas cosas.

Para su buena fortuna, el libro era algo bueno para él, por lo que empezarlo le había puesto de buen humor. Con el paso de las horas se había quedado dormido con la lectura en la cara.

Eugenia salió de la casa del duque más temprano, incluso antes de que alguien se despertara. Llevaba pan recién hecho, quesos, salchichas y un poco de cecina en el mismo canasto que el día anterior. La cocinera había intentado averiguar qué haría con esa comida, pero ella simplemente le dijo que no desayunaría con los dueños de la casa, porque prefería tener un tiempo a solas.

Al llegar a la cabaña y abrir la puerta, encontró a Randalf tendido en la cama, abrazando uno de los libros que ella dejaba en la cabaña por si tuviera oportunidad de leerlo. Sonrió al considerar al caballero bastante tierno con esa lectura, aunque después se dio cuenta de que él había estado hurgando entre sus cosas cuando vio que también cerca de él se encontraban un par de sus anotaciones dispersas, en donde colocaba sus pensamientos que la atormentaban o que la ponían de buen humor.

Se sintió avergonzada al ver que Randalf había leído toda su intimidad en un segundo. Molesta por lo que pensaba sobre él, cogió el libro y golpeó al hombre en la cabeza.

Randalf pegó un salto de la cama y miró a su alrededor.

—¿No era más fácil decir, buen día, milady? —cuestionó Randalf que se acarició la cabeza después de ser golpeado con el libro de tapa dura.

—¿Le resulta divertido buscar entre las cosas ajenas? ¿Pensaba que dejaría joyas aquí? Por favor, es una cabaña de juegos —masculló enfadada.

—No he visto nada malo en sus cosas. Anoche estaba aburrido y busqué algo que leer.

—Y no se le ocurrió otra cosa más que agarrar hojas sueltas e íntimas de una dama.

—No se exalte. Son sentimientos y pensamientos, no veo lo malo en exteriorizarlos.

—No hay nada de malo, pero son míos y son para mí.

—No se enfade. En verdad solo quería el libro y en la búsqueda me encontré con estas hojas.

Disculpe mi intromisión.

—Traje algo de comer —masculló acercándose a la mesa en la que había dejado el canasto antes de golpear al hombre.

—¿Y no ha traído mi dinero?

—¿Considera que lo merece?

—Sí, usted me disparó.

—Y usted ha sobrepasado los límites de la privacidad. Creo que estamos empate.

—¿Es decir que me ha mentido y estafado?

—Tengo el dinero escondido, pero mejor no se lo doy. Merece ser castigado por su impertinencia.

—¡Ajá! Es lo que esperaba, sinvergüenza. Cómate lo que trajo —expresó Randalf, después tomó el libro que había estado leyendo—. Me llevaré esto como pago a lo que me ha hecho.

Randalf salió de la cabaña dejando a Eugenia muy asombrada por su determinación. Se quedó quieta unos instantes pensando en qué debía hacer en ese momento. No deseaba que Randalf se fuera, por eso lo siguió con premura.

Eugenia corrió detrás de Randalf y este no se detenía.

—Señor Amery, deténgase —ordenó Eugenia.

—¿Para qué lo haría si he descubierto de lo que es capaz? Gracias por ofrecerme su dinero, pero no lo necesito para obtener lo que quiero.

—Me necesita para llegar a Londres...

—Eso está en su mente. Si me he quedado aquí es por tonto. Debí creer en mi instinto y no en una mujer que mastica más de lo que puede...

—¿Qué insinúa? —increpó Eugenia enfadada.

—Que me mintió para traerme aquí. ¿Cree que la necesito? Pues vaya desvaneciendo esa idea de su cabeza.

—Usted no puede hablarme así —masculló la joven que lo cogió de la muñeca.

—Puedo hacerlo, porque soy superior a usted. No aceptaré que intente imponerse.

—No tiene donde caerse muerto, señor Amery, y para colmo quiere desafiar a una dama de mi estirpe.

—Definitivamente, no sabe con quién está tratando. Es mejor que me suelte si no quiere conocer mi peor lado.

—¿Y cuál sería ese lado si usted no es más que un ladrón?

—El lado del sinvergüenza. —Randalf aprovechó que la joven lo seguía cogiendo de la muñeca y entonces la llevó hasta él en donde agarró a Eugenia y la apretó contra su cuerpo antes de robarle un beso.

En un primer momento, Eugenia se resistió, empujó a Randalf y le dio una bofetada. Los dos se miraron desafiantes y ahí ocurrió algo inusitado: los dos se cogieron del rostro y comenzaron a besarse desesperadamente. Eugenia no tenía experiencia en besar a nadie, pero al sentir los labios de Randalf sentía el instinto que le indicaba qué hacer para que fuera satisfactorio. Algo la impulsaba a abrir su boca con desesperación. Ahí comprendió que sentía una atracción muy

fuerte e inexplicable por un ladrón y un probable mentiroso, pero no le importaba, se sentía en el cielo.

Pese al bofetón que le había propinado Eugenia, él no se sintió intimidado, sino que fue todo lo contrario, se atrevió a más y ella le correspondía con avidez. De cierta manera supuso que eso pasaría, ya que coincidían en algunas cosas de la vida. Disfrutaba de ese beso y de la distracción que le proporcionaba en su incansable búsqueda de recuperar su nombre y darse a respetar. Esperaba que esa distracción no lo llevara a un lugar peor.

Los dos sincronizaron sus lenguas y siguieron en aquel acercamiento hasta que tuvieron que separarse un poco para poder respirar.

—Su lado sinvergüenza es un poco excéntrico, pero me agrada... —confesó Eugenia que tenía la boca roja por el contacto.

—Me ha dado un buen golpe, pero no he cambiado de parecer, me iré —replicó mirándola a los ojos.

—No puede hacerlo si me ha besado, y quiero saber la razón por la que ha decidido hacerlo.

—Para jugar con usted. Tenía que sacar algo más porque me ha hecho perder el tiempo, y el libro no es suficiente botín para mí —expresó.

—No me ha besado por eso, lo ha hecho porque le gusto, le agrado en demasía.

—Quizá me gusta, pero no me agrada.

—Usted es un ladrón —dijo como réplica a lo que él había dicho.

—Y usted es una mentirosa, estafadora.

El caballero se alejó de ella y cogió el libro que había dejado caer. Randalf decidió continuar con su camino.

Ella no quería dejarlo ir, no podía después de aquel beso. Algo dentro de corazón se había removido y necesitaba respuestas que, estando alejada de él, no podría obtener.

—Señor Amery, le ordeno que se detenga y regrese a la cabaña...

Él solo ladeó su cabeza para poder mirarla y después sonrió.

—Tiene que hacer mucho más que eso para convencerme, no siga insistiendo, le falta creatividad para conseguir retener a alguien.

—Le daré el dinero esta noche, lo prometo.

—No le creo. Buena suerte, milady...

—¡Quiero que regrese para besarme, señor Amery!

Esas palabras detuvieron a Randalf. Ella debió notar que lo tenía muy divertido y por eso utilizaba esa artimaña. Debería seguir su camino y no quedarse ahí en donde no sacaría nada. Tenía cosas más importantes por las cuales preocuparse; sin embargo, no podía resistirse a ese ofrecimiento y no tenía una explicación que lo conformara para seguir quedándose ahí.

—¿Esta noche? Me quedaré por el dinero —alegó como motivo para permanecer ahí.

—Es un interesado —aseguró la joven.

—No me he quedado por sus besos. Es una gran inexperta.

—Admito que lo soy, pero puedo conseguir lo que me proponga y para eso, deberíamos seguir practicando, señor Amery.

—No deja de dar una sorpresa tras otra con su poco decoro. Ahora entiendo la razón por la que su hermano le gritaba, según sus propias palabras. Ningún hermano puede tolerar a alguien como usted.

—Admito que no he cooperado mucho para que me adoren, pero no le costaba darme más afecto o al menos repartirlo de forma igualitaria. ¿Por qué amaba más a Rose que a mí? Soy más

hermosa, ingeniosa y no he fallado como las demás.

—Los celos no son los mejores consejeros, pero le aseguro que si su hermano llegara a saber que usted esconde a un ladrón; como me ha llamado en varias oportunidades, sí le habrá fallado y no es por exagerar, pero, además, me está chantajeando sin parpadear.

—Siempre consigo lo que quiero si lo considero importante para mí, siéntase afortunado, señor Amery, me agrada.

—Me arrepentiré de quedarme, lo presiento...

Eugenia se acercó a él, le quitó el libro y lo tomó de la mano para llevarlo de vuelta a la cabaña.

—No se arrepentirá. Me parece bien que recapacitara.

—No he recapacitado en nada.

—No se presione, podemos limar las asperezas empezando de nuevo, ¿le parece? Yo no lo llamaré ladrón y usted no me dirá mentirosa, estafadora y chantajista.

—Es hábil intentando borrar sus tonterías, pero yo no soy su familia, no olvido las afrentas con facilidad, ya ha visto que ni los años me detienen para alcanzar una venganza, por eso le recomiendo que cuide sus palabras conmigo, no le gustará tenerme como enemigo y más cuando le cierre la boca con mi dinero.

—Hasta que eso no ocurra, es mejor que dejemos sus teorías de lado.

—Sigue sin creerme...

—Y usted sigue sin creer que no miento. Estamos empatados. Ya sabe, iniciaremos esto otra vez. Llevamos dos días conociéndonos. Tal vez si se quedara más días...

—No, no me quedaré por más tiempo. Ya sabrá lo que necesita en Londres, cuando vea mi nombre en todas partes.

—Sí que está confiado.

—Por supuesto, tal y como usted está acostumbrada a conseguir lo que desea, yo también. Conseguiré lo que quiero. He ambicionado esta venganza por demasiado tiempo. No importan los años, rendirme no es una opción.

Ella lo llevó a la cabaña para mostrarle lo que había conseguido para comer. Se sentaron y comenzaron a mirarse mientras comían. Existía armonía entre ellos, aunque en medio de los silencios, la tensión podría ser hasta palpable. Eugenia esperaba que él pronto tomara la iniciativa de besarla otra vez, que cumpliera con su deseo de adiestrarla en ese arte. Se atrevería a pedirselo por sentir de nuevo que tocaba el cielo con las manos. En un momento se preguntaba si sentiría lo mismo con otro caballero. Por supuesto que debía arriesgarse; no obstante, ese ladrón era quien se había apoderado de sus pensamientos. Al parecer la señorita Harting tenía razón cuando hablaba de la pobreza, la debilidad y la atracción. Se sentía atraída por alguien que era pobre y que carecía de lo necesario para ser esposo de alguien.

Capítulo 17

Eugenia había sufrido un ataque emocional con el beso de Randalf, y se encontraba ansiosa por volver a probar ese elixir de felicidad que la había embargado cuando se besaron la primera vez. Él parecía un caballero culto e inteligente al leer el libro.

—¿No prefiere ir a nadar? El día está caluroso... —comentó como una sugerencia.

Randalf levantó la mirada del libro y sonrió.

—Debería ser más recatada —alegó Randalf.

—Los recatados no ganan demasiado. Debo confesar que ayer lo estuve dibujando sin demasiadas prendas encima. Soy muy curiosa, señor Amery.

—La curiosidad no es una virtud, al menos eso decía mi preceptor. La curiosidad es una herramienta peligrosa que, si no se utiliza de manera correcta, puede ser peor que la hipocresía.

—Por eso no soy hipócrita, pero sí muy curiosa. Desde pequeña he escuchado detrás de las puertas, entre las plantas del jardín y también escondida detrás de las cortinas del salón. Nadie quería compartir sus cotilleos con niñas, entonces, en compañía de mis hermanas hacíamos equipo para que algunas escucharan en un lugar y las demás en otro, aunque en la mayoría de las veces logramos escuchar juntas. Fueron hermosos momentos.

—Si mi preceptor me veía acercarme a una puerta, me castigaba. Decía que alguien de mi posición no conseguía información de esa manera, sino que lo hacía de la forma correcta: preguntando con exactitud lo que deseaba.

—Lo estaban educando bien por lo que oí. Mi institutriz es una cotilla más como nosotras. No podemos estar tranquilas sin oír todo lo que podría interesarnos.

—Sospechaba que su institutriz dejaba mucho que desear. ¿No debería irse?

—¿Me está expulsando de mi cabaña?

—No. Me preocupo por usted y para que nadie más venga aquí. Recuerde que debe regresar esta noche para darme el dinero.

—Veré cómo escapo de la casa de mi cuñado. Nunca lo he hecho antes, pero no creo que sea muy difícil.

—Recuerde que es la condición...

—¿Y la oferta del beso no le ha llamado la atención?

—Sí, pero el dinero me interesa más.

—Me ofende, pero lo comprendo, a mí también el dinero me importa más que un caballero grosero.

—Empezamos otra vez, milady. Usted y yo no podemos permanecer tranquilos más de una hora. Le recomiendo que regrese a su morada.

—Al menos no podrá decir que soy hipócrita, me hago entender lo suficientemente bien. —Eugenia se levantó de la silla y fue a coger los dibujos y escritos que ella tenía en la cabaña—. Le traeré un libro más para que no esté hurgando. Tal vez deje de ser amigo de lo ajeno.

Él bufó una maldición porque Eugenia no ayudaba a que se comportara como un caballero. Lo poco que se le había quedado en la mente, solía ensombrecerse por los malos hábitos de la gente que lo había influenciado durante años en las minas. Eran personas sin educación alguna y que solo se dejaban llevar por el momento o los impulsos más bajos del ser humano. Randalf luchaba contra eso, puesto que era superior y no podía caer en el vicio de ser salvaje, por más

que eso resultara demasiado tentador para enfrentar a Eugenia y su impertinencia.

La joven regresó a la cabaña para llevar el canasto y golpeó la puerta con fuerza al salir.

—¿Cómo se atreve a rechazarme? ¡Ni sabe quién soy! ¡Un beso! ¿Qué le costaba cerrarme la boca con uno? ¡Soy una bocazas! —masculló Eugenia, mientras que se retiraba enfadada para subir al lomo de su caballo—. ¡Es solo un ladrón de poca monta y tú una mujer de clase, comprometida con un marqués! Tienes que avergonzarte de tu comportamiento y no regresar aquí jamás, es más, deberías expulsarlo de la cabaña que es tuya...

Se reprochaba muchas cosas a la vez que se dirigía a la casa de su cuñado. No estaba acostumbrada a que la rechazaran o que la ignoraran, solía despotricar por celos contra su hermana, pero nada más que eso, y tampoco aquello le hacía sentir rechazada, pues después siempre la buscaban para consolarla o congraciarse con ella. Para Eugenia no ser escuchada no era una opción, debía encontrar la manera para que Randalf recapacitara su comportamiento hacia ella. Primero la había besado, después se dedicó a ignorarla con la lectura. ¿Qué se había creído? Ella no dejaría pasar esa ofensa.

Llegó de pésimo humor a las caballerizas y solo llevó sus papeles con ella. Ignoró a sus familiares que la habían visto llegar. Fue a su habitación, guardó sus dibujos y escritos en un secreter. Exhaló el aire que estaba en sus pulmones, alzó el mentón y salió de sus aposentos.

—Ahora ya ni siquiera saludas, Eugenia —reprochó Kitty al ver a su hermana dirigirse a ellos.

—Buen día, querida familia. Hoy me levanté temprano, quiero practicar arquería —comentó.

Su cuñado, que tenía un periódico recién llegado de Londres, lo bajó un poco para mirar a Eugenia.

—Dile al mayordomo, Eugenia —mandó Albert.

—¿Puedo ir, tía? —preguntó Augusta que estaba muy aburrida en compañía de sus padres y de la señorita Harting.

—Usted tiene cosas que aprender, lady Augusta —alegó la institutriz.

—¿La arquería no es algo que aprender? Por favor...

—Augusta, deja a Eugenia sola por un minuto. Los nervios del matrimonio pueden hacer que falle en algún flechazo, no quisiera que fueras víctima de tu tía... —aseguró su madre.

—No le haré nada a Augusta, pero es mejor que esté sola, al menos por un rato. Después la esperaré. —Eugenia tocó el hombro de su sobrina y luego se retiró.

—Albert... —habló Kitty.

—Dime... —pronunció él de nuevo concentrado en su periódico.

—Albert... —insistió.

—Dime, Kitty, ¿qué pasa?

—¿Puedes hablar con Eugenia?

—¿Qué quieres que le diga? Debe estar sangrando. Tanto que antes le gustaba presumir que era mujer.

—No creo que esté sangrando. Tiene más confianza contigo que con cualquier otra persona. Habla con ella. Su comportamiento es extraño...

La institutriz trataba de no escuchar ni ver, ya que si no escuchaba ni veía, nadie le preguntaría nada. Ella sabía en qué andaba metida la joven, pero no lo diría por el bien de todos.

Los sirvientes prepararon el jardín para que ella pudiera practicar con el arco. Un árbol tenía las marcas de las veces en que ella y sus hermanas practicaron la arquería. Por más que cambiaban las maderas del blanco, ese árbol sentía las heridas, ya que las flechas lo herían.

Eugenia cogió el arco y la flecha para colocarla en posición de tiro. Analizó por un momento hasta que se decidió a tirar.

—¡Condenación! —masculló al ver que perdió una flecha. Ella era una buena arquera; sin embargo, solo Dios sabía a dónde había viajado y si dejó algún herido en su trayecto.

Trató de recobrar la fe en sus habilidades con un par de flechazos más, pero estos fallaron o cayeron cerca del blanco. Culpaba a Randalf por su falta de concentración. No sabía cómo canalizar la frustración que sentía. Consideró que la arquería le ayudaría a tener confianza, ya que siempre se jactaba de ser buena en eso; no obstante, su mente estaba muy nublada. Tomó otra flecha y siguió intentando.

—Qué mal tiro, Eugenia, espero que la flecha no llegara a Escocia —musitó su cuñado que se acercó hasta donde ella se encontraba—. ¿Te encuentras bien? Los nervios por el futuro matrimonio pueden ser un poco traicioneros, y más cuando sabes que no amas al hombre con el que te casarás.

—Por supuesto que lo amo; amo la posición que me dará en la vida —replicó la joven.

—Una buena posición no lo es todo en la vida y he podido comprender eso a lo largo de los años. Yo no podría vivir con alguien diferente a Kitty...

—Y yo quizá no pudiera vivir más tiempo con mis hermanas, son insoportables.

—Sabes a lo que me refiero, Eugenia.

—Sé que tienes buenas intenciones y tu cariño por mí te ciega, pero sabes cómo soy. La arbitrariedad es lo mío.

—Para cualquier cosa de la vida tal vez, pero no para alguien que te acompañará hasta el final.

—Albert, no siempre se pueden cumplir todos nuestros deseos. Si así fuera, yo sería la marquesa de Asthon. No hay que ser tan ambiciosos, ¿o sí?

—Qué tonterías dices. William te duplica la edad. Debería darte unos azotes por pensar así, tal vez entrarías en razón.

—Es un decir. No siempre puedo salir victoriosa, ¿verdad? Me frustró y no sé qué más hacer...

—Seguir intentando hasta que consigas lo que quieres. Plantéate la idea de buscar virtudes en las personas, en especial con quien vivirás. Busca su encanto, tal vez una pesadilla suya sea un encanto para ti.

Eugenia le prestó más atención a su cuñado y le sonrió. Seguir intentando, buscar virtudes y encantos en alguien que no los tenía. Por supuesto que podía hacerlo, era lady Eugenia Fane. Su tiempo de revolcarse en su propia miseria había terminado. Tenía el plan perfecto para conseguir lo que deseaba.

—Me has abierto los ojos, querido Albert...

—¿En verdad? —preguntó Albert que no se fiaba del todo en las palabras de su cuñada. Era bastante bromista.

—No, pero si te sirve de consuelo me resulta útil tu consejo.

—No me ilusioné ni por un segundo al creer que te había podido convencer de algo.

—Aunque no lo creas, me estás ayudando, es probable que no de la manera que esperas, pero sí de la que yo espero.

—No hagas que sienta temor de mis propios consejos, solo quiero tu bienestar.

—Igual que todos los que me rodean, aunque más parece interés por deshacerse de mí. Quizá ya aprendí que hay diferentes tipos de afecto familiar.

Albert no sabía si la había ayudado o no. Solo esperaba que ella no cometiera alguna locura de esas que podrían darle problemas familiares. Eugenia era como una nube tormentosa que viajaba sobre el paisaje, aunque nunca sabían en dónde se desataría la tormenta.

Después de enfocarse, ella había conseguido dar en el blanco. Su confianza, que antes se había visto opacada por Randalf al ignorarla, había regresado con nuevas ideas de cómo conseguir su objetivo y saciar su curiosidad. Él había desatado a su lado más salvaje de la familia Fane: la curiosidad, si esta no era saciada, nada bueno podía existir después.

También pudo conversar con su sobrina en tranquilidad hasta que llegó la hora de la cena en la que compartieron un tiempo más. Al terminar, Eugenia fue a sus aposentos y fingió que dormiría; sin embargo, por la ventana observaba que a lo lejos se notaba una gran nube que se acercaba por el horizonte.

Cuando mermaron los movimientos en la residencia, ella fue a la cocina, buscó de nuevo el canasto, metió dentro un libro, un poco del dinero que deseaba darle, una lámpara, una botella de whisky y lo que quedó de la cena, además de unos quesos y más cecina. La cocinera pensaría que tenían una plaga de roedores a causa de todo lo que se había llevado.

Con sigilo fue a las caballerizas para sacar a uno de sus diez caballos que le había regalado Albert. Ella amaba a cada uno de esos animales. Cabalgar era algo que adoraba.

Una vez que logró su cometido de apropiarse de un corcel, subió a su lomo y partió con presteza, aunque sin hacer demasiado ruido. Sería escandaloso que le pillaran en esa situación.

Seguía fijándose en el cielo. Las nubes tenían densas tiras de luz a lo lejos. Eugenia desconfiaba de que una tormenta pudiera atraparla en el campo. Nunca estuvo lejos de su familia en una noche tormentosa.

Randalf que se hallaba en la cabaña, seguía leyendo el libro de Eugenia. Cuando estaba despierto podía escuchar varios sonidos distintos a los renacuajos de los charcos, también escuchaba a los insectos como escarabajos golpearse contra la madera de la casa cuando intentaban un vuelo, por eso pudo escuchar el sonido de un caballo. Suponía que era Eugenia, pero su desconfianza le hizo cubrir la lámpara con una piel de venado para que no pareciera que alguien habitaba el lugar en caso de tratarse de alguien distinto a quien él esperaba.

Capítulo 18

Eugenia se acercó a la ventana y no vio movimientos, ¿sería posible que Randalf se hubiera ido? Si así fuera quedaría muy decepcionada.

—Señor Amery, ¿todavía se encuentra aquí? —preguntó al abrir la puerta. La respuesta pronto se hizo llegar, él retiró lo que cubría la lámpara y se acercó.

—Sí, aquí sigo.

—Menos mal —dijo aliviada—. Le he traído más comida y un whisky. Imagino que no suele beber algo bueno. Al menos Albert dice que es de los mejores, la verdad le mentiría si le dijera que he bebido whisky alguna vez, soy experta en ginebra y oporto.

—Yo no podría describir lo que bebo. Podrían darme agua de charco y no sabría si es un buen té.

—¿Hace cuánto tiempo que no bebe un buen té?

—Quince años.

—Mañana traeré unos saquitos. Aquí tengo un juego de té, podríamos divertirnos mucho.

—Sigue pensando que va a retenerme aquí por más tiempo. Si no hay dinero esta noche, me iré.

Ella abrió el canasto que llevaba y le arrojó una pequeña bolsa.

—Tiene un par de monedas, pero si se queda conmigo tendrá el doble.

—¿Intenta comprarme cuando en realidad yo persigo una gran fortuna?

—Sí, no me culpe por intentarlo. Me agrada. Pocas personas logran con sus malos modales ganarse mi atención.

—No me interesa llamar su atención. Milady, necesito que entienda una cosa, no estoy aquí para jugar y menos para que una niña caprichosa me tenga cautivo.

—¿Niña? Soy una mujer, señor Amery, una muy deseable, por cierto. En Londres se pelean por bailar conmigo.

—Pues vaya y continúe causando disturbios ahí, aquí lo que necesito es irme y saber si mi amigo ha regresado con buenas noticias de mi madre. No puedo desaparecer, pero sin este dinero no podré pagar la posada. No muchas personas vienen a Gloucestershire para poder sacarles dinero, y menos en esta época del año.

—Un día más no le hará daño. Tampoco tiene que ser grosero. —Eugenia se acercó a él para acortar distancias y colocó su mano sobre el pecho de Randalf—. Si no sabe contar, le puedo ayudar...

Randalf la observaba y percibía el delicioso aroma del perfume de Eugenia. Su sonrisa y su mirada pícara hacían que él se sintiera muy atraído a seguirle la corriente, por más que su parte vengativa le exigía que se enfocara en lo que realmente importaba que era recuperar su dinero, le decía que una vez que tuviera su título podría apoderarse de ella, tenerla para siempre y que por eso no era necesario aventurarse y caer en la tentación, pero él era un joven un poco incauto en el coqueteo y ella al parecer alguien muy entrenada. No contaba con la astucia suficiente para repelerla y Eugenia parecía inmune a las groserías que él le hacía.

—Sé contar, no hace falta que me trate de tonto. —Él se alejó de ella—. ¿Qué trajo de comer?

—Carnes, queso y pan —respondió, aunque quería decirle que ahí estaba ella para que

devorara sus labios—. Escoja lo que quiera.

El joven agarró el canasto y hurgó en él.

—Un libro... —musitó él al ver que le había llevado uno.

—Para que no se aburra y deje de buscar problemas. La institutriz nos daba actividades para no molestar a Spencer cuando deseaba descansar en su habitación. Éramos un poco fogosas con nuestro hermano. Era nuestro tutor, y yo, particularmente, estaba empeñada en conocerlo, puesto que era la única que no lo conocía gracias a los desacuerdos que él tenía con mi padre. Entiendo a Spencer, tenía problemas con los comportamientos apasionados de él.

—¿Qué son comportamientos apasionados para usted?

—Soy hija del cuarto matrimonio de mi padre. La señorita Harting dice que los caballeros tienen demonios apasionados que se manifiestan cuando están con la dama adecuada.

Él no pudo soportar la tontería que escuchó y se desternilló de la risa.

—¡Demonios apasionados...! —Randalf no podía parar de reír. Pocas veces se divertía mucho, pero en esa ocasión, ella parecía hecho el chasco del siglo.

—Usted es un caballero, ¿no debería tener demonios apasionados? Tal vez como el que se apoderó de usted esta mañana.

—Me gustan las mujeres, usted es muy bella, pero es una dama. No puedo divertirme con usted, todavía no.

—No haga que lo desprecie, señor Amery —advirtió con una sonrisa sardónica.

Dejó de reír y siguió buscando la comida, también abrió el whisky y le dio un par de sorbos.

—¡Demonios! ¡Esto es lo mejor que he probado en la vida! —espetó después de que el líquido ambarino cruzó por su garganta. Tenía sentimientos encontrados con respecto a la bebida. Eso no debería ser algo excepcional para él, sino más bien algo convencional.

—Se lo dije, mi cuñado tiene razón.

Siguió bebiendo de la botella sin detenerse, el sabor que le quemaba hasta la mente le daba satisfacción. Después cogió la carne, el queso y el pan. En un primer momento, olvidó sus modales, estaba emocionado por lo que comía, hasta que se dio cuenta de cómo lo observaba Eugenia.

—¿Le apetece? —indagó para que dejara de parecer que deseaba lo que comía.

—He cenado, señor Amery.

—Entonces, deje de mirarme.

—No podrá comer ninguna comida una vez que recupere su vida. No olvide que comerá con un ejército de sirvientes a su espalda si en realidad es un hombre rico.

—Lo toleraré. Beba un poco de whisky para distraerse y no molestar con su curiosidad —farfulló pasándole la botella para que hiciera algo.

Ella miró la botella y sonrió nerviosa.

—Las damas no beben whisky... —alegó Eugenia.

—Tampoco salen de sus casas en la noche, no portan armas, no cuidan a ladrones y tampoco les llevan libros.

—Entonces admite que es un ladrón.

—No es tonta para darse cuenta de eso. Es la triste realidad de mis días.

—Me gusta que sea tan sincero, señor Amery. Considero que eso es un gran atractivo para un caballero.

—Pensé que el dinero era el gran atractivo de un caballero.

—No lo niego, también tiene razón. ¿A quién no le gusta el dinero? Y a quien dice que no le

gusta, miente.

—Salud por el dinero, milady —dijo Randalf. Le indicó que le diera un sorbo a la botella de whisky.

—Salud, señor Amery... —Ella probó el licor y lo escupió con rapidez—. ¡Mi garganta! ¡Me moriré!

Eugenia agitaba sus manos como si fueran abanicos. El calor del whisky calcinaba sus entrañas.

—Todavía hay un poco del vino que traje ayer, milady, es mejor que beba eso. —Randalf no podía contener la risa.

—Búrlase, señor Amery, tal vez yo termine burlándome de usted más adelante.

Ella se acercó para tomar la botella de vino y darle sorbos para calmar la quemazón. Se lo bebió como si fuera agua.

—Es muy graciosa. En verdad que me ha hecho reír mucho. Llevo la mitad de mi vida ahogándome en la amargura.

—¿Le he hecho cambiar eso?

—No, pero disfruto de estos momentos.

Rendirse no era una opción para Eugenia, continuaría firme como rulo de estatua para conseguir un acercamiento. Si toda su sutileza no funcionaba, tendría que decirle lo que quería, no le quedaba más tiempo para nada y le importaba poco que él fuera un ladrón.

—Siga bebiendo, señor Amery. A lo mejor se pone más amable...

—Me hace sentir más cómodo que tengamos los mismos modales.

Los dos bebían sus respectivos licores. Eugenia lo hizo con más inteligencia, pues fingió tomar al mismo ritmo que Randalf, a quien con el paso de los minutos comenzó a notar más hablador y reía por cualquier razón. Su plan de embriagarlo había funcionado sin el menor esfuerzo.

—¿No quiere mirar las estrellas? Son hermosas —ofreció la joven, sonriente.

—Durante demasiados años he visto las estrellas, para mí no es algo bonito.

—Al menos deme el gusto. Le di dinero, y como le dije, hay más de dónde viene ese.

—No quiero darle el gusto a nadie, no me interesa. Quiero ver correr sangre de mis enemigos. Usted no sabe cómo odio a mis parientes. Los odio tanto que incendiaría su casa con ellos dentro.

—Comprendo su dolor, su furia y su rencor, pero sea amable conmigo. —Ella se acercó y lo tomó del brazo para que se levantara—. Conmigo aprenderá a ver el cielo de otra manera.

No se resistió por mucho tiempo a lo que Eugenia quería. Lo tomó del antebrazo y por poco lo arrastró hasta la salida de la cabaña.

—Perfecto, con usted el cielo se ve blanco, con relámpagos, a punto de llover. ¿Qué se supone que debo interpretar con esto?

—Que soy desatenta. Hoy lloverá, pero eso no importa, las tormentas tienen su encanto.

Randalf echó su figura sobre el césped y miró el cielo nublado e iluminado.

—Mi vida es una tormenta todo el tiempo... —comentó con sinceridad.

—Alcanzo a comprender algunos de sus pensamientos, señor Amery. También he tenido sentimientos encontrados por mi familia, pero ellos no son tan malos como se supone que son los suyos.

—No es lo mismo, lady Eugenia. Desde siempre he sentido el rechazo de ellos, esperaban que mi padre jamás se casara, que no tuviera hijos, pero las cosas salieron mal para ellos.

Aprovecharon mi enfermedad para deshacerse de mí, fue la oportunidad perfecta...

No podía dejar de mirar los ojos de Randalf, lo notaba triste y pensativo. ¿Cómo no creer en su historia si él demostraba sentimientos? Alguien que mentía jamás podría tener ese rostro de sufrimiento.

—Quiero que ambos seamos felices. En lugar de recordar cosas malas, podríamos pensar en algo bueno... —sugirió Eugenia que se echó junto a él.

—¿Qué es algo bueno para usted? —Randalf la observó, mientras ella se acomodaba a su lado.

—No lo sé —respondió después de un largo silencio en el que solo consideró una opción: hablarle de un beso—. Tal vez podríamos besarnos...

—Milady...

—Antes de que diga algo... —Ella lo interrumpió con presteza—. Para mí es algo tan nuevo y satisfactorio que me gustaría volver a experimentar, señor Amery. Siéntase afortunado de tenerme aquí pidiéndole con exactitud lo que espero de usted...

Pese a sus mareos por estar un poco pasado de copas, Randalf no podía dejar de asombrarse por la iniciativa de Eugenia. Ella, en realidad, carecía de sentido común.

—No le daré nada porque estoy seguro de que Dios no lo quiere.

—¿Y cómo sabe que Dios no lo quiere? —Un rayo cayó cerca de la zona y Eugenia dio un respingo—. Eso no significa nada, no sea supersticioso.

—No he dicho nada de un rayo cayendo cerca de nosotros, aunque tampoco me niego a que sea una señal divina.

Sin soportar una tontería más, Eugenia se arrojó sobre Randalf y comenzó a besarlo con timidez, a la vez que él permanecía quieto, pero moviendo los labios. Ella quería sentir que tenía el control.

—¿Ve que no es difícil cooperar? —curioseó Eugenia, socarrona, alejando unos centímetros la boca de ella de los labios de él.

—Está jugando con fuego, milady. Usted no se imagina lo que puede encontrar en un encuentro semejante con un caballero... —replicó Randalf, malicioso, ya que Eugenia creía tener el control; no obstante, él tenía la fuerza y el dominio de la situación. La joven tomaba un papel que no le correspondía. Estaba al borde de un fino hilo que los separaba de la pasión, la lujuria y el ser interior: el primitivo.

—Me interesa saber lo que puedo encontrar, señor Amery. —Ella regresó a apoderarse de los labios de Randalf, mas él se adelantó y dio la vuelta la situación; era él quien se encontraba sobre ella en ese instante.

—Ya que insiste y yo no soy de acero, podríamos probar sin que salga usted dañada... —sugirió con una voz penetrante.

El tono con el que le hablaba Randalf había cambiado por completo y a Eugenia eso le ponía la piel de gallina, no por miedo, más bien era porque ese tono desvelaba una promesa y a la vez producía la angustia de la anticipación. La imaginación jugaba un papel fundamental en el momento.

—¿Y qué probaremos, señor Amery? Sea lo que sea, quiero conocerlo en este mismo instante.

—No se desespere, todo será a su tiempo.

Capítulo 19

Randalf había tomado la situación en sus manos, estaba encima de una dama, llenándola con sus atenciones. Sin tener en cuenta que estaba un poco mareado por el whisky, todavía podía disfrutar de los tersos labios de Eugenia. Ella misma había propiciado ese acercamiento y él no podía quedar indiferente, puesto que le gustaba la joven y sería un acto criminal de su parte fingir que no deseaba algo.

Abandonó los labios de la joven y la observó.

—¿Qué hace? Continúe, señor Amery... —ordenó Eugenia al sentirse abandonada por los labios del hombre que tenían sabor a brandi.

Él no respondió, se dedicó a recorrer el cuello de Eugenia con sus labios, haciendo que ella diera un gemido que la hizo estremecer.

Eugenia nunca había pasado por tales sensaciones. Lo que Randalf hacía recorriendo su piel, no tenía nombre, solo podría ser descrito como algo increíble y desconocido. Todos sus sonidos estaban perdidos, nada en su cuerpo podía funcionar, ni siquiera sus pensamientos. Ella era un cúmulo de extrañas experiencias en su cuerpo. Partes que no sabía que estaban vivas, parecían latir desesperadamente, buscando algo necesario para calmarse. Su corazón estaba enloqueciendo y su cerebro no podía controlar los movimientos, ese instante era solo sentir y no pensar. Ahí no existía el tiempo ni las consecuencias, se trataba de instinto, atracción y una pasión que se había desatado sin esperar que fuera tan abrasadora.

Ella se retorció entre los brazos de Randalf cada vez que la besaba con mayor ánimo en el cuello, en la clavícula y aún más en el escote. Él sabía que no podría pasar de los límites permitidos. Debía resistir hasta tener su dinero y pedirle matrimonio a ella. Pese a lo alocada que era Eugenia, merecía un matrimonio. Nada de lo que hacía parecía estar impulsado por la mala fe. Randalf estaba seguro de reconocer a alguien bueno, de alguien malvado. Siempre tuvo buen ojo, y no se equivocó con sus parientes. No podía cegarse por la atracción hacia una joven, consideraba que su posición era la correcta en ese caso y Eugenia era buena.

Cuando mayor era la pasión, densas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre ellos, golpeándolos con fuerza.

Los dos tuvieron que levantarse del suelo con rapidez.

—¡No me importa que estemos mojados! —Eugenia lo cogió de la mano y lo llevó corriendo hacia la cabaña. Ahí abrió la puerta y comenzó a reír. Los dos respiraban agitados por la carrera—. Podríamos continuar aquí...

Randalf no se negó a lo que Eugenia propuso. La siguió besando sin descanso, aunque con un poco más de soltura. Llevó su mano a la cintura de Eugenia y la acarició. Subía y bajaba desde la cadera hasta las piernas. Él sentía que le faltaban manos para acaparar toda la figura de la joven.

—No puedo mostrarle más que esto, milady...

—Puede llamarme Eugenia. Considero que hemos tenido suficiente intimidad para tutearnos. ¿Por qué no puede mostrar más?

—Porque el resto está reservado para el matrimonio, Eugenia. Soy alguien honorable por más que no lo parezca. Esto es cuestión de paciencia.

—Pero yo no quiero esperar, Randalf, quiero experimentar todo lo que mi cuerpo ha vivido. Por algo la vida lo ha puesto en mi camino...

—Me encantaría hacerle una promesa.

—¿Eso significa diferir el asunto?

—Significa que cumpliré algunas cosas, en un plazo de tiempo.

—No me gustan los plazos, deseo que sea ahora.

—Mientras más deseos tenga hoy, la promesa ganará más fuerza y disfrutará mucho más de lo que obtendrá.

—¿Seguirá besándome?

—Al menos hasta que me tenga que ir...

—Yo me quedaré un par de semanas más aquí, por si se quiere quedar. Prometo darle más dinero para que se quede.

—No hace falta que me pague, lo haré con gusto.

Para Eugenia, las palabras de Randalf eran un gran triunfo, seguiría ahí un tiempo más, al menos antes de que ella regresara a su casa en Londres y tuviera que casarse.

Los dos siguieron besándose durante más tiempo, además de conversar mucho sin darse cuenta de que el tiempo pasaba con rapidez, mientras ellos estaban perdidos en su conocimiento mutuo, el mundo afuera se caía por la tormenta.

Horas después, los dos se quedaron dormidos. Randalf como todo un caballero, le cedió la cama a la joven y él durmió en el suelo, sobre una alfombra.

Eugenia despertó al oír un par de pájaros. Sus ojos se desorbitaron al notar que estaba a punto de amanecer y ella no estaba en su habitación de la casa de su hermana.

Abandonó la cama y se propuso despertar a Randalf.

—¡Randalf, debo irme! —exclamó con premura.

—Buena suerte, Eugenia —la despidió con voz pastosa. Ni siquiera se había despertado por completo.

—Siempre tan poco educado, volveré por la tarde. Aún queda un poco de queso y pan. Cuide el whisky.

Todavía estaba oscuro cuando ella salió de la cabaña y fue corriendo hacia un pequeño establo donde estaba su caballo. La lluvia no había cesado, por lo que llegaría mojada a la casa. ¿Qué haría con sus prendas? Tirarlas. Nadie podía saber que ella no había dormido en su cama.

No se arrepentía al haberse quedado con Randalf. Se sentía plena, feliz y atendida a su lado. Él era de los que le daba el gusto, pero no en exceso. Ella sabía que Randalf tenía un corazón que parecía estar muy herido por lo que contaba, pero no lograba ser sincero con ella. Cuando hacía preguntas de su familia lo notaba desconfiado, como si ella fuera a traicionarlo en cualquier momento. ¿Y si averiguaba por su cuenta? Sabía su apellido, era Amery, con eso tendría más que suficiente para saber lo que necesitaba. Su cuñado y su hermana conocían a muchas personas de Londres y podrían darle una pista, aunque no podía decir demasiado, ya que se delataría y quizá Albert llegara hasta donde se encontraba Randalf y terminara en un desastre: con ella enviada a un castigo seguro y desagradable aplicado por su hermano. Eso era peor que estar muy enferma. Spencer sabía lo que significaba hacer sufrir al prójimo.

Una vez que dejó al caballo, el sol casi salía por el horizonte, se apresuró a llegar a su habitación. Los sirvientes ya comenzaban a moverse por cada lugar de casa para empezar con sus labores.

—¿Por qué está mojada, tía Eugenia? —cuestionó Augusta que salía de su habitación con una lámpara.

—Tuve la necesidad de hacerlo porque sentí calor. Tú no deberías estar despierta, es muy

temprano.

—Usted tampoco debería estar mojada tan temprano. No ha llegado el tiempo de su baño.

—Escucha, querida Augusta, ¿qué te parece si hacemos como si no nos hubiéramos visto todavía? Si no cuentas esto te daré mis masas en el té y...

—La diadema que tiene...

—No, quería negociar nuestro tiempo de juego. Hoy prometo ser buena contigo.

—Solo la gente que se siente culpable hace tantas concesiones... —razonó la niña.

—Es lo que tú harías, eres una pequeña arpía desconfiada. Nos veremos en el almuerzo.

Ella se apresuró a entrar en su habitación y maldijo por lo bajo. Augusta era de armas tomar, siempre pendiente de los demás. Esa niña la superaba en inteligencia maliciosa. Era como tener el carácter de ella, pero con la lógica de su padre. Albert no era una persona sencilla de conquistar, Eugenia había tenido mucha suerte al resultarle graciosa y que la viera como una hermana.

Se quitó las prendas y se apresuró a ponerse algo cómodo y seco. Cogió unas telas para secar su cabello. Mientras lo hacía, recordaba lo que había vivido junto a Randalf. Para ella era un juego divertido; sin embargo, dentro de ella comenzaba a tener sentimientos no solo de empatía hacia él, sino también atracción. Lo que ella sentía al verlo era lo que deseaba que le ocurriera al ver a su prometido, pero no. No existía ese vínculo, el parecido que tenían era en el interior. Ambos parecían estar podridos, aunque a la vez tenían un pequeño corazón. Quizá Eugenia romantizara la situación que vivían. Era probable que Randalf solo quisiera el dinero tal y como le decía. Pagaría lo que fuera por tener más tiempo esa felicidad a su lado.

Al mirarse en el espejo, viéndose completamente desarreglada, imaginó cómo sería su vida casada con un delincuente como Randalf. Él era todo lo que no debería ser correcto, se trataba de uno de sus mayores miedos.

Ser pobre y estar enamorada no era lo que esperaba y tampoco lo que sus parientes deseaban. Podía creer en lo que Randalf decía sobre su familia, pero sentía desconfianza de todo. Ella necesitaba averiguar más cosas sobre él sin tener que preguntarle.

Pese a sus temores de enamorarse de él, siguió pensando en lo bello que había sido ser besada y acariciada por un caballero que le gustaba. Vivía algo a lo que no quería renunciar, pero que tarde o temprano terminaría porque cada uno debía seguir su camino.

Cuando sintió que su cabello se encontraba más seco, se acostó para dormir un poco.

Horas después se levantó de la cama y una doncella la ayudó a vestirse para que se presentara para el desayuno.

—¿Y sus prendas de ayer, milady? —preguntó la doncella.

—Se han roto y por eso se las daré a Helen, la doncella de mi cuñada —replicó sin titubear.

—Como diga, milady. Su cuñado y su hermana la esperan para desayunar.

—¿Podrías decirle a la cocinera que aparte mis scones del té para entregarlos a Augusta? Le prometí que le daría mi parte.

—Por supuesto...

Eugenia se dirigió al comedor y se sentó en su lugar de siempre.

—Buen día... ¿Qué le ha pasado a tu cabello, Eugenia? —indagó su hermana.

—Sentí calor y no se me ocurrió otra cosa que mojarme un poco y dormir. Es todo... —respondió—. ¿Y Augusta?

—Todavía sigue dormida —dijo Albert—. Nos ha dicho que no la molestemos hasta el almuerzo porque no había dormido bien.

—Si yo le hubiera dicho algo semejante a Spencer, hoy estaría rumbo a un convento francés.

—Eugenia tiene razón. Considero que deberíamos ser más duros con Augusta, Albert.

—Ella no puede opinar del comportamiento de nadie. Es mejor que las dos no digan mucho, ya que no han sido lo mejor en eso.

—Y... ¿Conocen a alguien de apellido Amery en Londres? —preguntó Eugenia iniciando una conversación, a la vez que tomaba un trago de zumo.

—¿Amery? —respondió su cuñado.

—¿Qué tienen los Amery? —curioseó su hermana—. Tu prometido no es Amery. ¿Por qué debería interesarte ese apellido?

—Es simple curiosidad. Oí ese apellido en un baile y anoche soñé con un caballero de apellido Amery.

—Ya estás comprometida —le recordó su cuñado.

—¿Acaso está prohibido soñar con un desconocido y con un apellido? No sabía que podía comandar mis sueños. Si así fuera, hubiera sido reina de Inglaterra.

—Tiene razón, Albert. Es simple curiosidad —alegó su hermana.

—Bien, si es así. Hay muchos Amery y la mayoría pertenecen a la nobleza —contestó Albert—. No solo están en Londres, sino también en las regiones rurales de Inglaterra.

—¿En Londres no está lord Hampton? Él es un Amery.

—Sí, pero es un viejo zorro, creo que ha disputado ese título con su fallecido hermano, pero están en la bancarrota. No creo que Eugenia soñara con alguien así... La pobreza no se atrae ni con el pensamiento.

La joven escuchaba con atención las palabras de su cuñado y concluía que esos Amery arruinados eran parientes de Randalf. Tal vez él sí tuviera un título, pero uno vacío al ser el hijo del fallecido conde. Esas noticias no serían alentadoras si le llegara a contar algo semejante. Debía mantener en secreto que ella había descubierto quiénes eran sus familiares.

Si lo que le había dicho a Eugenia fuera cierto, saber que estaba otra vez en la miseria lo dejaría de muy mal humor y sería aún más malvado y vengativo, quizá hasta llegara a atentar contra la vida de ese hombre.

Lo que podía sacar de la información que había recabado era que no podrían estar juntos jamás, su posición se lo impedía y la miseria del Randalf no lo ayudaba. Estaban destinados a tener solo una aventura.

Capítulo 20

Cuando quedó conforme con lo que había seleccionado de información, dio por terminado su desayuno. Le servía para saber lo inconveniente que era Randalf y que solo podían tener esa aventura de unos días, ya después ella debía regresar a los brazos del hombre al que había escogido.

Le pidió a la cocinera que le preparara un canasto para salir de la residencia. Debía hacerlo antes del almuerzo, había prometido muchas cosas para Augusta. Le debía un poco de atención, ya que si no le daba lo que pedía estaría en aprietos. Ella la había descubierto llegando en la madrugada. Si Albert llegaba a saber eso, esa casa estallaría. Para su buena fortuna, la niña se encontraba durmiendo.

Cuando le avisaron que el canasto estaba listo, ella se retiró, aunque no sin antes ser observada con atención por su antigua institutriz. Si las miradas mataran, la de ella ya la hubiera enterrado hacía tiempo. Con esos ojos le recordaba que no era correcto lo que hacía, pero al final no le importaba porque terminaba haciendo su voluntad.

El día seguía nublado, aunque había dejado de llover, eso ya era un avance. Le daba pena que el sol no se pudiera distinguir, puesto que si tenía suerte podría volver a ver a Randalf sin ropa, pero era mejor no ilusionarse con eso, sería echarle más leña a la pasión que sentía cada vez que se acercaba a él.

Al llegar a la cabaña, Eugenia abrió la puerta y encontró a Randalf que seguía durmiendo en el suelo sobre la alfombra. Había bebido demasiado durante la noche, no tenía mucho ánimo de dejar la comodidad de su posición, al menos eso pensaba ella.

—Randalf... —Lo llamó Eugenia que se agachó para despertarlo.

Él, en cambio, movió las manos como si fuera a matar una mosca; no quería que lo molestaran.

—Es momento de despertar, el día está nublado y yo he traído comida. Considero que necesita un té...

Ella no dudó en buscar la manera de preparar eso para Randalf, le haría bien un pequeño té, ya que había llevado unos saquitos para el efecto. Eugenia nunca había hecho nada por los demás, es más, se quejaba de la mayoría de las personas. Solo la locura la llevaba a ser tan amable con alguien que en realidad no era de buen carácter. Cuando él le hablaba, ella sentía la necesidad de discutir, pero al final terminaba cuadrándose a lo que él decía. No acostumbraba a obedecer, mas con Randalf se sentía extraña, con ánimo de ceder en ocasiones, no era inflexible como cuando se enfrentaba a una situación familiar. Tampoco era flexible con su prometido, ya que él no representaba a alguien que se opusiera a ella. No sabía qué le deparaba el destino, casada con el marqués de Lorne.

Al terminar el té, golpeó a Randalf con un puntapié para que se despertara. Esa era su forma cariñosa de hacerlo. Era algo parecido a la cortesía que él le daba.

—¡Auch! —expresó al sentir el golpe en la parte baja de su espalda. Abrió los ojos y vio ahí a Eugenia—. Pensé que escapé de la esclavitud, pero aquí está el capataz.

—Pues su capataz le ha preparado el té para que supere su borrachera.

—No estoy ebrio, estaba descansando.

—Casi vuelvo a creer que estaba muerto. Ya estamos cerca de la hora del almuerzo. —Ella

extendió su mano con el té para que lo cogiera.

A Randalf le agradaba el servilismo de la joven. Le hacía sentir que era apreciado.

—¿No se quedará?

—Lo lamento, pero volveré por la noche. Hoy me comprometí a darle atención a mi sobrina. Me descubrió llegando al salir el sol, pero he negociado que se quede callada.

—¿Confía en que lo hará?

—Por supuesto, tiene sangre Fane, lo más importante para nosotros es nuestra palabra.

—Debe ser eso, ya que no es virtud suya escuchar los deseos ajenos.

—No me haga reír, Randalf. Sospechaba que era perspicaz, pero no tanto. No me delate con nadie —se burló Eugenia.

—Usted anda por la vida como espina entre flores y no al revés. —Randalf sorbió el té y le sonrió a Eugenia—. No tiene mal sabor, pero definitivamente usted no ha nacido para saber prepararlo.

—Es cierto, pero me ofende un poco por haber hecho eso con buena voluntad, sabiendo que pude haberlo envenenado. Considérese afortunado al resultarme agradable.

La sonrisa en el rostro de Eugenia era difícil pasar por alto. No existía una palabra exacta para definirla, ya que rozaba lo exótico y espléndido, aunque también tenía demasiados defectos y uno de ellos era creerse más que los demás. Ella no terminaba de poner sus pies en la tierra, pero ese era parte de su atractivo encanto. ¿Sería un demente si le pidiera que lo tuviera en cuenta para un próximo encuentro para cuando estuvieran en igualdad de condiciones? Solicitar su mano sería algo por lo que podría arriesgarse sin mayor inconveniente y más porque ella le correspondía en atenciones. Quizá soñaba despierto por no sentir que la joven podría ser imposible de alcanzar. Todo dependía de desear estar juntos. Estaba seguro de que jamás volvería a tener ese afianzamiento que él tenía con Eugenia.

Cuando Eugenia lo vio más despierto, se acercó para ofrecerle lo que había llevado para él. Sin darse cuenta, los dos se encontraban de nuevo frente a frente, pero sin luchar contra la atracción que sentían. Sin dudarlo ni un minuto, ambos volvieron a caer en ese acercamiento. La tentación era difícil de superar cuando a los dos les apetecía estar cerca. Ambos pensaban cosas distintas y tenían otras expectativas. Mientras que Eugenia jugaba algunas de sus cartas con Randalf, él sin darse cuenta se mostraba más transparente y vulnerable al darle confianza a ella. Pocas cosas había guardado para sí, puesto que suponía que, Eugenia, al ser soltera, lo aceptaría una vez que recuperara sus recursos y tuviera algo que ofrecerle. Lanzarse en ese momento hacia el vacío de la confesión podría dar como resultado una muerte triste y dolorosa para Randalf, además de sumar otra persona más a la cual odiar en la vida.

Después de que ella se despidiera, regresó justo a la hora del almuerzo y encontró a su sobrina con las faldas llenas de barro ensuciando el salón.

—¿Por qué estás sucia, Augusta? —cuestionó Eugenia que se sentó en el sillón antes de ser llamadas para que fueran al comedor.

—Salí a perseguir mariposas porque estaba aburrida al levantarme —respondió la niña.

—Te aburres con facilidad como yo, pero eso ha terminado. ¡Jugaremos al ajedrez!

—¡Eso es genial!

—Pero después de comer.

La niña cruzó los brazos y arrojó su figura, enfurruñada, sobre el asiento, haciendo que Eugenia se burlara de ella.

—Augusta, de todas formas, sabes que será difícil que no nos interrumpan. He prometido

pasar tiempo contigo y lo cumpliré. Estaremos juntas todo el tiempo que desees.

—Parece que por fin será de nuevo la tía divertida, porque todavía no se ha casado y ya comienza a ser aburrida.

—Nunca nadie me ha llamado aburrida. El mundo me adora, Augusta.

—Tal vez mi padre sí, pero los demás no.

—Es suficiente, Augusta. No seas insidiosa. ¿Acaso intentas caerme mal? Comienzas a lograrlo.

—No, solo que no le gusta que le digan la verdad.

—La única que dice la verdad soy yo, y tú eres una niña insolente.

—No peleen y vayamos a comer —llamó Kitty para que ninguna terminara ahorcando a la otra.

Las dos pasaron al comedor y se sentaron a comer. Augusta no dijo nada sobre el pequeño altercado de antes, pero sí contó que Eugenia se había comprometido a varias cosas porque estaba arrepentida de haber sido una mala tía desde que llegó a la propiedad días atrás. El rostro de la joven era un poema por lo que decía su sobrina. Le tocaba escuchar todo con incredulidad y concluía que Augusta era un verdadero monstruo en el cuerpo de una cría adinerada.

Al acabar el almuerzo, Eugenia comenzó a cumplir con su palabra, se puso a jugar con Augusta y darle todos los gustos que ella quería. Lo malo era que su sobrina parecía nunca estar satisfecha del juego y la tía ya estaba cansada, por lo que dio la idea del té.

Eugenia fue a la cocina a refugiarse y pedir que les llevaran el té. Sabía que podía agitar una campana y alguien aparecería a preguntarle sus necesidades, pero ella necesitaba librarse del yugo de su sobrina.

—¿Tienen listo el té? —indagó Eugenia al entrar ahí.

—Sí, milady. Además, he apartado los scones que pidió para su sobrina. —La cocinera le enseñó cómo había quedado.

La bandeja del lado de Augusta estaba repleta y la suya quedó vacía. Ante eso, Eugenia cogió una de las masas y se la llevó a la boca.

—¿Qué daño puede hacerme comer uno? Augusta ni siquiera se dará cuenta —dijo Eugenia, sonriendo.

Ella no podía quedarse sin probar el scon. Sabía que se había comprometido a darle todos a su sobrina, pero sabía que la niña no se pondría a contarlos.

—Supongo que no, milady. Se lo llevo ahora mismo.

—No hace falta, lo llevaré yo misma para alegrar a Augusta.

Cogió la bandeja y fue con ella hasta el salón del té para poder colocar todo en condiciones para invitar a Augusta y sorprenderla. Debía ser buena con la pequeña o su vida sería un infierno absoluto si llegara a abrir la boca.

—Iba a darte una sorpresa —pronunció Eugenia, sorprendida al ver a su sobrina en el salón.

—Yo pensé lo mismo y me temo que gané. Estoy ansiosa por comer sus scones, tía Eugenia.

—Y aquí están. Lo prometido es deuda. Todo lo mejor para mi sobrina favorita.

Las dos tomaron asiento. Eugenia era la encargada de servir el té para ambas. Todo parecía estar de maravilla, conversaban y se divertían hasta que llegó el momento de contar la cantidad de scones que había comido Augusta.

—Aquí solo hay once —manifestó la niña.

—Igualmente es mucho, Augusta. —Eugenia rio nerviosa.

—Si aquí estaba la ración que le pertenecía, deberían hacer doce. La cocinera se ha

equivocado.

—Debe ser eso...

—Entonces le diré a mi padre para que ponga a la cocinera a hacer un buen amasado para comer más.

—Es solo uno que ha faltado, Augusta.

—Quiero más. En mi mente suponía que debía haber doce.

—¿Molestarás a la cocinera para eso? Es tonto.

—Molestaré a todo el condado si hace falta por lo que me falta. Estoy segura de que la cocinera no volverá a equivocarse cuando se lo diga a mi padre.

Estaba en aprietos. Eugenia no creyó que su sobrina se tomara ese asunto tan en serio. No quería perjudicar a nadie y menos a una inocente cocinera.

—Me comí uno, Augusta —confesó—. No ha sido culpa de la cocinera. No lo resistí, tenía que probarlo.

—No puedo creer que no pueda cumplir con su palabra.

—¡He cumplido! He jugado y te cedí mi ración.

—Pero no toda y eso es un incumplimiento. Le diré a mi padre lo que he visto esta mañana.

—¡Pequeña diablilla!

—¿Cómo me ha dicho? A mi padre se le nublará la vista cuando le diga que su querida cuñada, su favorita, su princesa, esconde un secreto en la cabaña.

Por primera vez en su vida, Eugenia palideció. Augusta estaba dispuesta a desmembrarla por un sicon, por una pequeña debilidad. Era peor de lo que imaginaba.

—Augusta... Le pediré a la cocinera que prepare más masas... ¿Está bien? No hay que enloquecer por una pequeñez —alegó la joven, pero los ojos azules de su sobrina pedían su cabeza.

—Es muy tarde para arrepentimientos, tía. Me decepciona que teniendo un prometido tenga a un hombre escondido en nuestra cabaña.

—Es mi cabaña, no tuya. Tu padre la construyó para mí.

—Sabe que será mía pronto. En fin, se lo diré a mi padre.

—¿Qué más quieres, Augusta? —increpó para evitar que la delatara—. Me disculpo contigo. Eres mi queridísima sobrina... escucha lo estoy ayudando porque le disparé por accidente.

—¿Y por qué junta sus labios con los de él como hacen mis padres?

El bochorno se le había subido a Eugenia hasta la cabeza. No sabía qué responder ante eso.

Capítulo 21

—Al caballero le faltaba aire y yo se lo di, Augusta. Es todo —respondió.

—¿Entonces a mi madre le falta aire o a mi padre? Siempre les falta...

—Es probable que el aire sea un poco escaso entre ellos.

—Oh...

Augusta trataba de sopesar lo que le decía su tía con certeza, pero ella no se confiaba, ya que había sido capaz de incumplir su palabra de cederle la totalidad de sus masas. Uno menos no significaba el total, había sido deshonesta.

Eugenia creyó que domó a la fiera. Esperaba que así fuera, pues, de lo contrario, estaría en un gran aprieto. Tendría problemas con toda su familia y no estaba de más decir que la condenarían por sus malos actos estando comprometida, en pocas palabras la matarían lenta y dolorosamente, al menos Spencer lo haría, tal vez si no le daba un desmayo antes. Si eso ocurría era el tiempo perfecto de huir.

Tanto Eugenia como Augusta se prepararon para la hora de la cena. Ninguna de las dos había vuelto a mencionar el asunto del que habían discutido durante el té, aunque Eugenia no se confiaba del todo, trataría de ser más que amable con su sobrina, puesto que la tenía en sus manos.

En medio de la cena, todo parecía normal, hasta que Augusta dejó a un lado sus cubiertos.

—Madre, ¿a usted le suele faltar el aire? —preguntó la niña.

El faisán se le había quedado atorado en la garganta a Eugenia. Presentía que algo malo ocurriría.

—¿Por qué preguntas eso? —indagó Kitty.

—Mi tía Eugenia dice que cuando una dama y un caballero pegan sus labios, es porque a la otra persona le falta aire. Ella lo ha hecho con un hombre en la cabaña.

No había forma de que el faisán pasara por su garganta. Augusta la delató sin compasión alguna.

Una tos sin precedentes atacó a Albert, al parecer el ave también había quedado atascado en sus vías, al igual que a su cuñada.

Kitty se levantó de su asiento y fue a golpear a su esposo en la espalda. Los sirvientes que estaban cerca se acercaron a soplarle, ya que se había puesto demasiado colorado.

Cuando se recuperó y todavía no podía respirar muy bien, Albert señaló a Eugenia.

—¿De qué está hablando Augusta, Eugenia? —increpó Albert que se puso de pie.

—Yo... Hmm...

—¡Quiero una respuesta en este instante! —exigió.

—Le disparé por accidente y... ¿Podríamos quedarnos con él?

Los que estaban en el salón tenían la boca abierta al escuchar a Eugenia.

—¿Hablas de una mascota o de un hombre? —interpeló su hermana.

—Es un ladrón, pero me ha dicho que es un caballero...

Albert abandonó el comedor y fue hacia su despacho. Eugenia sabía lo que eso significaba. Su cuñado buscaría un arma. Sin dudarlo tomó la decisión de salir de la casa. Debía salvar a Randolf de cualquier manera. Albert no se detendría a escucharlos.

Corrió hasta las caballerizas y montó un caballo con presteza. Lo azuzó con fuerza, sacando a

relucir que era una excelente amazona.

Estaba en un gran problema que solo le traería más de ellos. Cuando Spencer lo supiera, tenía miedo de que tuvieran que enterrarlo, ya que, sin duda alguna, su salud no soportaría lo que ella había hecho en una inocentada. Cayó en brazos de un ladrón y no se había decepcionado, sino más bien se sentía fascinada. Si le decía eso a su familia, enterraría a más de uno. Nadie se detendría a escuchar sus argumentos. ¿Quién le creería que estaba enloquecida por un delincuente?

Lamentaba que su aventura tuviera un final tan abrupto, pero era lo que debía hacer para salvarse y salvarlo. No quería terminar con Randalf de esta manera, pero no quedaba otra solución. Tal vez se volvieran a ver en el futuro, aunque los dos tendrían caminos separados y eso que vivieron quizá se les olvidara. Eugenia pensaba que no sería así, ya que tenía tanto parecido con él que jamás tendría con su futuro esposo.

—¡Randalf! ¡Randalf! —gritó la joven que llegaba a dónde se encontraba la cabaña.

Randalf escuchó su nombre, cerró el libro que estaba leyendo en la espera de Eugenia y salió fuera de la cabaña. Pese a la penumbra pudo distinguir a la dama al lomo de su caballo. Casi se arrojó de él antes de correr hasta donde se hallaba.

Ella no dudó en besarlo primero antes de decirle que debía huir.

A él le sorprendió la locura de Eugenia, pero correspondió con gozo al acercamiento.

—Debe irse ahora mismo —dijo Eugenia, agitada.

—¿Qué ocurre?

—Augusta nos ha visto aquí y se lo ha contado a mi cuñado. Logré salir corriendo de la casa antes de que él cogiera su arma y soltara a sus perros. Llévese lo que pueda, también a mi caballo.

La notaba afligida y él en el fondo se encontraba de la misma manera. Randalf no quería dejar a Eugenia. Ella le había tocado algo desconocido en el pecho, deseaba tenerla con él.

—No pierda tiempo. Albert le llenará el corazón con plomo —advirtió. Lo tomó del brazo y lo arrastró hacia el caballo—. Puede llevarse el libro si quiere.

—Eugenia... —pronunció indeciso.

—Si me envía una dirección en Londres, le daré el dinero que le debo; sin embargo, le he dado bastante. ¿Algo más?

Con una de sus manos ocupadas por el libro que llevaría, Randalf la cogió por las mejillas y la miró a los ojos. La penumbra no dejaba ver mucho; no obstante, él tenía la figura de ella dibujada en su mente. Nunca podría olvidar sus facciones, no quería hacerlo.

—Venga conmigo, Eugenia. Estoy cerca de conseguir mi objetivo de recuperar lo que me pertenece. Si me acepta estaremos juntos para siempre, porque yo le prometo matrimonio. —Randalf se había desnudado con ese ofrecimiento de huir juntos.

La joven sabía que no podía huir por muchos motivos y los principales eran: la vergüenza familiar, él no sabía que no tendría un chelín en su bolsillo y que estaba comprometida. ¿Qué pasaría si llegara a decirle eso?

—No puedo huir con usted, Randalf...

—No soy un simple ladrón, venga conmigo. El riesgo lo valdrá porque tendrá lo que desee conmigo.

La tentación de decirle que sí era demasiada, pero no podía.

—Lo lamento, no puedo hacerlo —insistió Eugenia.

—Sé que le pido algo cuestionable para una dama soltera, pero si no acepta irse conmigo, al

menos no se case con nadie hasta que me presente.

Ella negó con la cabeza, era el momento de ser sincera y decirle la verdad.

—No puedo hacerlo, porque estoy comprometida desde hace un par de semanas... —confesó avergonzada.

Randalf soltó el rostro de Eugenia y retrocedió. Había estado haciendo el papel de tonto, ya que ella estuvo jugando con él. Pensó que por ser hombre y ladrón no era importante, pero las cosas no eran de esa manera. Por un segundo había sido sentimental con la joven, mas eso nunca volvería a ocurrir. En ese momento ella formaba parte de sus enemigos.

—¿Le parece gracioso todo esto, Eugenia? Si eso le parece, le advierto que quien ríe al último, ríe mejor. No vuelva a cruzarse en mi camino. Si la vuelvo a ver, la haré añicos. Ni siquiera lo dude.

—Randalf, no es de esa manera. Si usted tuviera lo que dice tal vez sería diferente, abandonaría a mi prometido. ¿No lo entiende?

—Por supuesto que lo entiendo. Tampoco dejaría el dinero por alguien como usted... —Randalf subió al lomo del caballo, miró a Eugenia con desprecio y azuzó al caballo sin despedirse de la joven.

Esas palabras rompieron algo dentro de Eugenia. Nunca se había sentido tan triste por preocuparse por su futuro. Él era inconveniente y no lo entendía, pero ella tampoco entendía esa inconveniencia, por eso le dolía verlo partir con una idea errada de los dos. No podía hacer nada más, no volverían a verse nunca. Esperaba que algún día la herida dejara de doler. Era tiempo de preocuparse por responder por sus actos y dejar ir de una vez a alguien que no le convenía, por más que su partida la dejara desolada y vacía. ¿Cómo una aventura podía causarle tanto daño a alguien?

—¡Eugenia! —exclamó su cuñado que llegó hasta el lugar con mucha prisa y en compañía de sus perros—. ¡Voy a matarlo primero a él, y después a ti!

—Llegas tarde, se ha ido con mi caballo.

—¡Para colmo te ha robado! Era evidente si lo tratabas como tu mascota y se cansó. ¿En qué estabas pensando cuando se te ocurrió meter a un ladrón en mi propiedad?

—No fue mi intención. Yo lo herí accidentalmente cuando quiso asaltarnos en el carruaje. Me sentí culpable y lo traje aquí. Agradece que no lo llevé a tu casa.

—¿Que agradezca? ¿Te oyes, Eugenia? Encima te has besado con él, eres una sinvergüenza. Tu hermano lo sabrá y serás expulsada de mi casa hasta nuevo aviso.

—No sé qué ha pasado conmigo. No tengo justificación. ¿Es necesario que matemos a Spencer con algo así?

—¿Prefieres matarme a mí? Por supuesto que prefiero que muera tu hermano. Qué tontería. Quise ser un buen cuñado, más que eso, un hermano para ti. Sabía que necesitabas muchas cosas y te las di incondicionalmente. Me has decepcionado.

Las palabras de Albert hicieron que ella derramara muchas lágrimas. Se sentía lastimada por sus propias acciones.

—Te devolveré con tu hermano y no quiero saber de ti hasta que te cases y vuelvas a ser una mujer decente. Puedo tolerar tus caprichos e incluso tus groserías y malos comportamientos, pero no las indecencias como besarte con alguien de menor valía que tú, eso es humillante.

—No quiero que Spencer lo sepa, es por su salud.

—¿Su salud? Si te hubieras preocupado por eso no habrías hecho esta tontería. No estoy en contra de ayudar a alguien, Eugenia, pero no cuentes conmigo para traicionar un compromiso.

Somos personas íntegras. Con ese comportamiento no representas a la familia.

—¡Lo sé, lo sé! ¡Me enloquecí por una aventura! —expresó como un lamento.

Él luchaba para no abrazar a Eugenia, pues si llegaba a hacerlo, sería como autorizarla a seguir abusando de su confianza y siendo caprichosa. No le brindaría su apoyo.

—Regresa a la casa en caballo. Mañana partiremos a Londres. No hay marcha atrás. Pensé que tenía tu confianza.

—La tienes, Albert. Lamento lo que hice, no tengo forma de justificarme. Se me ha nublado la mente en un instante y esto es lo que ha ocurrido.

—Ya no importa. Haz lo que te digo.

Ella tuvo que obedecer a su cuñado. Por su rostro podía notar que estaba ofendido en su orgullo. Se daba cuenta de que había mordido la mano que la alentaba y la cuidaba. Comenzaba a percibir que era el fin de su imperio en la familia Fane y en casa de su hermana.

Con lágrimas en los ojos espoleó al caballo de su cuñado hacia la residencia. Estaba triste y devastada por lo que ocurría. Cuando viera a su hermano no sabría qué hacer. Él la mataría si aquel no moría primero.

Eugenia llegó al lugar y corrió hacia su habitación sin hablar con nadie. En la entrada de la casa estaban Kitty, Augusta y la señorita Harting. Cerró la puerta de su habitación y se acostó en la cama, cogió una almohada y la abrazó. Por primera vez sentía que no contaba con el apoyo de nadie.

—Le dije que era mala idea, aunque las cosas han resultado peor de lo que esperaba —habló su institutriz—. Debí escucharme y dejarlo donde lo encontramos. Ahora no sé qué ocurrirá con usted.

—La familia me lapidará con los ojos y mi prometido no tiene que enterarse de mi desliz. Por primera vez sentí tantas cosas, señorita Harting. Randalf es alguien tan incontrolable y tempestuoso como yo. Podría arrasar conmigo en un día si no pongo resistencia. Somos tan parecidos y a la vez diferentes. Nunca encontraré a alguien así.

—Siempre dice lo mismo. Su palabra «nunca» es algo demasiado habitual en su vocabulario. Ha cometido una falta grave a nivel moral y tendrá que pagar por ello. ¿Cuántas veces le advertí sobre los caballeros sin dinero capaces de hacer perder el buen juicio a una dama?

—El problema es que no tengo buen juicio, señorita Harting. En parte le creí a Randalf, pero solo el tiempo dirá si era alguien que hablaba con la verdad o no.

Capítulo 22

Eugenia sabía que su cuñado echaba chispas hasta por las orejas. Estaba muy enfadado con ella y muy ofendido por la situación en la que lo había colocado. Comprendía los sentimientos de traición que pudieran embargarlo en ese instante, pero ella no tenía idea de cómo justificar su actuar sin algo tan irracional como la atracción.

Vivía una bofetada de realidad. Tanto había juzgado a todos los que la rodeaban, que ella era la peor de todas. Ninguna de sus hermanas estaba vinculada sentimentalmente con un delincuente, en cambio, Eugenia sí, y para acrecentar su mala fortuna, estando comprometida con alguien que ella misma había escogido. Sus familiares pedirían su cabeza al pisar la casa de su hermano en Londres.

Por la mañana, Eugenia había sido llamada por su cuñado y también la institutriz para que asistieran al despacho. Una doncella se había quedado en la habitación de ella para recoger sus cosas en un baúl. Albert la tenía con un pie fuera de la casa.

—Quería conversar con ustedes dos antes de llevar a Eugenia a Londres. Señora Smith, me ha decepcionado al solapar las actividades de Eugenia. Me genera desconfianza que tenga que instruir a Augusta en cuestiones morales cuando usted está apoyando comportamientos poco decentes de sus pupilas —acusó el duque.

—No es culpa de la señorita Harting. Me niego a llamarla señora Smith. Es mi entera responsabilidad. Yo la sometí a mis órdenes aprovechando mi posición. Desde que le disparé al hombre, ella insistió en que lo dejara tirado y que no lo llevara a la cabaña. Me dijo que te lo contaría, pero volví a amenazarla. No tiene culpa de nada. Es una mujer de gran rectitud y tú sabes los resultados que tiene. Tu esposa es parte de la educación que ella nos ha dado. ¿Te atreves a decir que no vale la pena que eduque a Augusta?

—Por algo ella está aquí, Eugenia. Por lo que dices es peor lo que le terminaré diciendo a tu hermano sobre ti. Hay partes de tu persona que no nos habías mostrado...

—En la poca defensa que puedo darle a milady, le aseguro que se sintió culpable, ya que yo propicié que ella le disparara a ese mentiroso y grosero delincuente. Quizá milady quedó un poco impactada por el atractivo del caballero y eso pudo llevarla a un estado de confusión momentánea. Espero que usted y lord Nottingham traten este asunto con cuidado para que no salga de las paredes de la familia, ya que puede afectar el futuro de todos.

—Lo tendré en cuenta, señora Smith, solo que nadie salvará a Eugenia de un buen castigo que su hermano le dará. Además, ella no volverá a tener mi apoyo y cariño por haberme defraudado. Morderá el polvo al ser ignorada. No tendrá lo que siempre espera: atención.

Para Eugenia, esas palabras eran demasiado fuertes y tenían mucha crueldad en el tono. Albert era una persona muy rencorosa, alguien que no dejaba pasar una falla con una sonrisa. Se atrevió a engañar a una criatura de naturaleza bondadosa como su cuñado y esas eran las consecuencias.

Después de seguir escuchando hasta de qué moriría, llegó la hora de subir al carruaje y partir. Kitty no le hablaba y Augusta había sido apartada de la mala influencia que representaba Eugenia. Veía a su sobrina llorando a través de la ventana, cuando ella subía al coche. Esperó por unos minutos a que Albert se despidiera de su esposa antes de subir. Lo miró mientras se acomodaba en el asiento. Los ojos del duque la juzgaban sin piedad.

—No dejaron que me despidiera de Augusta. No me parece justo —reprochó la joven.

—Para qué hacerlo. La ignoraste todo el tiempo. ¿De qué sirve que ahora la aprecies? No volverás a acercarte a Augusta en lo que le quede de crecimiento. No eres el mejor ejemplo que ella podría seguir.

—Antes no pensabas de esa manera.

—Antes tampoco habías mostrado estos comportamientos. Todavía no puedo creer lo que me has hecho. Tu hermano te trataba de cierta manera por una razón y recién ahora lo comprendo. No volveré a sentir compasión por ti.

—Espero que algún día me perdones. No cambian las cosas por un pequeño desliz que tuve...

—¿Qué es lo que en realidad buscabas con ese ladrón? No es normal que te agrade alguien así.

—No lo sé. Desde que lo vi, algo me decía que era diferente y que no podía alejarme de él. ¿No has vivido algo semejante con Kitty? ¿No has sentido algo que los impulsa a estar juntos en contra de la razón?

—Sí, por supuesto que sí. Mi cabeza me gritaba que abandonara la casa después de conversar contigo la primera vez, pero, Eugenia, tu hermana es una dama y yo un duque. No hay punto de comparación. Tú eres una mujer de recursos y comprometida que no puede fijar los ojos en alguien por debajo de su nivel. No estás desesperada por casarte. Tienes la vida resuelta y aun así, quieres complicarla. Qué empeño por complicar tu existencia.

—Fui muy feliz en esas horas en las que lo acompañaba. Él intentaba ignorarme y ser cruel, pero conmigo no ha podido, aunque yo tampoco he podido superarlo. Me duele que no pueda tener a alguien con quien pelear como lo haría con él. El marqués no representa un adversario digno para mi lengua ni mi intelecto, es solo un esposo conveniente y atractivo, es lo que cualquiera necesita.

—Es lo que escogiste. Ahora te resignarás, no le diste tiempo a los sentimientos y resulta que un delincuente es quien te roba el sueño.

—La señorita Harting me lo advirtió, me lo dijo mil veces, pero siempre me sentí suficiente para solucionar cualquier cosa. Quería impresionarlos a ustedes con un excelente compromiso. No podía quedarme por debajo de mis hermanas. Me sentí presionada por las expectativas y las propias excusas de todas, que siempre tenían que preocuparse más por mí que por ellas al momento de hacer un movimiento. Yo no tengo esa necesidad, esa es mi ventaja.

—Pero no la aprovechaste, ahora tienes un compromiso que cumplirás, te guste o no.

Randalf había regresado a la posada en la que se hospedaba hasta que fue secuestrado por lady Eugenia Fane. Debió pagar por los días en los que le habían mantenido reservada la habitación con sus pertenencias dentro. Llegó justo a tiempo antes de que arrojaran todo a la calle. Tenía dinero para pagar el hospedaje y su comida, además, tenía un caballo. Podía esperar cómodamente a Tom. Sin embargo, lo haría con un mal sabor de boca a causa de Eugenia.

Saber que ella estaba comprometida y había jugado con él, lo llenaba de ira. Cuando se comenzaba a entusiasmar con la joven hasta cometer la locura de pedirle que huyeran juntos.

Comenzó a reír como un demente al darse cuenta de lo estúpido que había sido al primer intento de abrir su corazón. ¿Cómo no se percató de que era una caprichosa y manipuladora? La respuesta era evidente: lo había engatusado de una manera vergonzosa. Él se encontraba tan

carente de afecto y vulnerable que no se fijó en que ella quería jugar a su benefactora y tomarse libertades que una dama decente no haría. Pensó que era una atracción única que los podría enloquecer, mas Eugenia solo había logrado alejarlo de su objetivo. Una vez que tuvieran las condiciones suficientes para enfrentarla, lo haría sin miramientos, sabía quién era su hermano y de dónde venía. Debía volver a enfocarse en su objetivo de recuperar lo suyo, vengarse de quienes debería y también de Eugenia, que estaba ahí por haber jugado con sus sentimientos. Al menos por un momento tenía que dejarla en un apuro por lo que había hecho.

Al día siguiente de haber dejado la cabaña de Eugenia, él continuó con su lectura. Lo peor era que el libro y cada una de sus hojas tenía el aroma de ella. Era como un perpetuo recuerdo de que estuvo conviviendo con una bella culebra. ¿Por qué? No sabía cómo responderse la pregunta. No estaba en condiciones de entregarse a nadie, ni siquiera por la pasión de una noche, como siempre le sugería Tom. Tenía dinero en el bolsillo, pero no le apetecía. Sus pensamientos y sentimientos estaban ocupados para conseguir lo suyo. Se olvidaría de todo lo que no le ayudara a prosperar. Sepultaría a Eugenia hasta nuevo aviso. No más distracciones ni equivocaciones.

Por la tarde, estando encerrado en la comodidad de su habitación, escuchó unos golpes en la puerta. Por un instante, consideró que podría ser el cuñado de Eugenia, pero se suponía que nadie sabía en dónde encontrarlo, por lo que caminó para abrir la abertura.

—Tardaste demasiado en abrir —dijo su amigo, Thomas.

—¡Por un demonio, Tom! —exclamó y lo abrazó. Su amigo golpeó con fuerza su espalda como si correspondiera al acercamiento.

—Se me acabó el dinero y tuve que regresar, pero con excelentes noticias para ti.

—¡Eso es lo que necesitaba escuchar en este momento! —expresó emocionado. Ni siquiera sabía cuál era la buena nueva y ya estaba feliz.

—Invítame algo de beber y te lo contaré todo. También quiero que me cuentes lo que ha ocurrido por aquí, porque percibo el aroma de una dama en este lugar —alegó su amigo que tenía el olfato bien desarrollado.

—Hay algunas novedades. Tienes suerte de que tenga dinero y han sido las peores monedas que he podido conseguir en la vida.

—Me muero por enterarme qué ocurre por este lugar tan recóndito.

Los dos hombres salieron de la habitación y fueron hacia el comedor de la posada. Pidieron un par de copas para empezar.

—Necesito que me digas qué sabes de mi madre —pidió Randalf.

—Ella se encuentra bien según lo que he logrado saber. Siempre está paseando entre las propiedades que tienen...

—Entonces mi tío no la ha expulsado después de la muerte de mi padre. Al menos eso me reconforta un poco. ¿Y qué sabes de mi tío y de mi primo?

—No he podido averiguar demasiado. Me ha costado trabajo, pero a quien pude llegar es al letrado, el señor Roosevelt, el que me dijiste que era el depositario de fe de tu padre. Sigue con vida, solo que le gusta mucho beber.

—Entonces él me recordará si me llegara a ver.

—No he querido mencionarle tu nombre por si él no está de nuestro lado.

—Él era una persona muy fiel a mi padre.

—Es fiel al que le paga su sueldo, es un letrado.

—Tienes razón, pero sabe que una vez que yo esté ahí frente a él no podrá negarse a cooperar y más si le enseño tu arma.

—¿Y la tuya?

—Esa es una triste historia. Una mujer me ha despojado de ella.

—No puede ser posible. ¿Te robaron en el burdel?

—Por supuesto que no. Una dama me disparó y tomó mi arma. Quise asaltarla y me dio un tiro. Después, me llevó a una cabaña en donde cuidó de mí. Fue bochornoso.

—Eso es mala suerte, pero cuidó de ti, ¿de qué te quejas?

—De que me vi envuelto en una corta aventura con una mujer de clase alta, de la hermana soltera y debutante de un conde. Cometí el peor error del mundo al decirle que huyera conmigo.

Thomas tenía la boca abierta. No podía creer lo que escuchaba y de todo lo que se había perdido estando lejos más de una semana.

—¿Y qué te ha dicho? Supongo que le dijiste quién eras.

—No se lo dije. Quién sabe si me echaba a perder el plan de aparecer sin ser invitado en mi propia casa. Hice bien en no decírselo. Resultó ser una arpía que estaba comprometida. Deseaba enloquecerme con sus besos y sus caricias... Casi lo logra, pero con un baldazo de agua fría entré en razón. Nunca antes me sentí así con una mujer. Le ofrecí algo que no tenía, mas que me pertenecía y que pronto recuperaría. Debí verme como un tonto.

—No lamentos nada de esa bruja. En Londres hay mujeres tan bellas que yo también necesito una oportunidad de casarme con alguien así. ¿Crees que podrás contratar un preceptor para los dos?

—Todo lo podré hacer cuando esté en casa.

Capítulo 23

Londres...

—Es el carruaje del duque de Salisbury —anunció Helen que miraba con aburrimiento a través de la ventana. Desde que las hermanas Fane casi ya no habitaban esa casa, ella cada vez se sentía más inútil por la falta de trabajo, puesto que solo atendía a lady Nottingham.

—¿No te estarás confundiendo? —preguntó Victoria haciéndole gestos a Helen para que se retractara. No quería que su esposo se preocupara, aunque al rato lo escuchó dejar a un lado su periódico y comenzar a reír.

—¿Por qué no me sorprende? Algo debió haber hecho Eugenia para que la devolvieran tan pronto, antes tardaba al menos dos semanas. Se nos ha acabado el idilio, Victoria. Ninguna felicidad es para siempre —habló Spencer.

—Tal vez olvidara algo importante y alguien ha venido a buscar eso. Eugenia puede ser un poco despistada...

Spencer extendió la mano hacia su esposa. Cuando ella lo cogió, él besó su extremidad y le sonrió con cariño.

—Se agradece el intento de consuelo, pero la realidad es distinta. ¿Qué haría sin ti, Victoria? Eres mi oasis de paz.

Helen volteó los ojos ante las exageradas muestras de aprecio del conde de Nottingham y después corrió para abrir la puerta y que pudieran entrar los recién llegados.

Eugenia fue la primera que descendió del carruaje y entró a la residencia, seguida por su cuñado.

—¿Qué has hecho, Eugenia? —increpó Spencer.

—Buen día para ti también, Spencer —replicó sarcástica.

—Buen día para todos. Spencer, necesito conversar contigo sobre mi cuñada —musitó el duque.

La joven se sentó en el sillón y después suspiró.

—¿Qué la trae aquí en esta oportunidad?

—¿Podemos hablar en tu despacho? —preguntó Albert.

—¿Por qué tanto secretismo? Acompáñame, Victoria, o que alguien vaya a por el médico, siento que no recibiré buenas noticias del comportamiento de mi hermana.

Lord Nottingham fue hacia su despacho en compañía de su cuñado y su esposa. Suponía que nada podía ser bueno porque Kitty no había acudido en compañía de su esposo.

Eugenia los vio retirarse y a los pocos segundos Helen se sentó con ella.

—Cuénteme, milady, ¿qué ha dicho o hecho en esta ocasión? Su excelencia se veía muy enfadado con usted.

—Es una larga historia, Helen, y un tanto vergonzosa.

—Tengo todo el tiempo del mundo para escucharla. Esta casa es demasiado aburrida sin ustedes. Casi no hay vida. Lady Nottingham es un amor, su hermano solo está tranquilo y el hijo de ambos vive para estudiar. Ese preceptor es un torturador de niños.

—Albert...

Cuando Eugenia estaba a punto de comenzar su relato, alguien golpeó la puerta, entonces

Helen enfurruñó su rostro y de mala gana se acercó para abrir.

—Bienvenida, su excelencia —saludó Helen al ver a Rose y al esposo de esta.

—Lo que me faltaba —murmuró Eugenia. Sospechaba que la aparición de Rose solo haría que se hundiera en el pozo de la miseria. La humillaría con su título de duquesa y su amor por un duque. No quería saber nada del amor.

—¿Qué has hecho, Eugenia? —preguntó Rose que se quitó el sombrero y se lo entregó a Helen.

—Otra persona que no saluda y hace preguntas absurdas —masculló con los brazos cruzados bajo el pecho.

—¿Cómo estás, Eugenia? Déjanos jugar a las adivinanzas. —El duque de Alcost se sentó junto a ella con un tono burlón—. Le dijiste a Albert que es un viejo anticuado...

—Eso ya se lo dijo. Estoy segura de que pronunció otras palabras que no habrán sido del agrado de nadie o empujó a Augusta. Ya sabes que nuestra sobrina es tan insoportable como Eugenia.

—Augusta tiene mucho que ver con lo que pasó para que me desterraran. Me comí un scon que me pertenecía, pero como se los había prometido a ella, al percatarse de que faltaba uno, fue a decirle un par de cosas a Albert y...

—¿Qué le ha dicho? —cuestionó Rose.

—¡Eugenia! —gritó la voz de Spencer.

Los que estaban en el salón se colocaron de pie, y Eugenia se escondió detrás de Harper.

—Ese grito no es nada bueno, Eugenia. ¿En qué te has metido? —indagó su hermana.

En el despacho, Albert sujetaba a Spencer para que no fuera a ahorcar a Eugenia en el salón.

—Querido, primero deberías calmarte antes de intentar hablar con Eugenia, es lo más conveniente —pidió Victoria tratando de calmar a la bestia.

—¿Quién dijo que quiero conversar? Deseo estrujar su cuello hasta que oiga el satisfactorio sonido de sus huesos rompiéndose entre mis dedos. Eugenia no tiene solución, es un caso perdido. ¿Oíste lo que dijo Albert? Se ha involucrado sentimentalmente con un ladrón. ¡Un ladrón! Cómo no se me ocurrió que ella podría ser tan sinvergüenza de buscarse un amante y engañar a su prometido a solo unas semanas de comprometerse con quien ella había escogido. Es una desvergonzada e inescrupulosa. Esto es lo que ha causado consentirla demasiado. Ya no le complace lo bueno de la vida, ahora quiere experimentar con lo malo, lo tenebroso y lo oscuro.

—Admito que tienes razón y parte de la culpa es mía por darle tantas alas a una niña caprichosa. La adoro, pero ha superado los límites y no me queda más que devolverla aquí para que encuentres un castigo ejemplar para ella.

—Por supuesto que tengo el castigo perfecto. Ve a por ella, Victoria. Me calmaré mientras Eugenia llega aquí. Estoy seguro de que no tendré el miserable impulso de matarla. Estoy controlándome.

Victoria asintió y salió del despacho. Hizo una mueca con la boca, pues suponía que su esposo había mentido al decirle que estaba calmado.

—Rose... —murmuró Victoria al ver a su cuñada, quizá ella fuera una forma de calmar a Spencer—. ¿Puedes ir al despacho junto a tu hermano? Dale un abrazo y un beso.

—Está hecho un animal, es probable que me muerda la yugular.

—No lo hará, se alegrará al verte, ve y calma a la fiera.

Rose miró a su esposo y emprendió camino hacia donde se encontraba su hermano.

—Y tú, Eugenia... Nos has decepcionado tanto. ¿Engañar a tu prometido con un ladrón? Eso

no es correcto.

—¿Engañaste a tu prometido con un ladrón? Eso es algo horrible, Eugenia —acusó Harper molesto.

—¡No lo engañé! Solo ayudé al hombre al que disparé cuando intentó asaltarnos y lo llevé a la propiedad de Albert.

—Me sorprende que no te enviaran al otro lado del mar por lo que has hecho —comentó su cuñado.

—No cantes victoria, porque Spencer me castigará y no sé con qué puede hacer eso. No hay nada que pueda dolerme, pero es probable que él encuentre algo con lo cual ponerme de rodillas y rogar para que me mate y no me haga tanto daño.

—Tu hermano ha pedido verte —comunicó Victoria—. Te sugiero que solo aceptes las culpas y no lo provoques, porque está muy enfadado.

—Lo sé, conozco a mi hermano. No tengo miedo de enfrentar mi destino. Como toda tormenta esto pasará, me casaré y no hay más que decir.

Ella dejó a sus cuñados en el salón y decidió darle prisa a su sufrimiento. No quería estar pensando en qué pasaría, eso se traducía en sufrir por algo que ni siquiera ocurría.

—¡Tú! —La señaló Spencer con un dedo. Su rostro era demencial y sus ojos parecían salir de sus cuencas. Sus mejillas estaban rojas y de sus labios se escapaban gotas de saliva espumosa—. ¡Lo sabía, lo sabía! Tú me llenarías de vergüenza, siempre lo supe, lo presentía.

—Estoy segura de que Albert exageró un poco las cosas, Spencer...

—Siéntate antes de que cambie de opinión y en lugar de castigarte, te golpee con el atizador.

Obedeció con rapidez y después miró a Rose que tenía la mirada acusatoria con dirección a ella.

—¿Qué pude haber exagerado? Augusta vio que te besaste con un delincuente y para colmo le mentiste a una niña diciéndole que le dabas aire porque le faltaba.

La duquesa de Alcost casi estalló de risa al escuchar la explicación que había dado Eugenia. No le sorprendía mucho, ya que la señorita Harting inventaba cada cosa para mantener la curiosidad de las jóvenes en márgenes aceptables. Nunca olvidaría a los demonios apasionados de los caballeros.

—Responde a esa acusación de una manera coherente, Eugenia —ordenó su hermano.

—Por algo inventé eso. Pides muchas explicaciones para alguien que conoce poco de la atracción por un caballero. ¿Por qué un beso es algo malo?

—El beso no es algo malo, el problema es a quién se lo das. Tu lealtad es con tu prometido y al estar soltera sin compromiso es con tu padre o tu tutor. La gente señalará y juzgará a todos los miembros de nuestra casa por tus acciones, así como juzgaron a tus demás hermanas que salieron triunfantes de las desgracias que acaecieron sobre ellas.

—¿Y no puedes pensar que yo saldré victoriosa?

—No, no porque ninguna ha traicionado a su prometido o a su esposo con otro. Tu decencia es floja.

—Por supuesto que no. Admito que yo misma sugerí una aventura con Randalf Amery, un noble en apuros.

—¿Cómo sabes que es un noble en apuros? Eso pudo decírtelo cualquiera con tal de sacar ventaja de ti. ¿Te pidió dinero?

—Le di dinero como compensación por haberle disparado y para que aceptara quedarse más tiempo en la cabaña para que lo visitara.

Spencer se desplomó en su sillón. Rose y Albert comenzaron a abanicarlo con lo que encontraban sobre el escritorio. Él no había soportado semejante respuesta tan sincera por parte de su hermana.

—¡Mira lo que has hecho! Ahora tendremos que cavar un hoyo en el jardín para tirar su cuerpo en lugar de arrojar el tuyo —farfulló Rose, molesta.

—No se va a morir. Además, él pidió que le dijera todo. Lo que pasa es que no soy su hermanita perfecta.

—Deja esa bobería de las hermanas preferidas. No desviarás la atención de lo que realmente importa que es tu comportamiento inmoral —replicó Albert.

—Esto es difícil de escuchar. Intenté darle todo a mis hermanas. La mejor educación, lo que pude como familia y una gran fortuna... ¿Qué hice mal para que Eugenia saliera de esta manera? No encuentro una explicación a su comportamiento atrevido y poco elocuente. Hablaré con tu prometido para adelantar la boda. Ya no deseo que seas mi problema. Él tendrá que lidiar contigo y tus gustos excéntricos, pero mientras eso ocurre, tendrás tu castigo.

Ella esperaba su castigo, el que fuera lo soportaría sin problema. Era fuerte y lo toleraría.

—No hiciste nada malo, aparte de darle más amor a Rose, pero ya no puedo reclamar por eso, Albert lo ha dicho. Sé que obré de manera descuidada, pero seguía mis deseos y la recompensa inmediata para mis sentidos me cegó.

—Es tarde para explicar esto. Tu castigo es que se requisarán todos tus vestidos, joyas, zapatos, sombreros y listones. No tendrás nada más que dos vestidos y cinco delantales...

—Las joyas son mías, son regalos.

—Son mías ahora como un pago al mal que has causado a Albert y a mí. Traicionaste nuestra confianza y nuestro cariño, pero esto no termina aquí, Eugenia. El gato Clauss se irá de la casa. Siempre fue de la calle y ahí regresará.

—¡No! No puedes quitarme a Clauss. Si lo haces te odiaré para siempre, Spencer.

—Ya me odias desde hace muchos años, Eugenia. No hace falta que me adviertas sobre eso. Este será tu castigo por desobedecer. También, ten en cuenta que tu prometido tiene ciertos problemas de salud con tu gato. No será viable llevarlo a la casa de él en el futuro y yo no pienso tenerlo aquí por más tiempo.

—Eres un ser despiadado, Spencer. No pensé que te vengarías de mí con un inocente —lamentó. Trataba de soportar la presión para no romper en llanto. Lo que ocurría con ella era algo horrible. No estaba dispuesta a perder a Clauss.

—Es la consecuencia de lo que haces. Vete de aquí. No saldrás de esta casa en mucho tiempo por tu seguridad, no sabemos si irás a la prisión de Newgate para salvar a algún falso noble.

Eugenia salió corriendo del despacho. Spencer suspiró y trató de encontrar paz.

—¿En verdad arrojarás al gato Clauss a la calle? —preguntó Rose.

—Claro que no, pero se irá a casa de alguno de ustedes hasta que ella aprenda la lección. Tal vez un poco de sufrimiento haga que su mente cambie y piense mejor las cosas.

Capítulo 24

Eugenia era un mar de lágrimas. Sabía que su hermano encontraría su talón de Aquiles. Encontró el castigo ideal para hacerla añicos.

—Clauss —pronunció Eugenia al ver a su gato acostado en la cama—, te alejarán de mí. Cometí una terrible locura al sentirme atraída por alguien inconveniente, pero solo tú me entiendes...

El gato Clauss tenía el rostro como siempre: enfadado. Su ceño fruncido nunca dejaba a nadie adivinar cuál era su verdadero estado de ánimo. Ella lo abrazó y él quería escapar desesperadamente.

Lamentaba lo que estaba ocurriendo y más que lo arrojarían a la calle. Era su gato, era lo mejor que Spencer había hecho por ella en toda su vida y por un enfado en el que tenía razón, se lo arrebataría. Él ya no era un gato tan joven. La calle para él podría ser muy peligrosa y eso la destrozaba aún más.

Helen entró a la habitación y fue hacia el armario, comenzó a quitar las prendas con mucha tristeza.

—Su hermano ha ordenado que se retire todo lo que le gusta de esta habitación, aparte de sus posesiones —musitó Helen—. ¿Qué ha hecho en esta ocasión para que el conde se enfadará tanto?

—¿Quieres detalles de mi desgracia? Lo escuchaste... —respondió molesta.

—Es que me cuesta creer lo que escuché. Usted es una dama y el hombre debe ser un vagabundo. Es incomprensible cómo pudo haber caído en los influjos de un pobre diablo.

—Él no hizo nada para seducirme, es más, es tan seductor como un bagre, pero su personalidad, su conversación... nunca podré tener algo similar con el marqués.

—Decía lo mismo del marqués casado, que nunca podría olvidarlo, y resulta que no solo lo ha olvidado, sino también ha escogido a alguien que no está ni cerca de ser alguien ideal para usted.

—No entiendo por qué todos enloquecieron por un par de besos. Sigo comprometida, sé con quién me casaré. Está bien, ciertamente he fallado en mi lealtad, pero si no lo hacía, moriría sin probar lo que era ser besada por alguien que se hizo deseable para mí. Tampoco he sentido esto mismo por el marqués, es cierto lo que me dijo una vez: estaba confundiendo su cariño de hermano con amor. No me arrepiento de escoger a mi prometido, es lo mejor que me pudo pasar en cuanto a dinero. Es adecuado, atractivo y educado. No lo cambiaría por alguien como Randalf Amery, por más que cuando estaba con él, el fuego corría por mis venas y la emoción me embargaba. Las discusiones eran tan excitantes que no hay una explicación para el gusto que tenía cada vez que entraba en discusión con aquel hombre. Todo iba más allá de solo un beso. Randalf nunca cedió ante mí y eso era muy atractivo.

—Su hermano tampoco cede ante usted y ya ve lo que pasa.

—Él es un ogro despiadado. No iba a correr tras Randalf, de hecho, nunca lo volveré a ver. Tal vez viva en una mayor fantasía que la mía. Su historia de que es un hombre al que le robaron su vida es algo tan triste que es imposible que alguien no se conmueva. Mi corazón es duro, Helen, pero al escucharlo, sentí pena, empatía y lástima. ¿Imagina perderlo todo por la codicia de los demás? ¿Por qué alguien inventaría algo así? La verdad no sé...

La mente de Eugenia era un torbellino de confusión, porque se debatía entre creer y no creer en Randalf. Era absurdo considerar que ella lo conocía a fondo y tenía la verdad. Sabía solo lo que él le había contado, desconocía si era cierto o no, no le quedaba otra cosa más que creer en sus palabras y seguir en el juego. Con ambos separados, lo único que debía hacer era concentrarse en su vida, al caballo ya lo había perdido y si las cosas eran como las imaginaba, al recuperar su título estaría igual: en la calle. Lo que le había dicho su cuñado era poco alentador para él, pero no se lo dijo. No quería hacerlo sufrir en caso de que todo fuera verdad.

—Dejen el cotilleo —expresó la voz de Spencer que entró a la habitación de la joven—. Me llevaré las joyas y al gato.

—Perdón, Spencer. Prometo portarme bien y ser una hermana cariñosa. Puedes atarme a Rose y con gusto la besaré si quieres, pero no me quites a Clauss, eso sería como quitarme el corazón... —Ella se aferró aún más al animal que estaba desesperado por huir.

—Dios, míralo, estará mejor en la calle sin tantas atenciones que no ha pedido. Además, le haría bien cazar un poco y sufrir de hambre como antes. Ven, Clauss —lo llamó Spencer.

El gato, desesperado, escapó de las garras de Eugenia y fue a ronronear dándose vueltas alrededor de las botas de Spencer.

—Nunca me habían traicionado de esta manera, Clauss... —musitó llorosa.

—Supongo que ya te has despedido de él, ahora, di adiós a tus joyas.

—Adiós, mis joyas —farfulló recostando su cabeza en la almohada.

—La vida mejorará para ti, puesto que nadie volverá a consentirte. Has perdido a tu mejor aliado, Eugenia. Es tiempo de que seas mansa como un cordero.

—¿Para qué ser mansa de todo continuará igual? Cuando sea la marquesa, ustedes se acordarán de mí.

—Todavía estoy a tiempo de deshacer tu compromiso. Tus amenazas deberías guardarlas en tu armario que quedará vacío. Buena suerte, Eugenia.

Spencer salió de la habitación con el gato siguiéndolo y con el alhajero en los brazos.

—Vea algo bueno de esto, milady, todavía tiene su anillo de compromiso —dijo Helen para que se sintiera mejor.

—De qué me sirve si ya no tengo a Clauss. Ahora será un gato callejero, sin sus comodidades ni su comida. No valía la pena perder a Clauss por Randalf, al menos a mi mascota lo conocía casi desde su nacimiento; sin embargo, a ese hombre solo lo conocí por accidente, por uno que comienzo a lamentar mucho.

—Oh, milady, me duele verla derrotada. Usted es fuerte y podrá levantarse, no lo ha perdido todo, aunque en este momento en que su hermano está tan enfadado, es mejor que guarde silencio y sea muy buena.

—Es un buen consejo. Él se ha disparado en el pie al decirme que apresurará el compromiso, eso es conveniente, porque me vengaré por haberme quitado a Clauss. Ha perdido a su hermana, ha ganado una enemiga.

Estaba tan dolida que consideraba a todos a su alrededor como enemigos. Sería la comidilla cuando sus hermanas la visitaran.

Logró recuperarse de su llanto y se arregló lo mejor que pudo para continuar con su vida normal, o al menos lo más normal que pudiera. Sin Clauss sus días serían tan miserables que no quería saber nada. Debía hacer como si estuviera en alguna propiedad lejana en la que su gato no pudiera estar para consolar su corazón.

—¿La mayoría de mis hermanas saben que he caído en desgracia? —preguntó a Helen.

—Sí, milady, y todas han confirmado que vendrán para la cena, eso significa que tendrá muchas preguntas que responder.

—Las responderé como siempre y no me disculparé. Les diré la verdad: que fue la mejor aventura de mi vida. Spencer me arrebató la oportunidad de ser una mejor persona, ahora solo soy Eugenia, una joven a la que no le importa nada.

—Ellos piensan que está sufriendo mucho por lo de su gato, supongo.

—Lo estoy, pero no lo demostraré. Ya no quiero que sepan que se llevaron lo más vulnerable de mi vida, lo único que me convertía en niña y no en una pequeña adulta. Hoy me convertí en mujer a las malas.

—Tiene todo mi apoyo, milady.

—Gracias, Helen. Eres cotilla, pero incondicional.

Su misión era sobrevivir a las burlas familiares y las miradas acusatorias que le harían los demás. Todos le preguntarían qué había hecho, o, en su defecto, si se había enloquecido. Nada era difícil de responder, lo haría con cinismo si hiciera falta.

—Si no es Rose quien matará a Spencer, es Eugenia —pronunció Fanny, burlona, al ver a su hermana menor acercarse al resto.

—Eres la fruta de la discordia, Eugenia. ¿En qué estabas pensando? —preguntó Meredith que negaba con la cabeza.

—Spencer debió decirles todo con lujo de detalles, no se habrá perdido nada y tampoco dudo que inventara algo más para dejarme en una peor condición.

—Estoy seguro de que cualquier cosa que hayas hecho, Eugenia, se solucionará. Todos nos equivocamos alguna vez —alegó Clifford, su cuñado.

—Mi querido cuñado, se nota que no llevas una sola gota de sangre de la familia Fane, nuestra especialidad es juzgar a nuestros semejantes y ensañarnos con los miembros de nuestra propia familia —replicó Eugenia que se sentó y cogió una copa que llevaba una doncella en la bandeja, mientras repartía algo de beber.

—No digas eso. Recuerda que cuando comemos la misma comida ya somos casi de la misma sangre, tú misma lo has dicho, Eugenia —le recordó Victoria.

—¿Cómo se llama el supuesto delincuente con el que estuviste saliendo, Eugenia? —curioseó Foster.

—No creo que lo conozcas, lo dieron por muerto hace demasiado tiempo, pero te diré lo que me ha dicho: Randalf Amery, padeció de escarlatina. Su tío aprovechó su enfermedad para engañar a los padres de él y llevarlo a un barco que iba rumbo a Australia y lo mantuvieron esclavizado durante quince años. Ellos querían quedarse con el título familiar y es probable que lo consiguieran al fallecer el padre de Randalf.

Foster se quedó boquiabierto. Era una narración digna de los escritos de Fanny.

—No, no lo conozco, ¿cuál es su supuesto título? Hay que saberlo.

—No me lo quiso decir porque pensaba que era peligrosa para sus planes de recuperar lo que le pertenecía.

—Para lo único que eres peligrosa es para darle disgustos a tu familia, Eugenia —acusó Spencer.

—Si me van a juzgar, prefiero que lleven mi cena a la habitación y si no les apetece puedo pasar hambre o buscarla yo misma. Ya he recibido suficiente castigo y demasiados señalamientos. Si quieren que continúe como si nada, dejen de recordarme mis errores. Si los repiten se les escapará frente a mi futuro esposo y eso será terrible para todos.

—Tuviste un comportamiento libertino, Eugenia. Eso es lo que cuestionamos de ti. Dispusiste de una propiedad ajena para un rufián que intentó asaltarte y después te mintió de manera descarada. Eres muy inteligente para lo que te conviene y te desentiendes de lo poco conveniente. —Spencer regresó a la carga.

—No puedo arrepentirme más. Me han alejado de Clauss, con eso ni siquiera esperen nada de mí. No hay arrepentimiento alguno de mi parte, no volveré a caer en tonterías, pero no seguiré humillándome ante ustedes, mientras me estiran la lengua para saber hasta dónde puedo llegar. Saben de lo que soy capaz y ahora también sobre lo que no. Espero estén conformes con molestar a otros. Y, otra cosa, Spencer, mejor si mi prometido aparece antes para casarnos, de esa forma me libraré más rápido de ustedes. Te daré la paz que anhelas, ya que desde ese día no volverás a saber de mí.

La joven regresó a su habitación. Había dejado claro lo que deseaba, no la tendrían como pelota de bádminton golpeándola de un lado al otro. Si pensaban que sería tan calmada como las otras, estaban equivocados, bastante equivocados.

—Es una joven perturbada... —habló Foster que negó con la cabeza.

—No, ella no está perturbada, nosotros le hacemos daño. Todas fuimos alguna vez señaladas por algo. No es justo para Eugenia que la tratemos de esta manera. Está aprendiendo de sus errores, experimenta el mundo —la defendió Meredith.

—No me hagas recordar tus pecados, Meredith, ya que te gustaba experimentar el mundo con el cuñado de tu esposo —farfulló Spencer—. Esa arpía siempre nos ha tratado como si nadie la quisiera, y es hora de que sienta un poco de lo que tanto espera: la falta de amor familiar. La hemos amado estos años con sus defectos más que virtudes, pero lo hemos hecho. ¿Y qué nos ha devuelto? Malos tratos y humillaciones. Es un arma letal al decir boberías. Maltrató a Fanny durante años, a Rose le hizo una guerra de nervios. A ti y a Kitty no les alcanzó a hacer mucho, ya que Kitty era como una zarigüeya inmune a las letales mordidas de cualquier serpiente. Eugenia tendrá que pensar en lo que hará la próxima vez o este compromiso terminará desbaratado, y no por mí, sino por ella misma.

Capítulo 25

Llegando a Londres se encontraban Randalf y Thomas dentro de una diligencia y detrás de ellos estaba atado el caballo que le había dado Eugenia. Era un animal de gran estirpe, no lo dejaría en un pueblo.

—Todo se ve tan diferente después de quince años, Thomas... —comentó sin despegarse de la ventanilla del carruaje.

—Lo mismo dije. Sentí tentación por buscar a mis hermanos, pero es mejor esperar que llegue mi tiempo. Me costará llegar a donde era mi casa.

—Tendremos tiempo de muchas cosas, Tom, los encontrarás y podrás ayudarlos.

—¿Quieres hospedarte primero o mejor ir a donde se encuentra el letrado?

—La paciencia es algo que no poseo en demasía, necesito ver al letrado y que este me ayude a salir del hoyo en el que me encuentro.

—Pues estamos a un par de calles para llegar. Disfruta de la vista, hay mujeres muy bellas. Te aseguro que son más bellas que la dama que está pensando.

—Nadie es más bella que Eugenia y tampoco tan cruel y maquiavélica. Se ha burlado de mí por creerme inferior, pero tendrá su merecido, la dejaré para el final.

—Creo que no podrás hacerle mal, porque te conozco y nunca te he visto de esta manera. Es preferible que olvides un enamoramiento perjudicial, ya que cuando estés entre los de tu clase, ella será parte de la gente que tendrás que ver y sabes que está comprometida.

—Espero que todo se dé antes de que se case para que yo pueda ver su cara de sorpresa y de arrepentimiento por perder a alguien como yo.

Llegaron hasta la residencia del letrado y, para Randalf la casa no había cambiado demasiado, esperaba que él lo reconociera. Golpeó la puerta y esperó en compañía de Tom a que alguien les abriera.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó un mayordomo.

—¿Se encuentra el señor Roosevelt? —correspondió Randalf.

—Sí, se encuentra. Pueden pasar a esperarlo, siempre está complacido cuando tiene nuevos clientes...

El mayordomo se hizo a un lado para dejarlos pasar al pequeño recibidor.

—Esta pintura en tantos años no la han sacado de ahí. Mi padre decía que la pintó un artista con dos manos izquierdas y no le quito la razón. El perro está deforme —comentó Randalf al mirar la pintura del señor Roosevelt en compañía de su spinel negro. A esas alturas ya debía estar muerto el pobre animal.

—Considero que buscar esos errores es cosa de perfeccionistas.

—Mi padre lo era. Quería que yo aprendiera todo a corta edad. No pude terminar mi preparación, aunque entiendo o al menos entendía muchas cosas de las que él hablaba con el administrador y con el letrado. Los libros contables no son ajenos a mí.

—Para mí hasta la lectura es ajena.

—No seas ansiosa, pronto serás diferente.

—Por favor, síganme, el señor Roosevelt los recibirá...

Siguieron al hombre hasta el despacho. A Randalf todo le resultaba conocido, el señor Roosevelt no era alguien que acostumbrara a cambiar lo que le rodeaba con frecuencia.

Al entrar al despacho, ambos vieron a un hombre que acomodaba su peluca con presteza y escondía su prominente barriga bajo el escritorio.

—Por favor, siéntense. Disculpen la demora, estaba realizando unos escritos —dijo el hombre que todavía se acomodaba y no había alzado sus ojos para ver a los jóvenes que estaban frente a él—. ¿En qué puedo servirles?

Con la última frase él se había fijado en quienes estaban en su oficina y a uno de ellos lo miró con el ceño fruncido.

—Disculpe, ¿lo conozco de algún lugar? —curioseó el señor Roosevelt dirigiéndose a Randalf.

—Espero que usted sea una de las personas que no se olvidara de mí, señor Roosevelt. —Randalf extendió el anillo que su padre había utilizado como sello cuando fue conde.

El letrado lo cogió entre los dedos y lo observó con detenimiento hasta que pudo leer la inscripción en ellos.

—¿El conde de Latimberg? Pero si...

—No morí como le hicieron creer a todos, señor Roosevelt. En la inocencia absurda de mis padres para no propagar el contagio de la enfermedad que me aquejaba, me enviaron a una propiedad lejana para ser tratado o para morir. Sin embargo, cuando mi tío se enteró de que estaba mejorando, me llevó a un barco rumbo a Australia. No sé qué debieron decirles a mis progenitores.

—Es... esto es increíble, milord...

—Acudo a usted para que me ayude a recuperar mi dinero por la vía que corresponde, que es mi derecho hereditario como hijo del marqués de Lorne. La persona que lo esté portando no es el verdadero heredero.

—Por el infierno... —expresó el letrado al darse cuenta de todo lo que significaba lo que decía.

—Mi tío debe ser el que usurpa mi lugar...

—No es así, es su primo, Henry Beaumont. Su tío no alcanzó a disfrutar de lo que esperaba, sino fue su hijo. Su tío murió unos días antes de su hermano.

—Al menos me alegro de que su codicia se enterrara con él, lo merecía completamente. Entonces a quien debo sacar del camino es a Henry. Ahora no tengo cómo pagarle, señor Roosevelt, de hecho, ni siquiera uso mi apellido, uso el de mi madre para no levantar sospechas de que he regresado. No sé de qué será capaz Henry por seguir como gran señor con algo que no le pertenece. Le pagaré lo que sea que me pida para recuperar lo que es mío.

—Será un gran placer, su señoría. Su primo me ha reemplazado como letrado al morir el marqués, si usted restituye ese lugar para mí, no tiene de qué preocuparse. El administrador, el señor Jenkins aún sigue siendo el administrador de los bienes del título y el señor Grason, de los bienes hereditarios de su primo.

—¿Puede hacer que el señor Jenkins venga aquí para conversar?

—Por supuesto. Se lo pediré a un lacayo ahora mismo y después veremos cómo lo traeremos de vuelta a la vida. Hay que dejarlo en mis manos.

—Confío plenamente en ustedes, señor Roosevelt. Las cosas cambiarán y habrá un gran alboroto en Londres.

El hombre se puso manos a la obra para cumplir con los pedidos de Randalf. Buscar al administrador era un asunto casi de vida o muerte. Mientras aguardaban, Randalf presentó a Thomas con el señor Roosevelt y le contó toda su travesía desde que dejó Inglaterra hasta lograr

regresar.

Le alegraba que alguien más le creyera. Según lo que comentaba, no sería difícil regresarlo a la vida, ya que el señor Roosevelt podía dar fe de que estaba con vida.

—Señor Roosevelt, necesito hablar con mi madre. ¿Podría usted citarla aquí o prefiere que vaya a la casa en la que se encuentra?

—Tengo entendido que la marquesa viuda vive con el usurpador. Ella lo adora, es como si fuera otro hijo. Ha volcado toda su atención en él durante los últimos años.

—¿Considerar a ese desgraciado como su hijo? Eso es una ofensa para mí. Sobreviví a lo que otros no podrían para regresar a su lado. No podría soportar que lo ame más que a mí —espetó Randolph molesto.

—No podría asegurarle que ella lo ama más a él que a usted, pero si así fuera, no es culpa de su madre, solo buscaba un consuelo.

—Todo es culpa de la codicia de mi tío, pero su legado no continuará con lo que él esperaba. Sacaré a Henry, aunque sea a rastras de mi casa, tal y como sus padres me sacaron a rastras del carruaje para tirarme a un barco. Estoy dispuesto a que sufra lo mismo que yo, pienso dejarlo en la miseria más absoluta y sé que no sobrevivirá porque no es fuerte como yo.

—Haremos lo que esté a nuestro alcance, su señoría. Ahora nos compete hablar con el señor Jenkins. ¿Dónde se está hospedando?

—Todavía no hemos definido eso. Hemos pasado por mucho, señor Roosevelt. Desde prisioneros hasta salteadores de caminos para llegar aquí. No tenemos arraigo, ni nada.

—¡Oh! No se preocupe, su señoría. Puede quedarse en mi casa si le apetece en compañía de su amigo. Es un placer volver a tenerlo como mi cliente.

—Le agradecería que nos diera el asilo y nos proporcionara prendas decentes. Thomas y yo estamos dispuestos a integrarnos a la sociedad lo más pronto posible. ¿Usted sabe qué ha pasado con mi preceptor?

—Sí. Ya sabe que los educadores nunca van muy lejos. Él se encuentra contratado por lord Nottingham para que eduque a su hijo.

—¿Lord Nottingham?

—Es un conde, uno importante en la sociedad. Tiene el temple de acero para convivir con cinco hermanas y pagar las dotes de todas. Eso no es para cualquier mortal. Y todavía no le he dicho que tiene dos cuñados duques y dos condes y próximamente...

—¿Y próximamente? —inquirió Thomas que estaba escuchando el cotilleo con mucha atención.

—Es una situación complicada, pero debo decirle a usted, su señoría, que el próximo en formar parte de ese prestigioso clan, es el marqués de Lorne.

Tanto Randolph como Thomas estaban boquiabiertos. Esto superaba por mucho todo lo que pudieran imaginar alguna vez.

—Los astros se alinean a tu favor, Randolph. ¿Comprendes lo que significa? —interpeló Thomas.

Randolph no podía masticar lo que le había dado el señor Roosevelt como bocado. Eso le daba a entender que su primo, Henry, estaba comprometido con lady Eugenia Fane. Eso solo significaba algo curioso, más que una coincidencia. ¿Cómo podían haberse cruzado sus caminos sin desearlo? Primero como desconocidos, y después, como prometidos. En realidad, no eran prometidos, Eugenia era la prometida de su primo, pero a través de un título que le pertenecía a Randolph. Esto en lugar de parecer una alineación astral, se asemejaba a un destino vengativo y

cruel, porque ellos dos estaban destinados a encontrarse siempre, como un ensañamiento. ¿Qué haría con ella cuando despojara a Henry de todo? ¿Era la oportunidad perfecta para tomar venganza por su engaño y su insana diversión a su costa, o dejarla en libertad de irse con su prometido?

Sospechaba que Eugenia moriría por quedarse a su lado y él también lo haría por estar con ella, pero se propuso una venganza y la conseguiría sin importar mayores consecuencias.

—La prometida de Henry no me importa. Puede quedársela sin problema —replicó con desinterés.

—Le recomiendo que lo piense dos veces por dos motivos fundamentales: será la mejor venganza que podría tener y el dinero que le dará la dote de la dama. Muchos lamentan que ya no existan más hermanas Fane, usted se quedará con la última y dicen que es la más bonita de todas.

—Y la más endiablada. Es una diablesa encantadora a la que tuve el disgusto de conocer por casualidad...

—¿No me diga que le ha robado a milady, su señoría?

—Considero que fue ella quien terminó robándome el valioso tiempo que tenía. Tomaré en cuenta sus consejos, señor Roosevelt.

—Mientras medita la situación y seguimos esperando al señor Jenkins, podríamos instalarlo en la casa.

—¿Y su antiguo mayordomo?

—Usted lo dijo, antiguo. El buen John murió el invierno pasado. Fue muy triste para nosotros, una pérdida invaluable en el servicio, no hay nadie como él. Los años pasan y se llevan a las personas que apreciamos y respetamos.

—Lo sé, señor Roosevelt. Mi padre no supo que estaba con vida. Debió morir con tristeza y desazón.

—Así fue. Su padre, no soportaba la vida sin su amado hijo. Soportó muchos años, pero sucumbió ante la tristeza una mañana de primavera. A su madre, solo la impulsa a seguir el cariño a su sobrino.

—Ya no hará falta que aprecie a mi primo, después de verme, me apoyará y es probable que ella misma lo eche de la casa. Confío en que no me amará menos que eso para apaciguar mi resentimiento ante la maldad de mi familia.

—Milady es un alma bondadosa, no creo que rechace a su primo. Se lo advierto, ella lo aprecia demasiado. No quiero que se lleve una decepción a causa de lo que espera y que quizá no reciba.

—Un hijo no se olvida y un sobrino político sí puede olvidarse y lo conseguiré así tenga que desaparecerlo. Por todo lo que he pasado, no dudo que pueda dar un buen disparo entre las cejas.

Capítulo 26

Al terminar de instalarse en la residencia del amable señor Roosevelt y después conversar con el señor Jenkins, Randalf pudo sentir un poco de paz al ser reconocido y tratado como lo que era: el marqués de Lorne. Tenía el apoyo completo de dos personas que lo ayudarían a llevar a buen puerto la fortuna de su familia y a comprender cómo funcionaba todo más adelante. Henry no había hecho un mal trabajo, su pecado había sido no abogar por él y ser el hijo de su codicioso tío. Suponía que aquel primo, que había sido como un hermano, tenía el mismo pensamiento de su padre y hoy debía estar viviendo obsesionado con algo más, tal vez buscando la manera de ser príncipe, ya que la codicia nunca acababa.

También le resultó una ingrata sorpresa saber que lady Eugenia Fane era la prometida de su primo. No sabía qué acciones tomar en ese caso, ya que el señor Roosevelt le aconsejó que fuera de mente fría con su venganza y que se quedara con la prometida de su primo. Tenía sentimientos encontrados con respecto a eso, puesto que, sería una venganza implacable tenerla con él, pero sería mejor romper el compromiso para humillarla a ella por la afrenta que le había hecho.

Eugenia le hizo un daño moral y sentimental. Como un tonto se arrojó a sus pies para pedirle que se fueran juntos. Ella en este momento estaría viendo su realidad y que no era mentira lo que le dijo; sin embargo, la cruda realidad era que no le había creído. De forma absurda cayó en el juego de una niña caprichosa, coqueta y ardiente. Vaya alimaña con la que se hubiera casado Henry si él no lo salvaba con su aparición.

Todavía debía seguir considerando algunos asuntos, porque no le convenía iniciar en la sociedad con el pie izquierdo enemistándose con uno de los clanes más importantes en Londres, eso sería como colocarse la soga al cuello. Su ensañamiento con Eugenia no podía ser mayor a sus ánimos de recuperar su vida, eso sería desviar su camino. Además, desde que ella entró a su vida se convirtió en un gran distractor, alguien que siempre estaba buscando que la atención se dirigiera a su personalidad y no era para menos. Tan insoportable, pero igual de radiante, sus labios eran deliciosos como los frutos del bosque que le había dejado el día que lo hirió. Su vida podría ser un jardín de rosas con ella como la abeja reina si se lo permitía, mas no era tiempo decidir eso por más que quisiera ver la cara de Eugenia cuando se diera cuenta de que le cambiaron el prometido. Sería poético al saberse la prometida del ladrón al que humilló.

Una sonrisa de satisfacción cruzó por su rostro al imaginar la escena, tal vez hasta se desmayara dramáticamente, ya que ella le había contado que el dramatismo era su segundo apellido.

Al día siguiente, el señor Roosevelt le consiguió prendas a Randalf y a Thomas. Los dos no tenían un chelín, en el bolsillo, pero estaban vestidos como elegantes caballeros.

—Nunca me he puesto prendas tan finas —comentó Thomas que observaba en el espejo cada detalle de su vestimenta.

—Pues deberías acostumbrarte. Esto solo será el principio de lo que podrás pagar en un futuro no muy lejano.

—No puedo creer que llegara este día.

—Aún no llegó el día, pero lo estamos arañando —dijo Randalf haciendo un gesto con la mano—. Tendremos a Londres en donde nos apetezca en poco tiempo. Buscaremos una buena

esposa para ti, lo que nos espera es solo felicidad al salir por esta puerta. Ya sabes cuánto dinero te daré, te alcanzará para hacerte socio de quien quieras. Hay minas en América.

—Solo quiero ser tu socio. No confío en nadie más que en ti, Randalf.

—Aprenderás a confiar más adelante en otras personas como el señor Roosevelt y el señor Jenkins. Encontrar personas leales es muy difícil. La lealtad se construye con los años.

—Lo sé, pero mientras para mí seguiremos siendo solo nosotros hasta que pueda acomodarme en tu mundo. Ya conoces el mío, ahora debes mostrarme el tuyo.

—Es uno difícil de transitar, pero no tanto como el tuyo. Cuando conozcas a mi madre, te agradará y tú le agradecerás tanto que te adoptará.

—A tu madre le gusta adoptar bestias como lo hizo con tu primo.

—Su corazón es muy inocente. Sé que se lo romperé con lo que haré, pero es Henry o soy yo, tendrá que escoger.

—¿Ahora irás a verla?

—Sí. Sé dónde está, ¿para qué esperar más?

—¿No es mejor que primero el señor Roosevelt solucione el asunto de tu muerte?

—Lo sé, pero si no lo hago, enloqueceré. Necesito verla, saber que me apoya...

No había fuerza en el mundo que lo hiciera desistir de la idea de estar con su madre. Esperaba verla en buen estado y no tan maltratada por la edad.

—¿Pedirás el carruaje del letrado?

—Ya se lo he pedido. En unos minutos más estaré partiendo rumbo a mi casa para verla. ¿Cómo me veo?

—Te ves de soponcio, porque a tu madre le dará como mínimo un desmayo al ver a su hijo muerto entrando por la puerta. Ten cuidado, debe ser una mujer de edad, no la asustes o todo tu esfuerzo será en vano.

—Lo tendré en cuenta, Tom. Nos veremos más tarde. Aprovecha para conversar con el señor Roosevelt, él tiene muchos conocimientos que te servirán para el futuro.

Randalf dejó la habitación de su amigo en la que había entrado para fijarse en cómo le quedaba la ropa que tenían. Gracias a Dios, el señor Jenkins destinaría dinero a pagar todo lo que ellos estaban usando. Cuando aquel hombre lo vio, lo reconoció de inmediato y demostró la fidelidad al verdadero portador del título de marqués. Ese era el valor de la lealtad a su padre y los esfuerzos que este había hecho para ayudarlo a quedarse en la mente de las personas más importantes para él.

Cuando subió al carruaje sintió que eso que vivía era real y ya no algo que solo esperaba o que existía en su mente como un sueño. Vería a su madre y eso le llenaba de satisfacción.

No sabía cómo reaccionaría ella al saber con vida a su único hijo. Quince años en los que había perdido el afecto, el cariño y los consejos de su madre y los de su padre.

Cada uno de ellos tenía un rol diferente en su vida, aunque sabía que ambos los habían amado por igual. Su madre era quien se encargaba de amarlo y consolarlo ante cualquier evento, y su padre, le educaba y le aconsejaba. La enseñanza de lo que debería ser un caballero y hombre de negocios estaba en su mente no tan vívida como antes, puesto que en muchas ocasiones perdió la fe y se desesperó al no poder regresar. Sin embargo, la perseverancia le devolvía al camino y la paciencia le exigía que no se rindiera. Él consideraba su sufrimiento, pero aún más tenía en cuenta el de sus progenitores. No pudieron tener más hijos y por eso se compadecía de ellos y de lo que pudieron haber sufrido por su ausencia.

El carruaje se movía con lentitud agobiante. La desesperación por llegar era mucha y no

podía hacer mucho por tranquilizarse, solo mirar por la ventanilla del carruaje y esperar.

Todo el paisaje de Londres no era tal como lo recordaba, no solo existían nuevas edificaciones y comercios, también las prendas habían cambiado mucho. Él tendría que acostumbrarse a muchas cosas.

Cuando el carruaje se detuvo, su corazón se instaló en su garganta, impidiéndole respirar con tranquilidad. Se daba cuenta de que coronaría muchos años de ausencia y que cambiaría la vida de su madre y de las personas de esa casa para siempre.

Bajó del coche y golpeó con determinación. Unos minutos después, su antiguo mayordomo abrió la puerta.

—Buen día, ¿en qué puedo...? —El mayordomo se quedó mudo.

—¿Se encuentra mi madre, Jacob? —preguntó reconociéndolo, mientras que el otro no sabía cómo reaccionar.

—¿Lord Latimberg? —Después de preguntar eso, el sirviente tapó su rostro como si eso fuera imposible. Se sentía enloquecer.

—Comprendo tu sorpresa, Jacob. Debo explicar por qué me creen muerto, cuando eso nunca ha pasado. ¿Puedes dejarme pasar para ver a mi madre?

El sirviente estaba demasiado confundido para poder decir algo. Randalf le puso la mano en el hombro para que de alguna manera se consolara o entendiera que estaba vivo.

—Milady está en el salón, milord...

—¿Y dónde está Henry?

—Ha salido esta mañana temprano.

—Llévame junto a mi madre, no soporto más las ganas de verla.

—Por favor, tenga cuidado de cómo habla con su madre. Esta noticia podría ser muy fuerte para ella.

—Soy consciente de eso, Jacob, pero me arriesgaré, ya no soporto un día más sin poder verla.

—Sígueme, por favor.

Al adentrarse en la que de niño había sido su residencia, sintió gran nostalgia. Definitivamente, debía recuperar lo que le pertenecía. A medida que pasaban por el recibidor y el salón principal, llegaron hasta el salón privado de su madre, en aquel ella se encontraba tejiendo, aunque al escuchar que se abrió la puerta, levantó la mirada para ver de quién se trataba.

—¿Ocurre algo, Jacob? —curioseó la mujer.

Al oír la voz de su madre, tragó saliva. Ella seguía sonando igual que siempre, tal y como la recordaba en sus momentos de lucidez.

—Disculpe la interrupción, milady, pero... —El mayordomo enmudeció y se hizo a un lado para que la dama viera al visitante.

La marquesa viuda miró con detenimiento al joven y pareció reconocer a su esposo, el parecido con él en su juventud era bastante. No obstante, lo observó con más detenimiento y se levantó de su asiento, dejando a un lado su quehacer. Acortó distancias con los ojos llenos de lágrimas y acarició el rostro de Randalf sin decir nada.

—Madre... —pronunció queriendo hablar con ella, mas la mujer se desvaneció, siendo sujetada por el mayordomo y su hijo para que no cayera al suelo.

Randalf cayó en cuenta de que el golpe emocional para su progenitora fue demasiado y colapsó.

—Hay que llevarla a su habitación —ordenó Randalf.

La tomó en brazos, a la vez que el sirviente le abría camino entre las puertas de la casa hasta

subir las escaleras y llegar a la habitación.

Una vez en el lugar, Randalf la dejó en su cama y la observó.

—Ve por unas sales para despertarla, Jacob.

—Por supuesto, milord.

—Soy el marqués, Jacob. Las cosas cambiarán en esta casa muy pronto...

—Sí, su señoría.

Después de que el mayordomo se retirara, él se arrodilló ante el lecho y cogió la mano derecha de ella, dejando muchos besos a su paso. Había llegado el momento de estar a su lado, lucharía por lo que fuera para recuperar su vida y el amor de su madre.

Una vez que Jacob regresó con las sales, las pasó por la nariz de la marquesa para que ella pudiera despertar.

Con lentitud fue abriendo los ojos. Creyó que todo había sido un sueño muy vívido, aunque al mirar a su alrededor, ella volvió a ver al hombre que le había llamado madre.

Él no quería hablar hasta que ella lo hiciera. Se quitó el anillo del dedo y se lo entregó a su madre para que ese símbolo hablara por él.

—El viejo sello de mi esposo que le había dado a mi hijo, a mi querido Randalf.

—Soy Randalf, madre. Si me permite le explicaré lo que ha ocurrido y le señalaré a los responsables de mi desaparición, y no ha sido la escarlatina...

—Esto no es posible. Todos los años visito tu tumba, querido mío —dijo la marquesa hablándole al anillo.

—Visita una tumba vacía. Logré superar la escarlatina, la muerte y la esclavitud para regresar a su lado, madre. Cuando ustedes me dejaron al cuidado de los sirvientes en la propiedad, comencé a mejorar, pero ellos se lo comunicaron a mi tío en lugar de mi padre. Él me recogió en compañía de su familia en otro carruaje y me llevó al puerto. En el sitio, ordenó que me subieran al barco y que, si moría, podían tirar mi cuerpo por la borda. Me mandaron a Australia, madre, como esclavo, para que ellos pudieran quedarse con el título...

Capítulo 27

La gran dama negaba con la cabeza como si fuera que no creía en lo que le decía su hijo, un hijo que no sabía si era real o producto de sus anhelos.

—Jacob, ¿esto no es real? —cuestionó asustada por la fantasía que le parecía todo lo que la rodeaba.

—Tampoco pude creerlo, milady, pero estoy despierto y viendo a su hijo —respondió el sirviente.

—Sé que le resulta difícil creer lo que estoy diciendo, madre. No le mentiría, no me escondería tanto tiempo y menos con trece años, todavía era un niño que no podía despegarse de las faldas de su madre. Durante estos años de prisionero y esclavo en Australia, no he podido olvidar sus ojos azules llorando al dejarme sin saber si me volvería a ver. Lamento trastornar su paz, pero necesitaba volver junto a usted. Me enteré de la muerte de mi padre por alguien que viajó a Inglaterra y de ahí fue a Australia. Me dolió saber que no lo volvería a ver, pero me mantuve firme para no morir sin verla...

—Tu tío era un buen hombre que siempre nos ha apoyado...

—No, madre. Era codicioso, si no hubiera sabido que él murió antes que mi padre, lo hubiera culpado de su muerte sin duda alguna. Mi tío pensó que no viviría o que, si lo hacía, mejor fuera en un lugar donde el único hijo de su hermano y heredero no regresara. Por la memoria de mi padre, le juro que es la más absoluta verdad, ese lado de la familia está podrido.

—No, Henry no, Randalf, él es tu primo y siempre te ha querido.

—Siempre me ha querido sacar del medio, tal vez, pero cariño no es, madre.

—Hay algo que no es posible.

—¿Qué no es posible? ¿Que su hijo luchara contra todos los obstáculos para llegar hasta usted o que Henry sea un santo?

—Henry es incapaz de hacerle daño a nadie.

—¡Henry estaba presente cuando me desterraron! ¡No es ningún inocente, quiero enfrentarlo y que escuche lo que ha hecho desde su propia boca!

La marquesa rompió en llanto al oír los gritos de Randalf. Para ella era muy difícil comprender la cantidad de información que él le estaba dando de manera rápida y sin pausa, sin dejarla digerir o entender.

Para Randalf era doloroso no entender lo que su madre sentía por Henry. Él no daría su brazo a torcer para sacarlo del camino. Sabía que se había exaltado durante su explicación, pero no podía soportar las negativas de su madre ante lo evidente.

—No quería gritarle, madre. ¿Sabe lo que significa para mí que usted prefiera a Henry y no a mí que soy sangre de su sangre?

—No es eso. Tú no me entiendes a mí. Perdí a mi hijo hace quince años y de la nada, regresas.

—Parece que no le agrada tanto que esté aquí. Si le importa mi vida, madre, estaré complacido de recibirla en casa del señor Roosevelt. Dejaré que trate de comprender lo que ocurre y hable con Henry, ya que será inevitable que él regrese a la posición de segundón que le corresponde —escupió ofendido.

Salió de la habitación de su madre rumbo a la salida de la residencia. Tanto él como ella

debían aceptar lo que ocurría. Randalf tendría que luchar contra la figura de Henry y su madre para decidir a quién amar. No soportaba pensar en que no le alegrara a su madre tenerlo ahí. Los años y la dureza de sus experiencias le exigían que tomara cartas en el asunto. Si hacía falta deshacerse de Henry, sería más sencillo dejar sin opciones a su madre y a Eugenia sin un prometido. Su primo tenía todo lo que él deseaba y definitivamente se apropiaría de las dos porque le pertenecían.

Subió al carruaje y partió hacia la casa del señor Roosevelt, a quien le pediría que apresurara el momento para barrer su casa y sacar a Henry de ahí para poder tomar su lugar.

La mujer había quedado en su cama entristecida, confundida y dolida. Sabía que ese que estuvo ahí era su hijo, aquel que dio por perdido tiempo atrás, mas le parecía imposible que resucitara, aunque tampoco podía no creer en él, ya que tenía el anillo que le había dado su padre en el pasado. Eso solo podía tenerlo su querido hijo. Sin embargo, sospechaba cómo afectaría a Henry la reciente llegada de Randalf. Lo que le perturbaba era tener que enterarse de que su queridísimo sobrino estaba involucrado en eso. Ya que lo apreciaba mucho, ambos se habían adoptado como madre e hijo y no quería abrir los ojos con respecto a él, pero debía enfrentar lo que ocurriría.

En casa de Eugenia, el marqués había sido citado por Spencer para conversar. Eso le había parecido extraño a Henry, puesto que su prometida pasaría al menos un mes en la propiedad del duque de Salisbury en Gloucestershire. ¿De qué hablaría si habían dejado claro lo que correspondía al matrimonio? No tenían ningún asunto pendiente que tratar, salvo que quisiera conocerlo de manera más íntima.

Llegó a la residencia y el ayuda de cámara del conde de Nottingham lo recibió y lo llevó al despacho.

—Buen día, su señoría —saludó Spencer sonriente.

—Buen día, lord Nottingham, ¿cómo se encuentra?

—De maravilla y expectante por el matrimonio entre Eugenia y usted. No solo yo estoy impaciente, ella lo está aún más. No ve la hora de estar casada.

—Pronto pasarán estos dos meses...

—Siéntese, por favor, mi estimado futuro cuñado —concedió Spencer—. Mi hermana ha regresado con presteza porque no soporta la idea de estar alejada de su prometido.

—¿Milady ha regresado tan pronto?

—Sí. Estando en medio del campo, sopesó que no necesitaba ningún tiempo a solas, sino que lo que quería era regresar a su lado y apresurar la boda.

Henry tragó saliva al escuchar las palabras: adelantar la boda. Su prometida era una joven un poco intensa y con un gato que le causaba estornudos. Viviría incómodo muchos años, al menos quería disfrutar un poco más de su tiempo. No obstante, sabía que lord Nottingham consentía en demasía a su hermana y sospechaba que terminaría aceptando adelantar la boda.

—¿Apresurar la boda? —cuestionó.

—Mi adorable hermana es enérgica y ha pedido que converse con usted sobre esto. Desea ser una mujer casada más pronto que tarde.

—Pues... ¿Cuánto tiempo piensa adelantar la boda? La licencia la debo cambiar —alegó Henry para que no le pidieran adelantar nada basándose en la licencia de matrimonio.

—Un mes. No es mucho tiempo adelantarlo un mes. Sé que se casarían a finales de primavera, pero ella es como es... —Spencer no tenía forma de explicar que necesitaba con suma urgencia deshacerse de Eugenia antes de que cometiera otra locura y terminara regresando a Gloucestershire para buscar al delincuente con el que tenía una aventura, pero una vez que se casara con su prometido, no habría forma de que ella torciera su camino a conveniencia—. No puede dejar pasar la oportunidad de nada cuando se entusiasma.

—Es comprensible. Hmm... Estoy de acuerdo, lord Nottingham.

—Entonces puede tramitar la licencia o si lo desea, puedo hacerlo yo por usted...

—No hace falta. Será cuestión de ir otra vez.

—Eugenia está en el jardín, si le apetece saludarla. La vi dibujando hace unos instantes. Llamaré a mi ayuda de cámara para que lo lleve hasta donde ella se encuentra. —Spencer agitó la campanilla hasta que Calvin se presentó—. Calvin, lleva al marqués junto a Eugenia.

—Por supuesto, milord.

—Lo esperaré aquí por si le apetece una copa, su señoría. Eugenia siempre da un poco de sed.

Henry asintió un poco dudoso y después salió del despacho. Esa familia era demasiado extraña, comenzaba a sentir cierto temor de emparentar con ellos.

Al quedarse solo, Spencer se sirvió una copa de whisky, pero después cogió la botella y le dio un trago muy largo. Si no lo mataba el cigarro, lo haría la bebida. Acercó la cabeza a la ventana y la abrió para fijarse en lo que hacía Eugenia. Tal vez le apetecía ver la cara de susto que tenía el prometido de la joven. El pobre sería un títere para ella y lo peor era que tal vez Eugenia arrastrara el buen nombre de esa familia con un amante delincuente. Ante ese pensamiento siguió bebiendo un poco más.

En el jardín, Eugenia, intentaba dibujar el cuerpo de Randalf. Él no había desaparecido de su mente. Quizá la alejaran físicamente, pero él ya vivía en su cabeza y tal vez hasta en su corazón.

Se sentía triste por la ausencia de su gran confidente y solo le quedaba dibujar para sacar de su pecho lo que añoraba. A veces lo dibujaba en el agua y seguía agregando detalles como si lo estuviera viendo, incluso los claros de luz entre los matorrales que la ocultaron cuando observaba lo que no debía.

—Milady, ha venido su señoría a visitarlo —anunció el sirviente que por descuido había fijado sus ojos en lo que Eugenia dibujaba. El pudor se le había subido a la cabeza al pobre Calvin.

De inmediato, ella cerró el cuaderno y sonrió con nerviosismo ante la mirada perdida del ayuda de cámara de su hermano.

—Gracias, Calvin. Su señoría —saludó Eugenia con una inclinación y con la mano estirada para que él la besara—, qué gusto verlo por aquí.

—El gusto es mío. —Él forzó una sonrisa y correspondió con un beso en la mano de la joven.

—¿Cómo se ha enterado de que regresé? —inquirió la joven invitándolo a sentarse con un gesto de la mano.

—Su hermano me ha escrito para conversar sobre nuestro casamiento.

—¿Le ha hablado de adelantarlo?

—Sí. Me ha dicho que me ha extrañado tanto que decidió adelantar la fecha del matrimonio y cambiarla para el próximo mes y no para fines de la primavera como habíamos quedado.

—Por supuesto que lo he extrañado mucho... —Eugenia quería matar a su hermano en ese mismo momento por haberse atrevido a cumplir con su amenaza. Nunca más volvería a subestimar a Spencer. Era despiadado cuando le fallaban—. Mi hermano solo cumple con mi

entera voluntad. No pude observar el paisaje sin pensar en nuestro matrimonio. Adelantarlo es algo que nos complacerá a ambos.

—Es cierto...

—Señoría, ¿le molestaría darme un beso? —preguntó con atrevimiento. Consideró que quizá un beso la entusiasmará para casarse.

Un silencio un poco incómodo se extendió entre ellos y Henry la miró como si ella no estuviera bien de la cabeza. Le resultaba un poco inapropiado que una dama de esa posición le pidiera algo así. Lo imaginaba de cualquier otra joven de pueblo, pero no de una de su estatus.

—¿Beso? —replicó como respuesta.

—Su señoría, yo sé que los caballeros besan a quienes ellos apetecen sin que exista un compromiso de por medio. Usted es mi prometido y le estoy pidiendo lo que considero me corresponde.

—Lo que a usted le corresponde es un anillo de compromiso y mi palabra, más de eso es inapropiado.

—¿Inapropiado? Inapropiado es lo que usted dice. Al menos, tome mi mano. Un poco de contacto no hace daño. Mis hermanas han besado a sus prometidos antes de casarse, ¿por qué no puedo hacerlo yo? No sea tan recatado y pudoroso. Cualquier otro caballero estaría deseoso de besarme, soy bella y adinerada.

—Tiene razón —aseguró sin querer pelear una batalla que desde el inicio tenía perdida. Debía aceptar lo que él mismo tomó como camino para complacer a su tía y asegurar su propia fortuna. Eugenia Fane no sería fácil de domar en el futuro, pero debía esperar a estar casados para ponerla en su sitio, ya que, si no lo hacía, tendría un gran problema en sus manos—. Hagámoslo entonces.

Pese a no desear a ese caballero, le entusiasma pensar que quizá cambiaría su mente y llevaría su obsesión por un ladrón hacia quien debía: su prometido.

Los dos se acercaron para juntar sus labios, mientras que Henry tomaba la mano de Eugenia para que ella tuviera lo que esperaba. Sus labios estaban cerca de tocarse, aunque por parte de ella no sentía esa excitación que le provocaba besar a Randalf.

Cuando sus bocas se encontraron, entre ellos no había mucha química, era un beso forzado y sin emoción.

Capítulo 28

Cuando terminaron el beso, los dos parecían indiferentes y Henry retiró su mano para que el contacto fuera nulo.

Eugenia forzó una sonrisa y lo observó para tratar de convencerlo de que ella estaba feliz.

—Ha sido un momento grato el que compartimos, señorita. Parece que por fin dejará a un lado el recato para ser más atrevido. Le aseguro que con eso le irá bien en la vida —comentó Eugenia.

—Y a usted no le vendría mal un poco de compasión por las personas reservadas y respetuosas, milady. Sé que es encantadora cuando lo desea, pero espero que en su intento de encanto no termine desencantando a los demás.

—Conmigo vivirá encantado, ya lo verá.

—¿Y su gato, milady? Es extraño no verlo por aquí.

Ante esas palabras, a Eugenia le desapareció su sonrisa y sin darse cuenta se le había escapado un sollozo.

—¿Qué le ocurre, milady? —indagó al oírla sollozar.

—El gato Clauss está extraviado y no sé si regresará —mintió para camuflar su pena.

—Lo lamento. —Henry volvió a acercarse a ella para consolarla. Tocó el hombro de la joven y ella agradeció el gesto colocándole la mano encima de la suya.

—Sé que Clauss no ha sido lo mejor para usted, pero agradezco su compasión ante mi dolor. Ha sido mi amigo por muchos años. Es difícil creer que nunca lo volveré a ver.

—En caso de que no regrese, puedo ser su amigo o le puedo conseguir otro de esos animalitos. Cuando estemos casados tendrá un salón propio que, si no le molesta, compartirá con mi tía, y que tiene una salida al jardín. Su gato podría pasar sus días en aquel lugar tan cómodo.

Ella se limpió las lágrimas y bajó su mano sobre su regazo.

—Usted aprecia mucho a su tía. Es una mujer amable.

—Ella es como una madre para mí, me ha dado más de lo que puedo esperar. Le debo lo que soy, porque si seguía los lineamientos de mis padres, hoy sería alguien despreciable.

—¿Sus padres no han sido buenas personas?

—No. Quisiera no hablar de ellos, prefiero conversar sobre mi tía Elizabeth. Es una mujer talentosa e inteligente, también con buen ojo, y que se fijó en su familia para recomendarme una mujer excelente. Confío en que me guio hacia el lugar correcto que es hacia usted. Ahora que adelantamos el compromiso, ella estará aún más entusiasmada.

—¿No prefiere que ella organice nuestra boda a su gusto? Creo que eso le dará mucha satisfacción a su tía y hará que se afiancen los lazos de formar parte de una familia conmigo.

—¿Estaría de acuerdo en que ella lo haga? Sé que mi tía estaría encantada con eso.

—Por supuesto. Ella es de mi agrado y estaré complacida al verla feliz.

—Le agradezco que cediera tal evento para ella. La imagino muy feliz con la noticia. Usted merece otro compañero como el gato, le prometo que le conseguiré otro.

—Nadie puede reemplazar a Clauss, pero tal vez ayude a que esté contenta. Pasaré mucho tiempo con su tía, espero que le gusten mucho los animales.

—Le gustan, pero no está de acuerdo con que las damas vayan de cacería. Prefiere que las mujeres queden en sus hogares a beber té con sus amistades y darle un espacio de soledad a los caballeros. Ella dice que eso ayuda a que nosotros extrañemos a nuestras esposas y las

apreciemos. Un tiempo lejos es algo importante, al menos por consejo de una gran dama.

—Se nota que posee mucha sabiduría como la duquesa viuda de Salisbury.

—Sí, de hecho, desde que se conocieron, han deseado estrechar vínculos no solo con ella, sino también con lord Sharp, que ya pertenecen a su familia.

—Lord Sharp es tan bueno que no creo que exista alguien mejor que él en el mundo. Muchas veces ha insistido en criarme, pero Spencer se ha negado.

—Debió hacerle caso a lord Sharp, digo, tal vez su educación pudo ser un poco más pudorosa.

Eugenia rio ante lo que Henry había dicho. Él había logrado arrancarle una buena carcajada.

—Sin duda sería el pudor hecho carne y no dude que quizá muriera de aburrimiento a mi lado. Me encanta vivir la vida con intensidad, la tranquilidad y yo no vamos de la mano.

—Eso significa que no terminaré aburrido, milady.

—Así será...

—Me tengo que retirar. Ahora debo hacer los mismos trámites para la licencia y adelantar el matrimonio. La veré en algún otro evento. Podríamos ponernos de acuerdo por cartas para acudir al mismo.

—Lo haremos de esa manera, señoría.

Henry dejó un beso en la mano de la joven y regresó a la casa para tomar su sombrero e irse.

La joven se quedó quieta y en silencio por un momento, después se levantó del banco en el que se encontraba y comenzó a caminar de un lado al otro con nerviosismo.

Le desesperaba el no haber sentido nada nada al besar a su prometido. Casarse con él sería un verdadero sacrificio en ese aspecto. Faltaba pasión y vida entre ambos, lo único que compartían era un compromiso y ella comenzaba a arrepentirse por haberse apresurado. Ella quería ser marquesa y estaba a un mes de lograrlo, pero estaba segura de que las risas que Henry pudiera sacarle no eran suficientes para mantener un matrimonio y tener hijos. Su existencia sería miserable y no tendría lo que sus hermanas poseían en sus matrimonios. No conocería la palabra amor.

¿Qué había hecho con su vida? ¿Por qué Randalf apareció para cambiar todo lo que ella conocía? ¿Por qué la atacaban pensamientos de tristeza al estar lejos de alguien que debía estar odiándola? Los dos no habían dicho la verdad, mas al final ella había sido la única perjudicada. Se involucró más de lo que debía y no escuchó los consejos de su institutriz que siempre había deseado lo mejor para ella.

Eugenia sospechaba que con todo lo que había hecho se disparó en el pie. Echó por la borda lo que bien podría haber sido un buen matrimonio por conveniencia, para convertirse en un sacrificio, una verdadera tortura.

Henry fue en dirección a su residencia. Debía ir a contarle a su tía lo que había ocurrido ese día desde que salió. A ella le alegraría saber lo que había pasado con Eugenia, aunque él no estuviera convencido de nada y solo tuviera que pensar en la dote para no sentirse al borde del abismo ante lo enérgica que era su prometida.

Él creyó que la encontraría en su salón; no obstante, ahí solo estaban sus elementos de costura y un té que parecía estar tan frío como su pecho al intentar ser un buen prometido.

—¿Y mi tía, Jacob? —preguntó Henry al ver que su sirviente se acercaba a él.

—Está en su habitación. Me dijo que cuando lo viera, le contara que lo espera en su habitación.

—¿Se encuentra bien? Ella no es alguien que esté en su habitación con frecuencia.

—Se ha desmayado hace un par de horas.

—¿Se ha desmayado? Hubieras empezado por ahí —espetó Henry que se dirigió a los aposentos de su tía. Golpeó la puerta y entró al recibidor de la habitación y después fue hasta el lecho, pero su tía estaba de pie junto a la ventana—. ¿Está bien, tía? Jacob me dijo que se había desvanecido tiempo atrás.

La mujer giró sobre sus talones para mirar a su sobrino.

—Sí. Henry, quiero que me digas la verdad sobre la muerte de mi hijo. Dime la verdad.

—¿De qué está hablando? Él murió de escarlatina hace muchos años.

Ella se acercó a él y le mostró el anillo que Randalf le había dado.

—Este anillo lo tenía mi hijo, ¿sabes quién me lo dio? Él mismo, el que se suponía que debería estar muerto.

El marqués bajó la mirada y guardó silencio.

—Necesito que me digas todo. ¡Habla! —exigió.

—Mi padre le ha dicho lo que pasó, no hay otra verdad.

La marquesa viuda le dio una bofetada a su sobrino. Lo que le decía era evidentemente una mentira.

—Tú estabas ahí cuando lo subieron a un barco para que lo llevaran a Australia. Randalf me lo dijo.

Para Henry no existían palabras para explicar lo que ocurría. Su padre le había dicho que Randalf nunca regresaría y que moriría camino a Australia. Después, montó una tumba en la propiedad para que sus padres lo visitaran y pagó por el silencio de los criados de la finca.

—Tía Elizabeth...

—¿Cuántos años llevas viéndome llorar sobre una tumba vacía, Henry? ¿No te has compadecido de mí al menos por un instante? Pensé que mi cariño de madre era correspondido por ti como un hijo... —lamentó la gran dama que se sentó en la cama para llorar.

—No podía decir nada...

—¿Por qué no hiciste algo para que no se lo llevaran! —reprochó

—Porque también era un niño. Cuando le pregunté a mi padre por qué lo hacía, me dijo que lo hacía por mí, pero en realidad lo hizo por él. Siempre quiso ser el marqués. Yo solo fui una excusa. Ni mi madre ni él me querían de la manera en la que usted me quiso.

—Quisiste tomar el lugar de mi hijo, Henry...

—Tal vez envidiaba el amor que le tenía a él y que yo no lograba conseguir. Quizá ambicioné el amor y no el título. Usted no entiende lo difícil que ha sido para mí callar esta gran mentira. Confiaba en que Randalf no había logrado sobrevivir y que por eso no aparecería, pero parece que me equivoqué, al igual que mi padre.

El corazón de Elizabeth estaba destruido por las confesiones de Henry. La vida feliz que ambos lograron construir como familia se desmoronaba frente a sus ojos con la verdad que salió a la luz.

—De todas maneras, te sigo queriendo, Henry, pero estás usurpando el lugar de Randalf en todos los aspectos: en el título y como mi hijo. Debes abandonar esta casa y regresar a la de tu padre —declaró con gran tristeza. Ese paso que estaba dando era demasiado doloroso; sin embargo, era lo que correspondía para comenzar a restituir la vida de su hijo, al que necesitaba

con urgencia en ese mismo momento, puesto que comprendió que recuperó a su amado pequeño, al que de alguna forma intentó reemplazar con Henry.

—¿En dónde está Randalf?

—En casa del letrado, el señor Roosevelt. Es mejor que entregues el título y las posesiones sin rechistar, sabes que no tienes derechos ahora que él está vivo y esperando recuperar todo. No pretendo que se enfrenten entre ustedes. Los quiero a ambos, los adoro, y no soportaría que se hirieran.

—Nunca junté mis finanzas con las del título, tía. Algo me decía que no podría ser un marqués y es probable que estuviera presintiendo esto.

—Me has decepcionado. Pudiste acudir a mí, Henry. Te hubiera amado de la misma manera si sabía que arriesgaste todo por mi hijo. Mi esposo y yo te hubiéramos dado cobijo y afecto, además de fortuna por delatar a tu padre.

—No me hubieran creído. Mi padre era un manipulador, tanto, que le hizo creer a usted que era un hombre de bien. Ahora no puedo juzgarlo a él, ya que fui hipócrita al acompañarla cada año a la tumba de Randalf.

—Eso es lo que más me duele de esto. Mi querido Henry, mi corazón entró en otro duelo, pero en esta ocasión por ti, porque debo escoger entre mi hijo de sangre y mi hijo del corazón. No puedo tolerar tanta miseria... Retírate...

Obedeció sin resistirse. No había forma de explicar más de lo que manifestó. No le quedaba otra cosa que aceptar lo que había pasado. Fue por cinco años el marqués de Lorne, pero el dueño había regresado y él debía hacerse a un lado, no solo con el dinero y las propiedades, también con la mujer con la que se había comprometido. Eugenia no aceptaría ser menos que una marquesa y él no estaba en condiciones de cumplir con promesas y caprichos de una dama gastadora. Su fortuna era decente, pero no daba para mantener a una esposa exigente con ínfulas de princesa. Al menos se quedaría soltero más tiempo y no se casaría con la dueña de un gato que no le hacía bien a su salud.

Capítulo 29

En casa del señor Roosevelt, él tomaba el té en compañía de Thomas. Su amigo era poco diestro para coger una taza sin agarrarla como si en lugar de manos tuviera garras.

—Después de que salieras, yo también lo hice —comentó Tom para que Randalf lo escuchara.

—¿Fuiste a la que fue tu casa?

—Sí.

—¿Y tus hermanos?

—Ya no viven ahí. Tal vez nunca los encuentre. No dijeron a dónde iban.

—Lo lamento, Tom. Sin embargo, todavía hay esperanzas de buscarlos, nunca es tarde cuando se trata de alcanzar algo. Lo mío parecía imposible y aquí estamos. Yo seré el marqués y tú mi respetable socio de negocios.

Tom sonrió por más que su tristeza era visible. Randalf tenía razón, lo importante era continuar adelante y no perder las esperanzas.

—Aún no puedo creer que lo lograras. Todo esto se veía tan lejano desde nuestro cubil en Australia junto a los animales. Nunca perdiste la esperanza.

—Y cuando la perdía me daba una bofetada para recuperar las fuerzas y seguir por más que en ese camino no existiera nada. Lastimosamente, mi madre no me recibió como yo esperaba. Estaba más preocupada por Henry y sus mentiras que por mí. Fue un golpe duro, pero saber que ella está con vida es suficiente para mí, sobreviviré viéndola.

—La juzgas muy pronto. Apareciste en su vida como si nada, un muerto, ¿entiendes? No debe ser fácil cambiar quince años de dolor por un montón de risas. No la has dejado comprender lo que ocurre.

—No quiero dejar a nadie comprender nada, deseo que me comprendan. No necesito entender las razones de otros, cuyas vidas han sido fáciles. Quisiera comenzar a vivir la felicidad que imaginé que tendría al regresar. No obstante, tengo a mi madre reacia a mí y a Eugenia sin crearme, pero ella será la que se llevará la mayor sorpresa de todas.

—Ella te tiene muy entusiasmado. Eres afortunado dentro de tu infortunio. ¿A quién más le pasaría que la mujer que lo ha deslumbrado resultara ser su prometida?

—Es de mi primo y no mía, pero también se la quitaré. Le arrebataré todo, y si puedo hasta el aire que respira.

—¿Por qué mejor no te enfocas en seguir viviendo con lo que has recuperado?

—No quiero la paz, necesito una guerra, una venganza por todo. No fue suficiente con una terrible enfermedad, Tom, hizo falta ensañarse conmigo y yo no tendré compasión con Henry. Él no es un hombre justo, es un mentiroso y aprovechado que prefirió guardar silencio por conservar lo que no era suyo.

—Si eso te hace feliz... Solo ten cuidado de que eso no termine arruinándote.

Randalf asintió y ellos siguieron conversando.

El señor Roosevelt se comportaba como un gran anfitrión y había hecho sus deberes con rapidez para que Randalf tuviera lo necesario a su disposición y también el señor Jenkins. Los dos eran incansables en lo que se refería al trato con él. Lo reconocían como el único y legítimo heredero del marqués de Lorne.

Por la mañana, Randalf se dedicaba a estar con Tom y enseñarle a leer y escribir con todos los implementos con los que contaba el señor Roosevelt en su residencia. Era mucho mejor que hacerlo con una ramita en el suelo.

Él sabía que Thomas necesitaba un preceptor que lo ayudara, aunque el mismo Randalf también requería de uno por su formación incompleta. Era consciente de que no estaba a la altura de conocimiento de otros nobles y tampoco del mismo Henry, por más que hubiera leído libros, todavía le faltaba mucho que aprender.

—Su señoría, la marquesa viuda ha venido a verlo —anunció el mayordomo del señor Roosevelt.

—Que pase, por favor —pidió Randalf.

—Me retiraré para que converses con tu madre —dijo Thomas después de que el mayordomo se fue.

—No, quiero que ella te conozca. Si está aquí supongo que es para algo importante. Mi madre debe conocer a quién fue mi apoyo moral de tantos años.

Después de unos instantes la marquesa se encontraba en el salón, cara a cara con su hijo y Thomas. Los dos inclinaron la cabeza para saludarla.

—Madre —pronunció Randalf con emoción contenida. No sabía lo que ella había ido a decirle y tampoco quería emocionarse para no sufrir otra vez—, le presentaré a Thomas, mi amigo desde mi confinamiento en Australia. Es otra persona a la que subieron al barco el mismo día que yo.

—Es un placer conocerlo, señor —musitó la mujer.

—El placer es mío. Llevo años escuchando a Randalf hablar de usted y creo que se ha quedado corto en la descripción que ha dado sobre su madre. Si me permiten, me retiraré para que puedan conversar más cómodos.

—Es un caballero agradable... —comentó la marquesa.

—Sí, lo es, y le he prometido grandes cosas. Ahora le enseño a leer y escribir. Él no pertenece a nuestro círculo social, pero ha hecho tanto por mí, que lo convertiré en alguien importante. Lo merece. Con quien es bueno conmigo, yo también lo seré.

—Me parece bien, esa es parte de la enseñanza que ha dejado tu padre. Él era un hombre generoso y desprendido.

—Sí, pero yo seré un poco más tacaño con algunas personas.

—Ayer confronté a Henry...

—¿Fue capaz de negarlo?

—La primera vez sí, y después las cosas cayeron por su propio peso. Le pedí que dejase la casa y te entregue lo que te pertenece.

El espíritu de Randalf parecía sentirse más aliviado con el apoyo de su madre. Eso es lo que había esperado de ella desde un primer instante. Tom tenía razón, ayer su progenitora no pudo entender las cosas porque lo estaba analizando a nivel emocional, lógico y racional. Los muertos no regresaban, pero él sí, porque nunca lo estuvo.

—Me alegra que no se pegara como mugre a la alfombra. Supongo que se fue con el rabo entre las piernas.

—Está llevando sus pertenencias en este momento. Quiero que entiendas que él ha hecho un buen trabajo como marqués y ahora que no estará cumpliendo ese papel, te tocará a ti casarte con la mujer que yo le indiqué.

—La pequeña arpía Fane. Ella es otra persona que no será tan feliz en el futuro. Tengo

mucho que ofrecer para la joven y Henry.

—¿Qué quieres decir con eso, Randalf?

—Arruinaré la vida de esos dos. Quebraré a Henry y me quedaré con su prometida. Lady Eugenia Fane tiene una pequeña deuda conmigo, pero haré lo posible para minimizar su sufrimiento, ya que ella me dio el dinero para venir a Londres. No lo creará, madre, pero la conocí en Gloucestershire.

—Por favor, Randalf, no quiero que le hagas daño a Henry. Si se lo haces a él, también me lo haces a mí.

—¿Qué no le haga daño, madre? ¿En qué momento me preguntará cuánto sufrí? No imagina lo duro que ha sido todo. He comido y dormido en medio de los caballos, me he alimentado con las sobras de los demás, me han golpeado y puesto a trabajar de sol a sol, me han arrebatado mi vida y usted quiere que me preocupe por la vida de privilegios de Henry. ¡Él no tuvo que robar para estar aquí! Fui hasta un salteador de caminos. No sabe lo que he hecho para llegar. Me lastiman sus palabras más de lo que a él podrían lastimarle mis actos.

Se alejó de su madre para poder pensar mejor en lo que hacía. A medida que su madre defendía a Henry, su corazón se llenaba de más odio hacia él.

—Tienes razón, Randalf, pero no quiero que ninguno sufra, son mis hijos.

—¡Yo soy su hijo, madre! Él solo es un usurpador, un maldito impostor que me ha hecho la vida miserable.

—¡Él era un niño como tú! ¡Fue manipulado por tu tío!

—¿Eso fue lo que le dijo? Qué gracioso, ¿por qué al morir mi tío no confesó lo que sabía? ¡Por conveniencia y por codicia! No solo quería mi dinero, también mi suerte, quería robarme a mi madre y lo ha conseguido. Tal vez recupere todo mi dinero, pero hay algo que nunca recuperaré: el tiempo perdido.

—Tienes mucho rencor contra alguien que es muy noble de corazón.

—Si ha venido a defenderlo, es mejor que se vaya y se mude con él. Haré como si fuera que ha muerto, madre. Supongo que como la mantuvo tantos años, podrá hacerlo ahora también, salvo que lo deje en la ruina a ver cuánto le dura su amor de madre hacia él.

—No eres bueno, Randalf. ¿Y la compasión que te hemos enseñado en el pasado? ¿Dónde están tus buenos valores?

—Rotos por la dura e inmisericorde vida. ¿Qué puedo esperar de un sueño de quince años de volver a los brazos de mi madre y que esta prefiera a otro en mi lugar? A veces merece la pena arrancarse la vida, si lo único que se avecina es la miseria del corazón. Me alegra saberla con vida. Cuando pise mi casa, si la veo ahí, sabré que me ha escogido, pero si no la encuentro, le haré una tumba junto a la mía, para que reposen madre e hijo muertos por la escarlatina.

—No quiero irme y dejarte. He venido porque te amo, hijo mío, pero no comparto tu deseo de venganza. Morirás envenenado con eso.

—No moriré, yo vivo envenenado. El deseo de venganza hizo que siguiera remando cuando las aguas me arrastraban, que soportara cuando mi espalda ardía en el sol. Henry tiene que sufrir al menos un poco de lo que yo he tenido que pasar quince años. Eso conformará a mi pecho y alimentará mi sanación.

—Te lo ruego, no le hagas daño. Yo estaré contigo, mas no hagas cosas de las que puedes arrepentirte pronto.

—Me arrepentiré de dejarlo disfrutar de la vida sin recibir un castigo. No esperaré ninguna justicia divina, la haré por mi cuenta.

La marquesa se acercó a su hijo y lo abrazó con fuerza. Quería sacar ese rencor que habitaba en su pecho y que amenazaba con destruirlo. Tal vez tendría dinero y posición, pero perdería lo más importante: su espíritu.

Pese a los desacuerdos que tenía con su progenitora, su niño interior se sintió consolado por la larga ausencia de su madre. Luchaba por no llorar, ya era un hombre. Sus días de llorar en silencio terminaron hacía mucho tiempo. El Randalf del pasado tenía lo que quería para ser feliz, pero el Randalf del presente estaba más sediento de venganza que antes. La compasión no tenía la intención de aparecer para salvar a nadie.

Después de aquella incómoda visita de su madre, Randalf no hallaba paz para estar tranquilo. Estaba feliz, pero algo no lo dejaba disfrutar de eso.

Por la tarde, le avisaron que tenía otra vista en el salón.

—¿Quién es? —curioseó dejando a un lado el libro que había cogido para leer.

—El mar... Su primo, el señor Henry Beaumont.

Al oír el nombre de su primo, sospechó que el pequeño ratón había entrado en la guarida del gato sin saber que este tendría la intención de devorarlo sin siquiera masticarlo. Sin perder más tiempo fue hacia donde aquel lo esperaba.

Henry necesitaba asegurarse que quien estaba en ese lugar sí era Randalf y no alguien que pudiera hacerse pasar por él, teniendo en cuenta alguna historia que había escuchado antes. Sin embargo, al ver que él se acercaba, se convenció de que era su primo. El parecido entre ambos era evidente, ni su tía, ni el sirviente habían enloquecido.

—Randalf... —pronunció Henry un tanto temeroso por la expresión del rostro de su primo. No era aquel niño bien cuidado de años atrás. Su cara tenía una expresión dura y carente de emoción. Su boca apretaba sus labios con dureza, como si lo que saldría de ahí pudiera ser algo demasiado malo.

—Su señoría para ti, maldito impostor —acusó inexpresivo.

—Tengo que explicarte lo que ha ocurrido.

—No hace falta, tengo mis propias conclusiones al respecto. Tu padre logró entrenarte para ser un buen impostor.

—No es cierto.

—¿Y qué es lo que has estado haciendo? Sabiendo que estaba vivo, tomaste mi lugar, lo usurpaste. Estuviste ahí ese día y no fuiste capaz de decir algo a mi favor. Si al menos hubiera visto una pizca de compasión de ti hacia mí, hoy no te odiaría tanto.

Capítulo 30

A Henry no le sorprendió que le dijera tal cosa, ya que su rostro decía más que cualquier palabra.

—Era igual que tú, la misma edad. No podía contra mi padre.

—No éramos iguales, tú ya estabas podrido con él. La codicia lo cegó hasta el punto de llevar hasta el final la bajeza que me hizo...

—Y que me obligó a presenciar. Pedirte perdón no soluciona las cosas.

—No. Yo quiero hundirte en la miseria y que sufras un poco de lo que he tenido que sufrir por lo que me hizo tu padre. No puedo siquiera considerarlo un familiar, porque lo que ha hecho no es digno. Es mejor que te prepares para las desgracias que caerán sobre ti.

—Cuida a mi tía y sé un caballero con lady Eugenia Fane. Soy consciente de que ella no está conmigo por nada más que estatus. Ella quiere un marqués y ahora tú lo eres.

—Es probable que la destierre junto a ti si no se doblega ante mí.

—Entonces la esperaré, porque ella no se doblegará. Primero te doblegará antes que tú logres romperla.

—Una niña caprichosa no podrá conmigo.

—Ella y su extensa y poderosa familia. Puedes ser un marqués, pero ellos son un clan, no tienes tanto poder para desafiarlos.

—No los desafiaré, me haré respetar. Sé de buena fuente que esa joven te ha hecho sudar frío con su temperamento. Ella es una mujer para hombres fuertes, no para débiles como tú.

—Milady es una dama con carácter, pero una dama al fin, espero que aprendas a ser un caballero y no seas un salvaje por no haber escogido a tu prometida. Ella es mejor que cualquier otra que puedas conseguir por tu cuenta.

—Quizá ella sea lo único bueno que has hecho por cómo la describes.

—La acepté porque mi tía deseaba emparentar con ellos. Le vio potencial a la familia, pese a los escándalos hace dos temporadas.

—Aléjate de mi madre, no quiero que vuelvas a estar a su lado. Eres una lacra sinvergüenza, no sabes de qué puedes ser capaz si estás acorralado.

—A mi tía jamás le haría daño. Ella me ha cuidado y me ha querido mucho.

—Sin merecerlo, sin saber que acunaba al mismo demonio. Si viniste a hacerme perder más tiempo, puedes irte.

—Vine a comprobar que eras tú y que no estabas embaucando a mi tía.

—¿Un usurpador está hablando de embaucar? —Randalf no pudo evitar que una carcajada sarcástica escapara de su boca—. Suena tan grotesco que me asquea. De cualquier persona sería bien recibida tal aclaración, pero viene de ti, un ser al que no le podemos creer ni la entrada a la iglesia. Vete antes de que me enfade y te marque la bota en la cara —advirtió molesto.

—Por última vez, cuida a mi tía y ten cuidado con tu venganza para que no se dé vuelta contra ti. Espero que algún día entiendas mi posición y llegues a perdonarme.

—Lo nuestro es irrecuperable. Ni siquiera te considero parte de mi familia. Ten cuidado de las calles por las que vas y los lugares que frecuentas, tal vez se me antoje enviarte un saludo en el futuro. Pronto todos sabrán quién eres y te excluirán de tu selecto grupo.

Henry salió con lentitud de la casa del señor Roosevelt. Para él, Randalf estaba

completamente cerrado de mente. Su discurso era de odio puro y de malos deseos. Lo merecía en parte por ser un cobarde, ese era su mayor pecado.

Aquel día había recibido dos visitas y ninguna le había llenado de satisfacción. Con el pasar de los días, el señor Roosevelt le comunicó que podía ocupar su residencia y que su madre lo esperaba para que tomara posesión. Randalf y Thomas procedieron a mudarse a la lujosa mansión del marqués. Asimismo, Randalf contrató un preceptor para él y su amigo, además, de pedirle al señor Jenkins que abriera una cuenta para Thomas, que le comprara una residencia y le diera una mensualidad. Con eso él habría cumplido parte del pacto que hicieron en Australia para ayudarse.

Las cosas comenzaban a fluir para mejorar la vida de Randalf, solo le faltaba presentarse frente a Eugenia.

—¿Cómo sería la mejor manera de presentarme ante los demás, madre?

—Un baile, querido —respondió.

—Él no sabe bailar, su señoría —comentó Thomas.

—Y tú tampoco, Thomas. El señor Manfort les enseñará lo necesario para que aprendan lo más rápido posible, para eso tienen un preceptor.

—Yo no bailaré. Solo los miraré.

—Tom, es la mejor manera de presentarte ante ellos. Es una oportunidad. —Randalf intentó persuadirlo.

—Solo ahora me doy cuenta de que soy un ignorante. ¿Quién querría casarse conmigo en estas condiciones? Prefiero esperar un poco.

—Tal vez él tenga razón, Randalf. Déjalo que mire y aprenda. Tú recuerdas algunos pasos de baile, porque bailabas en Navidad.

—Quizá un par, pero debo practicar igualmente.

—Entonces es mejor que empecemos. Tengo una amiga que nos hará el favor de organizar un baile en su casa en tu honor.

—Me encanta la idea. Quiero ver la cara de todos cuando me vean. Sé que será una sorpresa inolvidable, en especial para Eugenia. Ella querrá que la tierra se abra bajo sus pies.

—¿Qué tienes contra ella? Es una dama preciosa y educada. Tal vez un tanto liberal en sus ideas, pero es adorable, con una familia entrañable. Te hará bien integrarte a ellos.

—Eugenia no me merece. Ha jugado conmigo estando comprometida. Eso no habla bien de ella. Ha hecho una pésima elección. La hermana de lord Nottingham tiene dos caminos: aceptarme y someterse o irse con Henry a nadar en la miseria. Sé que a ella le gusta el dinero tanto como a mí, me escogerá de todas las maneras posibles y me respetará. El que reparte el pastel se lleva la mejor parte, madre.

—Temo que pierdas a la mejor candidata de la temporada por ser un tonto —lo reprendió su madre.

—Hay muchas temporadas más para escoger a una digna sucesora para usted, mi querida madre.

—Cierto, hay muchas temporadas, al igual que mujeres, pero solo una temporada y una dama son suficientes para derrotarte, Randalf. Esa joven te quita el sueño. Primero querrás morir antes que perderla —reveló Thomas sonriente.

Eugenia no había recibido más noticias de su prometido. No se habían puesto de acuerdo para asistir a los bailes. Tampoco le entusiasmaba mucho verlo, pero representaba una distracción y una oportunidad para salir, ya que su hermano la tenía atrapada como una doncella en una torre y eso no le ayudaba a olvidar a su ladronzuelo. Lo único que hacía era suspirar por los besos que él le había dado. En sus momentos menos iluminados consideraba buscarlo; sin embargo, cualquier contacto de ella con el exterior era el jardín que a su vez era custodiado por el mismo Spencer ante la tontería que pudiera hacer en un momento de desesperación. Su hermano sospechaba que en el instante menos pensado se daría a la fuga para hundir su buen nombre.

—Buen día —saludó Eugenia, aburrida—. ¿Y tus padres, Philip?

—Están abriendo invitaciones —respondió el niño.

—¿Y tu preceptor?

—Ese no es asunto suyo, tía.

—¿Quién te ha enseñado a responder así?

—Usted...

Ella suspiró y mejor se dirigió al despacho de su hermano antes de que sumara un problema más al gritarle a su sobrino. Ella era la única culpable de que fuera un deslenguado.

Entró al despacho sin tocar. Su hermano y su cuñada no estaban haciendo exactamente lo que había dicho Philip. Victoria estaba sentada en el regazo de Spencer con él metido en su escote y ella riendo como una tonta. Era la peor escena que había presenciado jamás, mas era envidiable.

—Ya sé cómo se hacen los hijos. Cuidado con alguna Fane —dijo sarcástica.

Victoria dio un salto del regazo de su esposo y se apresuró a arreglar sus prendas.

—¿Ya no golpeas las puertas? —espetó Spencer.

—Estaba aburrida. Philip me dijo que estaban aquí abriendo invitaciones, aunque en realidad engañaban al pobre niño.

—A ti también te engañamos cuando te decíamos que nos faltaba espacio en la cama... —contó Spencer en tono jocoso.

—¿No era cierto? —cuestionó decepcionada.

—Y también cuando te decíamos si querías jugar a las escondidas —siguió Victoria.

—He vivido engañada.

—Bienvenida a la adultez, Eugenia —musitó su hermano que cogió un abrecartas y le entregó otro a su esposa—. No tengo otro, si quieres puedes abrirlo con tus dientes.

—Qué caballeroso. Quiero cinco esposos como tú —masculló Eugenia que tomó asiento para romper los sobres como podía.

—Sé feliz, se te pasará el aburrimiento —alegó su cuñada.

Los tres abrían y leían las invitaciones, hasta que Spencer encontró una que le llamó la atención.

—¿Un baile en honor a tu prometido? —preguntó Spencer extrañado.

—Si ahí lo dice, debe ser. No he sabido nada de él en estos días. No es que me preocupe mucho, pero había quedado en escribirme para coincidir en los eventos.

—¿Por qué haces planes a mis espaldas?

—Porque con él sí puedo salir, ¿no es así? No dijiste nada cuando te conté que me besó.

—Es tu prometido, el único que debería besarte y no un ladrón, pero esto es extraño. ¿Por qué no nos ha avisado nadie?

—Supongo que la invitación es para eso —razonó Victoria.

—Quien invita es lady Kirby. Algo no está bien. Si no fuera por la buena fortuna del

marqués, desconfiaría de lo que está haciendo.

—Me extraña que se comporte así, puesto que es muy condescendiente, todo lo que hace lo puede saber cualquiera.

—Iremos a ver. Sin duda este es nuestro lugar. Le diré a Helen que prepare unas prendas y joyas para ti —dijo Spencer.

—¿Puedo escogerlos yo?

—No, Eugenia. Estás castigada por malos hábitos.

—Pero si ya no beso ladrones, por favor, Spencer...

—¿Has olvidado al delincuente?

—No, pero tampoco puedo salir para ir a buscarlo y humillarme.

Él tapó sus ojos con las manos ante lo que decía su hermana. Le avergonzaba profundamente su comportamiento.

—No puedo creer que solo estas cuatro paredes te impidan arrojar por la borda tu futuro, Eugenia. De ser la que quería callarnos a todos, ahora no dejas de dar de qué hablar —gruñó el conde.

—Fue solo un desliz. Todo lo tomas muy a pecho. Agradezco no ser Rose en su época de soltera, porque de ser así, estarías muerto. Tu salud es tan débil como la confianza que tienes hacia mí.

—¿Cuál confianza? ¿Quién puede confiar en ti hoy en día?

—No le quito razón a tu hermano, Eugenia. No queremos que hagas tonterías y termines manteniendo a un delincuente que te hará muchos hijos y malgastará tu fortuna —aseguró Victoria preocupada.

—Si me hace muchos hijos, significa que será muy apasionado con los besos. Cómo dice la señorita Harting: tendrá desatados sus demonios.

—Vete, Eugenia, ante de que te saque de aquí. Ya te has divertido suficiente por hoy.

—Mereces una buena tortura por abandonar a mi gato. ¿Crees que lo olvidaré? Nunca lo haré. Te tengo entre mis cejas, Spencer...

Eugenia salió del despacho dejando a su hermano como una vela derretida en su asiento.

—No dejes que la rabia te consuma, Spencer. El médico dijo que debes evitar las situaciones en las que tus nervios se pongan a prueba.

—¡Vivo estando a prueba, Victoria! ¿Cuándo podré descansar tranquilo? Eugenia me ha sumido en la vergüenza. Si no hacemos algo, hundirá nuestro apellido y eso no le conviene a nadie.

—No pienses en eso. El marqués solucionará todo, déjalo en sus manos. Él debe estar ocupado después que le pidieras que adelantaran la boda.

—Me temo que ese hombre debió huir. No se notaba muy feliz por casarse con Eugenia. Debería estar más que contento, mi hermana es hermosa y rica.

—Tal vez está enamorado de otra dama, y ahora que se encuentra comprometido con Eugenia, debe resignarse. Nadie quiere casarse obligado, recuerda a Foster.

—Pero Foster ya está feliz con Meredith. Él no cuenta como ejemplo. Se han casado enamorados, quizá ambos un poco obligados, pero esos meses de compromiso sirvieron para conocerse.

—Tienes razón. Deberías insistirle al marqués para que visite con mayor frecuencia a Eugenia. Está ociosa y es capaz de pensar en las peores cosas imaginables. En ocasiones es mejor no darle rienda suelta a los pensamientos. Si ella está en compañía de su prometido, no

tendrá tiempo para tonterías.

Capítulo 31

La marquesa viuda escogió a la mujer más cotilla de Londres para que organizara el baile, dándole la primicia de todo lo que había ocurrido para que Randalf llegara hasta ella. A lady Kirby le apenaba la situación en la que quedaría Henry una vez que la gente se diera cuenta de que no era el mismo marqués que vieron días atrás y que convivió con ellos un par de años. Toda la verdad se sabría esa noche.

—Estoy ansioso de que llegue la familia de Eugenia, quiero ver su cara. Imagino la palidez que la invadirá —comentó Randalf que estaba en la parte alta de la residencia de lady Kirby, observando a los asistentes en compañía de su madre.

—Trata de ser un caballero con ella y con todas las damas. Recuerda que cumplirás con la palabra que ha empeñado Henry por ti.

—No tengo razones para cumplir con lo que él dijera. Con Eugenia aún no sé qué haré, por ahora me conformo con ver su cara.

Los dos tenían la cabeza mirando hacia la planta baja de la mansión, esperando a que aparecieran.

—¡Lord Nottingham! —exclamó lady Kirby, sonriente, acercándose a ellos que entraban por la puerta.

—Lady Kirby... —musitó como saludo. Entre ella y Spencer existía un código de respeto mutuo, ya que ella había hecho mucho por su familia en el pasado. En ocasiones, no estaba de acuerdo con la mujer, pero guardaba su opinión por respeto a su servicio.

—Siempre acompañado por tan bellas damas, milord. Lo que más lamento es que su última hermana pronto se casará. No tendremos a ninguna otra Fane.

—Gracias a Dios —dijeron Victoria y Spencer al unísono.

—Pasen, por favor... —pidió lady Kirby, que de última cogió a Eugenia de una mano—. Su señoría está aquí y tiene una sorpresa para usted...

—¿En dónde está? —preguntó la joven.

—Siga a su hermano, en cualquier momento lo verá.

Ella siguió su camino y miró de un lado al otro. No estaba muy entusiasmada con ver a su prometido, pero le aliviaría mucho que la invitara a bailar y la sacara de la presión de soledad en la que estaba sometida en su casa. No era lo mismo ser la última hermana que ser la primera, ella ya no tenía a nadie que la hiciera reír, solo Helen la ayudaba a no morir.

Lo buscaba por cada rincón sin hallarlo. ¿Cómo podía ser posible que él estuviera ahí?

Randalf se alejó de su madre al distinguir a Eugenia buscando algo de un lugar al otro. Esos días lejos no le hicieron olvidar lo hermosa que era. Con aquel vestido y las joyas que llevaba, entendía las razones por las cuales pensaba que era un charlatán y no alguien de buen estatus. Los pensamientos de Eugenia eran consecuencia de su entorno, uno que él no conocía, pero por el cual ella se movía con gran soltura. Dentro de su mente pedía que lo viera. Quería ver su rostro cuando lo distinguiera bien vestido y entre los suyos.

Ella alzó la mirada hacia las escaleras y vio a Randalf. Su corazón comenzó a latir desenfrenado y una enorme sonrisa cruzó su rostro. No podía creer lo que veía, por eso intentó mirar a otro lugar para saber si no estaba enloqueciendo, mas sus ojos no se equivocaban, él estaba ahí y por ningún motivo lo perdería otra vez.

Se apresuró para subir las escaleras y poder hablar con él.

Al igual que ella, Randalf no la perdía de vista mientras se acercaba. ¿Cómo podía ser cruel con Eugenia si era tan encantadora y graciosa? ¿Cómo reprimir sus sentimientos hacia ella para poder tomar una pequeña venganza? Esa joven hacía que él desviara todos sus pensamientos de sus objetivos para perderse en su efímera presencia.

—¿Todavía sigue enfadado conmigo? —preguntó Eugenia que acortó distancias con él.

—Sí, y con mucho ánimo de venganza, Eugenia. Logré llegar hasta aquí. ¿No preguntará cómo he llegado?

—No, lo que importa es que está aquí.

A él le sorprendía que ella no quisiera más información sobre su llegada. Randalf solo notaba que a Eugenia se le iluminaba el rostro al verlo y cuando eso ocurría, se sentía desarmado por su encanto. Tan insoportablemente encantadora que ni siquiera sus ánimos de maldad buscaban hacer de las suyas. Se sentía tentado a besarla, pero ahí no podía, sería imposible por la multitud de gente.

—¿Y no preguntará cómo llamarme?

—Supongo que milord. Abundan muchos condes y no creo que usted sea la excepción.

—¿Y su prometido? —curioseó señalando el dedo de ella con el enorme anillo que perteneció a su madre.

—No lo sé. Lleva un par de días desaparecido y creo que es mejor así, aunque este baile es en su honor, supongo que pronto se presentará. ¿Usted no me invitará a bailar? Complete mi carnet.

—No me apetece hacerlo. Usted no confiaba en mí. Además, me ha mentido.

—No ha sido una mentira, solo oculté mi compromiso. Lo que ocurre es que cuando lo veo me arrepiento de haber tomado esa decisión, pero ya estaba comprometida antes de conocerlo, no me queda más que cumplir.

—Si yo le propusiera escapar ahora mismo, ¿se iría conmigo?

—No debería tentarme de esa manera. Desde ya, le digo que eso no es posible. Si llegara a hacerlo, mataría a mi hermano y no tendría derecho ni siquiera a visitarlo en su tumba. No me dejarían hacerlo. Ni por más tentada que esté no lo haría, preferiría que usted fuera a ponerse a disposición de Spencer para conversar sobre si le intereso. Esa es la forma en la que actuaría un caballero. No veo mal una sana competencia por mi mano.

—Usted es indecente, y todavía tiene el descaro de hablar de competencia.

—Y usted de huir, Randalf.

—No olvidaré que le hice una propuesta y me rechazó. Aquí me ve ahora y todavía no sabe todas las sorpresas que tengo para usted y que son parte de lo que hará que piense dos veces antes de volver a rechazarme.

—Sigue siendo tan vengativo, pese a conseguir su objetivo. ¿No se da cuenta de que es mejor disfrutar de lo bueno? Se morirá tratando de hacerme daño o al final se dañará usted mismo. Sabe que me agrada. Si le apetece, mi hermano está aquí y si conversa con él y demuestra su fortuna, tengo oportunidad de tenerlo y no de que usted me tenga.

Esa joven no terminaba de sorprender a Randalf. De cualquier manera, ella necesitaba tener el control de la situación, pero él no se dejaría utilizar de esa forma, ya que si caía en esa espiral de darle gustos a esa chiquilla, terminaría mal, sin carácter y arrollado como zorrillo en el camino.

—Veremos si me tiene, Eugenia. Regrese con su hermano, esperemos la sorpresa que tiene lady Kirby para todos.

—No hay sorpresa más grande que verlo aquí. Lo esperaré para bailar, y si no me busca, yo lo haré, no podrá librarse de mí.

—Rezaré por librarse de mí muy pronto.

—He rezado por muchas cosas y nunca ha ocurrido ningún milagro. Le contaré a mi hermano que usted está aquí. Después de que mi cuñado me descubrió y casi me echa a sus perros encima, me trajo a Londres y le contó todo a Spencer. Ahora me tiene como una prisionera en jaula de oro.

—Ya era hora que alguien tomara cartas en el asunto de su libertinaje, Eugenia.

—No soy una libertina, solo que me sentí libre con usted. Sé que trata de ser duro, pero no podrá serlo por mucho tiempo.

—No crea que me conoce, puesto que estoy comenzando a conocer una parte de mí que desconocía. Si hay algo que no haré, es colocarla en mi lista de solteras deseables.

—No necesito estar en una lista, porque sé que quiere quedarse a mi lado, si no fuera así, no me hubiera pedido escapar con usted. Lo sabe...

—Váyase antes de que la abone aquí...

Eugenia sonrió y fue con prisa hacia su hermano. Aquel bebía una copa de brandi junto a Victoria, mientras parecía feliz y tranquilo.

—Spencer... —habló Eugenia.

—¿Qué ocurre? —preguntó su hermano.

—El ladrón está aquí —contó Eugenia presurosa—. El ladrón de mi corazón...

Spencer escupió su bebida al escuchar lo último que había dicho su hermana sin ningún reparo o un poco de dignidad.

—¡Por el amor de Dios, Eugenia! No digas tonterías.

—Está aquí y de nuevo me ha propuesto escapar. Sabía que me adoraba y que no quiere que me case con nadie más. Está bien vestido, lo que significa que es alguien como nosotros.

Lord Nottingham y su esposa miraron a su alrededor. Había muchas caras nuevas y no podían identificar a nadie si Eugenia no hablaba.

—¿En dónde se encuentra? Le dejaré claro que estás comprometida para que deje de hacer esas propuestas indecorosas a una mujer indecorosa.

—Lo que quiero es que averigües si posee fortuna, de esa manera le darás mi mano si quiero romper con el marqués.

—Victoria, abanico —mandó aflojando su pañuelo lazado. Sentía que se estaba asfixiando y no sabía si era por su indecorosa hermana o por la edad.

Victoria agitó su abanico para que él no se desmayara. Eugenia no pensaba las cosas antes de decirlas.

—Deja de decir cosas absurdas, Eugenia, matarás a mi esposo con tu atrevimiento —masculló Victoria en defensa de Spencer.

—Pero si es cierto. Como mi tutor deberías considerar mis deseos, Spencer.

—La mataré, sin dudas lo haré al llegar a casa. Tú quisiste este compromiso con el marqués y ahora lo soportas. Nos chantajeaste para que lo presionáramos. Intentamos persuadirte antes de cometer esa locura. No hay tiempo de arrepentimiento. En el futuro te enamorarás de tu marqués.

—Su atención, por favor, queridos míos —llamó lady Kirby para que todos le prestaran atención—. Esta noche, tenemos una ocasión especial. Mi querida amiga, la marquesa viuda de Lorne ha tenido una gran sorpresa. Su hijo, al que creía sin vida, ha aparecido y está aquí junto a nosotros. Con ustedes, Randalf Beaumont, marqués de Lorne.

Lady Kirby tuvo que aplaudir para que los demás también lo hicieran y de paso para poder ver a Randalf que descendía por las escaleras en compañía de su madre.

No solo los asistentes al evento estaban boquiabiertos, sino también Eugenia y su familia. Ella no podía creer lo que veía o si tomarlo como buena suerte o mala fortuna que resultara ser él su prometido, o tal vez, la rechazara, ya que se había comprometido con otro hombre y no con ese que estaba ahí. Quizá el título fuera igual, pero no el hombre. ¿Qué ocurriría con ella? ¿Se quedaría sin prometido y sin su más reciente vicio que era Randalf?

—Esto es una pesadilla —habló Spencer. Su hermana no estaba comprometida con ese señor que estaba ahí.

—¿Te puedo decir qué más es una pesadilla? —pronunció Eugenia que no despegaba sus ojos de Randalf.

—No quiero escucharlo, sé que no es tu prometido.

—Pero es el ladrón con el que tuve el desliz en Gloucestershire y no está feliz de verme porque piensa que le quise ver la cara al estar comprometida cuando él me dijo que huyéramos juntos. ¡Lo hubiera hecho!

—Aquí existe un compromiso y el marqués de turno debe responder. Si uno escogió y el otro se casará, mejor. Es el que te agrada. Pon empeño en que salgan bien las cosas.

—¿Qué parte de que no está feliz conmigo, no entiendes? Es como que lo engañara a él con él. ¿Por qué soy tan infortunada?

—Por coqueta e insensata. Nadie te enseñó a ser de esa manera, pero tú, y tus ánimos independentistas... Bazofias.

—Considero que no es momento para discutir entre nosotros, estamos del mismo lado. Deberías conversar con el nuevo marqués, Spencer, para saber cómo quedará la situación con Eugenia. Si este hombre la rechaza, las cosas se complicarán para ella y podría hasta quedarse soltera —intervino Victoria.

—¿Soltera y viviendo con nosotros? Primero me arrojaré al Támesis antes de que eso ocurra. Eugenia se casa porque se casa, todas sus hermanas lo hicieron, ella no será la excepción. Moveré cielo y tierra y haré valer la palabra del antiguo marqués.

La mente de Eugenia era un cúmulo de dudas. Ya no sabía qué esperar. Randalf le había dado una sorpresa que no hubiera imaginado, ya que ella lo asociaba con la familia que había mencionado Albert cuando le preguntó tiempo atrás. Ya no estaba tan segura de que Randalf quisiera algo de verdad. Él sí podía llegar a ser vengativo, y sabiendo esto último, le preocupaba el destino que había tenido su verdadero prometido.

Capítulo 32

Randalf disfrutaba de la atención que recibía por parte de las demás personas y más aún de Eugenia, que no apartaba la vista de él. Ella ya había descubierto que el asunto entre ellos no sería fácil y que su futuro pendía de un hilo al saber cómo era en realidad.

Cuando la atención mermó un poco más y las personas comenzaban a murmurar en las tertulias que armaban, Randalf decidió prestarle atención a Eugenia, ya que ella estaba en boca de todos porque era la prometida de quien había estado en su lugar por un tiempo. Querían saber, al igual que él, qué pasaría con ella. Era la oportunidad perfecta para torturarla o quizá, morir torturado por ella.

—Iré a conversar con Eugenia, madre. Es tiempo de bailar —dijo Randalf.

La marquesa estaba preocupada por su hijo. Su ímpetu de venganza se encontraba presente en todo lo que hacía. Ella lo soportaba por cariño, pero no porque lo apoyara. De esa manera, al menos intentaba retrasar cualquier daño que pudiera hacerle a Henry, ya que suponía que Randalf no podría abandonar a la joven con la que estaba comprometido y no solo por compromiso, sino también porque se había dado cuenta de que dentro de su corazón no podría hacerle daño, por más que su boca dijera que lo haría. Al menos era más entusiasta por ese matrimonio que el mismo Henry.

Al ver que Randalf se acercaba a ella, Eugenia decidió que buscaría el refugio más cercano: su hermano. No le tenía miedo, mas quería que él supiera que no estaba sola.

—Buenas noches, Eugenia. Creo que ahora sí te concederé lo que me has pedido —habló Randalf, ignorando que ella no se encontraba sola.

Spencer miró a su hermana y quería saber qué demonios le había pedido a él y por qué razón la llamaba por su nombre.

—Disculpe, marqués de Lorne, ella viene con nosotros —alegó Spencer.

La mirada de Randalf se dirigió al hombre alto y rubio que estaba al lado de ella. Era evidente que se trataba de su hermano por el terrible parecido que tenían.

—Perdón por mi desatención. Supongo que Eugenia sigue castigada —mencionó como si supiera lo que estaba diciendo.

—Es probable que sí. Si es posible, quisiera que mañana me visitara.

—Usted me visitará en casa. Son ustedes los interesados en que Eugenia no quede en mala posición, ya que tampoco me produce satisfacción tenerla como mi prometida.

Eugenia escuchó aquello con atención y comenzó a evaluar la situación. Randalf empezaba a poner en marcha su pequeña maldad y ella estaba en la posición de víctima total.

—¿Qué le has pedido al caballero? —cuestionó Spencer, molesto, por el trato grosero que recibía por parte del marqués.

—Un baile, es todo.

—Pues a quien no le complazca tu presencia, no tiene razones para desear conceder nada. Eso significa, su señoría, que no debe tomar en cuenta el pedido de Eugenia, que consideró que conversaba con otra persona.

—Su hermana carece de la bien llamada vergüenza, no le importa mucho eso cuando se trata de divertirse. Insisto, puedo hacer un sacrificio para hacerla feliz y saber si quiero conservarla —replicó burlón. Molestaría a todos ahí. Su objetivo en ese instante era incomodarlos.

—Su señoría quiere jugar, Spencer. Deja que juegue con él —pidió Eugenia, ofendida por la actitud que estaba tomando Randalf. Estaba siendo irrespetuoso con su hermano y eso era algo que ella no podía permitir.

Ella colocó su mano sobre el pecho de Spencer para convencerlo de que dejara ese momento en sus manos, del resto podría encargarse él.

El marqués extendió su mano para que Eugenia se dejara llevar por él ante la mirada de Spencer que, gracias a las malas formas de ese hombre, decidió que no quería que Eugenia se casara con él. Con el otro caballero, sabía que Eugenia sería quien dominaría, pero por el bien de ambos, en cambio, con este nuevo, no alcanzaba a dimensionar el problema. Su hermana tendría que ser sincera para poder protegerla.

—Ya no está tan feliz de verme, ¿no es así? Le dije que tuviera cuidado con su trato hacia mí. No la he vuelto a notar tan valiente como antes... —musitó burlándose de ella.

—Usted ha sido grosero con mi hermano y eso no es tolerable, Randalf. No crea que me tiene en sus manos porque le he dicho que me agradaba antes, cuando era un ladronzuelo que me contaba sus ideales.

—Nunca fueron ideales, Eugenia. Eran realidades. Henry es el hijo de quien me arrojó al barco. Lamento que se muriera tiempo atrás, ya que quería llegar aquí y echar todo su teatro en su cabeza y enviarlo a Newgate. Sin embargo, la vida lo recompensó con la muerte, dejando a mi primo como su heredero, alguien que no hizo nada para salvarme por ambición.

—Su primo era tan joven como usted, ¿qué pensaba que haría? ¿Sabe los miedos que pudiera tener él?

—¿Por qué todos se preocupan por él? ¿Usted también lo defiende? ¿Está enamorada de él? Porque de ser así, puede ir a compartir su miseria a su lado.

—¿Y qué le importa a usted si estoy enamorada o no de él? Considero que merece mi corazón por ser tan amable conmigo y con mi familia y haber cedido ante mi pedido de comprometerlos. Randalf, soy una persona que toma iniciativas, no espera.

—No quiero oír tanta palabrería, responda, ¿está enamorada de él? Si su respuesta es sí, la liberaré de este compromiso y podrá ir corriendo a sus brazos... ¿Piensa que le diré eso? ¡Ja! No me haga reír, si él la ama, y usted también, la mejor venganza es que se case conmigo para que los dos sufran.

—¿Cuál es su empeño en querer que sufra? ¿Acaso todos tenemos que sufrir porque usted lo ha hecho? Supérela y disfrute de su momento de gloria regresando a su casa y no se desperdicie en odios y celos innecesarios. Cuesta entender eso, pero una vez que lo logre, será feliz.

Una carcajada burlona se escapó de entre los labios de Randalf y miró a Eugenia.

—¿Odios y celos innecesarios? Usted no está en mis zapatos. Nada es innecesario. Apenas estoy recuperando parte de lo que me pertenece, porque sepa que, al llegar aquí, tuve que enfrentar la cruda realidad de una madre que amaba más a un sobrino que a su propio hijo y saber que ese mismo ser despreciable estaba comprometido con la única mujer que me interesaba tampoco fue agradable. Él tenía todo lo que yo anhelaba.

—Pues ya tiene su título, su dinero, a su madre y a mí. ¿No basta con eso?

—No, Henry debe pasar hambre, miseria y torturas para que yo esté tranquilo.

—No le haga eso a él. Es una buena persona, lo sé. Me ha ofrecido su amistad, ha sido gracioso y muy condescendiente.

—¿Sabe la razón por la que dudo de usted y de sostener este compromiso? Porque no es de confianza. Engañó a Henry conmigo y puede ser capaz de engañarme con él. Eso habla mucho

de su moral.

—Es mejor que conversemos en otro lugar sobre mi moral y la suya para definir cuál es más cuestionable.

Randalf prefería hablar con ella que bailar. Discutir con Eugenia podría ser una forma de deshacerse de sus demonios para poder estar en paz. Pensó que, llegando a Londres, recuperando todo y estar cerca de su madre sería feliz; sin embargo, lo último que lograba era eso. No se sentía conforme por más que debiera estarlo.

La llevó hasta el jardín. Nadie diría demasiado de ellos, ya que estaban comprometidos y no sería un escándalo si los veían conversando.

—Si me aventuré con usted, Randalf, fue porque me agradó, sentí que era lo que esperaba, la persona desafiante con la que soñaba tener debates de cualquier tipo. Lo último que deseo es la tranquilidad como si fuera una anciana esperando la muerte. Eso era con exactitud lo que recibiría de su primo. Yo lo escogí como mi futuro esposo y no fue por su carisma, sino por su título y lo que me ofrecería. No hay amor de por medio, solo busqué a alguien que me diera notoriedad y dinero. Mi contraprestación sería una gran dote, contactos y herederos para el título. Era un matrimonio conveniente.

—Eso no la perdona por traicionar a alguien. La lealtad es más importante que la conveniencia. No es de fiar siendo tan pícara y de falda ligera.

—¿Insinúa que soy una mujer de mala vida solo por besarlo?

—Sí, por dejarse besar por un delincuente.

Eugenia le dio una sonora bofetada.

—Supongo que con eso se le colocarán bien los dientes para que respete a las damas. Si no le agrado en mi manera de ser picaresca, rompa el compromiso, pero no intente humillarme con su falta de educación. Será el marqués de lo que se le venga en gana, pero no es más que un delincuente resentido con la vida.

Ante esas palabras, Randalf la cogió de sus antebrazos y los apretó con fuerza para acercarla a su cuerpo.

—Nunca lo comprenderá, criatura grosera y caprichosa. Usted es más resentida que yo, ya que es celosa, envidiosa y codiciosa con respeto a su hermano. Nunca la querrá como espera.

—No me importa, sé que me ama a su manera y no quería verlo, pero al fin lo hice. Usted leyó mis anotaciones pasadas, no puede hacer nada con eso, mi pasado me afectará solo si yo le doy el poder de hacerlo. En cambio, usted es pasible de ser juzgado por su presente y compadecido por su pasado. ¿Dónde está el niño que perdió todo y quería regresar con su madre? No es más que un joven enfadado, vulgar, odioso y resentido.

—Nunca fui de otra manera, le he gustado así, Eugenia. ¿O acaso olvidó que rogó por mis besos?

—No sé en qué estaba pensando cuando se lo pedí.

—Creyó que era un atractivo y joven ladronzuelo que mentía, al que la gran hermana menor de lord Nottingham podría jugar y manipular a su antojo. Usa el nombre de toda su familia para obtener lo que quiere, pero conmigo no podrá. Y cabe destacar, que puedo hacerle recordar lo que le atrajo de mí.

Él se abalanzó sobre los labios de ella, luchando en contra de su rechazo hacia Eugenia y sus sentimientos. Estaba llevando la situación a un extremo en el que quizá no hubiera retorno.

Pese a que ella rechazaba aquel beso, al final cedió a lo que su cuerpo le pedía. Lo había anhelado durante días, aunque saberlo su prometido no la consolaba ni le daba esperanzas de

algo más. Randalf estaba cambiado por el poder que tenía. Poder y venganza no eran buenas para alguien que careció de eso. Era como una navaja en las manos de un mono o un bebé en brazos de un niño, algo totalmente peligroso. Bien decían que no había nada peor que un amo que fue esclavo.

Los dos se rendían ante el beso que era capaz de apaciguar sus caldeados ánimos. Se ofendían sin descanso, aunque lo que deseaban era deshacerse en los brazos del otro, puesto que los dos se habían enamorado sin darse cuenta y no lo admitían, preferían sacarse los ojos antes que hacerlo.

—Las cosas no mejorarán entre nosotros, Eugenia —declaró Randalf.

—No lo harán porque usted prefiere la guerra y no la paz que le ofrece el futuro. Si tiene todo lo que quiere, prefiere perder parte de eso.

—No la voy a perder, ya que me conviene casarme con usted para hacerle mal a Henry.

—¿Y dónde queda usted? Piensa que haciéndome infeliz, él será infeliz... ¿No entiende que era un matrimonio por conveniencia?

—Puede que usted no lo quiera, pero él sí. Preocúpese por su futuro y no por el mío. Estaremos juntos como yo deseaba cuando le pedí que huyéramos y se negó.

—No puede ser más resentido... —afirmó.

—Fue su error mentir.

—Usted también me mintió con su apellido. Creí que su familia era otra que estaba quebrada. Estuve indagando. Si me hubiera dado los datos correctos o al menos el título de su familia, nos hubiéramos evitado todos estos problemas.

—Menos mal que no se lo dije, porque hubiera sido la primera en traicionarme.

—¡Eugenia! —espetó Spencer que buscó a su hermana en el salón, pero no la encontró—. Un minuto de confianza y te encuentro en un jardín. ¡Qué hablamos del jardín!

—Es mi prometido, Spencer.

—Eso lo veremos. Vámonos de aquí. Y usted, señoría, me tendrá mañana en su puerta.

Capítulo 33

Spencer cogió a su hermana del brazo y se la llevó casi a rastras.

—No puedo creerlo, Eugenia —masculló enfadado.

—Considero que el menor defecto de ese hombre es haber sido un delincuente. Por ningún motivo alguien que te agarra de esa manera puede ser un caballero —comentó Victoria.

—¿Que me agarré cómo Randalf o cómo Spencer? Porque no considero que sea caballeroso de parte de nadie, arrebatarme de esa manera de la compañía de mi prometido.

—¿Cuál prometido? Ese no lo será ni si vuelve a nacer —gruñó Spencer.

—¿Piensas separarme de él?

—No, él te dejará libre. ¿No entiendes que no está feliz contigo?

—Él necesita un poco más de tiempo conmigo...

—¿Para convencerse de qué? ¿De dejarte o de ahorcarte?

—¿No has considerado que pueda adorarme?

—¡No! —expresaron su hermano y su cuñada.

Definitivamente, Randalf no tenía la aprobación familiar del miembro más importante, por ende, no tendría el del resto.

—¿Qué te ha dicho ese maldito crápula? —increpó lord Nottingham.

—Pues que me haría sufrir. Le gusta odiar a las personas y a mí por haberle ocultado que estaba comprometida. Él está enamorado de mí.

—Sí, y tú de él, no me hagas reír... Sube al carruaje —mandó Spencer.

—En efecto. Solo debe abrir los ojos, dejar de creer que soy coqueta y perdonarme para empezar de nuevo, pero que siga creyendo que le pediré perdón por algo. Él también me ha mentado con lo de su apellido. Nos hubiéramos ahorrado todo este asunto si él hablaba con la verdad de su familia y no desconfiara de todos. Yo creí en su historia, pero algo me hacía dudar y era la idiosincrasia de que nunca tendría la suerte de encontrar un esposo de una manera excepcional, como mis hermanas. Al final cualquiera diría que lo rechacé por su pobreza, aunque no está fuera de ser real. Le tengo miedo como me han enseñado a temerle a eso, es mi educación.

—Lo lamento, Eugenia, pero si no existe un cambio verdadero en ese caballero cuando yo lo visite mañana, este compromiso se romperá. Es un día clave, que si no resulta como espero, te llevaré a otro país.

—Pero yo quiero estar con él, Spencer.

—¿Con alguien que hoy te odia y quizá mañana te haga cosas peores y yo no pueda intervenir porque será tu dueño? Lo siento, pero eso no ocurrirá. Antes que mi reputación estés tú y tu seguridad no se negocia. Puedes enamorarte de otros hombres que parezcan buenos y lo sean.

—Él no me dejará ir. Me confirmó que no romperá el compromiso y tampoco quiero que lo haga. Deseo convencerlo de que deje de lado el odio y continúe adelante. Está cegado por el sufrimiento del pasado.

—No te meterás en cosas que no te corresponden. Deja que mate a su primo y a toda su familia si así lo quiere, pero tú no serás un cadáver de su colección, fin.

Los tres se dirigieron a la residencia de lord Nottingham, mientras él no paraba de despotricar

contra Randalf. Se había ganado su rechazo a pulso y no le importaban los pensamientos y sentimientos de Eugenia, pues quería preocuparse por su seguridad y no por el dinero. Prefería a una hermana soltera y quizá con amantes que muerta y con los gusanos devorando su cuerpo por culpa de una mala elección y de que él no hiciera nada para impedirlo.

A Spencer no había alma que lo tranquilizara; sin embargo, Eugenia vivía en una burbuja de enamoramiento una vez más. Las amenazas de Randalf parecían no tener efecto en ella. Se acariciaba los labios como si él le hubiera dicho palabras románticas antes de besarla, aunque todo estaba muy lejos de ser así. En parte le lastimaba lo que le había dicho y por otro comprendía su dolor, por más que a estas alturas lo veía como absurdo después de haber conseguido lo que esperaba. ¿Por qué no disfrutar de lo que tanto anhelaba? Eso le costaba comprender sobre el comportamiento de Randalf. Eran tan parecidos, pero en eso eran distintos, pese a sus diferencias entre sus hermanos, ella intentaba disfrutar la vida al lado de ellos al máximo, mas otra vez llegaban al mismo punto: ninguno de sus parientes le había hecho un daño real como él sí lo había sufrido.

No tenía forma de consolarse, ni consolar a Randalf, ya que él no estaba interesado en escuchar nada que no lo complaciera, era como una criatura caprichosa que esperaba que se cumplieran todos sus deseos, esos que por quince años le fueron negados.

Pese a los defectos que pudiera tener Randalf, ella prefería estar a su lado que con cualquier otro. Presentía que cambiaría, tal y como ella lo estaba haciendo. Sentía que haberlo conocido, le aportó algo a su existencia, alguien a quien querer, ayudar y consolar, los tiempos de ser la joven rebelde y caprichosa habían pasado y llegaba a la etapa en la que sus hermanas estaban, que era la del matrimonio, convivir con los defectos y virtudes de otras personas, aprender sobre lealtad y amor. Tal vez Randalf tuviera razón al creerla desleal con su prometido, ya que la falta de amor no debería ser una razón para un amante.

Por dentro ella se juzgaba y concluía que en cualquier momento lo hubiera buscado para volver a verlo y si no lo encontraba se casaría con su prometido. El destino le jugaba sucio, Randalf jugaba con dureza y ella se pasaba esquivando los obstáculos. Eugenia también se pondría a jugar de manera definitiva. Dependía de lo que conversara Spencer, porque él no quería que se casara con Randalf por una primera mala impresión y Randalf se había esforzado para que fuera la peor de todas, sin darse cuenta de que su hermano era una persona impulsiva que amaba a sus hermanas y que cortaría cabezas por ellas.

Las palabras que le había dicho Spencer antes la habían llenado de orgullo, ahí ella comprendió que también la quería como al resto y la cuidaba. No importaban sus maldades, su amor era incondicional.

Spencer no había cerrado los ojos toda la noche. Se paseó por la habitación, preocupado, por el futuro de Eugenia y más porque él sospechaba que ella estaba enamorada de ese hombre que no parecía ser alguien cuya compasión fuera su mejor virtud. Siempre se había enfocado en darle a cada uno de sus cuñados la oportunidad para resarcir cualquier error que tuvieran, pero el marqués de Lorne no le inspiraba lo suficiente para tener ese privilegio. No lo quería cerca de su hermana y menos después de ver cómo la había cogido con violencia. Era inadecuado socialmente, con una gran falta de empatía y mucha prepotencia.

Sin haber dormido de manera decente, Spencer partió rumbo a la residencia de Randalf. No importaba si era inoportuno, tampoco volvió a conversar con Eugenia sobre sus deseos, pues no esperaba menos de ella y le diría que quería sufrir al lado de él; una verdadera locura que no permitiría.

Cuando llegó a la residencia del marqués, quien lo recibió había sido la madre de este.

—Lord Nottingham, bienvenido a esta casa —saludó la mujer.

—Gracias, su señoría, siempre es un placer verla —correspondió cogiendo su mano para dejarle un beso al dorso.

—Lamento la situación por la que estamos pasando todos, milord. Me produce mucha felicidad tener a mi hijo de vuelta conmigo después de creerlo muerto por tantos años. No obstante, su sed de odio hacia Henry no tiene límites en este momento. Debe estar buscando el coraje suficiente para hacer algo malo. Su hermana está en medio de esta lucha. Sé que Randalf está enamorado de milady, pero tampoco es bueno que permanezca a su lado. Tiene ideas equivocadas sobre ella y Henry.

—Lo que usted me dice solo hace que afiance mi decisión de alejar a Eugenia de su hijo. Sé que ella también tiene sentimientos por él, pero por sobre cualquier cosa está la seguridad de mi familia.

—Me duele que mi hijo no prefiera vivir tranquilo. Hay cosas que no puede cambiar ni recuperar. El resentimiento, lo único que hará es alejarlo de lo importante.

—Buen día, lord Nottingham —habló Randalf que se presentó en el salón—. Mi madre es muy amable al recibirlo.

Él le dio un beso en la frente a su madre y después hizo un saludo para Spencer.

—Me gustaría saludarlo con el mismo ánimo; sin embargo, mi sinceridad me lo impediría —replicó Spencer.

—Está bien, lord Nottingham. Dígame, en qué puedo servirle.

—Quiero saber si usted cambiará su forma de ser con Eugenia. Anoche quedé muy impresionado con su poca gracia y caballerosidad con una dama.

—Si hubiera educado bien a su hermana, las cosas serían distintas. Es atrevida y coqueta.

—Ella es encantadora, si usted no ha sido capaz de resistirse a su encanto no es culpa de Eugenia. Ni siquiera intente hablar mal de mi hermana, porque mi decisión de alejarla de su presencia será más segura.

—Usted no alejará a Eugenia de mí, no romperé el compromiso y es todo lo que tengo que decir para usted. Tampoco dejaré que se case con otro, ella es mía.

—No es de su propiedad, no están casados.

—Puedo convencerla de irnos lejos para casarnos. No dude que como Eugenia tiene sus encantos, yo tengo los míos.

—¡No se atreva a seducir a mi hermana!

—Lord Nottingham, estoy segura de que Randalf no está pensando bien las cosas. Perdónelo —rogó la marquesa viuda.

—El compromiso está roto y es mi última palabra. Eugenia se comprometió con un caballero distinto y usted no cumple con mis requerimientos para ser esposo de mi hermana.

—Eso lo veremos, lord Nottingham, ella está comprometida con el marqués de Lorne, con el portador del título hoy. ¿Acaso comprometería a su hermana con alguien que pronto vivirá de la generosidad de mi madre?

—Estoy seguro de que él la merece más que usted por más miserable que sea. Si Eugenia pide casarse con el señor Beaumont, puede hacerlo.

—Sobre mi cadáver o el de Henry. Él no volverá a quitarme nada y eso incluye a su hermana.

—Si usted amara con sinceridad a Eugenia y no solo quisiera utilizarla como una herramienta para causar daño, la dejaría que se casara, pero eso no es así, por lo que no puedo dejar que se

casen. Es mi última palabra y no pienso escuchar algo más, mi decisión está tomada. Adiós.

Spencer no se quedó a escuchar una respuesta más de Randalf. Había decidido que su hermana sería apartada de ese hombre que solo quería hacerle daño. Si tuviera sentimientos por ella, no eran suficientes para que Eugenia fuera feliz.

—¿En qué pensabas al decirle eso a lord Nottingham? Eres poco inteligente, Randalf —acusó su madre—. Te arrepentirás de lo que haces cuando la pierdas.

—Usted estaba conspirando en mi contra, ¿cree que no la escuché? Todo por salvar a Henry, todo por el queridísimo Henry —escupió.

—Vives envenenado contra él cuando tu primo está continuando con su vida, tú sigues estancado como si fuera que no conseguiste lo que esperabas. La venganza te está haciendo más daño a ti de lo que puede hacerle a él.

—No viviré tranquilo.

—Lo que debes hacer es casarte y engendrar un heredero. De esa manera él ya no será un problema para ti, ni te sucederá si algo llegara a ocurrirte. Si esos son tus temores, tienes la solución en tus manos, pero la estás dejando ir.

Randalf tenía todo lo que podía desear; sin embargo, no era feliz. En su pecho sentía que el odio lo embargaba y lo cegaba. Por supuesto que quería quedarse junto a Eugenia y tal vez algún día perdonar a Henry; sin embargo, los pensamientos intrusivos de venganza eran muy fuertes, haciéndole tener problemas no solo con su madre, Eugenia, Henry y lord Nottingham, sino también con el mismo Tom, quien estaba en desacuerdo con sus pensamientos y acciones. Estaba sufriendo por su pasado y no lograba ver la luz del futuro a causa de vivir de rencores pasados que no lo dejaban tener una vida plena y feliz.

Capítulo 34

Eugenia esperaba el regreso de su hermano desde la galería familiar. Suspiraba al ver la primera pintura que se hicieron como la familia Fane. Spencer debió tener veintiocho años. Lo notaba más envejecido, aunque la diferencia la notaba en sus cinco hermanas. Kitty era la mayor de ellas en el instante en que se pintó, aquella tenía alrededor de trece años. Los años habían pasado haciendo desaparecer la imagen de todos ellos que no se llevaban bien en ese entonces.

La galería quedaba cada vez más pequeña, las pinturas de los nuevos miembros que habían conquistado el buen ánimo de Spencer comenzaban a llenar los espacios vacíos, el último que había entrado fue Harper. Él y Rose se veían tan bien y tan enamorados que ella no quería descompaginar con lo que habían logrado sus hermanas.

Lamentaba tener mala suerte, al menos la mala fortuna de haberse enamorado de Randalf al ser él tan vengativo, no se detenía a ver a su alrededor, mas ella no se rendiría, si quería salvarlo debía ponerlo en la peor de las situaciones.

—¡Su hermano ha vuelto! —exclamó Helen que iba corriendo por el largo pasillo de la galería hasta llegar a ella—. Venga, milady, debemos saber qué ha conversado su hermano con el ladronzuelo. Creo que no han hablado demasiado, ya que lord Nottingham ha vuelto rápido y con mala cara.

—¿Crees que fracasaré, Helen? Mira a todos en estas paredes. Son felices, mientras yo estoy luchando de manera absurda. Lo tenía todo calculado al comenzar, pero apareció él para cambiarlo todo. No sé si alguna vez mi hermano colgará una pintura con mi rostro aquí siendo feliz como mis hermanas.

—¿Sabe algo? Yo creo que usted triunfará. Solo no debe ponerse a disposición del ladronzuelo. Sé que le ha robado el corazón, pero eso no significa que pueda robarle la paz. Él sabe que la tiene en sus manos, actúa de manera desesperada, lo que debe hacer es...

—¿Qué? —interrumpió Eugenia.

—Ser la hermana de lord Nottingham, la que jamás perderá y si llegara a perder, sería como si hubiera ganado. Use su encanto Fane.

—Ese encanto que todos odian...

—El que todos aman. Ellos no quieren a una lady Eugenia Fane mansa, conciliadora y dependiente. Vaya y tome a ese marqués de las greñas y póngalo en su sitio. Que sienta que no la tiene, que la perderá de forma irremediable.

—¿Y si lo pierdo por hacerlo?

—Siempre hay otros matrimonios por conveniencia que su hermano puede orquestar. Que se rompa este compromiso es casi entendible por el mismo cambio de marqués, la sociedad no lo juzgará.

—Spencer estaba dispuesto a romper este compromiso y si llegó con mala cara solo puedo deducir que se enfrentó a Randalf y decidió hacer su voluntad sin nada más que decir... Como siempre.

—Vaya y escuche lo que tenga que decir.

—¡Eugenia! —la llamó su hermano que entró a la galería.

Helen hizo una reverencia al conde y se retiró para dejarlos solos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó deseosa por saber.

—Tu compromiso está roto. Te irás a la propiedad de Clifford y Fanny. Ellos serán el mejor refugio hasta que pase la tormenta.

—¿Irme? ¿Por qué?

—Porque desconfío de ese hombre. Yo mismo me encargaré de llevarte ahí. Lastimosamente, sé que lo quieres, pero él no te aprecia lo suficiente, Eugenia. Supongo que esperas apoyo de mi parte, y este es el mejor que puedo darte ahora. Eres mi hermana y prefiero tu seguridad a tener que lamentar una vida miserable para ti. Todavía puedo luchar por ti. Tengo que confesar que tu gato está con Albert, jamás lo dejaría en la calle, yo te lo di para que fueras feliz y no te sintieras sola. Te castigué con su ausencia, pero irá contigo si lo deseas.

Eugenia sonrió con lágrimas en los ojos. Eso era lo que esperaba de su hermano. Su cariño por ella no era un sueño, era real. Había llegado el momento de vivirlo a pleno. Se acercó y lo abrazó con fuerza. Sollozó por la emoción de saberse querida y tenida en cuenta.

—No llores, Eugenia, no eres tú cuando lo haces. Mi hermana, Eugenia, es una mujer dura de roer, contestona e independiente —alegó correspondiendo a su abrazo. No quería que ella lo viera sufriendo de esa manera por su felicidad.

—Déjame disfrutar de mi momento, pero debes darme a mi gato Clauss, él se enfadará contigo. No dudo que esté en buenas manos. Gracias por ser el mejor hermano que cualquiera puede tener.

—Soy el peor, te he atado con Rose...

—Me hacía falta para querer a mi hermana.

—Lamento lo de tu compromiso, pero es mi deber hacer lo correcto. Si no cambia, no podrá tenerte. Eres una joya, la más valiosa.

—Lo sé...

Por un lado, Eugenia se sentía plena y por el otro, confiada de que había encontrado la solución a sus problemas. Tenía el apoyo de su familia y una oportunidad para cambiar las cosas para siempre.

Después de conversar con su hermano y sentir que conciliaba años de incomprensión, fue a su habitación y cogió el anillo de la marquesa de Lorne.

A su alrededor, los criados buscaban sus baúles para cargarlos y por partir temprano en compañía de Spencer, que estaba convencido de hacer lo correcto. Su preocupación por ella resultaba ser un bálsamo para Eugenia.

Haría su última diablura, el último intento por lograr un matrimonio por amor. Si no lo lograba, al menos se sentiría bien al saber que puso todo de sí por lograrlo. El fracaso no sería de ella, sino de quien prefirió el odio antes que al amor.

Eugenia no podía creer lo mucho que había crecido en ese corto tiempo. Semanas atrás estaba segura de casarse por conveniencia con el mejor partido de Londres; sin embargo, todo se vino abajo por un asalto que le hizo ver que existía alguien que era igual a ella, pero que necesitaba un poco de ayuda de la que él carecía: una familia como la que ella tenía. Spencer le había dado la respuesta para salvar a Randalf.

Cuando cayó la noche sobre Londres, Eugenia estaba dispuesta a hacer lo que fuera por salir después de la cena. Sin embargo, tenía miedo de que su último esfuerzo se viera ensombrecido por Spencer y sus malos hábitos nocturnos al estar preocupado. Necesitaba un cómplice con poder en esa casa y no sabía a quién lamerle la bota para conseguir un caballo para ir y poner su último esfuerzo por Randalf.

Mientras pensaba, vio a su cuñada que le daba un beso en la frente a Philip y después le

acariciaba los cabellos. En ese instante, decidió que ella sería la persona más idónea para tenderle la mano.

Victoria dejó ir a su hijo a la habitación para que descansara y después miró a su cuñada. Se acercó, la cogió del brazo y la llevó a sus aposentos para que descansara.

—¿Cómo te sientes? Sé que quizá la decisión de Spencer sea capaz de lastimarte —habló Victoria.

—No, me ha dado esperanza. Pasa, por favor —pidió para poder conversar con su cuñada—. Victoria, quiero pedirte un favor.

—No puedo hacerte ningún favor y lo sabes. Tu hermano me matará.

—¿Matarte a ti? Si él no sería capaz de respirar sin ti, Victoria. Necesito de tu poder de condesa.

—Eso no podrá ser, no puedo ir contra tu hermano.

—Te hablo de mujer enamorada a mujer enamorada. ¿No harías lo que fuera para salvar a Spencer?

—Por supuesto que sí.

—Cuando lord Sharp te encerró en la casa, ¿cómo te sentiste? Quiso alejarte del hombre al que amabas y con quien te besabas en la biblioteca. Hay costumbres que no se pierden, pero eso no es lo que nos compete hoy. Spencer no es alguien que quiere hacerme daño y comprendo su espíritu protector...

—Pero...

—Pero yo necesito ponerme en peligro por esta noche para devolverle el anillo a Randalf. Antes de juzgarme, te pido que pienses como yo, que te pongas en mis zapatos. Quiero intentarlo por última vez, lo amo, Victoria, te lo pido...

—Tu hermano me castigará.

—¿Y qué castigo puede ser ese? ¿Dejarte sin sus deliciosos besos tres días? Él morirá primero, Victoria. Él es tuyo, lo tienes dominado, a tu lado esa fiera es un gatito. Te necesito ahora, es mi oportunidad de dejar a Randalf en la cuerda floja, que sepa que me pierde en verdad.

—Es muy arriesgado.

—Por favor, Victoria...

—No me pongas en esta posición.

—Si tienes miedo de que me pase algo, Helen puede acompañarme. Tú no podrás hacerlo, porque Spencer tiene las garras gigantes y te buscará por toda la cama.

—Con Helen y alguien más.

—Calvin no puede ser porque él es fiel servidor de Spencer, apenas consiga subir al carruaje, me delatará y las dos seremos castigadas.

—Nos puedes meter en un gran problema, Eugenia.

—Prometo que todo saldrá bien, por si acaso llevaré un arma.

—Eso me hace sentir más segura. No puedo creer que me convenzas de algo así, siendo que yo misma no apoyo a ese hombre. Es repugnante.

—No es el más amable y tierno, pero es lo que yo deseo a mi lado.

Las dos acordaron que cuando Victoria se encerrara con Spencer, Eugenia saldría en compañía de Helen para dar el último paso, el definitivo hacia un matrimonio por amor o la soltería.

Victoria cerró la puerta con llave y tenía como misión entretener a su esposo toda la noche.

—No quiero que lord Nottingham me despida. Me gusta trabajar aquí —lamentó Helen que

acompañaba a Eugenia en el carruaje.

—No seas llorona, tendrás el cotilleo de primera mano —masculló Eugenia.

—Pero ¿y si me toca llevarle su cuerpo a su hermano? Si la matan la dejaré ahí y huiré de Inglaterra.

—Tu fidelidad me sorprende, pero tú poca fe me deja atónita. Solo vine a devolver un anillo y a conversar como si fuera que esto es un monólogo. No oíré una sola palabra de Randalf.

Al llegar frente a la residencia, las dos golpearon. No era muy decente que una dama soltera visitara a un hombre soltero, pero tampoco le importaba mucho.

Dentro de la casa, Jacob caminaba hacia la puerta para abrirla, mientras que Randalf y Thomas bebían un poco de whisky jugando una partida de cartas. Los dos tenían excéntricos cigarros en sus bocas, mientras disfrutaban de la amistad que los unía, Randalf quería dejar de pensar en sus penurias y darse un escape. La marquesa se había retirado a dormir.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el mayordomo al ver a una dama elegante junto a una doncella de pie frente a la puerta.

—¿Podría conversar con su señoría? —replicó Eugenia.

—Con gusto su señoría la recibirá mañana. La marquesa no permite la visita de mujeres solteras a esta hora.

—¿Sabe con quién está hablando? Soy la prometida del rufián que se hace llamar Randalf. Déjeme pasar si no quiere un escándalo aquí —amenazó la joven.

Jacob no podía dejar ahí a la mujer, pero tampoco la podía hacer pasar a la residencia por orden superior, mas ella era la prometida del dueño de la casa y se ajustaba al estilo salvaje que tenía el marqués.

—Pase, la anunciaré.

Eugenia sonrió y miró a Helen que estaba muy asustada mirando de un lugar al otro.

Entraron a la residencia y se fijaron en la belleza que las rodeaba.

El mayordomo encabezaba la comitiva que iba al salón. Jacob se colocó junto a Randalf para hablarle.

—Su señoría... —habló Jacob, aunque el primero en darse cuenta de que no estaban solos fue Tom que vio a Eugenia y a su doncella, pese a no saber quién era.

—Tienes visita, Randalf —dijo Thomas.

Randalf dio vuelta su cabeza y miró hacia el mismo lugar que lo hacía Thomas.

Los dos se levantaron con presteza y Jacob se hizo a un lado.

—Su señoría, he venido por un asunto importante.

—Retírense, quiero hablar a solas con ella —mandó Randalf.

—Helen... —pidió Eugenia para que fuera en compañía de los demás.

Él rodeó a Eugenia antes de conversar. Percibía su delicioso aroma y suponía que ella había ido a pedirle que recapacitara sobre el compromiso que su hermano rompió.

—Supongo que viene a pedir que me porte bien para que su hermano cambie de parecer, pero no lo haré. Veremos si cumple con romper lo que tenemos.

Ella se colocó frente a él, impidiéndole que siguiera dando vueltas a su alrededor.

—Se equivoca, su señoría. Aquí tiene su anillo. He considerado que prefiero casarme con otro caballero antes que hacerlo con usted. Mañana me iré de Londres y no volverá a saber de mí, pero yo no olvidaré que lo he conocido como un alma lastimada. Hoy conocí el verdadero consuelo y decidí venir no solo a darle su anillo, sino también a enseñarle el perdón. Eso lo dejará entender el actuar de los demás.

Los ojos de Randalf miraron el anillo que ella le devolvía. Lo que escuchaba le resultaba desagradable.

—¿Piensa que me conmovirá con tonterías? ¿Qué es lo que desea enseñarme? Piensa que es el mejor ejemplo de perdón.

—No, pero hoy me di cuenta de algo que alivió mi corazón de tanta soledad, miedo y celos.

—¿Y qué fue eso tan milagroso?

Ante la pregunta, ella decidió responder con un abrazo al pecho de Randalf.

—Es un abrazo de consuelo el que hace desaparecer la furia del corazón, que limpia el pecho del rencor. Hoy mi hermano me abrazó y me sentí amada, comprendida y cuidada. Quería mostrarle lo que me ha dado paz en este tiempo. Le deseo una vida plena para mirar al frente y nunca más atrás.

Él se había quedado tieso ante lo que ella había hecho. Jamás hubiera esperado eso. Esperaba artimañas dignas de Eugenia, alguna exigencia o un acto prepotente, pero jamás eso que estaba viviendo. Randalf colocó sus brazos alrededor de la espalda de ella y se dejó llevar. Era algo extraño, una paz casi inmediata que le había proporcionado la joven con aquel gesto.

Capítulo 35

Antes de ponerse a llorar por aquella despedida silenciosa, Eugenia se fue alejando de él con lentitud, hizo una reverencia para despedirse.

—Helen... —llamó a su doncella a la vez que ella se escapaba con rapidez. Dejó a Randalf ahí sin que se despidieran.

La doncella la siguió hasta salir de la casa.

Thomas y Jacob regresaron al salón y observaron a Randalf. Él primero tenía la vista fija en la puerta, aunque después la desvió y observó lo que tenía en su mano.

—¿Qué pasó con ella? —indagó Thomas.

—Me ha devuelto el anillo —respondió como si no lo creyera.

—Lo lamento, Randalf, pero era algo que esperabas después de que su hermano te dejara con las palabras en la boca.

—Me dijo que prefiere casarse con otro que conmigo y que se irá de Londres.

—Era lo que buscabas. Ahora podrás escoger a tu esposa, una mujer decente y que no esté vinculada con tu primo. Ella acabó con todo de una manera en la que no te ha dejado opciones.

Para Randalf el juego había terminado, la tristeza y la pesadez en el corazón lo embargaban. Eugenia lo había dejado para siempre, huyendo de su odio, dándole una cura que no había pedido. ¿Qué haría sin ella si la consideraba la mujer de su vida? ¿La perdería por culpa de sus malos sentimientos?

Eugenia y Helen regresaron con bien a la casa de Spencer. No sabría si resultaría lo que había hecho, quizá un abrazo no fuera para todos y él no lo tomara de una buena manera.

Por la mañana, ella se había puesto su vestido de viaje y fue al comedor para desayunar cuando escuchó un maullido en el salón.

—¿Clauss? —curioseó la joven y después lo distinguió. Corrió hacia él y lo tomó en brazos —. ¡Mi precioso gato Clauss! ¿Me has extrañado tanto como yo? Tengo mucho que contarte.

El pobre animal estaba enloquecido, pero por huir de las amorosas garras de su dueña. Tuvo que soltarlo antes de que la rebanara en pedazos. Después, ella siguió su camino para el desayuno. Su hermana Fanny y su cuñado Clifford se encontraban ahí sentados junto a Spencer, Victoria y Albert.

—Buen día a todos —saludó la joven.

—¿Cómo dormiste? —preguntó Fanny a Eugenia.

—Muy bien. Iré a la caza de mi cuñado misterioso favorito.

—¿Tienes otro misterioso favorito? —cuestionó Clifford.

—Tenía un cuñado poderoso favorito, pero él no quiere saber de mí por tantas diabluras y es comprensible. Algún día me abrirá las puertas de su casa y más ahora que estoy soltera y sin compromiso, esperando que un noble me busque al lomo de un caballo y me dé un anillo de compromiso de verdad.

—Eugenia, encontrarás algo mucho mejor que ese ladronzuelo —intentó consolarla su hermano.

—Tal vez encuentre a otro conde misterioso, sería bueno para mi fructífera imaginación.

Ella intentaba camuflar su tristeza, pero debía superar la situación y ponerse en manos de quienes sabían lo que hacían. En cualquier momento le presentarían a algún hijo de alguien y quizá fuera parecida a ella.

Al acabar el desayuno y al ver que todos sus baúles fueron llevados al carruaje, ella salió de la casa agarrada del brazo de Spencer. Aprovecharía su soltería y el tiempo para recuperar su tiempo perdido con su hermano.

Su hermana y su cuñado Clifford partían en su propio carruaje, Albert en el de él y Eugenia con Spencer. Irían en una larga caravana hasta la casa de Fanny.

Mientras iban de camino, Eugenia tenía un libro y su hermano otro, los dos iban en silencio, leyendo para matar el tiempo; sin embargo, oyeron unos disparos en el camino.

—Tranquila, he dejado todas tus joyas en casa —dijo su hermano que intentaba mirar por la ventanilla del carruaje—. Ni siquiera traje mi reloj favorito. Todos los caminos son peligrosos en Inglaterra.

—Al menos eres mejor compañía que la señorita Harting cuando asaltan.

—Tienes prohibido enamorarte de otro delincuente. Entregas lo poco que tienes y es todo.

La puerta del carruaje se abrió y tanto Eugenia como Spencer quedaron sorprendidos al ver a Randalf vestido con elegancia.

—¿Qué se supone que está haciendo? De ninguna manera permitiré que se lleve a Eugenia. —Spencer quitó su arma y le apuntó a Harper.

Ella decidió no abogar por él, dejaría que Spencer se encargara.

—¡Está rodeado! —gritó la voz de Albert que también estaba armado en compañía de Clifford y los otros cocheros.

—Solo quería que se detuvieran —dijo alzando las manos.

—Déjenos seguir nuestro camino, fui claro con usted ayer —alegó Spencer.

—Solo quiero hablar con lady Eugenia Fane.

—Ni siquiera lo sueñe. Lárguese —ordenó Spencer.

Randalf buscaba la mirada de Eugenia, pero ella miraba hacia otro lugar.

—Milady, necesito hablar con usted y decirle la verdad que me ha costado entender. La amo y soy incapaz de dejarla ir. Prefiero ser un pobre diablo sin dinero que vivir en mi mansión sin usted. Desde que la conocí, el dinero ha sido importante, pero no ha quitado el sueño como su abandono. Sé que es por mi causa, mi rencor y mis temores. He vivido demasiado tiempo en el pasado, el presente me ha abrazado y yo no me había dado cuenta. ¿Está dispuesta a empezar de nuevo conmigo? Prometo educarme y mirar al frente, pero a su lado.

Clifford hizo que Albert bajara su arma al igual que el resto. El único que no lo hacía era Spencer que continuaba inmune.

—Spencer...

—Ni lo sueñes. Él no tendrá tu mano —aclaró.

—No le estoy pidiendo matrimonio, le pido una oportunidad de conocernos otra vez. Quiero cortejarla como se debe, una dama y un caballero, no una mentirosa y un ladrón.

Eugenia rio entre lágrimas y tocó el hombro de su hermano.

—No, Eugenia...

—Sí, Spencer. Yo lo amo y quiero conocer a este marqués.

—¿Para qué ayudar a quien no quiere ser ayudada?

Spencer guardó su arma y se hizo a un lado para que su hermana saliera. Ella fue a arrojarle a

los brazos del marqués en medio de sonrisas. Los dos sonreían y él no podía hacer nada más que aceptar lo que ocurría. Su última hermana, la diablesa, estaba enamorada.

Meses después...

Eugenia y Randalf se comprometieron tres meses después y se casaron a finales del otoño.

Ella había hecho un gran esfuerzo por dominarse como niña caprichosa, aunque a veces perdía la batalla, pero a quien admiraba era a Randalf que no solo cumplió con abrazar el futuro, sino también con perdonar a Henry.

La relación de primos no se había podido recuperar del todo, por lo que Henry Beaumont optó por vivir en el condado en donde se había construido la tumba de Randalf.

Su hermano, Albert, Clifford, Harper y Foster, le tendieron la mano a Randalf para que este aprendiera lo que le hacía falta. Debía aprender quince años en poco tiempo.

Eugenia amaba verlos convivir en medio de gritos, malos tratos, concesiones y apuestas. Su querido ladrón se había acomodado a la familia sin ningún problema y hasta su expresión en el rostro le había cambiado, ya no tenía el ceño fruncido ni los labios torcidos por el rencor. Su corazón sanaba con el paso de los meses.

Epílogo

Cinco años después...

Eugenia caminaba por la galería de la familia Fane, observando todas las pinturas familiares. En un lugar muy especial estaba la suya cuando Randalf y ella se habían casado. Sus ojos se miraban con anhelo y con amor. Recordaba a la perfección ese momento. Todos habían seguido sumando más miembros a sus familias y la felicidad iba creciendo.

Las navidades eran en la casa de su hermano, pese a que cada uno de ellos tenían mesas muy extensas en sus casas, se sentían felices al visitar a su hermano y al único hijo de este. Ellos no habían tenido más hijos, mientras que sus hermanas cada vez tenían más.

—Aquí estabas, Eugenia. Te estuve buscando por toda la casa, ya comenzarán los villancicos —anunció su esposo.

—Mira la pintura... —comentó.

—La posición no era la mejor para mis dolores, pero te ves hermosa. —Randalf la cogió de la cintura y luego acarició el abultado vientre de Eugenia—. Hará falta otra pintura para que nuestros hijos estén ahí. Thomas y Henrietta están ansiosos por conocer al nuevo integrante, al igual que los demás.

—Por falta de hijos, mi hermano tiene más sobrinos que dedos en las manos. Mi padre no estaría orgulloso de él, porque Spencer sí es un hombre de verdad y no alguien a quien le gustaba casarse.

—Pobre hombre, lleva demasiados años muerto para que aún recuerdes sus defectos.

—¿Supiste de tu amigo Thomas?

—Sí, no vendrá para la temporada. Está trabajando arduamente para nuestras fortunas en América. Si hay algo que le gusta es tener el control.

—Me alegra que pudiera ser feliz igual que nosotros, y pensar que deseabas cosas malas para nosotros.

—Siempre lo recuerdas, pero yo siempre tengo algo para que lo olvides...

—¿Qué es?

—No lo sé, tal vez algún gran diamante americano que me envió Thomas para hacerte un gran collar con una tiara.

—¡Necesito verlo!

—Cuando regresemos a casa. Sabes que siempre tengo algo para ti, y como también hay algo más...

—Mmm... ¿Qué será? ¿Un caballo nuevo? ¿Un arma con diamantes? ¿Una pluma? ¿Otra propiedad?

—No. Te lo ha enviado alguien y está en el salón, pero ahora quiero mostrarte algo que tu hermano hizo para ti. —Randalf acompañó a su esposa y a unos pasos más de donde se encontraba la pintura de ambos. Ahí estaba colgado lo que sería una obra secreta—. Vino corriendo aquí para saber que no la habías descubierto.

—¿Entonces no me buscabas por las razones correctas?

—Tal vez. Aposté a Henrietta y perdí contra tu hermano, ¿o gané? No lo sé con exactitud. Él la cuidará por un mes.

—¿Y Thomas?
—También lo perdí. Eso significa que...
—Significa que ya estoy embarazada y pronto nacerá, pero es bueno que nuestra hija sea muy apegada a Spencer, él la cuidará bien.
—No lo creo si resultamos tener una hija tan liberal como tú.
—¿Y tú de qué te jactas, ladronzuelo?
—Así como me ves, he conquistado a la última Fane.
—No, la última Fane te ha conquistado... Ahora dime, ¿qué hay detrás de esa tela?
—Sácalo para que lo veas.
Cuando ella lo retiró encontró una pintura suya en compañía del gato Clauss.
—Clauss... —dijo con la voz entrecortada.
—Sé que Clauss significaba mucho para ti.
—Fue mi gran amigo y confidente.
—Olvidaste decir que era muy bello. Los niños lo extrañan mucho, al igual que nosotros.
—Él es feliz en su nuevo lugar, debe estar colocándose joyas nuevas en el cielo.
Randalf la abrazó y después le dio un beso corto en los labios.
—Te amo, Eugenia. Siempre me tendrás a tu lado, no importan los problemas, los obstáculos, los caprichos o malos entendidos que pudiéramos tener, sobre todo está nuestro amor.
—Gracias por esta sorpresa tan hermosa, Clifford ha tenido mucho que ver. Conocerte ha hecho que me dé cuenta de la realidad de muchas personas y que no podía seguir siendo una tirana que pretendía vivir de esa manera toda la vida. Me hizo bien que me asaltaras.
—Por cierto, nunca me has devuelto mi arma, ¿en dónde está?
—No la necesitas. Has comprado muchas para competir con tus conuñados.
—¿Me lo devolverás alguna vez?
—No, ladrón que roba a ladrón tiene muchos años de perdón. Vamos, querido, antes de que discutamos por eso.
—Si no discutimos por esto, ¿por qué razón lo haríamos?
—Siempre encontramos algo. Entre nosotros nunca falta la pasión por las discusiones. Te amo, Randalf, ya nadie recuerda al ladrón que me ha robado el corazón, pero yo jamás lo olvidaré, porque siempre ansío que me robes una sonrisa y una carcajada. —Eugenia volvió a pegar los labios con los de su esposo antes de tomar la delantera para salir de la galería.
Él se quedó un poco atrás y se sintió complacido con lo que veía. De no tener nada, pasó a tener todo, por sobre todo, una gran familia, la familia Fane.

Fin.

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida*, *Belleza y Venganza*, *Amor y dolor*, *Entre las sombras*, *Obligándote a amar* y *Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor*.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita*, *La ventana de los amantes* y *Mi amada señorita Angel*.

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con: *Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno*, *Una heredera obstinada*, *Una beldad indomable*, *La esquiwa señorita Millford*, *Las peripecias de los amantes*, *Nuestro tiempo perfecto*, *La dama de Sandbeck Park*, *Las oscuras intenciones de lord Coventry*, *El amante de Londres*, *Anhelos de primavera*, *Una candidata inadecuada*, *El silencio de los amantes*, *Amantes en la eternidad*, *Amantes en guerra*, *La prometida desconocida*, *Enamorar a un lord inglés*, *La acompañante del marqués*, *El candidato perfecto*, *La joven matrona*, *La herencia del duque de Gloucester*, *El esposo ausente*, *Una forajida cautivadora*, *El preceptor*, *La justicia de un canalla*, *El domador*, *La nueva esposa*, *Una solución para lord Nottingham*, *El prometido despreciado*, *Un beso irreverente*, *El querido enemigo*, *Un compromiso accidentado*, *Un caballero misterioso*, *Un seductor afortunado* y *Una diablesa enamorada*.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense*, *Nuestro tiempo perfecto* y *The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiwa señorita Millford*.